

P. C. Doherty

# EL PRINCIPE DE LAS CINEBLAS



Detectives medievales



Lectulandia

El Príncipe de Gales se hunde en la depresión bajo la siniestra influencia de su favorito, Gaveston, un sórdido personaje que practica la magia negra y tiene la secreta ambición de dominar al joven príncipe y de paso a la Corona inglesa.

Esos escándalos adquieren una dramática evidencia con la misteriosa muerte de *lady* Eleanor Belmont, amante del príncipe, quien es hallada con el cuello roto al pie de la escalinata de un convento. ¿Suicidio? ¿Accidente? ¿O se trata de un crimen perversamente planeado?

Eduardo I requiere los servicios de su más notable espía, Hugo Corbett, a quien encarga la investigación de esa muerte y de otros extraños crímenes. Corbett ha de enfrentarse a la rivalidad mortal de su alter ego francés, a la cólera del peligroso Gaveston y a los intrincados silencios y medias verdades de su propio señor.

**Lectulandia**

Paul C. Doherty

# **El príncipe de las tinieblas**

**Hugo Corbett - 05**

ePub r1.0

Titivillus 17.09.17

Título original: *The Prince of Darkness*  
Paul C. Doherty, 1992  
Traducción: María Antonia Menini

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para tía Doreen y tío Tom Murphy  
de Bishop Auckland, Co. Durham*

## Capítulo I

El sofocante calor de la jornada había provocado la aparición de una espesa bruma que ahora se había extendido desde el Sena a toda la ciudad y acentuaba la sombría atmósfera de la noche, envolviendo los edificios y los palacios de París con sus grises y espectrales zarcillos. Ya había sonado el toque de queda y tanto las calles como las callejuelas de París se hallaban sumidas en un silencio sepulcral, roto tan solo por algún que otro gato callejero a la caza de desperdicios y por los representantes de la escoria de los bajos fondos que husmeaban como ratas en busca de alguna presa fácil. Eudo Tailler, presunto comerciante de vinos de Burdeos en Gascuña pero, en realidad, agente de Eduardo I de Inglaterra y de su principal espía Hugo Corbett, bajó por una callejuela con la daga medio desenvainada en dirección a una oscura y ruinosa casa de la esquina.

El espléndido día estival había desmentido a los profetas de desgracias, aquellos Jeremías, según los cuales en el primer año del nuevo siglo llovería fuego desde el cielo y la sangre se escaparía a chorros hasta salpicar el firmamento. Pero los vaticinios no se habían cumplido. Eudo había llegado a París a mediados del verano del año 1300 y no había descubierto nada, pero, como es natural, sus señores de Inglaterra creían que algo ocurría e insistían en afirmar que Felipe IV de Francia estaba tramando en secreto apoderarse del ducado inglés de Gascuña por las buenas o por las malas. El principal espía del rey francés, el seigneur Amaury de Craon, ya estaba en Inglaterra husmeando en los oscuros rincones de la corte inglesa en un intento de averiguar los picantes detalles de algún escándalo.

Eudo se ocultó en un oscuro portal cuando la guardia nocturna integrada por cuatro soldados provistos de lanzas y linternas pasó de repente por delante de la entrada de la callejuela. El espía se pegó a la puerta. En Inglaterra había muchos escándalos, pensó, y casi todos ellos giraban en torno al príncipe de Gales y a su antigua amante *lady* Eleanor Belmont, la cual había sido encerrada en el priorato de Godstowe. Pero la grave situación había empeorado debido a que el joven príncipe acababa de descubrir al verdadero amor de su vida, el cual no era la hija de algún noble señor sino un hombre: el joven sodomita gascón Piers Gaveston. Eudo sabía que De Craon utilizaría aquellos hechos para avivar las chispas de los chismorreos y convertirlas en el violento incendio de un escándalo descomunal. Para apoderarse del ducado de Gascuña, los franceses destruirían la reputación del príncipe y, en caso de que eso les fallara, exigirían hipócritamente que el heredero del trono inglés se comprometiera en matrimonio con la hija del rey francés Isabel, de conformidad con los términos de un acuerdo de paz que años atrás habían impuesto a Inglaterra.

¡Qué taimados eran los franceses! En cualquiera de los dos casos, el rey Eduardo de Inglaterra estaría atrapado. No era de extrañar que el jefe de Eudo, Hugo Corbett, escribano mayor de la Cancillería inglesa, le hubiera enviado una interminable serie de instrucciones, instándole a descubrir los secretos designios de los franceses. Eudo

esbozó una sonrisa. Había tenido éxito en su misión y estaba seguro de que alcanzaría una merecida recompensa. Primero había descubierto que en Inglaterra había un asesino perteneciente a la malhadada familia de los Monfort, el cual estaba pisando los talones del rey con el propósito de darle muerte. Eudo había enviado directamente la información al rey Eduardo unos meses atrás, pero no se había hecho nada al respecto, por cuyo motivo volvió a mencionar la cuestión en su más reciente despacho a Corbett.

Levantó la mano y se enjugó el sudor de la frente. Él había hecho lo que le habían pedido; ahora la forma en que se utilizara la información que él había enviado dependía del rey y de Corbett. Pero es que, además, había descubierto otra cosa: los franceses no solo estaban tejiendo intrigas alrededor de la antigua amante del príncipe de Gales *lady* Eleanor Belmont, sino que incluso habían colocado un espía en el priorato de Godstowe donde la mujer había sido encerrada...

Eudo oyó alejarse las pisadas de los miembros de la guardia nocturna. Se arrebujó en su capa, asió fuertemente el puño de la daga y reanudó su camino.

El mendigo leproso se hallaba acurrucado como de costumbre en la esquina de la callejuela situada delante de la casa.

—¿Todo bien? —le preguntó Eudo en voz baja.

Apenas podía distinguir la figura del pordiosero envuelto en su manto, pero vio cómo la canosa cabeza asentía casi imperceptiblemente mientras una esquelética mano se alargaba para recibir el pago habitual. Eudo tragó saliva, disimuló su repugnancia, le arrojó una moneda al hombre y se volvió hacia la puerta de la casa. No estaba cerrada con llave, según lo acordado. Levantó la aldaba, entró sigilosamente y miró a su alrededor. El pasillo de baldosas de piedra aparecía oscuro y desierto. Una vela que ardía débilmente en un candelero de latón fijado en la parte superior de la pared iluminaba débilmente la insegura escalera de madera que conducía al piso de arriba. Eudo estaba contento. Qué suerte había tenido de encontrar a la señora Celeste, una regordeta joven de sonrosadas mejillas recién llegada del campo de Normandía. Había echado mano de los poderes de seducción de la chica para atraer y atrapar a uno de los escribanos de la Cancillería Real del palacio del Louvre del rey Felipe: la moza había resultado ser extraordinariamente hábil, había hecho dulces protestas de inocencia y había prometido toda suerte de deleites mientras le arrancaba un secreto tras otro al crédulo escribano francés.

Eudo llegó a lo alto de la escalera y empujó la puerta de la estancia hacia adentro. Contrajo los músculos al ver que la habitación se encontraba a oscuras. Algo había ocurrido. Celeste hubiera dejado una vela encendida. Olfateó la oscuridad como un perro y sus ojos trataron de traspasar la penumbra. Aspiró la fuerte fragancia del perfume de Celeste y distinguió la dormida figura de la joven cortesana en su lecho bajo el ventanuco entreabierto. Lanzó un suspiro de alivio y esbozó una sonrisa. A lo mejor, la chica estaba cansada después de una noche ajetreada. A lo mejor, él también podría disfrutar de los placeres que el escribano francés había saboreado.

—¡Celeste! —murmuró—. ¡Soy yo, Eudo!

Sus palabras fueron acogidas con un profundo silencio.

—¿Ocurre algo? —preguntó en un susurro.

Alarmado, aguzó el oído.

Oyó los crujidos y chirridos propios de una casa vieja y pensó que, si alguien hubiera entrado, el mendigo de la esquina le habría avisado. Extrajo la daga de la vaina y se acercó a la cama.

—¡Celeste! —repitió con voz sibilante, sacudiendo fuertemente a la chica por los hombros.

El cuerpo de la joven cayó hacia un lado y Eudo abrió la boca en un silencioso grito de horror. La garganta de Celeste había sido cortada de oreja a oreja y la roja y viscosa sangre que le empapaba el corpiño del vestido se había coagulado, formando unos oscuros charcos sobre la manta. Eudo experimentó la sensación de algo cálido y viscoso entre los dedos. Respirando afanosamente, retrocedió y se desabrochó la capa mientras deslizaba la mano hacia la larga daga de su cinto. Retrocedió otro paso y un tercero y pegó una carrerilla hacia la puerta. De repente, vio la sombra de una figura e, hincando una rodilla en tierra, blandió la daga y la hundió en el vientre del hombre. Se incorporó, apartó al hombre a un lado y bajó a toda prisa la escalera. Otra figura encapuchada lo estaba esperando en actitud amenazadora. Sin detenerse, Eudo cubrió de un salto los últimos peldaños, se abalanzó sobre su asaltante y lo lanzó con fuerza contra la pared. Salió a la oscura y maloliente callejuela y miró enfurecido al mendigo.

—¡Hijo de mala madre! —le gritó—. ¡Bastardo embustero!

El desventurado se acurrucó en su esquina. Eudo se agachó, tomó un adoquín suelto y lo arrojó contra la cabeza del mendigo, el cual cayó hacia atrás entre lastimeros gemidos. Eudo dobló la esquina de la callejuela y bajó corriendo hacia la encrucijada. Respiraba afanosamente y el corazón le latía como un tambor. Sabía que todo era inútil. Hasta entonces había tenido suerte, pero ¿adónde podría ir?

Vio aparecer de repente una fila de soldados armados al otro lado de la plaza. Se detuvo y les lanzó un grito de desafío. No permitiría que lo apresaran vivo. Aún estaba gritando imprecaciones cuando una flecha de ballesta le alcanzó de lleno en el muslo y lo derribó sobre el empedrado entre lamentos y maldiciones. Agarró la flecha y gimió de dolor. ¡Ya no habría recompensa ni viaje de regreso a Burdeos! ¡Se habían acabado las copas de vino! Oyó el rumor de unas botas sobre los adoquines de la plaza y percibió en su hombro el roce de un escarpe que lo dejó tendido boca arriba en el suelo. El capitán de la guardia francesa se quitó el yelmo y se arrodilló a su lado.

—Bueno, *monsieur* —murmuró—. Vuestros días de vino y cantos ya se han terminado —echando el puño hacia atrás, propinó al espía inglés un doloroso golpe en la boca con el guantelete—. ¡Eso no es más que el principio de vuestros males, *monsieur*! —le dijo en voz baja—. Esta noche he perdido a dos de mis mejores

hombres por vuestra culpa —agarró a Eudo por el jubón y lo obligó a ponerse en pie—. Pero venid, las mazmorras del Louvre están a un tiro de piedra y hay otros que quieren intercambiar unas cuantas palabras con vos.

*Lady* Eleanor Belmont se sentó en el borde de la cama. Su rostro en forma de corazón estaba pálido y ojeroso, pero sus mejillas mostraban un intenso arrebol. Entrelazó los dedos y los retorció como si con ello pudiera aliviar su nerviosismo. Se levantó y se acercó a la ventana romboidal. Un espléndido día de agosto; el sol ya estaba a punto de ponerse y solo rompían el silencio del priorato los claros gorjeos de los pájaros de los árboles del otro lado de los muros del convento. Eleonor forzó la vista mientras miraba a través de la ventana. Estaba segura de haber visto a unos soldados. Le había llamado la atención el destello del acero de las armas de unos jinetes a través de los árboles. Apoyó el rostro contra el cristal y su ardiente mejilla agradeció su frialdad. ¿Habría alguien allí? ¿Ya habrían llegado? No, solo se oía el murmullo de las voces de las monjas que estaban cruzando el claustro antes de completas. Eleanor lanzó un suspiro, apartando de su mente algo que solo habría sido un fantasma de su exaltada y febril imaginación.

Miró a su alrededor. Todo estaba preparado. Echó los hombros hacia atrás y aspiró una bocanada de aire. Su amigo, quienquiera que fuera, no tardaría en enviarle ayuda. Muy pronto saldría de aquel desdichado lugar, se reuniría con su amante y trataría por todos los medios de recuperar su afecto. Aunque Eduardo fuera el príncipe de Gales y el heredero de la Corona inglesa, *lady* Eleanor estaba convencida de ser mucho más dura que él. ¿Acaso su padre no le había recordado infinidad de veces que los Belmont eran nobles, fuertes y dignos de fiar?

No quería prestar atención a los rumores que corrían. Eleanor se burló de sus inquietudes, pero se le heló la sangre en las venas al oír el rumor de unas leves pisadas en el pasillo del exterior. Sacudió la cabeza.

—No es posible que mi señor Eduardo me quiera causar daño —musitó.

Quienes afirmaban que él deseaba su muerte eran seres perversos. Ella no podía creerlo. Puede que otros la desearan, algunos miembros del consejo secreto del príncipe... Eleanor los creía capaces de cualquier cosa, especialmente al omnipresente y melifluo Piers Gaveston, que había seducido el corazón del príncipe. Eleanor golpeó el suelo con el pie al pensar en él.

—¡Gaveston el adorador del demonio! —dijo en un susurro—. ¡Gaveston el vástago de Satanás! ¡Gaveston el sodomita!

Procuró tranquilizarse. ¿Y el resto del contubernio? *Lady* Amelia Proudfoot, la priora en cuyo monasterio ella se alojaba en aquellos momentos, y sus silenciosas sombras, sor Francisca y sor Catalina, harían todo lo posible por retenerla allí; no dudarían en recurrir al veneno, la daga, el estrangulamiento o una repentina caída...

Eleanor sonrió mientras se rodeaba el tronco con los brazos. Pero ella había sido

muy precavida y había vigilado con sumo cuidado todo lo que comía y bebía y los lugares que frecuentaba; había llegado incluso al extremo de rechazar las invitaciones para ir de caza. Sabía muy bien, pensó sonriendo con amargura, cuan frecuentes eran los accidentes de caza. Ciertamente que había estado enferma, pero ello se había debido a los malos humores de la mente provocados por la soledad y la inquietud. Había estado a punto de caer en la desesperación, pero, al final, alguien había acudido en su ayuda. Unas semanas atrás había encontrado un mensaje allí mismo en su cámara, oculto en el interior de una bolsita de cuero. El autor la invitaba a no perder la esperanza, a no preocuparse y a buscar nuevos mensajes en el hueco del tronco de un roble que crecía muy cerca de la alameda de la galilea en el extremo más alejado de la capilla. Su anónimo comunicante, quienquiera que fuera, le había prometido librarla aquel día de su encierro y esa era la razón de que les hubiera dicho a sus compañeras que la dejaran allí y se fueran a completas. Solo se habían quedado las más viejas, sor Isabel y sor Marta, mientras que *lady* Amelia y sus serviles ayudantes ya estarían a punto de acomodarse en la capilla, presumiendo de su poder. *Lady* Eleanor se volvió al oír unos crujidos del viejo edificio bajo sus pies. El lugar estaba encantado, decía la gente, y, al parecer, tenía fantasmas. De lo que no cabía duda era que no era una morada apropiada para una dama de alcurnia, amante de uno de los hombres más grandes de la tierra.

Eleanor se sentó en el borde de la cama con la espalda muy erguida, se mordió el labio, volvió a levantarse presa de una gran inquietud y se puso la capa. Después empezó a jugar con el anillo que lucía en el dedo, el último regalo del príncipe, un enorme zafiro azul, del que la luz arrancaba unos fulgurantes destellos. Volvió la cabeza y aguzó el oído. Acababa de oír algo que no era el simple crujido de la escalera. Había alguien fuera. Oyó unas pisadas en la galería. ¿Se estarían acercando? *Lady* Eleanor miró hacia la puerta. Muy bien, la llave estaba en la cerradura. Se alisó el cabello y se puso la capucha. Ojalá sor Águeda estuviera a su lado. A lo mejor, había hecho mal en despedirla. Otra vez el ruido. *Lady* Eleanor se quedó paralizada. Vio bajar la aldaba de la puerta. ¡De repente, tuvo miedo, pero ya era demasiado tarde! Oyó la suave llamada a la puerta y comprendió que tendría que abrir.

Aquel día *lady* Eleanor había estado en los pensamientos de otras personas. El príncipe Eduardo de Gales y su favorito Piers Gaveston habían discutido acaloradamente por su culpa, pero se habían vuelto a reconciliar y habían decidido salir de caza para distraerse, por lo cual habían abandonado el palacio de Woodstock con sus soldados, mozos, cazadores y criados. En el alegre y vistoso cortejo destacaban los lustrosos y bien alimentados caballos, resplandecientes con sus jaeces azul y escarlata y las sillas y gualdrapas con sus adornos de plata sobredorada. Entre gritos, sonidos de trompeta y ondear de gallardetes bordados con hilo de oro, la regia partida de caza bajó por los polvorientos caminos de Oxfordshire que serpenteaban

entre los inmensos trigales sin vallar en los que se amontonaban las fajinas de trigo mientras los campesinos trabajaban sin descanso en las tareas de la siega.

El sol brillaba con fuerza en el claro cielo azul. En la hierba de ambos lados del camino cantaban los grillos y se podían ver los correteos de los ratones y los campañoles que huían de los segadores. Sobre sus cabezas se elevó en el aire una alondra entonando un canto de alegría mientras en los distantes árboles el mirlo y el petirrojo gorjeaban poniendo toda su alma en sus trinos. De pronto, un hombre con apariencia de siniestro espantapájaros se plantó como por arte de ensalmo en el camino. El largo cabello negro agitándose a ambos lados de su enjuto rostro semejaba unas alas de cuervo y su escuálido cuerpo iba envuelto en unas ropas que parecían vendas. El príncipe Eduardo levantó una mano y el cortejo se detuvo.

Eduardo había reconocido de inmediato al hombre: era un profeta medio loco que llevaba unos cuantos días merodeando alrededor de las murallas del palacio. El sujeto afirmaba ser del Yunque del Diablo, las ardientes arenas que se extendían al sur del mar Mediterráneo. Su sucia y andrajosa figura permanecía inmóvil como una estatua pero sus ojos brillaban como brasas de carbón.

—¡Soy portador de una advertencia! —tronó el profeta—. Una advertencia de muerte y desgracia. ¡Una advertencia contra la suave y perfumada carne de las rameras que yacen en lechos de plumas y proclaman a voz en grito su lascivia! —Los ardientes ojos volvieron a encenderse y un vigoroso brazo se levantó temblando de cólera—. ¡Vosotras las alcahuetas que apuráis el vino de los profundos cuencos, tened cuidado! ¡Esta era será purificada por la mismísima Muerte! No olvidéis lo que digo, la Muerte acecha en estas umbrosas florestas. Las recorre a lomos de su pálido corcel y no tardará en llegar. ¡Ay de vosotras, las barraganas y las rameras!

Los cortesanos que seguían al príncipe envueltos en sus vestiduras de seda esbozaron una leve sonrisa, se rieron por lo bajo y apartaron el rostro. El profeta loco buscó la alta y rubia figura del príncipe sentada en la silla de su caballo bajo el estandarte azul y oro de Inglaterra. El profeta entornó los ojos.

—¡Quiera Dios que os arrepintáis, vosotros los jóvenes que ansiáis mutuamente vuestras carnes y buscáis consuelo en el amor prohibido! —dijo en un sibilante susurro.

El príncipe sonrió y, levantando una mano cubierta con un guante de púrpura, rozó el hombro de su compañero más bajo y moreno que él.

—Se refiere a nosotros, Piers.

El joven gascón hizo una mueca que no consiguió borrar la afeminada expresión de su rostro de regulares facciones y tersas mejillas aceitunadas, enmarcadas por un cabello moreno cobrizo pulcramente cortado. Un rostro afeminado e inocente exceptuando los ojos de un sorprendente color azul claro como el del cielo primaveral recién lavado por la lluvia.

—No lo creo, mi señor —replicó Gaveston con voz aflautada.

El príncipe Eduardo sacudió la cabeza y se sacó una moneda de plata de la bolsa.

—Apuesto lo que sea, Piers. Este hombre tiene que referirse necesariamente a mí —se acarició el bigote—. Seamos sinceros. Aquí yo soy el único de quien merece la pena hablar.

El profeta debió de oír sus palabras.

—¡Vos, Eduardo, príncipe de Gales! —rugió—. Hijo de un gran padre, portador de su nombre pero no de su majestad. ¡Sí, os lo advierto a vos y a vuestro codicioso bardaje Gaveston, hijo de ramera! —La voz del profeta bajó hasta convertirse en un susurro—. Hijo de una bruja, habéis salido del demonio y al demonio regresaréis. ¡Tened mucho cuidado, príncipe Eduardo, os conjuro a apartaos de su compañía, pues todo el ejército de Satanás tiene acorralada el alma pecadora de Gaveston!

El príncipe Eduardo asintió solemnemente con la cabeza.

—Muy interesante —comentó sonriendo mientras alargaba la mano—. La plata, Piers.

Soltando un gruñido de rabia, el gascón entregó la moneda.

—¡Alteza —murmuró—, permitidme que mate a este malnacido!

—No, Piers, ahora no. Solo conseguirías alarmar a los halcones y echar a perder la cacería —el príncipe acarició el oscuro cabello del gascón—. No te pongas pesado, Piers —le dijo en un susurro—. Cada día te pareces más a mi padre y a *lady* Eleanor.

Acto seguido, Eduardo espoleó su caballo mientras el profeta se apartaba del camino. Gaveston se volvió y, curvando un dedo, llamó por señas al capitán de la guardia.

—¡Mata a este malnacido! —le ordenó en voz baja—. No, ahora no. Pero antes de que acabe este día.

El sol apenas se había movido en el cielo cuando el cuerpo del profeta loco, con la garganta cortada de oreja a oreja, fue arrojado a un profundo pantano del bosque en el que se hundió sin dejar ni rastro. Una hora después el mercenario capitán de la guardia se reunió con la partida real cuyos componentes se habían detenido con sus caballos junto a la herbosa orilla de un río de perezosas aguas. El soldado inclinó la cabeza en dirección a Gaveston, el cual le guiñó el ojo sonriendo mientras retiraba el capirote del halcón que se agitaba inquieto en su muñeca, haciendo tintinear las campanillas de sus pihuelas cual si fueran el anuncio de la muerte que muy pronto haría su aparición en medio de la suave y verde oscuridad del bosque.

—Ahora que ya he derramado sangre —musitó Gaveston para sus adentros—, ya puedo disfrutar de la caza.

Esperó a que los batidores levantaran una garza, la cual salió de su escondrijo y se elevó por encima de las copas de los árboles. El halcón, desplegando las alas como el ángel de la muerte, salió en su persecución, se elevó en el cielo, permaneció en suspenso en medio de la brisa de finales de verano y, con las alas pegadas al cuerpo, descendió como una flecha. Se abatió sobre la garza con un estridente grito y un estallido de plumas. Los cortesanos lanzaron exclamaciones de asombro y batieron palmas, pero inmediatamente se quedaron sin respiración al ver cómo la garza

doblaba su largo cuello y, volviendo la cabeza, hundía el pico tan afilado como una daga en el cuerpo del halcón. Gaveston contempló la escena en sobrecogido silencio mientras el halcón caía en medio de un revoltijo de plumas ensangrentadas y la garza descendía para ocultarse entre los carrizos.

—Asombroso —musitó el príncipe—. Lo había oído decir pero es la primera vez que lo veo —le dio un jugueteón codazo a su favorito—. Eso es un aviso, Piers —murmuró—. ¡Picas demasiado alto! El condado de Cornualles y el primer puesto en mi consejo... ¡pero no ahora! —Eduardo se acercó un dedo a los labios—. Todavía no, Piers. ¿Qué diría a eso mi padre, por no hablar de *lady* Eleanor?

Gaveston le miró con un destello de rabia en los ojos, preguntándose una vez más si realmente habría conseguido romper la influencia de la muy bruja de Eleanor Belmont. El príncipe Eduardo apartó la mirada. ¿Prestaría atención Gaveston a su advertencia? Amaba a Piers más que a su propia vida, pero no se atrevía a encumbrarlo más de lo que ya estaba. Miró de soslayo a su favorito: Gaveston sabía salirse con la suya pero él conocía su lado oscuro. Había visto las amarillas figuras de cera que guardaba su amante; la que llevaba corona representaba al Rey y la que llevaba una falda escarlata, el color de las rameras, era la representación de *lady* Eleanor Belmont según Gaveston. El príncipe clavó la mirada en la oscuridad de los árboles. ¡Cuántos secretos y cuánta tensión! ¿Cuándo moriría su padre? Y, por encima de todo, ¿cuándo moriría la muy bruja de Eleanor?

Desde una alta ventana del palacio de Woodstock *sir* Amaury de Craon, espía, asesino y enviado especial de su sacratísima majestad el rey Felipe IV de Francia, contempló el regreso de la partida de caza del príncipe por el serpenteante camino de grava del palacio. De Craon pensó fugazmente en *lady* Eleanor mientras contemplaba las dos figuras que cabalgaban juntas por delante de los otros, el príncipe Eduardo y Gaveston, conversando como David y Jonatás a la vuelta de una jornada de caza. De Craon los miró enfurecido. *Lady* Eleanor no le gustaba, pero a Gaveston de buen grado le hubiera quitado la vida.

Lanzó un profundo suspiro para calmar su cólera mientras levantaba los ojos al cielo. El día ya estaba empezando a declinar. Una fresca brisa agitaba los estandartes que los abanderados portaban delante del príncipe. El espía se estremeció y se arrebujó en su capa: con sus afiladas facciones, su cabello cobrizo y su barba de chivo, el francés parecía un taimado zorro a la espera de su presa. ¡Dios del cielo, pensó enfurecido, cuánto aborrecía a Gaveston! El gascón era el simple hijo de un granjero venido a más y de una bruja de la provincia inglesa de Gascuña que había sido quemada en la hoguera por practicar la brujería, encadenada a un tonel en el centro de la plaza del mercado de Burdeos. ¿Qué haría con Gaveston?, se preguntó por enésima vez De Craon. Antes de su partida de París, su señor Felipe IV lo había conducido a su cámara secreta del palacio del Louvre adornado con toda suerte de

cortinajes de terciopelo y le había explicado la misión que debería cumplir, sentados ambos alrededor de una mesa, sobre la cual parpadeaba una vela en su candelero.

—Recordad siempre, De Craon —dijo el rey francés—, que el ducado de Gascuña se encuentra en poder de Eduardo de Inglaterra. ¡Y por derecho debería ser mío! —Felipe tomó el candelero—. Estuvo a punto de serlo —añadió—, pero intervino Su Santidad el papa. Ahora Eduardo es el dueño de Gascuña y yo me he quedado con un tratado de paz.

De Craon estudió detenidamente a Felipe.

—Pese a todo —añadió su señor en voz baja—, pienso apoderarme de Gascuña y de otras muchas cosas sin romper el tratado de paz. Según la decisión del Santo Padre, Eduardo I de Inglaterra tenía que casarse con mi hermana y ella estaba de acuerdo, pero el indolente príncipe se casará con mi amada hija cuando esta alcance la edad suficiente para el matrimonio. Si eso ocurre, un día mi nieto se sentará en el trono de Inglaterra y otro se convertirá en duque de Gascuña. Por consiguiente, a su debido tiempo, esa provincia y quizá la propia Inglaterra pasará a manos de la Corona francesa —Felipe hizo una pausa para humedecerse los exangües labios con la lengua—. Pero todo eso pertenece al futuro y yo podría seguir un camino más inmediato. Deberéis viajar a Inglaterra para confirmar el compromiso de mi hija, insistiendo especialmente en que el príncipe de Gales evite cualquier clase de escándalo. Deberá apartarse de su ramera preferida Eleanor Belmont. De lo contrario —Felipe esbozó una de sus insólitas sonrisas—, a la luz de semejante escándalo, apelaré al Santo Padre, el tratado quedará anulado y sin efecto y mis tropas invadirán Gascuña en cuestión de una semana. Es muy posible que el príncipe esté de acuerdo —tengo entendido que se está cansando de la mujer—, en cuyo caso se abrirá un tercer camino ante mí.

Felipe se levantó, rodeó la mesa y susurró sus instrucciones más secretas al oído de De Craon. Ahora el enviado francés sonrió al recordarlas. Puede que le conviniera seguir aquel camino. Apretó los puños sin poder dominar su emoción. En caso de que lo hiciera, quizá pudiera arreglarle las cuentas no solo a Eduardo de Inglaterra, al maldito príncipe de Gales y a su amante Gaveston, sino también a maese Hugo Corbett, su viejo rival y enemigo.

## Capítulo II

**h**ugo Corbett, escribano mayor y espía principal de Eduardo de Inglaterra, estaba sufriendo una terrible pesadilla bajo las frondosas ramas de uno de los olmos que marcaban los límites del priorato de Godstowe en Oxfordshire. Un sol de finales de verano iluminaba la tierra, pero en el aire reinaba un pavoroso silencio en el que ni siquiera se escuchaba el gorjeo de los pájaros. A su lado, de la rama de un árbol cercano, colgaba un cuerpo con el cuello roto y la cabeza inclinada hacia un lado. Parecía la víctima de un antiguo sacrificio o la figura de la Muerte de los naipes del Tarot. Pese a su deseo de apartar el rostro, no pudo hacerlo. Su mirada estaba clavada en las ventanas del priorato de Godstowe, semejantes a unas cuencas oculares vacías. Se estremeció. Ningún sonido quebraba el frío silencio, exceptuando el hueco chirrido de los pavos reales de crueles ojos y, en débil cadencia, los espectrales cantos de las monjas.

En su pesadilla, Corbett caminaba por un verde prado, apurando el paso para que las sombras que lo seguían no pudieran darle alcance. No advirtió la menor señal de vida mientras subía por el camino de grava hasta llegar a la gran puerta del monasterio; una vez allí, empujó la puerta entreabierta y entró en el frío y oscuro edificio. Una hilera de velas medio derretidas, cuyas vacilantes llamas proyectaban en la silenciosa sala unas siniestras sombras danzantes, formaba un camino que conducía al pie de unos empinados peldaños de piedra. Allí, como si estuviera durmiendo, yacía el cuerpo de una joven con el rostro medio vuelto hacia un lado y una marfileña mejilla asomando por debajo de la capucha que le cubría la cabeza. Corbett se acercó muy despacio, se arrodilló y dio la vuelta al cuerpo; los brazos de la mujer se agitaron como las alas de un pájaro caído. Echó la capucha hacia atrás, esperando ver el rostro de Eleanor Belmont, la antigua amante del príncipe Eduardo, y lanzó un ahogado grito de terror: las muertas y gélidas facciones pertenecían a su esposa Maeve. Por encima de su cabeza, desde el rincón más alejado del edificio, una burlona carcajada acogió su macabro descubrimiento, pero, en el momento de levantarse, Corbett se despertó empapado en sudor en su dormitorio de la mansión de Leighton.

Respirando afanosamente, el escribano se incorporó bajo el dosel azul y oro sostenido por los cuatro pilares de madera labrada de la enorme cama. El marco de la ventana chirriaba bajo los persistentes azotes de un quejumbroso viento y él se preguntó si habría sido un simple sueño o si lo habría visitado algún oscuro fantasma de la noche. Miró rápidamente a su derecha, pero su esposa Maeve estaba sumida en un apacible sueño, con el cabello rubio plateado esparcido como un halo sobre el gran travesaño. Se inclinó hacia ella y la besó suavemente en la frente. Fuera, el solitario grito de una lechuza cazadora y los chillidos de muerte de algún animalillo desde la oscuridad de los árboles intensificaron su sombrío estado de ánimo.

Se levantó, se puso una túnica y, con una velita y una yesca, encendió una vela. Después se acercó al grueso y pesado tapiz que cubría la pared del fondo del

dormitorio, lo apartó a un lado e iluminó con la débil luz de la vela unas espectrales figuras bordadas. Tomó una palanca ingeniosamente construida, la empujó y el panel de madera se movió suavemente sobre sus engrasados goznes, dejando al descubierto la cámara secreta. Aquella cuadrada estancia de paredes encaladas era el centro de su trabajo, el lugar donde podía encerrarse a solas para pensar, urdir planes y tomar todas las medidas posibles contra los enemigos del Rey, tanto dentro como fuera del país.

Se desperezó y experimentó una punzada de dolor en el hombro, en el lugar donde meses atrás el demente clérigo De Luce le había clavado una daga. Había sobrevivido gracias a los cuidados de Maeve, su esposa desde hacía seis meses y ya embarazada de dos. Sonrió pensando que ella era la fuente de su felicidad, pero no allí, en aquella pequeña y oscura estancia. Eduardo I de Inglaterra le había regalado la mansión de Leighton en la frontera del condado de Essex en recompensa por sus servicios pero también a cambio de sus esfuerzos en la creación de una red de espionaje en Inglaterra, Escocia, Francia y los Países Bajos. Corbett había aceptado con sumo gusto el encargo, pero la información que había recogido le había planteado nuevos quebraderos de cabeza: le pareció que había sembrado vientos y que ahora estaba a punto de recoger tempestades.

El escribano encendió las teas de los brazos de hierro de la pared y se acercó al escritorio de madera de roble labrada; los secretos que había guardado bajo llave en sus cajones y compartimientos eran el origen de sus actuales preocupaciones e inquietudes. Sacó unas llaves de debajo de una baldosa del suelo, encendió los dos candelabros del escritorio, se sentó y abrió el compartimiento secreto.

Sacó la carta del Rey, la que había recibido la víspera mientras él y Maeve cenaban en la oscura y espaciosa sala de la planta baja. Estaba escrita en un código que él ya había descifrado. Tomó una pluma de la bandeja de escritura, alisó un trozo de pergamino y empezó a redactar la respuesta, la cual, más que un informe al Rey, sería un memorando destinado a ordenar sus propios pensamientos.

Ítem: El rey Eduardo ya es viejo y tiene que combatir contra los rebeldes escoceses y tratar al mismo tiempo de defender sus dominios de Francia. Tanto la Hacienda Pública como el Tesoro de la Corona están en bancarrota. La única forma de salir adelante que se le ofrece al Rey es el tratado de paz impuesto por el papa, en el que se estipula el compromiso del príncipe de Gales con la hija todavía menor de edad del rey francés Felipe IV.

Otrosí: El príncipe de Gales es un joven inútil, amante de los placeres y probablemente sodomita. Está dominado por el brujo Gaveston y odia a su padre. La brecha entre padre e hijo es permanente. El Rey desearía desterrar a Gaveston, pero puede que ello provocara el estallido de una guerra civil que sería muy beneficiosa para los escoceses y que sin duda atraería a los franceses.

Otrosí: Felipe IV de Francia había pedido el alejamiento de Eleanor Belmont y el príncipe Eduardo había accedido de mil amores a la petición. A Eleanor la mantenían

prácticamente bajo arresto domiciliario en el priorato de Godstowe, un lugar que el príncipe podía controlar desde su cercano palacio de Woodstock.

Otrosí: ¿Serían ciertos los rumores, según los cuales *lady* Eleanor padecía una enfermedad del pecho y el príncipe le había enviado medicinas? En caso afirmativo, ¿le habría enviado el príncipe medicinas o bien venenos?

Otrosí: El domingo pasado *lady* Eleanor Belmont no se había reunido con las monjas para el rezo de completas ni tampoco más tarde para cenar con ellas en el refectorio. Es más, les había pedido a sus compañeras que la dejaran sola. El edificio del monasterio donde *lady* Eleanor tenía sus aposentos se quedó vacío durante los rezos en la iglesia, exceptuando la presencia de dos ancianas monjas, sor Isabel y sor Marta. Después de completas todas las monjas se habían trasladado al refectorio como de costumbre. Al terminar la cena, la priora, en compañía de las dos viceprioras sor Francisca y sor Catalina, había efectuado su habitual recorrido por el edificio principal, había cruzado la puerta abierta y habían descubierto a *lady* Eleanor Belmont al pie de la escalera, envuelta en su capa y con la capucha puesta. Dijeron que se había roto el cuello a causa de una caída, pero la capucha que le cubría la cabeza no se había movido de su sitio.

Otrosí: ¿Se había caído *lady* Eleanor Belmont? En caso afirmativo, ¿cómo era posible que su ropa no hubiera sufrido la menor alteración? ¿Y cómo era posible que las ancianas monjas no hubieran oído ni el rumor de la caída ni sus gritos? Si había caído, ¿adónde iba o de dónde venía? ¿Habría sido un suicidio? Los informes decían que *lady* Eleanor sufría accesos de melancolía y era víctima de humores perniciosos.

Corbett se acarició la mejilla con el cañón de la pluma mientras escuchaba con aire distraído los gemidos del viento que soplaba entre los árboles como un alma en pena: las ramas crujían y una de ellas golpeaba sin cesar la ventana. Mojó la pluma en la tinta verde azulada. ¿Habría sido asesinada *lady* Eleanor? En caso afirmativo, ¿quién lo habría hecho? ¿El príncipe Eduardo que se encontraba en el cercano palacio de Woodstock? ¿El favorito Gaveston que también estaba allí? ¿O ambos actuando como cómplices? ¿La habría asesinado quizá alguien del priorato? ¿Por celos o por orden de otras personas? ¿Tal vez de los franceses? En aquellos momentos se encontraba en Inglaterra una delegación de Felipe encabezada por su viejo adversario Amaury de Craon.

Corbett se mordió los nudillos de la mano. De Craon, su homólogo en el consejo francés, era un hombre muy hábil y taimado que no sentía el menor aprecio por Eduardo de Inglaterra y tanto menos por su escribano mayor. Al francés le encantaría que estallara un escándalo en torno a la Corona inglesa. Belmont había sido la amante del príncipe de Gales, pero había sido apartada de la corte y, por consiguiente, no existía ningún motivo de agravio contra ella. Cabía, por supuesto, la posibilidad de que Gaveston hubiera ocupado su lugar, pero los franceses no tenían ninguna prueba de que sus relaciones con el joven príncipe fueran algo más que una legítima amistad. Sin embargo, si De Craon empezara a insinuar que el príncipe o Gaveston habían

tenido parte en el asesinato, puede que Felipe decidiera anular el compromiso y dejar sin efecto el tratado, lo cual obligaría a los ingleses a lanzarse a una costosa y encarnizada guerra. El escribano tomó la pluma y empezó a escribir.

Ítem: se había recibido información de un espía de Essex en el sentido de que el príncipe de Gales se había casado en secreto con *lady* Eleanor Belmont. ¿Y si ello hubiera sido un motivo para que el príncipe asesinara a la pobre muchacha?

Corbett se estremeció de repente. ¿El príncipe o su padre? El escribano no se hacía ilusiones ni con respecto al Rey ni con respecto a su hijo; ambos eran despiadados y egoístas.

Otrosí: Otra información de Eudo Tailler, un espía inglés que trabajaba en las sombras del palacio del Louvre. Eudo había enviado la información unas semanas atrás, pero no se había vuelto a saber nada de él. Su mensaje había sido tremendamente enigmático: un miembro de la familia De Monfort andaba suelto en Inglaterra.

La inquietud de Corbett se intensificó. Cuarenta años atrás, ocho años antes de que él naciera, Eduardo había aplastado una violenta revuelta encabezada por el conde Simón de Monfort. El Rey, que había estado casi a punto de perder la Corona, derrotó el ejército del conde en las afueras de Evesham. De Monfort resultó muerto y el rey ordenó a sus soldados que trocearan el cuerpo y lo arrojaran a los perros de las jaurías reales. Los restantes miembros de la familia del conde huyeron al extranjero, pero, siempre que podían, enviaban asesinos a Inglaterra contra el Rey y la familia real. La disputa había durado varias décadas. Unos años atrás, el Rey había utilizado los servicios de Corbett para descubrir una de aquellas asociaciones secretas. Corbett se frotó la mejilla al recordar la oscura pasión de Alicia, la organizadora de la asociación. ¿Quién sería el nuevo asesino, se preguntó, y dónde estaría en aquellos momentos?

—¡Hugo! ¡Hugo!

Corbett levantó la vista. Maeve se encontraba en la puerta, arrebujaada en unas de las muchas capas que él tenía. A pesar de sus preocupaciones, el escribano se extasió ante su belleza: el cabello rubio plateado, el brillo de una piel que parecía de oro bruñido a la luz de la vela y aquellos ojos azul violeta velados ahora por el sueño.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó ella.

—Lo sabes muy bien —contestó él en un susurro.

Se levantó, apagó las velas y la acompañó de nuevo al dormitorio.

—Pero ¿qué estás haciendo, Hugo? —Maeve trató de soltarse y le miró con la cara muy seria—. ¡Por el amor de Dios, en mitad de la noche! Me despierto, me encuentro la cama vacía y me doy cuenta de que no estás —mirándole con una sonrisa en los labios, dejó caer la capa al suelo y le rodeó la cintura con sus brazos—. Es por la carta del Rey, ¿verdad? ¿El asunto de Godstowe?

Corbett respiró hondo.

—Sí. Y mañana tengo que ir allí. En cuanto regrese Ranulfo.

Maeve lo obligó a sentarse a su lado en el borde de la cama.

—La mujer ha sido asesinada, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza.

—Me temo que sí.

—¿Y le echarán la culpa al Rey?

Corbett se frotó las mejillas con las manos.

—Sí, creo que sí. Si estalla el escándalo, solo Dios sabe lo que podría ocurrir.

Corbett tomó su mano entre las suyas.

—Hace cuarenta años que no hay una guerra civil en Inglaterra, Maeve. Pero la muerte de *lady* Eleanor podría ser la causa de otra guerra.

Maeve se estremeció y se deslizó bajo las gruesas mantas.

—Hugo —dijo en un susurro—, ¡eso no lo vas a resolver ahora en mitad de la noche!

Él la miró con una leve sonrisa en los labios.

—Puede que jamás se pueda resolver, ni siquiera en pleno día.

Ranulfo de Newgate, el criado de Hugo Corbett, enfiló con su caballo el soleado camino que conducía a la mansión de Leighton justo en el momento en que la campana de la iglesia de la aldea tocaba el ángelus. Se volvió y vio a los obreros inclinados en los campos, recogiendo las fajinas de maíz y colocándolas en grandes carros de dos ruedas. Oyó el sonido de sus risas y la voz de una mujer cantándole una nana a un niño que abrazaba contra su pecho; de vez en cuando, la brisa le llevaba los gritos de los niños que jugaban junto a la ribera de un arroyo mientras sus padres trabajaban en la siega.

Ranulfo había ido a Londres por asuntos relacionados con el trabajo de su amo en la Cancillería y también para visitar a ciertos orfebres del Gallinero. De paso, había aprovechado para ir a ver a su hijo, el espléndido fruto de una de sus aventuras. Se alegraba de que el niño se pareciera cada vez más a él; tenía el pelo rubio rojizo y tan de punta como el suyo, una boca generosa, unas pecosas mejillas, una nariz respingona y unos descarados ojos verdes de mirada tan aguda como la de un gato. El niño había nacido unos meses atrás en pleno invierno y Corbett lo había convencido de que lo dejara bajo la custodia de unos padres adoptivos de la calle de la Aguja. Ranulfo había accedido a hacerlo, pero después había cambiado de opinión, se lo había vuelto a llevar y muy pronto lo había perdido en una taberna. Atraído por una descarada moza de exuberante busto, había dejado al niño para ir a solazarse con ella y después había regresado a casa, olvidándose por completo del pequeño bulto que había encomendado al cuidado de la mujer del tabernero. Al final, siguiendo el consejo de Corbett, había devuelto el niño a sus desconsolados padres adoptivos.

—Una buena decisión —musitó Ranulfo hablando solo.

Quería al niño, pero nunca recordaba dónde lo había dejado por última vez. Oyó

el parloteo de una ardilla y vio el revoloteo de un pájaro por encima de un tojo. Su mano se deslizó hacia la daga. Se sentía inseguro en el campo, echaba de menos la ciudad y hubiera deseado que Corbett regresara a su casa de la calle del Pan, pero la flamante esposa de su amo, la señora Maeve, lo había cambiado todo. Ranulfo soltó un gruñido. Le gustaban casi todas las mujeres. En realidad, todas las mujeres de cualquier edad o condición le parecían apetecibles si no como objeto de seducción, sí como blanco de sus bienintencionadas bromas y sus comentarios.

Maeve de Llewellyn era distinta. Ranulfo le tenía miedo por sus gélidos ojos azules que parecían capaces de leerle el pensamiento y por su hábil manejo de los asuntos de su amo, tanto si se trataba de la compra de un campo como si se trataba de calmar la cólera de aquel viejo y canoso Rey de semblante tan duro como el granito. Cuando Maeve estaba presente, Corbett se relajaba e incluso sonreía. El criado movió los hombros para aliviar su dolorida espalda mientras espoleaba su montura y cruzaba la verja de la mansión. Maeve había cambiado a Corbett. Aunque su amo seguía siendo tan taciturno y reservado como siempre, su estado de ánimo se había suavizado y ahora se mostraba más frío y calculador. Antes Corbett trabajaba en la Cancillería y se limitaba a cumplir los distintos encargos que le hacía el viejo Rey. Ahora todo había cambiado. Corbett se comportaba como si le gustaran las intrigas y estaba creando una red de espionaje que se extendía desde Roma a Aviñón, París, Lille, Edimburgo y Dublín.

Ranulfo refrenó su caballo y prestó atención a los sonidos del bosque tal como Maeve le había aconsejado hacer. El criado sacudió la cabeza. Hubiera dado una moneda de oro por oír los gritos de los buhoneros y los vendedores ambulantes de Londres, las alegres voces de los aprendices y los roncros rugidos de los propietarios de los tenderetes. Miró a su alrededor. Allí había demasiado espacio, el aire era demasiado fresco y él sabía que no tardarían en encomendarle algún duro trabajo. En el campo no había soldados con quienes poder jugar una partida amañada de dados o una partida fraudulenta de ajedrez. Tampoco había mozas agraciadas a las que poder echar el ojo y tanto menos una señora Sempler, la voluptuosa y joven esposa de un anciano mercader de lanas.

Ranulfo sonrió como un gato que acabara de beberse un plato de leche. La víspera lo había pasado muy bien consolando a la buena señora en ausencia de su marido. Recordó su blanco y generoso cuerpo tan suave como el raso mientras permanecía de pie delante de él con solo un tocado en la cabeza y unos calzones con las jarreteras. Soltó un gruñido y una maldición por lo bajo mientras espoleaba su montura y cruzaba el prado que se extendía delante de la puerta de la mansión, obligando a las perezosas ovejas que allí pastaban a desperdigarse en todas direcciones.

Pero a Ranulfo nunca le duraban demasiado los enfados. A fin de cuentas, ahora su amo era el dueño y señor de unos espléndidos establos, unos bien abastecidos graneros y unos vastos prados, y él siempre podía simular haber estado muy ocupado en Londres y ganarse una buena recompensa. Se humedeció los labios con la lengua

mientras desmontaba y adoptaba una expresión de profundo abatimiento. Había ensayado su discurso. Expondría los asuntos dando a entender todas las dificultades que le habían planteado y describiría todos los apuros y las tribulaciones que había pasado para poder cumplir los encargos de su amo... sin embargo, no estaba preparado para lo que ocurrió. Corbett le estaba aguardando en la sala de paredes revestidas con paneles de roble, con la capa, las botas y las espuelas puestas. Un criado estaba sacando las alforjas llenas. Al ver la sonrisa de su amo, Ranulfo se temió lo peor.

—¡*Benedicte*, Ranulfo! —exclamó Corbett—. Te estaba esperando. Nos vamos al priorato de Godstowe en Oxfordshire. ¿Cómo está el precioso querubín de tu hijo?

Ranulfo captó la ironía de la voz de su amo y le miró sonriendo. Corbett quería al pequeño Hugo, o Hugolino tal como algunas veces lo llamaban, pero a menudo lo calificaba de pequeño monstruo y auténtico hijo de su padre, desde su cabello de punta hasta su innata habilidad para cometer diabluras.

—Tan bien como cabe esperar, amo mío —contestó Ranulfo mientras Maeve cruzaba el cancel.

Estaba muy hermosa con su sencilla toca blanca y su largo vestido rojo oscuro ajustado alrededor del cuello con unos lazos de color blanco plateado, a pesar de que el vestido no le sentaba muy bien por culpa del grueso cinturón que le ceñía el ancho talle y que no tenía más remedio que llevar, pues guardaba en él casi todas las llaves de las estancias de la mansión. Como de costumbre, Maeve parecía muy seria, pero Ranulfo vio en sus ojos un brillo de picardía.

—¿Te lo has pasado bien en Londres, Ranulfo?

El criado estaba a punto de soltar una mentira, pero Maeve captó su mirada.

—Sí, señora.

—¿No ha habido diversiones ni frivolidades?

—Por supuesto que no —contestó Ranulfo en voz baja—. Me he limitado a cumplir mi duro trabajo.

Apartó la mirada, pero comprendió que Maeve seguiría acosándole. Al final, acabaría averiguando lo de la señora Sempler, tanto si él quería como si no. Por consiguiente, farfulló una excusa y se fue corriendo a su cuarto. Se lavó la cara en la jofaina, llenó un par de alforjas nuevas con todas las cosas que pudo encontrar en el habitual caos de su cuarto y bajó por la escalera lateral a la parte anterior de la mansión, donde un mozo ya había sacado dos caballos descansados y una bestia de carga. En la sala, Maeve se estaba quejando de los reproches que le había hecho Corbett a su costumbre de hostigar a Ranulfo.

—¿Me echarás de menos? —preguntó Corbett, cambiando repentinamente de tema mientras tomaba sus manos entre las suyas.

—No —contestó ella en tono burlón.

—¿Cuidarás de la valla del prado largo?

—No, la echaré abajo.

—¿Te acordarás de los listones sueltos de la granja?

Maeve sacudió la cabeza.

—Eso también lo quemaré junto con el granero del diezmo<sup>[1]</sup>. Y le diré al padre Martín, que tanto me aburre con su letanía de quejas contra los feligreses que usan el cementerio como lugar de recreo, que se vaya a freír espárragos. Y después —añadió Maeve sacudiendo la cabeza—, ¡sabe Dios lo que haré!

Corbett la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente.

—Pues entonces me despido de ti, esposa mía —dijo, guiñándole el ojo con una sonrisa en los labios mientras cruzaba la puerta para dirigirse al lugar donde lo esperaba su caballo.

Corbett y Ranulfo emprendieron su camino al norte, pasando por varias aldeas que, en realidad, no eran más que unos pequeños agolpamientos de destartaladas casitas con techumbre de paja apretujadas alrededor de alguna iglesia o mansión. Pronto terminarían las labores de la cosecha. Corbett recordó los días de su adolescencia y evocó los amarillos trigales que se alternaban con verdes campos en barbecho y los estrechos camellones de tierra que separaban los campos de una aldea de los de otra. Las casitas propiamente dichas no eran mejores que la de su padre, con sus muros de juncos y argamasa y el pequeño huerto de cebollas, repollos, ajos y chalotes.

El caballo tropezó y Corbett soltó una sarta de maldiciones mientras Ranulfo admiraba en silencio la maestría de su amo en el manejo de algunas de las más desvergonzadas imprecaciones que él jamás hubiera oído en su vida. Los caminos estaban constelados de grandes baches provisionalmente cubiertos con montones de maleza o de tierra que serían arrastrados sin duda por los primeros aguaceros que cayeran. Se detuvieron en la posada de una aldea para tomar un plato de anguilas condimentadas con especias y unos cuantos tragos de la fuerte y embriagadora cerveza local. La taberna estaba llena de hombres y mujeres de campo, halconeros, cazadores, mozos de cuadra, tahoneros, cervecedores, cocineros y sollastres. Todos se habían reunido allí para tomar unas jarras de cerveza en compañía de varios pastores y porquerizos y todos bromeaban y daban palmadas a las lavanderas y las mozas de las vaquerías que acudían a la taberna para intercambiarse chismes o tratar de conquistar a su mozo preferido.

Sentado en un rincón, Corbett escuchó la descripción que le hizo Ranulfo de los asuntos de Londres antes de informarle en voz baja de lo que les esperaba en el priorato de Godstowe. El rostro de Ranulfo palideció intensamente. Gaveston y el príncipe Eduardo eran dos veces más peligrosos que el anciano Rey; especialmente Gaveston, un poderoso y despectivo señor que dejaba sentir su presencia tanto en la corte como en la ciudad. Por primera vez desde que asistiera a misa por Navidad, el criado cerró los ojos y rezó con todas sus fuerzas para que su amo no fracasara y perdiera el favor real. Corbett estaba atrapado en medio de la furiosa inquina que se tenían mutuamente el rey Eduardo y su insolente heredero. En caso de que fracasara,

Corbett sufriría sin duda los efectos de la ira real, pero el príncipe de Gales era un ser tan irracional y voluble como un pájaro en una rama, pues a veces se mostraba amable y cordial y otras no dudaba en ejercer toda la autoridad de que estaba revestido. Gaveston era todavía peor, un hombre decididamente peligroso. Ranulfo apreciaba a su amo, aunque de vez en cuando le sisara alguna que otra moneda y se burlara a su espalda de sus solemnes modales. Sabía que, si Corbett cayera, él también caería. Ranulfo se levantó y, para ahogar el terror que le estaba encogiendo el estómago, pidió otra jarra de cerveza a una zarrapastrosa moza de la taberna envuelta en un mandil lleno de lamparones.

—¡Todo el mundo sabe lo que le ha ocurrido a *lady* Eleanor Belmont! —exclamó—. Oí hablar de ella en el Ayuntamiento y en la Alameda de San Pablo —añadió, mirando inquisitivamente a su amo.

Corbett se incorporó en su asiento y apartó los ojos de un vendedor de reliquias que acababa de entrar en la taberna con su bolsa de mercaderías.

—¿Quién dicen que es el culpable?

—Acusan al príncipe e incluso al anciano Rey.

—¿Y qué más dicen, Ranulfo?

—Que el príncipe quiere a Gaveston mucho más de lo que cualquier hombre quiere a su mujer. Los viejos dicen que va a estallar una nueva guerra civil y tanto los armeros como los flecheros están haciendo un gran negocio.

Corbett asintió con la cabeza y se reclinó en su asiento. Sus espías le habían dicho lo mismo: a todo lo largo y lo ancho del país los señores estaban haciendo obras de reparación en sus castillos y acaparando armas y provisiones con vistas a un posible asedio. ¿Estallaría la guerra? Puede que Godstowe tuviera la respuesta.

Corbett miró hacia la puerta y vio que el día ya empezaba a declinar, por lo que ambos reanudaron su camino por la antigua calzada romana que conducía al norte hacia Oxfordshire manteniéndose constantemente alerta mientras el sol se ponía poco a poco. Con anterioridad, el camino había estado lleno de mercaderes, estudiantes vestidos con sus sucias y manchadas túnicas, titiriteros o frailes de los que iban de aldea en aldea con sus altares portátiles sobre ruedas. Ahora, al caer la noche y a pesar del opresivo calor estival, Corbett sabía que el camino se convertiría en un lugar peligroso. Los bosques y los desolados páramos estaban habitados por forajidos sin tierra, unas sucias sabandijas envueltas en inmundos andrajos y desfiguradas por todas las llagas y enfermedades que cupiera imaginar. Salían al camino real e incluso se jactaban de sus acciones, explicando a sus maltrechas y magulladas víctimas que habían sido asaltadas por «Cabeza Pelada», «Huesos Ensangrentados», «Robin el Malo» o cualquier otro nombre que hubieran decidido adoptar. Corbett acarició la espada y la daga que colgaban de su cinto y, un poco más tranquilo, espoleó a su cansado caballo para que avivara el galope.

Llegaron muy entrada la noche a la aldea de Woodstock, a medio camino entre el palacio y el priorato, y decidieron alojarse en la taberna del Toro, situada casi en las

afueras del pueblo, en el lindero del bosque. Corbett era siempre muy prudente en sus gastos. La habitación era, en realidad, una buhardilla con un camastro de paja sobre un armazón de tijera que él y Ranulfo compartirían junto con la colcha de lana, la cómoda, la mesa y las dos banquetas. Les habían prometido un cuenco de cerveza aguada por la mañana, unas gachas y una cena por la noche. El posadero, que tenía la cara picada de viruelas, accedió también a proporcionar establo y forraje a las cabalgaduras.

En cuanto su amo se retiró a descansar, Ranulfo bajó a la taberna con la bolsita de mercancías que siempre llevaba consigo cuando visitaba regiones rurales como aquella; unas jarritas con agua coloreada y pétalos triturados de flores, pelo hervido de perro canelo, piel machacada de la cabeza de un muerto, todo mezclado con sebo. Estas y otras exquisiteces vendió Ranulfo al posadero y a sus clientes como remedio de todas las dolencias conocidas en la tierra. Alegrándose de haber recuperado por lo menos una parte de las pérdidas de su amo, el criado se embolsó el dinero, subió de nuevo al piso de arriba y, tendiéndose en el borde del camastro, durmió el sueño de los justos.

Sin embargo, en el priorato de Godstowe, el asesinato había sentado una vez más sus reales. La anciana sor Marta estaba ocupada en la preparación de un desacostumbrado baño en su espaciosa habitación. Alrededor de la bañera había colocado una mampara y los cocineros habían subido desde la cocina unas grandes vasijas de barro para llenar la bañera de madera con agua caliente. Sor Marta quería ofrecer un aspecto inmejorable. Estaba segura de que a la señora priora le interesaría mucho conocer lo que ella sabía.

Sor Marta se había quitado su túnica de sarga marrón forrada de azul, el hábito de la orden de las Hijas de Sión a la que pertenecía, y vestida tan solo con la camisa blanca de lino, estaba intentando acercar un poco más la mampara a la bañera. Comprobó que la puerta de la habitación estuviera bien cerrada con llave, tomó la copa de vino y bebió ávidamente un sorbo.

Le hubiera gustado poder bañarse con el perfumado y delicado jabón que el priorato había mandado traer desde Castilla. Lo había utilizado unos tres meses atrás, la última vez que se había bañado poco antes de las celebraciones de Pascua.

Sor Marta se alisó los grasientos mechones grises de su cabello y apretó los labios mientras sus ojillos negros miraban con dureza a su alrededor. Sí, tenía que ofrecer un aspecto inmejorable cuando *lady* Amelia la viera: sor Marta deseaba causarle la impresión de una persona perspicaz e inteligente y no quería ser despachada como una vieja monja parlanchina, perdida en necias ensoñaciones. No quería que ninguna de aquellas brujas de sor Francisca o sor Catalina se burlara de su información, tildándola de febril fantasma de una mente envejecida. No, sor Marta había visto algo la noche en que murió la ramera real, algo que no encajaba, y pensaba sacar provecho

de lo que sabía; tal vez unos dulces o unas sábanas de lino o unas raciones de comida más abundantes en el refectorio. Se lo había ganado tras haber prestado tantos años de servicio a la orden.

Sor Marta se quitó la camisa y subió a la bañera, dejando que su viejo cuerpo surcado por las venas se sumergiera en la cálida y relajante agua. Echó la cabeza hacia atrás, pero se incorporó de golpe cuando el asesino llamó a su puerta.

## Capítulo III

Corbett y Ranulfo llegaron a Godstowe a última hora de la mañana, poco después de que el cuerpo ahogado de sor Marta hubiera sido amortajado y trasladado al depósito de cadáveres, un pequeño edificio de ladrillo situado en la parte de atrás de la iglesia del priorato. Los jinetes contemplaron los edificios del monasterio al fondo de un boscoso valle muy poco profundo. Tenían ante sus ojos una alta entrada de doble hoja y, un poco más allá del lienzo de la muralla, la poterna o galilea que se abría al bosque.

Corbett dio unas palmadas al cuello de su caballo cuando este se agitó con inquietud al oír el suave toque de la campana del priorato convocando a los trabajadores laicos de los campos situados al otro lado de las murallas al almuerzo del mediodía. El priorato era un imponente conjunto de edificios de piedra amarilla extraída de las canteras de la región. La casa principal, un edificio de dos plantas, formaba un cuadrado alrededor de un claustro con jardín interior. Más allá estaba la iglesia con su tejado de rojas tejas y sus elevadas torres. Corbett identificó los restantes edificios: la enfermería, el noviciado, la sala capitular construida encima del refectorio, la casa de la priora al otro lado de la iglesia y, finalmente, pegados a las murallas, los edificios donde se conservaba la cebada para la elaboración de la cerveza, el cuarto del horno y otras dependencias anexas. Un lugar de manifiesta serenidad, contemplación y plegaria, pensó Corbett. Tendría que hacer un considerable esfuerzo para verlo como un lugar empapado de sangre y de intrigas.

—Ranulfo —dijo, volviéndose en la silla para mirar a su criado—. Godstowe es un monasterio de mujeres presuntamente consagradas a Dios. Sé prudente y recuerda mi consejo... nada será lo que parece. Ah, por cierto, ¿qué había en aquella bolsa que anoche te llevaste a la taberna de abajo?

—Nada, amo mío —contestó Ranulfo, mirando a su amo con expresión de absoluta inocencia.

Corbett soltó un gruñido mientras bajaban a medio galope por la ladera, siguiendo el camino que conducía a la entrada principal del monasterio. Ranulfo tiró de la cuerda de la campana que colgaba junto al muro y golpeó la pequeña poterna con la punta de la bota. Un hombre alto y delgado con una cara tan pálida como la nieve, unos ojos legañosos y una colorada nariz que brillaba como un faro, abrió la puertecita y la entornó a su espalda.

—¿Qué deseáis? —preguntó, estudiando el moreno rostro del escribano, su caro jubón enguatado, sus calzones de lana y sus costosas botas de montar españolas—. Quiero decir —añadió en tono algo más cortés— qué os trae por aquí.

Enseguida se unieron a él dos soldados vestidos con la librea azul y oro del príncipe de Gales, armados con daga y espada y con los rostros ocultos detrás de los nasales de sus cónicos yelmos.

—¡Largo de aquí! —gritó uno de ellos.

Se tambaleaba ligeramente y hasta Ranulfo, desde el lugar que ocupaba detrás de Corbett, pudo aspirar los efluvios de la cerveza.

Corbett espoleó a su montura, sacó el pie del estribo y empujó al guardia contra la puerta, apoyando fuertemente la bota en su pecho.

—Me llamo Corbett —le dijo en tono pausado—. Hugo Corbett, escribano mayor de la Cancillería del rey y enviado especial suyo al priorato de Godstowe. Os he tratado con cortesía y por eso me desagradan vuestros malos modales. Y ahora —añadió dirigiéndose al portero—, ¡o abris la puerta o acabo con uno de los dos! Ya sabéis que entorpecer la labor de un enviado real es delito de traición —añadió sonriendo.

Apartó el pie y los dos soldados huyeron como conejos mientras el Nariz Colorada se apresuraba a abrir una de las dos grandes hojas de la puerta para franquearles la entrada. En su afán de acompañarlos a las cuadras, ni siquiera se molestó en cerrarla. Después, uno de los soldados los condujo a los aposentos de la priora deshaciéndose en disculpas. La noticia de la disputa de la entrada debió de haberse adelantado a ellos, pues *lady* Amelia ya les estaba esperando en la fresca sala superior, con sus paredes pintadas de azul, su reluciente suelo de madera y sus ovaladas vidrieras de colores. La reverenda priora se encontraba en el centro de la cámara, acomodada en un asiento que parecía un trono. Al entrar Corbett, se levantó y le alargó una elegante mano para que se la besara.

—Sed bienvenido, maese Corbett. Nos hemos enterado de vuestra venida. Debo pedir os excusas por el recibimiento —la priora esbozó una falsa sonrisa—. Pero es que la muerte de *lady* Eleanor atrae constantemente a los curiosos. En cualquier caso, sed bienvenido, maese Corbett. Pensaba que Su Majestad enviaría...

Su voz se perdió sin terminar la frase.

—¿A alguien más importante que un escribano, mi señora?

La religiosa asintió con la cabeza.

—¡En tal caso, señora, os he decepcionado!

Corbett contempló el altivo rostro enmarcado por la blanca toca almidonada, con sus ojos de lince, su autoritaria nariz y sus finos labios. *Lady* Amelia olía a perfume de hierbas trituradas y a algo más profundo y embriagador. Esta dama, pensó Corbett, sería capaz de matar en caso de que su honor o su orgullo estuvieran en juego. *Lady* Amelia pasó por alto su respuesta y presentó amablemente a sus dos acompañantes las viceprioras, sentadas una a cada lado suyo cual si fueran dos morillos: sor Francisca, alta, delgada y enjuta, con unos ojos más duros que el pedernal y el agrio rostro torcido en una mueca de desdén, y sor Catalina, agraciada, vivaracha y regordeta, con un rostro jovial, unos carnosos labios y unos penetrantes ojos negros que contrastaban fuertemente con sus sonrosadas mejillas. *Lady* Amelia le indicó a Corbett una silla. Después dio una palmada y entró una criada con unas copas de malvasía y una bandeja de dulces. La priora no prestó la menor atención a Ranulfo y lo dejó de pie detrás de su amo. El criado se tragó su orgullo mientras estudiaba a las

monjas. ¡Eran la más impía trinidad que en su vida hubiera visto! Sin embargo, la que más le llamó la atención fue sor Catalina, la cual estaba estudiando atentamente a Corbett y no paraba de humedecerse los labios con la punta de su sonrosada lengua. Ranulfo sonrió levemente. Esta es una descarada, pensó, mientras empezaba a soñar despierto en lo que podría ocurrir en caso de que él y aquella dama se quedaran a solas en una pequeña y acogedora estancia. La priora se reclinó en su asiento, dejando que una leve sonrisa iluminara su severo rostro mientras tomaba con desgana unos dulces.

—¿Qué gusta mandar Su Majestad el Rey? —preguntó.

—Su Majestad solo pide una exhaustiva explicación acerca de la muerte de *lady* Eleanor.

*Lady* Amelia hizo una mueca.

—Lamentamos la muerte de *lady* Eleanor, lo mismo que la de la desventurada sor Marta. Es una de nuestras hermanas —se apresuró a añadir al ver la expresión de perplejidad del rostro de Corbett—. Ha muerto ahogada en su bañera esta mañana. Recordad, mi señor escribano, que en medio de la vida ya estamos en la muerte.

—Sí, pero todo depende de la forma en que se produzca la muerte.

—En el caso de *lady* Eleanor, por un accidente.

Corbett se ajustó el cinturón y se reclinó cómodamente contra el respaldo de su asiento.

—¿Era de temperamento melancólico? —preguntó.

—Un poco. A menudo la oíamos rezar, pidiendo ser librada de su enfermedad. Tenía una dolencia del pecho. ¿Sor Catalina? —dijo, volviéndose hacia su risueña compañera.

La regordeta monja se estremeció como si acabara de despertar de una ensoñación.

—*Lady* Eleanor —explicó con voz cantarina— padecía una enfermedad maligna del pecho. El príncipe le enviaba medicinas.

—¿Se las traía personalmente? —preguntó Corbett.

—Oh, no.

—¿Recibía visitas?

—¡Por supuesto que no! —contestó *lady* Amelia, indignada—. Esto es un convento, no una casa de huéspedes.

—Y las medicinas... ¿por qué se preocupaba tanto el príncipe por ella?

—El príncipe es un hombre muy considerado.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Mi padre fue mayordomo de su casa.

—¿Y esa es la razón de que vos fuerais nombrada priora de este convento?

—Naturalmente —la sonrisa de *lady* Amelia se desvaneció—. Pero el nombramiento fue aprobado por el obispo y la comunidad.

Corbett observó que sor Francisca fruncía los labios en un silencioso pero

elocuente repudio de los pretendidos méritos de su señora.

—¿Y las medicinas?

—Bueno —contestó sor Catalina—, se las compraban a un médico de Londres, destiladas por el mejor boticario.

Al ver en los ojos del escribano un dubitativo parpadeo, *lady* Amelia procuró sonreír con más benevolencia. Tenía que guardarse de dar respuestas precipitadas. Ya le habían hablado de aquel inquisitivo escribano con su afición a las bruscas preguntas y su fama de honradez. Lo estudió con más detenimiento. Sí, era algo más que un vulgar funcionario, con su cabello tan negro como la noche, la irónica expresión de su rostro y aquellos perspicaces ojos que no parecían aceptar ni una sola palabra de lo que ella le estaba diciendo. Puede que el ataque fuera su mejor manera de defenderse. En caso necesario, podía ser tan brusca como él.

—Tened cuidado, maese Corbett —replicó—. Aunque sus relaciones con *lady* Eleanor hubieran terminado, el príncipe la apreciaba. Las medicinas eran pociones, no venenos.

La priora chasqueó los dedos y sor Catalina se levantó y se dirigió a un pequeño arcón con refuerzos de hierro. Levantó la tapa, sacó un sello y se lo entregó a *lady* Amelia. La priora, sin apartar los ojos de Corbett, abrió el sello, echó en la palma de su mano una pequeña cantidad del polvo blanco que contenía, la recogió con la punta de la lengua y se limpió la boca con un sorbo de vino.

—¡Cómo veis, maese Corbett, he tomado las mismas pociones que el príncipe enviaba a *lady* Eleanor y no me muero!

Corbett hizo una mueca.

—Muy bien. ¿Fuisteis vos quien encontró el cuerpo?

—Sí, después del rezo de completas. La comunidad y yo nos dirigimos al refectorio para hacer nuestra habitual colación antes de retirarnos a descansar. Como de costumbre, yo y mis dos viceprioras entramos en el convento por la puerta principal. El vestíbulo estaba a oscuras y solo ardía una antorcha. Encontramos a *lady* Eleanor tendida en el suelo al pie de la escalera —la priora miró directamente a Ranulfo como si reconociera por primera vez su presencia—. Parecía que estuviera dormida —añadió en un susurro.

—Pero ¿cómo pudo una mujer caerse por una escalera sin que se le moviera la capucha que le cubría la cabeza? —preguntó Corbett.

—He oído muchas conjeturas inútiles acerca de esta cuestión —se apresuró a contestar *lady* Amelia—. La capucha estaba muy bien ajustada.

—¿Y nadie oyó el ruido de la caída?

—No había nadie que pudiera oírlo.

—Excepto sor Marta y sor Isabel. Y ahora una de ellas ha muerto.

—¡Ambas eran sordas como unas tapias! —replicó *lady* Amelia.

—¿Y qué ocurrió después?

—Enviamos a nuestro portero a Woodstock para que informara al príncipe de lo

ocurrido.

—¿Y este qué hizo?

—Mi señor Gaveston vino para asegurarse de que todo se hiciera de la mejor manera posible dentro de lo que cabía. Dejó un poco de dinero para el funeral y nos transmitió la orden del príncipe de que *lady* Eleanor fuera enterrada aquí. Eso fue todo —dijo la priora, encogiéndose de hombros.

—¿Algún médico examinó el cuerpo?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? *Lady* Eleanor estaba muerta.

—¿Quién era la mejor amiga de la difunta?

*Lady* Amelia esbozó una sonrisa de triunfo como si hubiera sorprendido en falta al escribano.

—No sabía cuándo me lo ibais a preguntar.

Le hizo una seña con la cabeza a sor Francisca y esta se levantó, abandonó la estancia y regresó inmediatamente en compañía de otra monja. La recién llegada se quedó en la puerta y Corbett solo pudo ver su estatura, pues tanto su rostro como su figura estaban ocultos por el velo y el hábito.

—Maese Corbett, permitidme que os presente a nuestra sacristana y cillerera sor Águeda.

La monja se adelantó y, recordando su buena crianza, Corbett se levantó. Oyó un jadeo de Ranulfo a su espalda. Sor Águeda era extremadamente hermosa. Tenía un rostro fresco y lozano y unos ojos separados rebosantes de risa y buen humor. Su boca parecía tan dulce y suave como la miel. Mientras besaba su delicada y fría mano, Corbett aspiró el perfume de su cuerpo tan suave y embriagador como el de una rosa primaveral. *Lady* Amelia observó con expresión risueña el asombro de Corbett.

—¿Qué esperabais, mi señor escribano?

—No esperaba nada, mi señora.

Sor Águeda lo estudió detenidamente. ¿Se estaría burlando de él?, se preguntó Corbett. Sor Francisca sacó como por arte de ensalmo una banqueta y, a instancias de *lady* Amelia, sor Águeda se sentó, indicándole a Corbett por señas que volviera a sentarse.

—¿Deseabais interrogarme, *monsieur*? —preguntó esta en voz baja, hablando con un ligero acento francés.

—Sí, mi señora. ¿Vos erais una de las compañeras de *lady* Eleanor?

—En efecto.

—¿Compartíais la misma habitación?

—No, *lady* Eleanor ocupaba un pasillo del edificio del convento y utilizaba todas las habitaciones de allí. *Lady* Amelia me nombró compañera suya, pero yo dormía con mis hermanas en el dormitorio.

—¿Fuisteis nombrada compañera suya?

—*Lady* Eleanor pidió que le asignáramos a sor Águeda —contestó la priora,

interrumpiéndole.

—¿Y cómo estaba *lady* Eleanor la víspera de su muerte? —le preguntó Corbett a la joven monja.

—Muy contenta pero un poco enigmática. Insistió en que yo me fuera al rezo de completas y se negó a acompañarme.

—¿Y otras veces solía asistir a los rezos?

—Sí.

—¿Y, cuando vos os fuisteis, ella aún estaba viva?

La joven religiosa miró de reojo a Corbett para darle a entender que deseaba decir algo pero no se atrevía a decirlo allí.

—Por supuesto —contestó—. Como sacristana que soy, fui a la iglesia temprano para preparar el altar. Vos me visteis antes de que se iniciara el rezo de completas, ¿no es cierto, sor Francisca?

La alta y ascética monja asintió con la cabeza. Corbett comprendió el significado de la pregunta.

—*Lady* Amelia, ¿cuándo fue vista Eleanor Belmont con vida por última vez?

La priora hizo una pausa, acercándose los dedos a los labios.

—La vieron poco antes de completas las religiosas más ancianas, sor Isabel y sor Marta. Estaban chismorreando en una de las habitaciones que da al pasillo de la capilla. Vieron a *lady* Eleanor bajando por el camino como si se dirigiera a la galilea.

Corbett levantó la mano para indicarle que esperara un momento mientras él trataba de recordar el trazado del monasterio. El edificio del convento tenía a su derecha la iglesia prioral, detrás de esta había unos árboles y unas dependencias anexas y, finalmente, la muralla y la galilea. El escribano esbozó una sonrisa.

—Estaba recordando lo que he visto —explicó—. Seguid, os lo cuento. Me estabais hablando de las dos ancianas religiosas que vieron a *lady* Eleanor.

La priora se encogió de hombros.

—Sor Isabel abrió la ventana y la llamó para preguntarle si ocurría algo. *Lady* Eleanor se volvió sonriendo, la saludó con la mano y, levantando la voz, le contestó que iba a dar un breve paseo. Fue la última vez que la vieron con vida.

—Sor Águeda, ¿qué pensáis vos que pudo ocurrir? —le preguntó Corbett a la joven religiosa.

La monja hizo una mueca, se encogió levemente de hombros y le volvió a dirigir una mirada de advertencia.

—Creo que fue a dar un paseo, regresó durante el rezo de completas, subió la escalera, tropezó, cayó hacia atrás y se rompió el cuello. ¡Pobrecilla!

—Pero ¿por qué razón semejante caída tenía que significar una muerte inmediata?

Corbett oyó que Ranulfo se movía a su espalda y se dio cuenta de repente de que su criado se estaba desplazando poco a poco hacia el otro lado de la sala donde había unas figurillas de plata sobre una bandeja colocada encima de la upa de un arcón. ¡Oh, Dios mío! —rezó en silencio—. Por favor, Ranulfo, aquí no.

—Cabe dentro de lo posible —contestó sor Francisca, hablando por primera vez con voz áspera y decidida—. Tengo ciertos conocimientos de medicina. Cuando una mujer sufre una dolencia maligna en el pecho, se le secan los huesos porque los humores del cuerpo se quedan sin jugo. En semejante estado, una caída puede ser muy peligrosa.

Corbett decidió formular ahora su pregunta más importante, como un buen arquero que deja la flecha más mortífera para el final.

—O sea que *lady* Eleanor fue vista por última vez en las inmediaciones de la iglesia el domingo antes del rezo de completas.

La joven religiosa asintió con la cabeza.

—La vieron sor Isabel y sor Marta, ¿verdad?

—Sí —se apresuró a contestar *lady* Amelia—. Y el portero. Él también la vio en las inmediaciones de la iglesia antes de completas al pasar por delante de la galilea.

Corbett carraspeó.

—*Lady* Amelia, os tengo que hacer una pregunta y os la hago con toda la autoridad que me confiere la ley del Rey, ¿alguna de las hermanas o vos misma abandonó la iglesia durante el rezo de completas o hubo después alguien que se excusara y abandonara el refectorio?

—¡No!

—Sor Águeda, ¿os retirasteis vos?

—¡Por supuesto que no se retiró! —contestó por ella sor Francisca—. Estuvo en la sacristía antes de completas. Yo estaba con ella —añadió, mirando con desprecio a la joven religiosa—. Siempre tengo que vigilar a sor Águeda. Yo soy responsable de las provisiones y de las bandejas y... —Corbett observó que la joven monja se ruborizaba— sor Águeda tiende a ser un poco olvidadiza, ¿no es cierto, mi querida hermana?

Sor Águeda apartó la mirada.

—¿Puedo ver el cadáver? —preguntó Corbett, levantándose bruscamente—. Mi señora priora, necesito ver el cadáver. Lo exige el Rey.

*Lady* Amelia echó la cabeza hacia atrás y le miró con expresión escandalizada.

—*Lady* Eleanor, a pesar de todo lo que antaño había sido, murió como miembro de nuestra orden —contestó.

—Mi señora... —dijo Corbett, percatándose de que Ranulfo ya se encontraba muy cerca de las figurillas de plata— *lady* Eleanor era también una súbdita del Rey y murió en extrañas circunstancias. ¿Queréis que os muestre las órdenes y los mandatos?

La priora lanzó un suspiro.

—Su cuerpo yace en el depósito de cadáveres, cerca de la iglesia —contestó en voz baja—. Sor Francisca, sor Águeda, acompañad a nuestro huésped.

A la espalda de Corbett, Ranulfo lanzó un suspiro de alivio. Había actuado justo a tiempo y ahora dos de las figurillas de plata ya se encontraban cuidadosamente

ocultas bajo su jubón. El criado siguió a su amo mientras este, saludando con una cortés inclinación de cabeza a la priora, abandonaba la sala detrás de sor Francisca y sor Águeda. Salieron a la cegadora luz del exterior. Ranulfo caminaba golpeando fuertemente con los pies el duro césped mientras que sor Francisca y sor Águeda se movían tan suave y silenciosamente como unas sombras.

Las monjas acompañaron a los dos hombres a través del césped, rodeando unos hermosos edificios redondos de piedra arenisca hasta llegar a la iglesia, detrás de la cual se levantaba, muy cerca de la muralla, el pequeño depósito de cadáveres de ladrillo rojo al final de un polvoriento camino.

De vez en cuando Corbett se detenía para hacerle a sor Francisca algunas preguntas a propósito de Godstowe. Ella contestaba cortésmente en voz baja y hacia ademán de seguir adelante, pero el escribano no cedía terreno y se quedaba plantado en su sitio como si tal cosa, mirando indolentemente a su alrededor mientras los criados del priorato iban de un lado para otro y, muy cerca de allí, unas hermanas legas cavaban en los parterres del jardín, purificando la oscura tierra que rodeaba los rosales y los pulcros cuadrados de hierbas.

Corbett respiró hondo y se relajó bajo la cálida luz del sol mientras escuchaba distraídamente el zureo de las palomas torcaces del bosque. A su espalda, bajo los aleros de la iglesia, se oían los musicales parloteos de las golondrinas junto a los muros del templo. Sin embargo, sor Francisca tampoco cedió terreno, dispuesta a responder a cualquier pregunta que él quisiera hacerle, aunque sin apartar ni por un instante los ojos de la silenciosa sor Águeda. Corbett vio en los ojos de sor Francisca una mirada de advertencia a la joven religiosa, como si quisiera evitar que esta se fuera de la lengua o facilitara alguna información que fuera más allá de lo que exigía la buena educación. Corbett levantó una vez más los ojos al azul del cielo y se acercó a sor Francisca.

—Todo aquello no ha sido más que una sarta de mentiras, ¿verdad? —le preguntó bruscamente—. Me refiero a lo que se ha dicho en la sala. Aquí ocurre algo, ¿no es cierto, señora? —sin prestar atención al escandalizado jadeo de sor Águeda, Corbett se alegró en su fuero interno de ver el azoramiento de sor Francisca en presencia de un desafío tan directo—. Soy la justicia del Rey en estas cuestiones. *Lady Eleanor* no se cayó, ¿verdad?

Sor Francisca retrocedió y la cara se le arrugó como un higo seco. Después parpadeó varias veces tratando de recuperar el aplomo.

—Puede que estéis en lo cierto, señor —murmuró—. Yo creo que, a lo mejor, *lady Eleanor* se suicidó. La priora trata de ocultarlo. Algo oprimía la mente de *lady Eleanor*, pero *lady Amelia* no quiere aceptar que fue un suicidio. Teme que le echen la culpa de algo. Además... —añadió la monja en un susurro— ¿sabéis lo que podría ocurrir si se demostrara que fue un suicidio?

Corbett la miró fijamente.

Sor Francisca levantó la voz.

—A *lady* Eleanor se le negaría el entierro en terreno sagrado. ¿Es eso lo que queréis, escribano? ¿Que arrojen su cuerpo a una fosa superficial de alguna encrucijada y le claven una estaca en el corazón para que su pobre alma no descanse jamás? ¡Así lo manda la Iglesia!

Corbett señaló hacia el fondo del camino.

—¿Ese es el depósito de cadáveres?

—Sí —contestó secamente la monja—. Haced lo que tengáis que hacer.

Corbett le dijo a Ranulfo que esperara, bajó por el camino y abrió la puerta entornada. La húmeda y fría atmósfera del interior olía a tierra y a podredumbre. El escribano cerró la puerta a su espalda y sintió una vez más en su espíritu la amenaza de la muerte. Experimentó un sobresalto cuando un murciélago, asustado por el ruido, extendió las oscuras alas por encima de las alfardas y emitió un estridente chillido de desagrado. Una débil luz penetraba a través de un ventanuco de la parte superior de la pared. Detrás de la cabecera de cada uno de los sencillos ataúdes de madera de olmo ardían dos delgados cirios de cera de abeja en sendos candeleros. Corbett se acercó al más próximo, levantó el fino velo de gasa y pegó un brinco hacia atrás al ver el arrugado y viejo rostro que lo estaba mirando. Los ojos estaban entornados y los labios entreabiertos mostraban una boca negro rojiza. Bajo el parpadeo de la llama del cirio, parecía que la anciana estuviera a punto de incorporarse. Corbett recordó el comentario de la priora sobre la anciana monja que había muerto a primera hora de aquella mañana. Respiró hondo, volvió a cubrir el rostro con el velo y se desplazó hacia el otro ataúd.

Como de costumbre, la tapa aún no se había colocado, cosa que solía hacerse poco antes del comienzo del funeral. El velo ya se había retirado y Corbett se quedó sin respiración al ver la fría belleza de la joven que allí descansaba. Tenía el mismo cabello rubio plateado y los regulares rasgos de Maeve. Corbett pensó que, si *lady* Eleanor ya llevaba seis días muerta, el priorato no debía de haber reparado en gastos en la contratación de los mejores embalsamadores con el fin de conservar el cadáver hasta el día del entierro. Rezó una breve oración a la Virgen, confiando en que sus reflexiones no ofendieran el espíritu de la difunta. Retiró un poco más el velo, tomó el cirio y examinó la garganta de la mujer. A ambos lados de la garganta se veía una pequeña magulladura amarillenta. Corbett retiró por completo el velo y estuvo a punto de lanzar un grito de terror al oír de repente el tronido de una voz.

—¿Qué estáis haciendo, hombre de Dios?

Corbett se volvió. Al pie del féretro, un fraile que estaba arrodillado allí desde el principio se había levantado y sus manos apretaban con fuerza el borde del ataúd de *lady* Eleanor. El rostro del fraile parecía una máscara de furia bajo la espectral luz de la vacilante llama del cirio. Tenía la cabeza tonsurada y sus ojos aparecían profundamente hundidos en las cuencas bajo el ceño fruncido. Su boca y su barbilla mostraban una firme y resuelta expresión.

—Os he preguntado qué estabais haciendo —repitió el clérigo, mirando

encolerizado a Corbett.

Corbett deslizó la mano hacia la daga que llevaba colgada del cinto y el fraile rodeó el ataúd.

—He venido por encargo del Rey. Me llamo Hugo Corbett.

—¡Me importa un pedo del diablo quién seáis y la razón por la cual hayáis venido! —El fraile señaló el cadáver—. Aunque fuera una meretriz y sus pecados fueran tan escarlata como los de la Gran Ramera de Babilonia, la trataréis con respeto.

El fraile hizo una pausa mientras Corbett extraía la daga de la vaina. La puerta se abrió a su espalda y Ranulfo irrumpió casi sin resuello en la estancia.

—¡Calma, Ranulfo! —le gritó Corbett mientras el fraile giraba en redondo—. El padre y yo tenemos cosas que hacer aquí.

Ranulfo cerró la puerta a regañadientes.

—Padre —añadió Corbett en voz baja—, no tengo la menor intención de faltar al respeto. He venido aquí para examinar el cadáver por orden oficial. ¿Quién sois vos?

El fraile lanzó un profundo suspiro.

—Soy el padre Reynard, párroco de la iglesia del lugar y, por orden episcopal, capellán de este desdichado monasterio —el fraile asintió con la cabeza sin apartar los ojos de Corbett—. Supongo que es mejor que terminéis.

Corbett regresó a la cabecera del ataúd, levantó el velo, lo volvió a retirar y prestó especial atención a las magulladuras de ambos lados del cuello de la mujer. Vio en su mano derecha la señal de un anillo que le habían quitado. Se desplazó al pie del ataúd, retiró el velo que cubría aquella parte, levantó el hábito negro con que había sido amortajado el cadáver y vio otra magulladura amarillenta a media pantorrilla de la pierna derecha. A su espalda, el fraile respiraba afanosamente. Con la mayor delicadeza posible, el escribano examinó el resto del cadáver y, por primera vez, a pesar de los óleos y los ungüentos utilizados por los embalsamadores, aspiró la primera vaharada de corrupción. Rezó un réquiem en voz baja y regresó al ataúd de la anciana monja. La estudió bajo la atenta mirada del fraile, volvió a cubrir el cadáver con el velo y se retiró en silencio hacia la puerta. A su espalda, el fraile apagó los cirios y lo siguió. A pesar de la dorada luz del sol, Corbett sintió que un estremecimiento le recorría la columna vertebral a causa de lo que había visto.

—Sí, aunque camine por cañadas oscuras —recitó el padre Reynard, repitiendo el versículo del salmo sin quitarle los ojos de encima.

Corbett le miró. Ahora Reynard no parecía tan fiero como al principio. Era de mediana estatura y producía una impresión de fuerza semejante a la de un roble o la de la fértil y oscura tierra. Un hombre de los Comunes, directo y honrado tanto en sus palabras como en sus obras. Tenía un ascético rostro, en el que Corbett distinguió unas arrugas de jovialidad que atenuaban la fanática expresión de sus pensativos ojos.

—¿Conocíais a *lady* Eleanor? —le preguntó el escribano.

—Sí, una dama excelente por muy prostituta que fuera. —El clérigo miró a su

alrededor y entornó los ojos al ver a sor Francisca conversando con Ranulfo al final del camino—. Un lugar de perdición —musitó a través de la comisura de la boca—, no os llaméis a engaño, escribano. Satanás vaga por el mundo devorando las almas cuyos cuerpos arderán en su vientre por toda la eternidad.

—¿Y qué me decís de *lady* Eleanor? —preguntó Corbett.

—Un pobre y desventurado juguete de los príncipes. Ahora ha muerto, ¡Dios se apiade de su alma!

—¿Cómo creéis vos que murió?

—¡Por su propia mano, naturalmente! —el fraile se secó la suya antes de añadir—: Es posible que las oscuras fuerzas de este lugar alteraran su mente —señaló con un gesto de la mano la lejana muralla del convento y el plinto de piedra pulida que se elevaba a cosa de siete palmos del suelo—. Reparad en eso, escribano... el signo de Príapo. Dicen que, en otros tiempos, eso era un santuario, un altar consagrado a alguna antigua y sanguinaria divinidad.

Corbett siguió la dirección de su mirada. La pulida piedra brillaba bajo el sol. Sonrió para sus adentros. Su forma era inconfundible y le extrañó que las monjas conservaran semejante objeto pagano en aquel sagrado recinto. Se volvió a mirar al fraile.

—Aún no me habéis dicho, padre, qué estabais haciendo en el depósito de cadáveres.

—Rezando, naturalmente. Le estaba rezando a Jesucristo para que tuviera piedad de las almas de esas dos desventuradas mujeres. También rezaré por vos —el clérigo miró con expresión sombría al escribano—. ¡Creedme, antes de que termine vuestra misión aquí, es muy posible que os hagan falta mis oraciones!

## Capítulo IV

Corbett se reunió con Ranulfo y sor Águeda.

—¿Ya habéis conocido al padre Reynard? —le preguntó la religiosa—. Es un hombre bueno pero un poco exagerado. Supongo que habrá estado criticando nuestro plinto, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza.

—Las hermanas lo consideran simplemente una nuestra de inofensiva magia, pero, como todos los hombres, el padre Reynard cree que las mujeres son unas criaturas sin seso, capaces de dejarse atraer por un trozo de piedra.

—¿Adónde ha ido sor Francisca? —preguntó Corbett, utilizando un tono de voz más brusco de lo que hubiera querido.

La joven religiosa esbozó una picara sonrisa.

—Dijo que tenía cosas mejores que hacer que perder el tiempo esperando a los escribanos —adoptando un tono más serio, la monja añadió—: La vicepriora no os quiere ofender. Os ha invitado a quedaros y se ha ido a preparar una habitación de invitados. Os quedaréis aquí, ¿verdad?

Corbett miró a Ranulfo.

—Por cierto, hablando de perder el tiempo, Ranulfo, si rodeas el edificio del convento, cerca de los establos encontrarás el cuarto que necesitas.

El criado se ruborizó de vergüenza.

—Yo creía que vos no habíais estado nunca en Godstowe, amo mío.

—No había estado, pero, al entrar, he visto a un mozo corriendo hacia allí y, poco después, lo he visto salir con cara de alivio. ¡Anda, ve! Y después encárgate de recoger nuestro equipaje.

Esperó hasta que Ranulfo se retiró más allá del alcance de su oído.

—Sor Águeda —dijo entonces—, no quisiera verme obligado a ejercer mi autoridad, pero desearía interrogar a la otra religiosa, sor Isabel —señaló hacia el depósito de cadáveres—. Acabo de ver el cuerpo de su amiga.

—Por supuesto —Sor Águeda le miró sonriendo—. Estoy segura de que la señora priora estaría de acuerdo.

La religiosa lo acompañó pasando por delante de los aposentos de la priora hasta llegar a la fachada del edificio principal del monasterio, donde subió con él unos anchos peldaños y entró en el vestíbulo, una espaciosa e impresionante sala dominada por una gran escalinata de madera con unas oscuras concavidades a ambos lados.

—Aquí murió *lady* Eleanor —musitó sor Águeda, señalando un lugar al pie de la escalera.

—¿Cómo la encontraron? —preguntó Corbett—. Me refiero a la posición del cuerpo.

—La verdad es que no lo sé. La señora priora la encontró y me mandó llamar al refectorio por medio de sor Catalina. Cuando llegué, el cuerpo de *lady* Eleanor ya

había sido colocado de una forma más decorosa.

—¿Qué pensasteis al verla por primera vez?

—Pensé que se había desmayado.

Corbett observó que la joven monja apartaba la mirada y se acercaba a los ojos un blanco puño ribeteado de encaje. El escribano apoyó suavemente la mano en su hombro.

—Lo siento —murmuró—. Si pudiera ayudaros...

Sor Águeda se volvió y sus ojos parpadearon cual si fueran dos mariposas negras antes de posarse en los suyos. Le dio las gracias en voz baja y, levantando el dobladillo de su hábito, lo acompañó al piso de arriba mientras él contemplaba el seductor contoneo de sus caderas y sus elegantes y finos tobillos. Al llegar a lo alto de la escalera, la monja se volvió, bajó por una larga y oscura galería y se detuvo al llegar a una gran puerta de la derecha, tachonada con adornos metálicos.

—¡Sor Isabel! —llamó en tono apremiante—. Tenéis una visita, maese Corbett.

—Adelante, adelante.

La voz era áspera y chillona. Sor Águeda empujó la puerta hacia adentro y Corbett entró en una espaciosa pero lúgubre estancia iluminada tan solo por la débil luz del sol que penetraba a través de una ventana de parteluz que daba al recinto del priorato. El escribano percibió los distantes rumores de la comunidad: el regreso de los gañanes de los campos y los huertos, los relinchos de los caballos desde los establos y el parloteo de las monjas que disfrutaban un poco de los rayos del sol antes de entregarse al canto llano de sus rezos.

La estancia estaba ricamente amueblada y, a pesar de que el tiempo era todavía muy templado, varios braseros de carbón encendidos la caldeaban. En varias alacenas adosadas a la pared se exhibía una impresionante colección de copas y bandejas de filigrana de plata y oro. Corbett dio gracias a Dios de que Ranulfo no estuviera allí: los dedos de su criado no hubieran podido resistir la cercanía de tanta riqueza. En un rincón había un armario cuyas puertas entreabiertas permitían ver toda una serie de vestidos, capas y otras prendas, señal inequívoca de que sor Isabel tenía un interés por este mundo tan acusado como por el otro. En otro rincón de la estancia se encontraba la enorme cama con dosel cuyas cortinas ribeteadas de piel estaban descorridas, mostrando una cabecera de madera labrada, unos grandes traveseros blancos y una colcha en tonos tostados y plateados. Corbett había oído hablar del lujo de algunas casas religiosas, pero jamás lo había visto directamente. Tan absorto estaba en la contemplación de la riqueza de la estancia que no se percató de la presencia de la diminuta figura acomodada en un asiento de madera labrada junto a uno de los braseros.

—¿Quién sois, señor?

El pequeño, blanco y mofletudo rostro bajo la toca parda parecía enfurecido y alarmado a la vez.

Corbett se acercó a sor Isabel y la miró fijamente. Ella le miró con semblante

enojado. Sus diminutos ojos parecían dos grosellas negras en un plato de masa de harina y su rostro estaba torcido en una amarga mueca como si se pasara la vida olfateando un olor desagradable. Corbett esbozó una sonrisa y, en una deslumbradora exhibición de cortesía, se inclinó en una reverencia que hubiera sido la envidia del más gentil cortesano.

—Señora —contestó en un suave susurro—, la estancia, vuestra augusta persona... si no lo supiera, me hubiera creído en presencia de la Reina.

Sor Isabel, apartando a un lado su bordado, le miró con una radiante sonrisa de felicidad en los labios y lo invitó a sentarse a su lado en una pequeña banqueta acolchada. Los halagos habían sido suficientes para ablandar a sor Isabel y convertirla en un trozo de suave arcilla. El escribano le hizo un breve esbozo de los detalles de su vida y le mintió diciendo que una pariente lejana suya siempre le hablaba de las excelencias de Godstowe y estaba considerando la posibilidad de recurrir a la priora para que la aceptara en el convento. Sor Isabel, que era una anciana muy parlanchina, se lo tragó todo tal como un hombre sediento se hubiera tragado un vaso de agua fresca. Empezaron a hablar acerca del pasado y Corbett encauzó hábilmente la conversación hacia los derrotos que más le interesaban.

Como es natural, sor Isabel estaba especialmente preocupada por su salud e inmediatamente soltó una letanía de todos sus dolores y dolencias tan larga como un salmo, lo cual los llevó a hablar de los efectos de los distintos elixires: la sangre de caballo mezclada con pelo de comadreja era un remedio seguro contra la fluxión, mientras que la pezuña de alce, en caso de que se pudiera conseguir una, era capaz de curar las más graves fiebres palúdicas. Al final, Corbett logró dirigir la conversación hacia el destino de *lady* Eleanor. Sor Isabel apretó los labios como si fuera la fuente de toda la sabiduría y, poco a poco, reveló su autorizada opinión.

—Pues sí —dijo—, *lady* Eleanor tenía una inflamación del pecho tan grave que el príncipe Eduardo le enviaba unos polvos especiales.

—Corren rumores de que aquellos polvos eran un veneno —dijo Corbett, interrumpiéndola.

—¡Tonterías! —replicó la anciana monja con trémula voz—. La señora priora y también sor Águeda los probaron y no les pasó nada —añadió en tono nostálgico, como si pensara que ojalá les hubiera ocurrido algo.

—¿Y la mente de *lady* Eleanor? —la espoleó Corbett—. ¿Estaba melancólica?

—Sí, pobrecilla. Sufría por el amante que la había abandonado.

—¿Creéis que su muerte fue accidental?

—Pudo serlo. El vestíbulo se encontraba a oscuras y vos ya habéis visto lo empinados que son los peldaños. Yo siempre me quejo de eso.

—¿Visteis el cuerpo de *lady* Eleanor?

—Pues sí. Parecía que estuviera durmiendo, de no haber sido por la magulladura del cuello y la cabeza torcida.

—Pero vos no creéis que fuera un accidente, ¿verdad? ¿Cómo es posible que una

dama cayera escaleras abajo? A pesar de la oscuridad, debía de conocer bien los peldaños.

La anciana monja se humedeció los labios con la lengua y se inclinó hacia adelante.

—Tenéis razón. Solo puede haber una deducción —dijo en un susurro, acercando su cabeza a la de Corbett hasta casi rozarla—. Un suicidio —musitó.

Corbett se desanimó. ¡Otra vez la misma teoría!

—Pero ¿cómo es posible en tal caso que la capucha de la capa no le resbalara hacia atrás? —preguntó—. Alguien la hubiera oído gritar o hubiera oído el rumor de la caída, ¿no os parece? Al fin y al cabo, tanto vos como la difunta sor Marta estabais aquí.

—En efecto —la monja se reclinó contra el respaldo de su asiento con aire triunfal—. Pero nos habíamos acostado. Siempre lo hacemos. Una de las hermanas legas nos sirve un poco de comida. Además, este edificio es muy viejo y cruje y chirría constantemente.

Corbett se mordió los labios desalentado. Si no habían oído la caída de *lady* Eleanor, ¿cómo podían estar tan seguras de que nadie había entrado en el edificio del convento? Pero ¿qué más daba eso? *Lady* Eleanor no hubiera permitido que nadie entrara en su habitación.

—Pero no le había resbalado la capucha de la cabeza, ¿verdad? —preguntó, exasperado.

La monja le miró con los ojos entornados y entonces él comprendió que un interrogatorio excesivamente insistente despertaría sus sospechas.

—Bueno —replicó sor Isabel—, yo no sé por qué la gente sigue comentando esta cuestión. Este lugar es muy húmedo y frío. En una tarde de otoño es costumbre que una dama se abrigue para combatir el frío.

—¿Y vosotras la visteis? —preguntó Corbett sonriendo—. Me refiero a vos y a sor Marta que en paz descansen.

—En efecto. Sor Marta se encontraba en esta habitación. Siempre se reunía aquí conmigo, Dios la tenga en su gloria. Nos sentábamos aquí y veíamos pasar a nuestras hermanas cuando se dirigían al rezo de completas —señaló la ventana con la mano—. Por allí. Bueno... —Sor Isabel se removió en su asiento y se puso un dulce en la boca con tal rapidez que Corbett apenas se dio cuenta— mientras permanecíamos sentadas allí, vimos pasar a *lady* Eleanor. Llevaba una capa con la capucha puesta y nos pareció que se dirigía a la iglesia. La llamamos y entonces ella se volvió, nos saludó con la mano y nos dijo que iba a dar un paseo.

—¿Estáis segura?

—Por supuesto que sí. Se volvió y nos saludó con la mano.

—¿Y sor Marta la vio?

—Pues claro.

—¿Y sor Marta era amiga vuestra?

—Bueno, yo la ayudaba, pobrecilla. Era hija de un pequeño agricultor, ¿sabéis?  
—añadió la monja en tono condescendiente.

—¿Quién?

—Sor Marta. Su educación era incompleta y yo la ayudaba muy a menudo. Le quedaban todavía muchas cosas que aprender acerca de la vida espiritual y yo la ayudaba de muy buen grado —la anciana religiosa sacudió la cabeza—. Siempre le estaba diciendo que tenía que mortificarse un poco más y rezar con más frecuencia.

—Y ahora ha muerto.

—Sí, Dios la tenga en su gloria. Yo descubrí su cuerpo.

Corbett se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo ocurrió?

—Bueno, la pobrecilla tenía la mente trastornada. Quería ir a ver a la priora, decía que sabía algo acerca de la muerte de *lady* Eleanor. Entonces yo le dije que tendría que bañarse y prepararse muy bien —explicó sor Isabel con una leve sonrisa en los labios—. Sor Marta no era muy aseada en sus costumbres personales.

—¿Qué sabía acerca de la muerte de *lady* Eleanor?

—Decía que había visto no sé qué. *Sinistra non dextra* —repetía una y otra vez—. ¡La izquierda, no la derecha! ¡Pobrecilla! No sé a qué se refería, por consiguiente, no me lo preguntéis. Sea como fuere, me pareció que tardaba mucho en bañarse y fui a ver qué ocurría. La habitación no estaba cerrada bajo llave y entré —la anciana religiosa hizo una pausa de fingido dolor—. Sor Marta se encontraba en la bañera con las piernas levantadas como dos palillos y la cabeza bajo el agua.

—¿Visteis alguna otra cosa extraña?

—No, excepto que estuve a punto de resbalar cuando salí corriendo de la habitación. Había un reguero de agua que llegaba hasta la puerta.

—¿Alguna otra cosa?

—No —contestó la monja—. ¿Por qué hubiera tenido que haberla?

Corbett sacudió comprensivamente la cabeza y volvió a encauzar hábilmente la conversación hacia la pezuña de alce y el pelo de comadreja antes de levantarse, despedirse y prometer solemnemente que, si sor Isabel fuera tan amable de querer recibirle, él tendría sumo gusto en volver a visitarla. Cerrando la puerta a su espalda tras haber oído la agradecida aceptación de su ofrecimiento por parte de la anciana religiosa, Corbett regresó a la escalera y le bastó un solo vistazo para descartar las absurdas suposiciones de la monja. Si *lady* Eleanor hubiera querido suicidarse, no habría tenido por qué arrojarse escaleras abajo. Una caída desde una ventana e incluso desde la balaustrada de aquella galería hubiera obtenido el mismo resultado. Corbett bajó por la larga galería hasta la habitación de *lady* Eleanor. Había varias espaciosas estancias contiguas que ocupaban un lado del convento. Estaban abiertas, pero no encontró en ellas nada de interés, pues ya se habían retirado todos los muebles y las colgaduras. Lanzó un suspiro y bajó de puntillas la escalera. Confiaba en que sor Águeda lo estuviera esperando, pero solo vio a una hermana lega vestida

de gris pasando por delante de la escalera. Una vez abajo, se encaminó muy despacio hacia la entrada principal.

—¡Mi señor escribano!

Corbett esbozó una media sonrisa antes de volverse.

—¿Qué ocurre, sor Águeda?

—¿Habéis encontrado a sor Isabel?

—Sí.

—Muy bien.

Corbett vio el arrebol de las mejillas de la religiosa.

—Es que no solemos recibir muchas visitas —se apresuró a explicarle sor Águeda.

Corbett se acercó un poco más.

—Me duele veros encerrada en presencia de la muerte, señora. Ya me imagino vuestro dolor y vuestra soledad.

—Mañana habrá unas ceremonias —dijo ella, interrumpiéndole—. En la parroquia de la aldea. Estamos en la época de la siega. Tengo que ir a ver al padre Reynard para el pan de la consagración... él siempre quiere que usemos las obleas sin levadura que él mismo cuece en su horno. Los caminos están...

—Señora —dijo Corbett, interrumpiéndola a su vez—, me sentiría muy honrado si me permitierais acompañaros.

Sor Águeda lo acompañó en silencio a la hospedería que se encontraba al otro lado del recinto del monasterio y le mostró una agradable y cómoda estancia amueblada con unas cuantas piezas de calidad. Ranulfo ya estaba sacando el contenido de las alforjas. Sor Águeda los dejó allí, diciéndoles que un criado de la cocina les serviría las comidas, pues la regla de la orden no permitía la presencia de visitantes en el refectorio. Corbett se sentó en su cama y se quitó las botas. No dijo nada hasta que oyó las suaves pisadas de la monja perdiéndose en la distancia.

—Bueno, Ranulfo, ¿qué es lo que piensas?

El criado se dejó caer en la cama del otro lado.

—Para ser unas señoras que tendrían que estar ocupadas en los asuntos del mundo futuro —contestó mordazmente el criado—, parecen muy interesadas en los de este. ¡Por los cuernos de Satanás, amo mío, pero si estas viven con tanto lujo como cualquier princesa!

—¿Y qué piensas de la muerte de *lady* Eleanor?

—Creo que todas mienten y lo saben. La señora priora parece muy arrogante, pero está muerta de miedo.

—¿Algo más?

—Las dos viceprioras, sor Francisca y sor Catalina... se aborrecen entre sí. ¿Habéis observado que no se han intercambiado ni una sola mirada? —Ranulfo hizo una mueca—. ¿Y vos, amo mío?

—Creo que *lady* Eleanor no se cayó escaleras abajo. Si se hubiera caído, su

cuerpo hubiera estado lleno de magulladuras mientras que, aparte las señales del cuello, yo solo he visto una contusión en su pierna. La mataron en otro sitio y dejaron su cuerpo al pie de la escalera para simular un accidente. Creo también —añadió Corbett en un susurro— que la anciana monja fue asesinada en el baño porque sabía algo, aunque solo Dios sabe cómo podré demostrar lo que ocurrió realmente.

Corbett se tendió en la cama, tratando de ordenar la maraña de hechos que se arremolinaban en su cabeza. Un criado les sirvió unos cuencos de caldo caliente con unas pequeñas hogazas de pan blanco y un plato de faisán frío aderezado con especias y un acompañamiento de verduras. Al terminar de comer, Ranulfo salió a dar un paseo y regresó sin poder dar crédito a todo el lujo y la riqueza que sus ojos habían contemplado. Corbett levantó la vista al techo y se preguntó qué estaría haciendo Maeve. ¿Se cuidaría debidamente? ¿Sabría imponer su autoridad al administrador y el capataz? Al día siguiente se reuniría la asamblea de la mansión: Juan Heywood pediría permiso para casar a su hija con un hombre de la aldea de al lado. Guillermo Attwood quería enviar a su hijo a la escuela. Hik el guardabosque había quebrantado las reglas acerca del uso del molino de la mansión, moliendo su propio trigo en casa. Roberto Arundel le había robado tres palmos de tierra a su vecino. ¿Podría Maeve resolver odas aquellas dificultades? Fuera ya estaba anocheciendo. Se le cerraron los ojos mientras escuchaba el aullido de un zorro en busca de alguna presa, mezclado con los ruidos que estaba haciendo Ranulfo antes de acostarse.

—¿Ranulfo? —murmuró.

—¿Sí, amo mío?

—Hazme el favor de devolverle como sea las figurillas de plata a la señora priora.

—Sí, amo mío.

A la mañana siguiente, Corbett se levantó temprano, despertado por la campana del priorato. Se lavó, se limpió la cara y las manos en la jofaina de latón del lavabo de madera, se vistió y despertó a Ranulfo para asistir a la misa de primera hora de la mañana. Fuera todo aparecía envuelto en una espesa niebla cuando Corbett se encaminó hacia la pequeña granja del priorato. El escribano oyó el ruido de los voraces cerdos que estaban comiendo; un campesino llamó a sus hijos y les ordenó que dejaran la azada y el zapapico y se prepararan para la misa. Una de las monjas, con el semblante muy pálido y adormilado, estaba conversando con una hermana lega que regresaba de ordeñar las vacas llevando sobre los hombros un balancín del que colgaban varios cubos. Otra hermana lega, con la falda remangada, las mangas recogidas por encima del codo, y los fuertes, morenos y musculosos brazos al aire, estaba regresando lentamente del pozo con un cubo rebosante de agua en cada mano; a su lado, una moza descalza conducía una bandada de ruidosos gansos a sus corrales.

Corbett pasó por su lado, cruzó la galilea ya abierta a aquella hora del día y salió al reseco y polvoriento camino que rodeaba el recinto del priorato. Respiró hondo, absorbiendo los deliciosos aromas campestres. En el bosque del otro lado del camino,

las ramas de los árboles aún estaban llenas de gotas de rocío y tanto los cucos como las palomas torcaces y los tordos entonaban su coro matutino en la verde espesura. La campana del priorato volvió a tocar, obligándolo una vez más a renunciar al aire libre en las horas del día que más le gustaban. Respiró hondo varias veces para aspirar unas cuantas bocanadas de fresco aire matinal. Era una hermosa mañana que le traía recuerdos de la mansión de Leighton y otras imágenes más antiguas. Cerró los ojos para empaparse mejor de aquella paz mientras se preparaba para afrontar los retos de la jornada: tendría que recordar que la apacible serenidad de Godstowe ocultaba unos siniestros y oscuros secretos que amenazaban la estabilidad de la mismísima Corona.

El escribano abrió los ojos, se acarició la cerdosa barbilla y, prometiendo rasurarse en cuanto pudiera, regresó para recoger al adormilado Ranulfo.

Si el priorato era lujoso en grado sumo, el esplendor de la iglesia hubiera sido digno de un gran conde o de cualquier otro representante de la nobleza. Los muros estaban cubiertos de pinturas de brillantes colores en las que se representaba el descenso de Jesucristo a los infiernos para liberar las almas de las garras de unos horribles demonios de negro rostro cuyos cuerpos de color escarlata estaban cubiertos aquí y allá de manchas de vello. La iglesia estaba dividida por un sólido antealtar de madera labrada con complicadas figuras de ángeles, santos y escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Mientras lo cruzaban para entrar en el presbiterio, la señora priora se dirigió caminando tan majestuosamente como un obispo a su sitial y les indicó por señas el banco donde deberían sentarse. Corbett inclinó la cabeza y le susurró a Ranulfo que dejara de hacer comentarios en voz baja acerca de la arrogancia de ciertas mujeres.

El escribano se sentó y miró a su alrededor: a ambos lados del cancel estaban los siales de las monjas, cada uno de ellos con su banco y su reclinatorio de madera de roble labrada. Más allá, la balaustrada del altar y la blanca y marmórea pureza del presbiterio, con el gran altar de color marfil cubierto ahora con costosos manteles y cirios de cera pura de abeja en unos preciosos candelabros de plata maciza colocados a ambos lados. El sol que penetraba a través del pequeño rosetón arrancaba unos deslumbradores destellos de los preciosos copones y cálices del altar. Corbett oyó unos murmullos y volvió la cabeza hacia el antealtar. Estaban entrando los campesinos de la granja del monasterio. Según la costumbre, estos solo podían permanecer en la nave, por cuyo motivo se sentaron sobre las baldosas del suelo con sus polvorientos blusones verdes, pardos o bermejos.

Corbett los miró y retrocedió en el tiempo como si fueran fantasmas de su pasado. Su padre y su madre se habían sentado de la misma manera, pues siendo unos simples campesinos, según las leyes reales y los decretos divinos no eran dignos de sentarse al otro lado del antealtar. Solo podían ver al celebrante de lejos, escuchar su sermón y contemplar las pinturas de las paredes destinadas a su edificación espiritual.

Sonó una campanilla y el padre Reynard con sus ricas vestiduras rojo y oro salió de la sacristía y se acercó al altar. Al pie de las gradas se persignó y su sonora voz

entonó el salmo de la entrada:

—¡Me acercaré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud!

Corbett estudió atentamente los rostros de cada una de las monjas situadas a ambos lados. Casi todas estaban gruesas y bien alimentadas y mostraban un aspecto satisfecho, con la notable excepción de la austera sor Isabel. *Lady Amelia*, con su hábito de seda y su toca ribeteada de encaje, miraba a su alrededor con la altivez de una dama de noble cuna; sor Águeda mostraba un semblante sereno y comedido, pero Corbett observó que sus ojos tan negros como las endrinas le miraban fugazmente y vio en su rostro un atisbo de picardía. Ahora el padre Reynard ya había subido las gradas del altar y se encontraba de pie bajo el dosel azul y oro que colgaba de las alfaridas del techo mediante unos cordeles de terciopelo. La magia espiritual estaba dejando sentir su efecto, Cristo se hacía presente bajo las especies del pan y el vino, pero Corbett no pudo evitar un gesto de impaciencia cuando, al término de la misa, el padre Reynard subió al púlpito de madera para pronunciar su sermón, apoyando la mano en una enorme águila de madera labrada con sus grandes alas extendidas.

—¡Ay de vosotros los ricos y consentidos que ignoráis a los necesitados y a los pobres, prisioneros de unas cárceles creadas por vuestra riqueza! —empezó diciendo el franciscano—. Lo que ahorran hilando os lo pagan en rentas y en diezmos, de tal manera que solo les quedan gachas aguadas para satisfacer el hambre de unos hijos que gimen pidiendo a gritos comida —recogiéndose las mangas de su hábito, el fraile dejó al descubierto sus fuertes muñecas morenas y entornó los ojos, moviéndose hacia adelante y hacia atrás—. ¡Ay de vosotros, los ricos y consentidos que ignoráis a los campesinos que se avergüenzan de pedir limosna y se despiertan de noche para mecer la cuna, remendar y lavar!

Corbett recorrió con la vista la hilera de monjas. Hasta las más adormiladas se habían despabilado de golpe.

—¡Ay de vosotros los consentidos, con vuestras secretas codicias, que no reverenciáis a la Virgen sino que suspiráis por los arcanos misterios de la reina Mab<sup>[2]</sup> y las puterías que os ofrecen los duendes tanto humanos como demoníacos! ¿Acaso no sabéis interpretar los signos? ¡Satanás anda vagando por el mundo y ya ha dejado sentir su presencia!

Corbett se incorporó en su asiento y, al ver la visible cólera de *lady Amelia*, pensó que la señora priora se levantaría y abandonaría la iglesia mientras el padre Reynard seguía con su letanía de improperios cada vez más audaces. En los ojos del clérigo brilló un destello de fanatismo mientras su lengua fustigaba a los ricos en un disfraz apenas disimulado de sus ataques contra el priorato de Godstowe. A su espalda, Corbett oyó los murmullos de aprobación de los campesinos. Ranulfo sonreía con visible satisfacción. Aunque fuera un pecador de las callejuelas de Southwark, el criado tenía una sola virtud: no conocía la hipocresía. Corbett confiaba en que el sermón también lo beneficiara a él y le permitiera llevarse algo a Londres.

Al final, el padre Reynard terminó impartiendo la bendición y regresó al

presbiterio. *Lady* Amelia sé levantó, hizo una delicada genuflexión delante de las gradas del altar y se puso al frente de las monjas cuya orgullosa arrogancia acababa de recibir un duro golpe. Ninguna de ellas se atrevió a levantar los ojos mientras bajaban por la nave. Solo sor Águeda, guiñándole pícaramente el ojo a Ranulfo, dio a entender la favorable opinión que le merecían las palabras del franciscano. Corbett permaneció sentado. Las palabras del fraile también le habían hecho efecto. ¿Él, que tan celosamente defendía la justicia del Rey, estaba dispuesto a obrar con la misma justicia con sus aparceros o acaso había olvidado sus propias raíces? Recordó las palabras de su antiguo compañero De Couville, que ahora trabajaba en los archivos reales de Westminster.

«¿De qué le sirve a un escribano, Hugo —le había dicho con voz cascada su anciano mentor—, complacer al rey si pierde su alma?».

Corbett sonrió y se removió en el banco. De momento, el rey no podía estar muy complacido de sus servicios. Su recelosa y perspicaz mente trató de desentrañar qué se ocultaba bajo el sermón del padre Reynard. ¿Acaso el franciscano creía que *lady* Eleanor había sido abatida por Dios? En caso afirmativo, ¿era el padre Reynard uno de los que creían que la justicia divina necesitaba que una mano humana la ayudara? Pensó en las fuertes manos y muñecas del fraile. Si *lady* Eleanor hubiera sido asesinada, le hubieran quebrado el cuello y hubieran arrojado su cuerpo al pie de la escalera, un hombre como el padre Reynard habría podido ser su asesino.

—¿Qué sabes del fraile, Ranulfo? —preguntó Corbett.

El criado, que estaba medio dormido, se despabiló, se levantó y se desperezó.

—No demasiado —contestó en voz baja, sabiendo que sus palabras resonarían en las profundidades del presbiterio—. Pero ¿habéis visto cómo camina, amo mío? Con los hombros echados hacia atrás y la cabeza erguida. Creo que nuestro franciscano ha servido en algún ejército. Y el dedo meñique (se lo he visto cuando tenía las manos apoyadas en el borde del púlpito) lo tiene cortado, solo le queda un trocito. Y tiene unas ronchas de color púrpura en las muñecas —Ranulfo sonrió, disfrutando de la complacida aprobación de su amo—. Estoy seguro de que el padre Reynard ha empuñado la espada. Y apuesto a que era tan hábil con ella como con la lengua. Hace mucho tiempo que no oía un sermón como el suyo.

—Tienes una mirada muy aguda, Ranulfo. Mira, ensilla nuestros caballos y ve en busca de sor Águeda. Dile que os espero a ella y a ti en la galilea. Vamos a bajar a la aldea de Woodstock.

Ranulfo echó un último vistazo de admiración a la riqueza del presbiterio y se retiró muy ufano.

Corbett contempló la luz que penetraba a través de las vidrieras de colores. ¿Qué es lo que hay aquí?, se preguntó... un priorato lleno de toda suerte de lujos y comodidades, residencia de una antigua cortesana, ahora rechazada por el príncipe de Gales. La mujer ha muerto en misteriosas circunstancias. No cayó por la escalera sino en otro lugar y su cuerpo fue posteriormente depositado allí. Corren rumores de que

padecía una enfermedad del pecho.

Recordó lo que había visto al examinar el cadáver. Cierto que su examen había sido muy superficial, pero no había observado ningún tumor o absceso ni ninguna otra señal de dolencia maligna. Sus conocimientos de medicina eran muy escasos, pero Maeve le había dicho que semejante enfermedad solía tener fatales consecuencias y sus efectos se dejaban sentir en la sequedad de la piel, pues la víctima perdía el apetito. Sin embargo, Eleanor era una mujer bien formada y proporcionada. Además, llevaba encerrada en Godstowe por lo menos dos años. Y, según Maeve, la enfermedad del pecho solía acabar con su víctima en cuestión de unos meses mientras que *lady* Eleanor comía, bebía y daba paseos. No había habido ningún informe y no se había dado a entender en ningún momento que estuviera gravemente enferma o se encontrara a las puertas de la muerte.

Corbett se frotó la mejilla con aire cansado. ¿Cómo había muerto? No a causa de un suicidio. El cuerpo hubiera estado más magullado y una mujer como *lady* Eleanor hubiera buscado un camino más rápido hacia el olvido.

Levantó los ojos y contempló el gran crucifijo de madera que colgaba por encima del altar. Por consiguiente, tenía que haber sido un asesinato. En tal caso, ¿quién lo había cometido? *Lady* Eleanor había sido vista por última vez paseando por el recinto del priorato antes de completas. Todas las monjas, incluidas la señora priora, las dos viceprioras y sor Águeda, se encontraban en la iglesia. Nadie se había retirado a medio oficio ni había alegado ninguna excusa para regresar al convento antes de que las demás monjas se fueran al refectorio. Cabía la posibilidad de que *lady* Amelia hubiera mentido, pero sor Isabel había dicho que no había oído subir a nadie por la escalera y tanto menos durante el canto de completas. Aun así y a pesar de que la anciana monja estaba medio sorda, Corbett llegó a la conclusión de que el asesino o los asesinos tenían que haber sido de fuera del priorato.

El escribano se mordió el labio. ¿Quién podía desear su muerte? El Rey hubiera estado encantado de librarse de aquel embarazoso impedimento mientras se estaban llevando a cabo unas delicadas negociaciones sobre el compromiso matrimonial de su hijo con una princesa francesa. Gaveston, el favorito del príncipe, detestaba a *lady* Eleanor y la veía como una rival en potencia. Tenía la maldad y los medios suficientes como para contratar a unos sigilosos asesinos. ¿Y el príncipe de Gales? ¿Se habría deshecho de su antigua amante? Corbett lanzó un suspiro e hinchó los carrillos. ¿Acaso el príncipe quería librarse de *lady* Eleanor porque ella guardaba algún secreto como, por ejemplo, una clandestina ceremonia matrimonial entre ambos? Hacía solo tres años que la corte había sido testigo del delicioso escándalo del capricho del príncipe por *lady* Eleanor.

Corbett se levantó y se sentó en uno de los sitiales de las monjas. Si se demostrara, pensó, que el Rey o su hijo habían estado implicados en el asesinato, el escándalo sacudiría los cimientos del trono inglés, sería dolorosamente comentado en el extranjero y dejaría a Eduardo de Inglaterra en manos de Felipe de Francia. Corbett

esbozó una triste sonrisa. Conocía a Felipe, con su moralidad pública y sus maldades privadas. El monarca francés no hubiera tenido el menor reparo en enturbiar las cenagosas aguas de la corte inglesa. Su enviado y experto asesino Amaury de Craon se encontraba en aquellos momentos en Inglaterra. Pero ¿podía De Craon haber colocado un asesino en el convento o acaso ya tenía a un agente dentro? ¿Y si el asesino fuera alguien que no guardara la menor relación con el oscuro mundo de la corte inglesa? Por ejemplo, el padre Reynard, un clérigo que quizá se consideraba la personificación de la cólera divina...

—Maese Corbett, ¿acaso habéis decidido ingresar en nuestra orden?

El escribano levantó los ojos. *Lady Amelia* se encontraba en la puerta del antealtar.

—Señora —dijo Corbett, levantándose—, os ruego que aceptéis mis disculpas, pero este es un lugar muy hermoso y tranquilo para meditar —añadió.

La priora se acercó muy despacio, jugueteando con el cordel adornado con borlas de plata que le ceñía la cintura.

—Os ruego que os sentéis —le dijo con aire cansado.

Corbett la miró fijamente mientras se acomodaba en el sitio de al lado.

—¿Qué os ha parecido el sermón del padre Reynard?

Corbett se encogió de hombros.

—Lo he tomado como lo que era... una dura advertencia a los ricos.

—Se refería a nosotras, Corbett —dijo *lady Amelia*—. Y ha sido bastante injusto.

—¿Qué queréis decir?

—Nosotras no somos una orden dedicada a la pobreza. Somos un refugio para mujeres que no pueden sobrevivir en el duro mundo de los hombres. ¿Sabéis lo que es, escribano, ser una mujer casada con un hombre al que odia o ser una mujer abandonada a su suerte para que se las arregle como pueda? Vos conocéis la corte del Rey. Allí no somos más que unos faisanes a los que se les permite jugar bajo el nido de los halcones. La Iglesia está dominada por los hombres; los hombres van a la guerra, construyen barcos y surcan los mares —la priora lanzó un suspiro—. Las Hijas de Sión son un refugio, por eso nos enviaron a *lady Eleanor*.

—¿Vos la apreciabais?

—Se mantenía muy apartada, pedía que le prestáramos libros, daba largos paseos... y se había acostumbrado a nuestra rutina cotidiana. La joven estaba muy triste, pues no había conseguido superar el golpe de su repentina caída en desgracia. Yo no la quería tener aquí, pero la orden del Rey estaba muy clara. Al principio, ella protestó, pero, en los dos años que llevaba aquí, se había convertido en una más de nosotras —añadió la priora haciendo una mueca.

—Pues entonces, ¿por qué no me decís la verdad acerca de su muerte?

La priora clavó sus ojos en Corbett. El escribano se dio cuenta de que, sin sus aires de arrogancia y altivez, *lady Amelia* era una mujer muy hermosa. La religiosa se inclinó hacia adelante y deslizó los dedos por la parte superior del reclinatorio para

eliminar la fina película de polvo que la cubría.

—Sois muy agudo, Corbett. Me preguntaba cuándo vendríais a desafiarme.

—Señora, soy el escribano del Rey. Las preguntas que yo os formulo os las hace Su Majestad. Y debéis responder.

—Será mejor que me acompañéis.

La monja tomó al sorprendido Corbett por la muñeca, salió con él de los sitiales y lo acompañó al altar mayor. El libro rojo y oro de los evangelios aún estaba en el centro del altar. La priora apoyó sus largos y finos dedos en la cubierta del libro.

—Hacedme las preguntas, escribano. Quiero ayudaros. No tengo nada que ocultar y, con la mano sobre los evangelios, juro decir la verdad. Cuando termine todo este asunto, no quiero que me destituyan a causa de la insatisfacción del Rey... aunque es muy posible que a Su Majestad no le gusten las respuestas que voy a dar.

Corbett se apoyó contra el altar.

—¿Padecía *lady* Eleanor alguna dolencia en el pecho?

—Ella decía que sí.

—¿Y el príncipe le enviaba brebajes?

—Sí. Nosotras los probamos y no nos produjeron ningún efecto perjudicial.

—¿Recibía visitas *lady* Eleanor?

—No, el príncipe jamás vino a verla, pero le enviaba mensajeros con cartas y regalos. *Lady* Eleanor siempre quemaba las cartas y entregaba los regalos a la comunidad.

—¿Por qué no asistió al rezo de completas la noche en que murió?

—No lo sé. La semana anterior se había comportado de una manera muy misteriosa, pero nosotras lo atribuimos a algún humor pernicioso.

—¿Estáis segura de que, aparte sor Isabel y sor Marta, toda la comunidad asistió al rezo de completas y después se dirigió al refectorio?

—Sí, ya me habéis visto esta mañana. Yo reviso personalmente los sitiales. Algunas de nuestras hermanas, como sor Águeda y sor Francisca, estaban aquí poco antes de completas. Al terminar el oficio, nos dirigimos todas al refectorio. Y nadie se ausentó. Me fijé especialmente en sor Águeda porque aquella noche fue la encargada de leer las homilias de san Jerónimo mientras las hermanas cenaban.

—¿Y después? ¿Vos y las dos viceprioras regresasteis al priorato y encontrasteis a *lady* Eleanor?

—Sí y no.

Corbett la miró inquisitivamente.

La priora le devolvió la mirada sin apartar las manos del evangeliario.

—Quiero decir que regresamos al edificio del convento —añadió muy despacio—. Yo estaba muy preocupada por la prolongada ausencia de *lady* Eleanor. El vestíbulo estaba oscuro y desierto. Subimos al piso de arriba. Como de costumbre, sor Isabel y sor Marta estaban profundamente dormidas. Corrimos a la habitación de *lady* Eleanor. La puerta no estaba cerrada bajo llave y la habitación se encontraba a

oscuras. *Lady Eleanor* yacía en el suelo. Llevaba la capa puesta y la capucha muy echada sobre el rostro. Pensé que se había desmayado, pero sor Francisca declaró que estaba muerta —la priora apartó la mirada—. Tuve miedo. El Rey me había confiado la seguridad de *lady Eleanor* y yo había fracasado en mi misión. Por consiguiente, trasladamos el cadáver a la planta baja y lo depositamos al pie de la escalera para que pareciera que se había caído o se había suicidado. Mandé llamar a sor Águeda y envié un mensajero al padre Reynard. Eso es todo —dijo en un susurro.

Corbett comprendió que la priora no mentía, pero no le había dicho toda la verdad.

—¿O sea que *lady Eleanor* fue asesinada?

La priora asintió con la cabeza.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé —contestó *lady Amelia* en voz baja—. Cualquiera pudo haber enviado a unos asesinos que escalaran el muro y esperaran la ocasión más propicia.

Corbett reflexionó acerca de lo que la priora le había dicho: un asesinato sería la explicación de las magulladuras que se observaban a ambos lados del cuello y en la pierna de *lady Eleanor* y probablemente se habrían producido mientras *lady Eleanor* forcejeaba para librarse de su asesino en medio de la agonía de la muerte. A Corbett no le cupo la menor duda de que un sicario había matado a la desventurada mujer.

—¿Sabéis por qué razón la difunta sor Marta deseaba veros?

*Lady Amelia* sacudió la cabeza.

—¿Tampoco conocéis el significado de la frase «*Sinistra non dextra*»?

—No —contestó la priora—. Pero sor Marta chocheaba un poco y a menudo decía tonterías.

—¿Y después?

—El padre Reynard ungió el cadáver de *lady Eleanor* y el príncipe envió a sus criados para que se llevaran todas las joyas. Insistió mucho en ello: fue muy doloroso ver cómo despojaban el cuerpo de todas las alhajas y especialmente de una sortija con un gran zafiro que él le había regalado. ¡Un símbolo —añadió en tono malhumorado— de su presunto amor imperecedero! Ya no os puedo decir nada más, escribano.

La priora rodeó el altar.

—Señora —preguntó Corbett en un susurro—, ¿ocurrió algo extraño en Godstowe o sus alrededores durante los dos años en que *lady Eleanor* estuvo en el convento?

*Lady Amelia* frunció el ceño y miró hacia el fondo de la iglesia.

—Sí, dos cosas —se volvió rápidamente—. Primero, hace aproximadamente unos dieciocho meses se encontraron dos cadáveres... el de un joven y el de una mujer. Ambos con las gargantas cortadas; sus cuerpos desnudos fueron descubiertos en una somera ciénaga del bosque. Nadie los identificó como habitantes de aquellos parajes y nadie los reclamó. No se encontraron prendas de vestir ni objetos personales. Creo que les hicieron un entierro de pobres en el cementerio de la iglesia. Los hechos

causaron un cierto revuelo.

—¿O sea que nadie averiguó quiénes eran? ¿Ni por qué habían sido asesinados?

—En efecto.

—¿Y lo segundo?

—Un francés —contestó *lady* Amelia—. Un enviado del rey de París. Quería venir al monasterio para presentar sus respetos pero no tenía autorización para hacerlo. El rey Eduardo se mostró inflexible y yo tuve que impedirle la entrada.

—¿Y eso cuándo fue?

—¿Por qué? —replicó la priora—. ¿Acaso lo conocéis?

Corbett sacudió la cabeza mientras la priora daba media vuelta y abandonaba majestuosamente el presbiterio. Solo entonces sonrió. Por supuesto que sabía quién era. Su antiguo enemigo, aquel bastardo Seigneur Amaury de Craon, había estado intentando meter las narices en un asunto que no era de su incumbencia.

—Por cierto, mi señor escribano.

Corbett levantó los ojos. La priora había regresado y se encontraba en la entrada del antealtar.

—¿Sí, *lady* Amelia?

—El padre Reynard se encontraba en las inmediaciones del priorato la noche en que murió *lady* Eleanor —contestó la priora—. Todos los domingos por la noche recorre descalzo la distancia entre la aldea y la galilea como penitencia —la religiosa esbozó una sonrisa—. Preguntadle a él si vio algo sospechoso mientras rezaba en voz baja los salmos.

Antes de que Corbett pudiera contestar, la priora giró sobre sus talones y abandonó con gesto airado la iglesia.

## Capítulo V

Ranulfo y sor Águeda lo esperaban cerca de la galilea, donde la joven religiosa parecía estar escuchando con sumo interés el relato que el criado le estaba haciendo de una de sus muchas escapadas a Londres.

—¿Estamos preparados, Ranulfo? ¿Sor Águeda?

El criado asintió con la cabeza mirándole con mal disimulado enojo. Después ayudó solícitamente a la monja a montar, comentando por lo bajo que ciertos escribanos tenían la habilidad de aparecer cuando menos se les esperaba o deseaba. Corbett se limitó a volver la cabeza sonriendo y bajó con ellos por el camino hacia la aldea de Woodstock. Estuvo tentado de seguir adelante y visitar al joven príncipe en el palacio de Woodstock, pero, teniendo en cuenta lo que acababa de averiguar, le pareció más prudente esperar un poco.

El día era muy agradable y Corbett, seguido de un Ranulfo que no paraba de canturrear canciones obscenas, disfrutó del tranquilo paseo a caballo por el tortuoso camino campestre en el que las copas de los árboles que lo flanqueaban formaban un verde dosel sobre sus cabezas. La campiña estaba desierta bajo los rayos del último sol otoñal y solo quebraban el silencio el líquido canto de un pájaro, el parloteo de los insectos y el zumbido de las abejas. Sor Águeda, muy elegante con su atuendo de montar de color marrón claro, cabalgaba a mujeriegas en una pequeña y dócil jaca de las cuadras del priorato. Corbett procuró que la conversación fuera lo más intrascendente posible para que su acompañante se tranquilizara y se sintiera a salvo en su presencia. Al final, llegaron a la aldea y se juntaron con la gente que se estaba dirigiendo al prado que había delante de la iglesia parroquial. Se detuvieron para contemplar cómo los campesinos, ataviados con pañuelos, cintas y encajes, bailaban y brincaban alrededor de unos improvisados caballos de madera al estridente son que tocaban los gaiteros, tambores y otros músicos. Corbett ayudó a sor Águeda a desmontar. Ella le señaló un gran edificio de dos pisos que se levantaba al otro lado del prado.

—Tengo unos asuntos que resolver con el mercader que importa nuestros vinos —explicó—. Después iré a la iglesia y allí me reuniré con vos.

Corbett se mostró de acuerdo y le dijo a Ranulfo que acompañara a la religiosa mientras él llevaba los caballos a la cuadra del Toro. Se pasó un rato sentado en uno de los bancos que había al aire libre, pidió una jarra de cerveza y disfrutó de la luz del sol. Volvió a contemplar la iglesia y recordó el sermón del padre Reynard. Después cruzó un portillo y entró en el cementerio, un apacible lugar sorprendentemente bien cuidado. La hierba estaba cortada y los olmos habían sido muy bien podados y parecían muy lozanos y vigorosos. Pasó por delante de la iglesia para dirigirse a la casa del clérigo y llamó suavemente a la puerta entornada. Oyó unas voces y, de repente, apareció el padre Reynard.

—¡Pasad! ¡Pasad!

La sonrisa del fraile era sincera y cordial. Este le dijo a Corbett que se sentara en un banco y regresó al lugar donde él y un joven siervo de la gleba estaban examinando un gran libro encuadernado en cuero, abierto sobre la mesa. El escribano miró a su alrededor. Un lugar sencillo y sin pretensiones: dos estancias en la planta baja y probablemente dos habitaciones en el piso de arriba. El suelo era de tierra batida y las paredes estaban encaladas para alejar las moscas. Un tosco hogar de piedra, unos pocos muebles, arcones y cofres y un estante lleno de utensilios de cocina eran, al parecer, las únicas posesiones del fraile. Corbett se sintió favorablemente impresionado. Muchos clérigos rurales vivían con toda suerte de lujos, vestían jubones y calzones multicolores y trataban por todos los medios de atenuar las penalidades de su existencia, y algunos eran auténticos delincuentes. Él había visto juzgar en el tribunal real algunos casos de sacerdotes que utilizaban las iglesias para elaborar cerveza o como garitos de juego y cosas peores. En la mesa, el joven manifestó su complacencia por algo que el padre Reynard le acababa de comentar, estrechó la mano del cura y se retiró. El padre Reynard cerró el libro encuadernado en cuero y lo volvió a guardar con toda reverencia en el interior de un arcón con refuerzos de hierro.

—Es el Libro de la Sangre —explicó, enderezando la espalda—. Aquí dice quién se puede casar con quién en la aldea. La doncella comprometida con el joven está emparentada con él, pero solo en séptimo grado —el fraile sonrió satisfecho—. Me alegro de haber podido contribuir a la felicidad de una persona. Y ahora, ¿puedo hacer lo mismo por vos?

—Un sermón muy valiente, padre. Las monjas se sintieron molestas.

El clérigo frunció el ceño.

—Se les tiene que refrescar la memoria —replicó severamente—. ¿Qué dirán cuando regrese Jesucristo y les muestre su cuerpo herido y ensangrentado? Nosotros somos las heridas de Jesucristo —añadió—, los pobres y los desheredados, mientras los ricos viven rodeados de lujos en sus cómodas pocilgas.

—¿Pensabais que *lady* Eleanor era una de esas personas ricas a las que vos fustigáis?

—Ya os lo he dicho.

—¿Habéis sido soldado, padre?

El clérigo se sentó a su lado en el banco.

—Sí —contestó en tono cansado—. Maestro arquero y oficial real. He derramado una considerable cantidad de sangre en Escocia, Gales y Gascuña —el fraile levantó la vista—. He perseguido a los enemigos del Rey por tierra y mar, pero ahora comprendo que matar no es la mejor respuesta.

—Pero ¿no creéis que algunas veces lo puede ser?

El sacerdote apoyó los codos sobre sus rodillas y miró al suelo.

—Tal vez —contestó en un susurro—. Quizá cuando Dios lo quiere. Le dijo a David que matara a los filisteos y suscitó héroes para que defendieran a su pueblo.

—¿Pensabais que *lady* Eleanor merecía morir?

—Tal vez. Sus pecados la perseguían, pero yo no era su juez.

—Vos os encontrabais en las inmediaciones de Godstowe cuando ella murió. Tengo entendido que, como penitencia, camináis descalzo desde vuestra iglesia de aquí hasta la galilea del priorato, pasando las cuentas del rosario a la ida y rezando los salmos a la vuelta. Una práctica muy curiosa, padre.

El clérigo se frotó la mejilla.

—Tengo siempre ante mi presencia mis pecados —murmuró—. Mis lascivias, mi afición a la bebida, las muertes que he provocado. ¿Cómo podré responder de todo eso ante Jesucristo, escribano?

El fraile se volvió a mirar a Corbett y este vio danzar en sus ojos un destello de locura. Un hombre atormentado, pensó, tratando de librarse de las poderosas emociones que lo embargaban.

—¿Estuvisteis en Godstowe, padre? ¿A qué hora de aquel domingo?

—Cuando las monjas estaban rezando el oficio de completas —el padre Reynard se acercó un poco más a Corbett y este aspiró una vaharada de vino de su aliento—. Pero no entré en el priorato, si eso es lo que me estáis preguntando, escribano. Jamás le hubiera puesto las manos encima a *lady* Eleanor, a pesar de que mis ojos...

Su voz se perdió.

—¿A pesar de que vuestros ojos qué, padre? ¿Vos, un sacerdote, encontrabais seductora a *lady* Eleanor?

El clérigo sonrió, enderezó la poderosa espalda y dobló los dedos.

—Era muy hermosa —contestó en un susurro—. De entre todas las mujeres creadas por Dios... —perdido en sus propios pensamientos sacudió la cabeza—. Una de las más agraciadas que he visto en mi vida.

Corbett estudió sus manos. Fuertes, encallecidas, bronceadas por el sol. Hubieran podido retorcer el blanco cuello de cisne de *lady* Eleanor tan fácilmente como si fuera una rama. El fraile respiró hondo.

—Mirad, Corbett, si me hubierais insinuado lo que ahora me estáis insinuando antes de convertirme en fraile, os hubiera matado. Llegué a la galilea, di media vuelta y regresé a mi iglesia. Me quedé en mi casa hasta que Doña Arrogancia la priora me mandó llamar. Fui a Godstowe, recé una oración por el alma de la pobre mujer, le administré la extremaunción y me fui. Pero, venid conmigo, podéis hacer las preguntas en otro lugar. Tengo cosas que hacer en la iglesia.

Corbett salió con él de la casa. Las amenazas del fraile no lo amilanaban. El padre Reynard era un hombre que aspiraba a la santidad, pero él adivinó que ocultaba algo y que había querido sacarle de la casa antes de que reparara en ciertas cosas.

La iglesia era un hervidero de actividad. Unos aldeanos habían empujado un enorme carro al interior de la nave. El carro estaba rematado por un gigantesco grifo dorado y por un lienzo con una tosca pintura de la entrada del infierno. Los otros dos lados estaban cubiertos por un lienzo de bocacé multicolor que haría las veces de

escenario para la representación de un misterio. Los aldeanos que estaban realizando los trabajos saludaron cordialmente al padre Reynard y Corbett se dio cuenta de que admiraban e incluso amaban a su párroco. El escribano miró a su alrededor. La iglesia se había pintado recientemente y un artista estaba dando los últimos toques a la figura del ángel del Apocalipsis surgiendo del sol naciente. Algunos bancos eran nuevos y tanto el antealtar como el coro se habían reformado. Corbett esperó a que el padre Reynard terminara de resolver sus asuntos con los aldeanos.

—¿Os gusta nuestra iglesia, escribano? —preguntó orgullosamente el fraile.

—Sí, veo que se han hecho muchas reformas. Debéis de tener un benefactor muy generoso.

El cura apartó la mirada.

—Dios ha sido bueno y actúa por caminos misteriosos —murmuró.

—Exceptuando los dos desventurados que yacen en vuestro cementerio —dijo Corbett.

El fraile entornó los ojos.

—¿Qué queréis decir?

—Hace unos dieciocho meses —contestó Corbett—, se encontraron dos cadáveres... el de un joven y el de una mujer, ambos forasteros. Los encontraron en el bosque, desnudos y despojados por completo de todas sus pertenencias.

—Ah, sí —el padre Reynard clavó los ojos en un punto situado por encima de la cabeza de Corbett—. Es verdad —murmuró—. Están enterrados en unas sepulturas de pobre bajo el viejo olmo del rincón del cementerio. ¿Por qué lo preguntáis?

—Por nada. ¿Sabíais algo de ellos?

—Si lo supiera, se lo hubiera dicho a los justicias del Rey, pero jamás se descubrió nada acerca de ellos o de sus terribles muertes.

El padre Reynard se volvió para hablar con uno de los aldeanos mientras sor Águeda y Ranulfo cruzaban el pórtico del templo. Ranulfo tenía el rostro arrebolado y Corbett dedujo que habría estado probando la embriagadora cerveza de la taberna. Le dirigió una severa mirada de reproche, pero Ranulfo le sonrió tambaleándose ligeramente mientras contemplaba las bellezas del templo. Sor Águeda tiró al padre Reynard de la manga y todos bajaron por la nave de la iglesia. La joven religiosa se disculpó por su retraso y le pidió al padre las obleas del altar, pues tenía que regresar al priorato. Corbett empujó a Ranulfo hacia el pórtico.

—Has mamado bien, ¿eh, Ranulfo? —le dijo al criado, dándose unos golpecitos en la nariz.

—He renovado mi amistad con la moza del Toro. He aprendido muchas cosas, amo mío, y no solo en sentido carnal —el criado se humedeció los labios con la lengua—. Aquí nada es lo que parece.

—Ya me he dado cuenta —contestó Corbett—. ¿Qué has averiguado?

Ranulfo estaba a punto de contestar cuando, de repente, apareció sor Águeda con una cajita de madera en la que guardaba las obleas del altar, y los tres cruzaron el

prado para ir a recoger los caballos. Los aldeanos ya se habían cansado de los festejos y se estaban dirigiendo a la taberna o a sus casas en busca de otros placeres. Corbett dejó a Ranulfo medio adormilado en su silla de montar y esperó a que sor Águeda se acercara a él con su montura.

—Tengo entendido que el entierro de *lady* Eleanor será mañana, ¿verdad?

La joven religiosa le miró con semblante entristecido y a Corbett se le cortó la respiración al verlo. Aparte del de Maeve, el escribano jamás en su vida había contemplado un rostro como aquel. El sol de otoño parecía conferirle un resplandor especial, sus ojos eran grandes y oscuros y sus carnosos labios entreabiertos parecían más dulces que la miel. Corbett carraspeó para disimular su turbación.

—Un día muy triste para vos —le dijo.

—Sí —contestó la monja con una leve sonrisa—. Triste para mí y para toda la comunidad.

Corbett volvió la cabeza. Ranulfo se había quedado completamente dormido. El escribano rezó para que su criado no se cayera de la silla y se partiera el cuello. Esperaba que sor Águeda derramara un poco de luz sobre el asesinato de Godstowe.

—¿Os reprocháis el haber dejado sola a *lady* Eleanor? —le preguntó en un susurro—. Lo digo —añadió tartamudeando— porque, al preguntaros cuándo sería el entierro, me ha parecido que estabais afligida y emocionada. Todo eso es un misterio —se apresuró añadir—. Si no me equivoco, *lady* Eleanor os tenía mucho aprecio.

Sor Águeda asintió con la cabeza.

—Y, sin embargo, aquel día quiso que la dejarais sola. ¿Os pareció que estaba melancólica?

Sor Águeda recogió las riendas de su montura y la acercó un poco más a la de Corbett.

—Todo el mundo lo dice —contestó en voz baja—. ¿Sabéis que la señora priora os mintió cuando hablasteis con ella el primer día de vuestra estancia en Godstowe?

—Sí, lo deduje por la cara que vos pusisteis.

Sor Águeda sonrió para sus adentros.

—Sí, a la señora priora no se le dan muy bien las mentiras. No tiene sentido que una mujer melancólica mandara retirarse a todo el mundo. Os diré una cosa, maese Corbett, en las semanas que precedieron su muerte, el estado de ánimo de *lady* Eleanor había mejorado. Si la hubiera visto melancólica, jamás la hubiera dejado sola.

—¿Y a qué creéis vos que se debió el cambio?

Sor Águeda soltó una burlona carcajada.

—No lo sé. A veces pienso que tenía un amante secreto.

—¿Qué os induce a pensarlo?

Sor Águeda se mordió el labio, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Una semana antes de su muerte —contestó muy despacio—, escribió una de sus insólitas cartas al príncipe. Muy breve. Eché un vistazo a lo que había escrito...

nada de particular, simplemente expresaba su esperanza de verse libre de sus cuitas muy pronto. Creo que *lady* Eleanor guardaba un secreto pero no se lo quería decir a nadie.

—¿Creéis que tenía un amante? —insistió en preguntar Corbett—. Aparte del príncipe quiero decir.

—Tal vez. Pero me guardaría mucho de decirlo en público. El príncipe es un hombre peligroso. No quisiera ser la responsable de proclamarle cornudo y convertirle en el hazmerreír de todo el mundo.

—¿Creéis que el domingo por la noche *lady* Eleanor estaba esperando a su amante? —preguntó Corbett—. La vieron pasear por las inmediaciones de la iglesia. ¿Creéis que tenía una cita secreta?

Sor Águeda le miró con semblante enojado y Corbett se asustó. ¿Y si la monja se negara a contestar?

—¿Me juráis no decírselo a nadie? —preguntó sor Águeda.

Corbett levantó la mano.

—¡Os lo juro!

—Creo —dijo sor Águeda bajando la voz como si temiera que hubiera alguien escuchando detrás de los árboles— que *lady* Eleanor se disponía a huir del priorato de Godstowe.

—¿Qué os induce a creerlo así?

—Recibía mensajes. Detrás de la iglesia hay un roble con un hueco en el tronco. *Lady* Eleanor me reveló en confianza que cada noche a última hora bajaba allí para ver si le habían dejado otra carta.

—¿Con cuánta frecuencia recibía los mensajes?

—En el mes anterior a su muerte recibió dos o tres. Los recibía en el interior de una bolsita de cuero.

—¿Jamás los abristeis para satisfacer vuestra curiosidad?

—No, la bolsita estaba sellada y *lady* Eleanor no hubiera tardado en darse cuenta de que yo había intentado abrirla. Pero sé que los mensajes la complacían. Se la veía más feliz y reposada. En una o dos ocasiones llegó a insinuarme que se iría.

—Pero ¿quién le debía de enviar los mensajes?

La joven religiosa se encogió de hombros.

—No lo sé, pero la noche en que murió, la señora priora me pidió que la ayudara a transportar el cuerpo a su habitación. Estaba oscuro y, en nuestra prisa, solo encendimos una vela. Yo ayudé a colocar el cuerpo de *lady* Eleanor sobre la cama y a correr las cortinas a su alrededor. Solo entonces me di cuenta de que en el rincón más alejado de la estancia había dos juegos de alforjas llenas de ropa y unos cofrecitos con sus joyas personales. Más tarde lo vacié todo. Y no se lo he dicho a nadie hasta hoy.

—¿Por qué no?

—¿Querríais ser vos el responsable de insinuar que *lady* Belmont se disponía a

huir de Godstowe y del príncipe? Mirad —añadió sor Águeda sin poder disimular su nerviosismo—, yo creo que, en sus prisas por marcharse, *lady* Eleanor tropezó en la escalera y se mató.

Corbett sacudió la cabeza.

—¿Y abandonó su habitación sin las alforjas? —preguntó sin revelar que la señora priora ya había rechazado cualquier posibilidad de que *lady* Eleanor hubiera caído por la escalera.

Sor Águeda se mordió los labios.

—No tengo respuesta para esta pregunta.

—¿No descubristeis nada más?

Sor Águeda sacudió la cabeza sonriendo.

—¿Y la anciana religiosa, la que se ahogó en la bañera? ¿Sabéis qué quiso decir con «*Sinistra non dextra*»?

—La derecha, no la izquierda —murmuró sor Águeda—. No, no lo sé.

—¿Cuánto tiempo fuisteis la compañera de *lady* Eleanor?

—Mi apellido es Savigny —contestó la monja—. Nací de padre gascón y madre inglesa en la ciudad de Béarn cerca del pueblo de Burdeos. Me quedé huérfana a una edad muy temprana y pasé a la custodia de la corte. Expresé mi deseo de entrar en religión y decidí venir a Inglaterra —la religiosa entornó los ojos—. De eso hace unos dieciocho meses. *Lady* Eleanor ya se encontraba en Godstowe. Empecé a hablar con ella y ella le preguntó a la señora priora si yo podía ser su compañera.

Corbett dio unas tranquilizadoras palmadas a su caballo al ver que el animal se agitaba muy nervioso a causa de la presencia de algún animalillo entre la maleza del borde del camino. Tanto él como sor Águeda sonrieron al ver que la conmoción despertaba a Ranulfo y este soltaba una maldición por lo bajo y chasqueaba la lengua, completamente descansado después de su breve sueño. El criado se acercó a ellos con su montura y, al doblar un recodo, los tres contemplaron el chapitel verde oscuro del priorato de Godstowe.

Corbett guardó silencio mientras Ranulfo hacía unos burlones comentarios a sor Águeda. Una vez cruzada la galilea, Corbett le dio las buenas noches a la religiosa y le dijo a Ranulfo que llevara los caballos a los establos. Después vio alejarse a su criado con los caballos y le oyó gastar unas inocentes bromas a la monja y preguntarle si conocía la historia del perverso fraile de Ludlow. El escribano sacudió la cabeza y entró en la hospedería, donde le preguntó a la religiosa encargada de la misma si se había recibido alguna misiva para él.

—No —contestó la monja—. ¿Olivas decís? La cosecha de este año no ha sido muy buena.

Corbett soltó un gruñido y subió a su habitación, se tendió en su pequeño catre y se puso a meditar acerca de lo que había averiguado. En primer lugar, el padre Reynard admiraba a *lady* Eleanor en secreto y se encontraba en las inmediaciones de la galilea la noche en que ella había muerto. En segundo lugar, *lady* Eleanor había

sido asesinada en su propia habitación la noche en que tenía previsto huir con su amante o su amigo secreto. Pero ¿quién sería este? Corbett dejó que su mente vagara sin rumbo y se sintió culpable porque, al pensar en Maeve, no podía por menos que evocar el angelical rostro de sor Águeda.

Se levantó, bajó, salió a la creciente oscuridad del exterior y cruzó el recinto del priorato para dirigirse a la parte de atrás de la capilla desde donde se podían escuchar la dulces y melodiosas voces de las monjas entonando el primer salmo de completas. El viejo roble parecía llamarlo como un dedo que se proyectara hacia arriba desde el verde prado. Se acercó y estudió cuidadosamente el cavernoso interior. No había más que un puñado de hojas secas y mohosa leña.

—Quienquiera que dejara los mensajes debía de trepar por el muro —musitó para sus adentros.

Midió unos treinta pasos y contempló el muro almenado de unos seis metros de altura. Corbett dedujo que el misterioso mensajero debía de ser un joven muy ágil para poder escalar aquel muro, dejar un mensaje y volver a marcharse. No había ningún otro medio de hacerlo como no fuera atravesando el recinto del priorato, pero el portero hubiera impedido el paso a un extraño y cualquier persona de la comunidad, ya fuera una monja o alguno de los trabajadores legos, lo hubiera visto. Corbett se frotó la mejilla. Algo no encajaba, pero él se sentía demasiado cansado en aquellos momentos como para poder llegar a una conclusión, por lo que regresó a su habitación, donde Ranulfo lo estaba esperando con una copa de vino en la mano.

—¿Los caballos ya están en las cuadras y sor Águeda ha regresado sana y salva al seno de la comunidad?

Ranulfo le miró con una picara sonrisa a modo de respuesta.

—¿Y qué has averiguado en la aldea?

—Bueno —contestó Ranulfo, rascándose la cabeza—, tal como ya os he dicho, nada es lo que parece. El padre Reynard es un predicador muy exaltado, pero es una fuente de bienestar material y espiritual para sus feligreses.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no solo se niega a cobrar diezmos sino que, además, cuenta con unas riquezas que le permiten repartir limosnas y arreglar, reformar y pintar la iglesia.

—¿Y no hay ningún benefactor visible?

Ranulfo sacudió la cabeza.

—¿Qué más?

—La moza de la taberna dice que vio al joven y a la mujer que más tarde fueron encontrados muertos en el bosque. Les vio pasar por la taberna. Se dirigían al camino de Godstowe.

—¿Y ya no los volvieron a ver con vida? —preguntó Corbett.

—La moza de la taberna también cree que el posadero es un cazador furtivo.

—¿Y qué?

Ranulfo sonrió.

—La moza dice que el posadero se encontró con alguien del convento la noche en que murió *lady* Eleanor y que el padre Reynard fue efectivamente a Godstowe pero después desapareció hasta la mañana siguiente.

Corbett se recostó contra el travesero y miró hacia el techo.

—Una de las personas a las que no hemos interrogado es nuestro portero borracho —dijo—. Quién sabe si podría arrojar un poco más de luz sobre nuestro misterio —el escribano miró a Ranulfo—. ¿Te apetece hacer alguna correría esta noche?

Ranulfo asintió con la cabeza, posó la copa de vino, tomó la capa y bajó. Lanzó un suspiro de alivio al oír los acordes del laúd que Corbett siempre llevaba consigo, señal de que su amo estaba contento, deseaba meditar acerca de los asuntos que tenía pendientes y no le vigilaría. Él también estaba contento. La moza de la taberna parecía una dama muy prometidora y él estaba ganando un buen montón de plata con la venta de sus exóticos remedios a los aldeanos y los parroquianos del Toro.

Fuera ya había oscurecido y hacía bastante frío cuando Ranulfo salió y se dirigió a la casa del portero cerca de la entrada, siguiendo el lienzo de la muralla. Llamó suavemente a la puerta y el Nariz Colorada le abrió. Ranulfo miró por encima del hombro del portero. Dentro había dos guardias del séquito del príncipe sentados alrededor de una mesa con unas copas de más. Ranulfo vio los dados y sonrió.

—¡Buenas noches, señores! —dijo—. Estoy muerto de aburrimiento y no puedo dormir —hizo tintinear las monedas de su bolsa—. ¡Pagaría de buen grado una copa de vino y me apetecería jugar a los dados, pero quisiera conocer las principales reglas de este juego!

El portero y los guardias lo acogieron con tanta alegría como a un hermano largo tiempo ausente. Ranulfo se dejó caer en el banco y empujó una moneda de plata sobre la mesa.

—El pago del vino —dijo sonriendo—. Y aquí están mis dados. Los compré en Londres, pero mi amo...

Su voz se perdió mientras sus anfitriones se apresuraban a tranquilizarlo. Y así empezó la «educación» de Ranulfo. Se comportó como si fuera tonto, dejándoles ganar primero para despertar su codicia, pero en cuestión de una hora consiguió vaciar las bolsas de sus tres víctimas. Los guardias estaban tan bebidos que apenas se dieron cuenta de que habían sido engañados y no tardaron en acostarse en sus jergones. En cambio, el portero fue más duro de pelar y a Ranulfo no le gustó ni un pelo la recelosa expresión de sus legñosos ojos.

—Mira —le dijo—, me lo voy a repartir contigo. Me parece lo más justo. ¡He tenido la suerte que suele acompañar a los principiantes!

El portero alargó la mano.

—¡Pero no ahora! Primero quiero un poco de información sobre la muerte de *lady* Eleanor.

El portero retiró la mano y se secó la boca con el dorso de la muñeca. Ranulfo volvió a llenar las copas. Fuera se había levantado una suave brisa que gemía entre

los árboles, llevando consigo los distantes gritos de las criaturas de la noche que habitaban el oscuro bosque más allá de las murallas del priorato. La techumbre de paja de la casa del portero crujía como si llorara por los terribles secretos que encerraba el monasterio.

Ranulfo cerró los ojos, lanzó un suspiro, se levantó y empezó a guardar sus ganancias en una bolsita de cuero.

—¡Espera! —le dijo el portero, levantándose y acercándose a él con vacilante paso de borracho—. Te voy a contar mi secreto. ¡Tienes que acompañarme!

Ranulfo accedió a hacerlo y, sosteniendo con una mano al embriagado portero y con la otra una linterna de asta de toro, salió a la oscuridad de la noche. La puerta se cerró a su espalda con un ruido semejante al retumbo de un trueno. Ranulfo levantó los ojos y soltó un gruñido. Se acercaba una tormenta. Las nubes se estaban empezando a condensar y ya casi habían ocultado la luna llena del equinoccio de otoño. El criado se estremeció al oír el grito de una lechuza y el siniestro parloteo de otras aves nocturnas. El viento soplaba con un suave zumbido haciendo crujir siniestramente las ramas de los árboles como si hubiera sombras acechando en la oscuridad. Ranulfo se arrebujó en su capa, se detuvo y volvió la cabeza hacia el priorato de Godstowe cuya gigantesca y oscura mole de piedra se recortaba contra el cielo nocturno. No había ninguna luz encendida. Dejó que el aire disipara los vapores del alcohol de su cabeza y, abandonando cualquier disimulo, empezó a interrogar al portero acerca de lo que este había insinuado anteriormente. El hombre intentó escabullirse, pero Ranulfo lo siguió acosando. Al final, el portero se soltó de su presa.

—Te lo voy a contar —le dijo con voz pastosa.

Ranulfo le permitió encabezar la marcha, rodeando el priorato hasta llegar a la galilea. El hombre se pasó un rato murmurando y soltando maldiciones por lo bajo mientras hacía tintinear un pesado llavero, pero, al final, encontró la llave que buscaba y ambos avanzaron por el camino iluminado por la luna que discurría como una cinta de plata entre los frondosos árboles. Siguieron caminando hasta que, de repente, el portero giró para adentrarse por otro camino que penetraba en la espesura del bosque. Era un paraje muy solitario, pero Ranulfo se animó un poco al ver los tambaleos y oír las maldiciones de borracho del portero, el cual se detenía de vez en cuando para indicarle por señas que lo siguiera o que levantara un poco más la linterna. Debieron de caminar casi una legua. Al final, salieron del bosque y avanzaron por un sendero que conducía a una encrucijada.

Ranulfo levantó la linterna y sintió que la sangre se le helaba en las venas al ver una horca, de la cual colgaba un cadáver medio descompuesto, todavía retorcido en el interior de su jaula de hierro. El portero le hizo señas de que se acercara.

—¿Quieres conocer mis secretos? —le preguntó, arrastrando las palabras.

—Sí —contestó Ranulfo en un susurro.

—Pues entonces, jura que los guardarás.

Ranulfo levantó la mano derecha.

—¡No —gruñó el portero—, aquí!

Tomó la mano de Ranulfo, lo acompañó a la horca y la introdujo a través de los barrotes de hierro de la jaula hasta obligarle a rozar con las yemas de sus dedos la carne putrefacta del ahorcado justo por encima del lugar que antes ocupara su corazón. Ranulfo sintió que se le revolvían las tripas y poco faltó para que vomitara todo el vino que se había bebido. Tambaleándose a su lado, el portero propinó un golpe a la jaula de hierro y esta chirrió y osciló como si estuviera trenzando con ellos una danza de la muerte. Ranulfo ya había jurado guardar el secreto, pero aún tenía que superar otras pruebas peores. El portero sacó un cuchillo, abrió el cadáver y pinchó ligeramente la muñeca de Ranulfo. Después acercó su mano a la del cadáver. El criado percibió una sensación como de unas húmedas escamas contra su piel, como si una horrible serpiente le estuviera reptando por el brazo. Sin apenas darse cuenta de lo que decía, maldiciendo a Corbett y casi a punto de desmayarse de terror, Ranulfo juró no divulgar jamás el secreto ni en esta vida ni en la otra. Una vez finalizada la macabra ceremonia, Ranulfo se echó hacia atrás. Su habitual buen humor se había esfumado de golpe y su mano se estaba deslizando hacia la daga que le colgaba del cinto. El portero se tambaleó delante de él.

—¡Oye, tú! —le dijo Ranulfo—. Ya he hecho el juramento... ¿qué es lo que querías decirme? ¿Qué es eso tan horrible y misterioso que sabes sobre la muerte de *lady* Eleanor?

—¡Yo no he hablado para nada de *lady* Eleanor! —replicó el portero—. ¡Yo no te he dicho nada de *lady* Eleanor! Te he hablado de mi secreto. ¡Me prometiste hacer un juramento y repartirte las ganancias conmigo!

Se quedó inmóvil como una estatua y su rostro de borracho hizo una mueca mientras Ranulfo le cosquilleaba la barbilla con la punta de la daga.

—Bueno, bueno —dijo el portero con voz pastosa.

—¡Suelta el secreto, malnacido!

El portero cayó de rodillas y empezó a escarbar la tierra al lado del palo de madera de la horca. Retiró la tierra mezclada con piedras y, al final, sacó una vieja bolsa de cuero.

—¡Este es mi secreto!

Ranulfo se arrodilló a su lado, cortó el cuello de la bolsa con su daga y esparció su contenido bajo el charco de luz de la linterna. No era gran cosa. Toda una serie de huesecitos amarillentos y un pequeño collar de cuero.

—¿Qué es eso? —preguntó Ranulfo en voz baja.

—Bueno, ya sabes lo del asesinato, ¿verdad? —contestó el portero—. El mozo y la mujer que encontraron desnudos en la ciénaga. Una semana después, yo salí a cazar cerca de aquel lugar y encontré el cuerpo de un perrillo faldero. El pobrecito había muerto probablemente a causa del abandono o quizá de dolor por la muerte de su dueña. Solo una dama puede tener un perro faldero. No había en la aldea nadie que tuviera un perro como aquel y la señora priora es muy severa en eso con las monjas

de su comunidad. Por consiguiente, yo comprendí que el perrillo tenía que ser de la joven a la que habían asesinado.

El portero sonrió, dejando al descubierto los amarillentos raigones de sus dientes bajo la pálida luz de la antorcha. Señaló los restos de la vieja bolsa de cuero.

—Eso es lo único que podía ofrecer alguna clave acerca de ella.

—¿Y por qué no se la entregaste al alguacil o a los justicias?

—Porque tenía un cierre de oro —contestó el portero—. Se lo vendí a un calderero —contestó, contemplando la enfurecida mirada de los ojos de Ranulfo—. ¡Toma el collar! —le dijo en tono apremiante—. Tiene un lema grabado en la parte interior. Examínalo con cuidado. Este es mi secreto —añadió en tono quejumbroso—. Yo no sé nada de *lady* Eleanor. Estaba más borracho que un obispo la noche en que ella murió. La señora priora tuvo que hacerme pasar la borrachera para poder enviarme a Woodstock. Solo Dios sabe cómo conseguí llegar hasta allí. Le comuniqué el mensaje a un chambelán y regresé a trompicones.

—¿Fuiste a caballo?

—No, hay un sendero más rápido a través de los campos. De día se ve muy claro. Si sales al otro lado del priorato más allá de la granja, verás el sendero. Hay menos de una hora de camino.

Ranulfo lanzó un suspiro, se guardó en el bolsillo el collar de cuero, esperó a que el portero volviera a enterrar los huesecillos y lo acompañó medio a rastras al priorato, escuchando la satisfecha letanía que el hombre le soltó por el camino.

—¡A nadie se le hubiera ocurrido mirar al pie de una horca! —dijo el portero con voz pastosa.

Ranulfo le siguió la corriente y, en cuanto cruzaron la galilea, le entregó las monedas prometidas y regresó a la hospedería.

Corbett, que aún no se había ido a dormir, estaba sentado en el suelo con varios trozos de pergamino a su alrededor. Ranulfo sabía que su amo había estado garabateando memorandos en un intento de aclarar el sentido del misterio con que se enfrentaba. Le hizo un breve relato de lo ocurrido. El escribano soltó un gruñido y lo instó con impaciencia a que terminara de una vez mientras tomaba el viejo collar de cuero. Después le pidió a Ranulfo que sostuviera en alto una vela y examinó cuidadosamente la borrosa inscripción de la parte interior del collar. *Noli me tangere*<sup>[3]</sup>.

—¿Tú qué crees que es eso, Ranulfo?

—¿El lema de una familia?

—Tal vez.

Corbett restregó la correa entre sus dedos y se acercó a la ventana sin apenas prestar atención a los ruidos de la noche. En lo más hondo de su corazón, sabía que el asesinato de *lady* Eleanor y la silenciosa y terrible muerte de aquella misteriosa joven y de su acompañante en el cercano bosque estaban inextricablemente relacionados.

Las mazmorras del palacio del Louvre eran las antesalas del infierno, aunque muy pocos de los que bajaban por sus oscuros peldaños de piedra volvían a salir para contar su experiencia. Los torturadores de Felipe IV, un heterogéneo grupo de italianos y de extrañas y salvajes criaturas de Valaquia, eran muy expertos en quebrar los cuerpos y las almas de sus prisioneros. Sin embargo, Eudo Tailler había resultado ser una de sus víctimas más resistentes. A pesar del dardo de ballesta que le había traspasado el muslo, Eudo había sobrevivido al potro, la bota y la estrapada: tenía todos los miembros rotos pero se aferraba tenazmente a la vida. Había visto al joven escribano francés a quien Celeste había seducido, totalmente destrozado en cuestión de pocos días y dispuesto a responder a cualquier pregunta que le hicieran. Pero él era distinto. No tenía miedo, pues el odio que le inspiraban los franceses era superior al miedo que pudiera inspirarle la muerte. Quince años atrás las tropas de Felipe habían atacado la aldea de su padre y la habían arrasado, borrando de la faz de la tierra en una sola noche a sus hermanos y hermanas y también a su joven esposa y su hijito.

Eudo se negaba a decir nada. Había contado mentiras y lo habían pillado, preguntándole los nombres de otros agentes ingleses en París. Les había contado muchos cuentos de hadas y, tras haber comprobado su falsedad, ellos habían regresado más furiosos que antes, sacándolo a rastras de su sucio y pestilente agujero para llevarlo a la gran cámara de los tormentos y volver a interrogarlo. En algunos momentos, Eudo había distinguido fugazmente al rey francés con la rubia cabeza brillando bajo la luz de las antorchas. Felipe se situaba detrás de los torturadores que llevaban los rostros cubiertos por unas máscaras negras, esperando a que Eudo dijera algo. Ahora todo había terminado. Eudo sabía que iba a morir. Había comprendido también lo que los franceses querían de él: la verdad acerca de la antigua amante del príncipe de Gales, ahora encerrada en Godstowe.

¿Qué le había contado Corbett acerca de ella?, le preguntaron. ¿Se había casado con el príncipe? ¿Alguna de las monjas era agente real? ¿Significaba algo para ellas el nombre de De Courcy?

Eudo les contestó a través de sus hinchados y ensangrentados labios que no sabía nada y entonces los interrogadores cambiaron de táctica.

¿Quién era el asesino de los De Monfort que ahora le estaba pisando los talones a Eduardo de Inglaterra? ¿Estaba en Godstowe o en Londres?

Eudo no se lo hubiera podido decir, pues lo único que sabía era lo que había averiguado de segunda mano a través de una conversación mantenida en Burdeos, aunque él, como gascón, ya había adivinado la verdadera identidad del asesino. Ahora, llegado el último día de su vida, ya no podía soportar el dolor. Los torturadores lo habían encadenado a una pared y le aplicaron unos atizadores al rojo vivo en las partes más delicadas del cuerpo. Eudo abrió los exangües labios en un silencioso grito.

—¿Quién es el asesino, maese Tailler?

Eudo sacudió la cabeza. Otra vez el ardiente dolor.

—¿El asesino, maese Eudo? Dadnos el nombre y podréis dormir.

Eudo comprendió que la vida se le escapaba. Se sintió distante, como si flotara en el aire por encima de los torturadores y estos estuvieran simplemente jugando con el inútil pedazo de carne que antaño fuera su cuerpo. Empezó a murmurar para sus adentros el último acto de contrición. Esperaba que Dios le tuviera en cuenta la lealtad a su Rey. Un escribano que había acompañado al rey francés a la mazmorra indicó por señas a los torturadores que se apartaran y, disimulando su repugnancia, acercó el oído a los labios del moribundo.

—¿Qué habéis dicho, *monsieur* Tailler? ¿El nombre del asesino?

Eudo, que ya no podía resistir el dolor, hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban y pronunció un nombre. El escribano se incorporó con una sonrisa de triunfo y se volvió a mirar a su regio señor.

—Nos lo ha dicho, Majestad. Ya tenemos a nuestro hombre.

Felipe le miró con semblante impasible.

—¡Volvédsele a preguntar!

El escribano se acercó, echó un vistazo a Eudo y retrocedió rápidamente.

—Ha muerto, Majestad.

Felipe asintió con la cabeza.

—¡Desmembradlo! —ordenó. Después, volviéndose hacia el escribano, añadió—: Enviadle enseguida un mensaje cifrado al *seigneur* de Craon. Tiene que recibirlo cuanto antes.

## Capítulo VI

A la mañana siguiente, Corbett sacudió a Ranulfo y este se despertó con los ojos empañados por el sueño.

—¡Por el amor de Dios, amo mío!

—Llevas demasiado tiempo al servicio del demonio —le dijo Corbett en tono de chanza—. Bebes hasta muy tarde y te levantas demasiado tarde.

—Llevo demasiado tiempo a vuestro servicio —rezongó Ranulfo.

Se levantó, se limpió los dientes frotándoselos con un dedo impregnado con un poco de sal, se lavó la cara en un cuenco de agua de rosas, se puso las botas y, siguiendo a Corbett que no paraba de gastarle bromas, bajó a desayunar a la pequeña despensa.

—¿Qué asunto tenemos hoy entre manos, amo mío?

Corbett masticó con aire ausente una pequeña hogaza de pan candeal que había sacado de un cesto cubierto con un lienzo de lino.

—¿Tú crees en el infierno, Ranulfo? —preguntó de repente.

—Pues claro, amo mío. ¿Por qué?

Corbett le señaló la única vidriera de colores que había en la estancia, en la que el artista había representado una gráfica visión de unos demonios de fiera mirada de cuyas bocas y narices se escapaba un fétido aliento mientras desgarraban la carne de los pecadores con unas tenazas al rojo vivo y les traspasaban el cuerpo con clavos de hierro candente al tiempo que otros azotaban a los desventurados con palos y látigos. Ranulfo contempló la escena con curiosidad y experimentó un estremecimiento de angustia al ver cómo los pecadores eran arrojados a unos hornos encendidos y unas calderas de aceite hirviendo o eran destrozados en unas enormes ruedas que giraban sin cesar. En la parte inferior de la escena, serpientes, dragones, víboras, hurones, repugnantes sapos y horribles gusanos aguardaban para echarse encima de los condenados.

—Si os fijáis bien en la escena, amo mío, creeréis que estáis en el mismísimo infierno —contestó Ranulfo en voz baja—. ¿Por qué me lo preguntáis?

Corbett tomó un sorbo de su copa con semblante pensativo.

—Godstowe es un lugar muy tranquilo —contestó—. Presta atención, Ranulfo.

El criado se volvió, miró hacia la puerta y percibió los rumores de la actividad cotidiana de la comunidad del priorato: el sonido metálico de los cubos de leche, el ruido de las carretas y, sobre el trasfondo del líquido gorjeo de los pájaros, los dulces cantos de las monjas desde la iglesia del priorato.

—Todo está muy tranquilo —añadió Corbett—. Y, sin embargo, yo creo que el mismísimo Satanás, el Príncipe de las Tinieblas, ha abandonado las calderas del infierno y ahora vaga por este soleado lugar.

El criado se estremeció al oír sus palabras.

—Mira, Ranulfo —dijo Corbett, secándose la boca con una servilleta—, cuando

yo era pequeño, mi madre me llevó a escuchar a un famoso predicador. Este dijo que el infierno era un lago de agua hirviendo lleno de serpientes venenosas. En él, los calumniadores estaban sumergidos hasta las rodillas. Los fornicadores —el escribano le dirigió una significativa mirada a su criado— lo estaban hasta el cuello y los adúlteros y traidores hasta los ojos —Corbett esbozó una sonrisa—. Recuerdo aquel sermón porque mi padre, que nunca se reía y siempre estaba muy serio cuando gastaba alguna broma, se inclinó hacia adelante y comentó en voz baja que, si aquel predicador hablaba con tanta elocuencia del infierno, necesariamente tenía que haber estado allí.

Ranulfo sonrió y se tranquilizó un poco.

—No obstante —añadió Corbett, ajustándose el talabarte alrededor de la cintura —, una de las cosas que yo recuerdo es que el predicador era un hombre extremadamente amable. Le dijo a mi madre que la Santa Madre Iglesia solo deseaba asustar a sus hijos, exceptuando... —Corbett entornó los ojos y miró hacia la puerta — a los asesinos, los que matan, especialmente los hijos de Caín que traman con fría maldad la destrucción de alguien a quien odian —el escribano hizo una pausa—. Eso es lo que ha ocurrido en Godstowe, Ranulfo. Primero —dijo, marcando los puntos con un dedo—, asesinan a *lady* Eleanor. Créeme, no fue un accidente sino algo fríamente planeado y cuidadosamente calculado. Segundo, la anciana monja sor Marta también fue asesinada por lo que sabía. Y, de alguna manera, creo que estos asesinatos están relacionados con los dos cadáveres que se encontraron en el cercano bosque —el escribano miró con la cara muy seria a Ranulfo—. Creo que ya es hora de que volvamos a hablar con nuestro amigo el portero.

—¡Amo mío!

—¿Sí?

—Aún no me he terminado el vino —dijo Ranulfo, mirándole con sombría expresión de reproche.

Corbett sonrió y se apoyó en el quicio de la puerta.

—Te esperaré, Ranulfo. Pero eso no es lo que realmente te preocupa, ¿verdad?

Ranulfo tomó un sorbo de la copa.

—No, maese Corbett, no lo es. ¿Quién es el asesino?

—Solo Dios lo sabe, Ranulfo. ¿El Rey? ¿El príncipe? ¿Gaveston? Ese sodomita real sería capaz de hacer cualquier cosa —Corbett lanzó un suspiro—. El asesino también podría ser una de las monjas e incluso nuestro buen párroco —el escribano hizo una pausa—. ¿Estás preparado?

—Como siempre, amo mío.

Corbett sonrió mientras ambos se dirigían a la casa del portero cerca de la entrada principal. Curiosamente, el hombre ya se había levantado y estaba tomando el sol sentado en un banco, con una jarra de cerveza en la mano.

—Buenos días, mi señor escribano —dijo, entornando los ojos mientras miraba con una sonrisa de complicidad a Ranulfo—. ¿Ya os queréis ir?

—Buenos días —le contestó Corbett, rozándole la bota con la suya—. Pues sí, me quiero ir y me gustaría que me enseñaras el lugar donde fueron encontrados los dos cadáveres.

—¿Qué cadáveres? —preguntó el portero, mirando enfurecido a Ranulfo. Corbett se inclinó hacia adelante y agarró fuertemente al portero por el hombro.

—No te atrevas a jugar conmigo —le dijo en voz baja—. Hace unos dieciocho meses, un joven y una mujer fueron encontrados desnudos y con las gargantas cortadas en el bosque. Más tarde tú encontraste cerca de allí el cuerpo de un perrito faldero. Te llevaste el collar del perrito, vendiste las joyas que llevaba y enterraste los restos al pie del patíbulo. Pues bien —añadió mientras el hombre le miraba con creciente temor—, puede que no seas un asesino, pero está claro que eres un ladrón. Robaste a unos muertos y no facilitaste cierta información a los justicias del Rey o al alguacil. Estoy dispuesto a olvidarlo todo si accedes a dar un paseo con nosotros en este agradable día estival.

El portero le dirigió una mirada asesina a Ranulfo, posó ruidosamente la jarra de cerveza en el banco, abrió la poterna murmurando por lo bajo y se adentró con ellos por el blanco y polvoriento camino que serpeaba entre los árboles del bosque hasta llegar a la aldea de Godstowe. El hombre encabezaba la marcha y Corbett y Ranulfo lo seguían. El escribano se desperezó mientras aspiraba una bocanada de fresco aire matinal.

—¿Por qué tenemos que ir a ese sitio? —preguntó Ranulfo en tono quejumbroso.

—Por simple curiosidad —contestó Corbett. Al doblar un recodo, el escribano se detuvo bruscamente y asió a Ranulfo por el brazo—. Presta atención —le dijo en un susurro mientras el portero seguía caminando sin darse cuenta de lo que ocurría a su espalda.

Ranulfo aguzó el oído, tratando de aislar los rumores del bosque, los cantos de los pájaros y los susurros de los animalillos bajo los verdes y tupidos helechos. Y entonces lo oyó: el rumor de unas pisadas sobre los guijarros sueltos del camino. El portero se detuvo y volvió la cabeza. Corbett le indicó por señas que guardara silencio y no se moviera. Las pisadas estaban cada vez más cerca.

—Creo que ya sé quién es —musitó Corbett.

Oyeron una afanosa respiración e inmediatamente apareció una figura envuelta en el hábito gris del priorato de Godstowe. Corbett identificó las sonrosadas mejillas y los brillantes ojos enmarcados por la toca.

—¡Sor Catalina! —exclamó.

La monja se detuvo, pegó un brinco hacia atrás y lanzó un ahogado grito mientras se acercaba una mano a la boca.

—Buenos días, mi señor escribano —contestó sin poder disimular su azoramiento—. Iba a...

Corbett salió de debajo de las copas de los árboles.

—No mintáis, hermana. *Lady Amelia* jamás consentiría que vagarais sola por el

bosque. Estoy seguro de que no tenéis ningún asunto que resolver en la aldea.

El rostro de la monja se tiñó de carmesí. Ranulfo contempló con su habitual interés cómo el exuberante pecho de la monja subía y bajaba bajo el hábito de lana gris.

—Nos estabais siguiendo —dijo Corbett—. Os he visto con el rabillo del ojo cuando yo estaba hablando con el portero.

—Yo... —la monja apartó la mirada—. Sí, os he estado siguiendo —confesó—. Os vi hablar con el portero y salir repentinamente con él. Me ha picado la curiosidad.

—¿Por qué? —preguntó Corbett.

El semblante de sor Catalina se endureció.

—Habéis venido al priorato insinuando que en él se han cometido malas acciones —contestó la religiosa.

—Porque es cierto, hermana —Corbett se volvió y, mirando enfurecido al portero, le hizo señas de que se quedara donde estaba—. No creo que *lady* Eleanor se cayera por la escalera. La muerte por ahogamiento de la anciana sor Marta en la bañera me resulta sospechosa y podéis decirle a *lady* Amelia que ahora siento curiosidad por los dos cadáveres encontrados en el bosque.

—Ah.

Corbett se acercó un poco más a la monja.

—¿Os habíais enterado? —le preguntó Ranulfo a la religiosa.

—Sí, ya lo sabíamos. Creo que *lady* Amelia ya os ha dicho todo lo que sabemos.

Corbett se alisó el cabello con los dedos.

—¿Qué nos dijo exactamente *lady* Amelia, hermana? —preguntó el escribano, levantando los ojos hacia el claro cielo azul—. Vamos —la apremió amablemente—. Esta mañana habéis abandonado el priorato por orden suya. Por consiguiente, decidme lo que vos y sor Amelia sabéis acerca de los cadáveres del bosque. Eso nos ahorrará otros interrogatorios.

La monja se encogió de hombros.

—Los dos cadáveres se encontraron hace unos dieciocho meses —dijo—. Los colocaron en unos sacos de lona y los llevaron a la iglesia de Godstowe para que los enterraran en el cementerio de allí. El alguacil y el forense se trasladaron a la aldea y llevaron a cabo la *Inquisitio Post Mortem*, pero solo descubrieron que dos personas cuya descripción coincidía con la de los cadáveres habían pasado por la aldea aquel día —sor Catalina hizo una mueca—. Tal como ya he dicho, los encontraron desnudos y degollados y nadie reclamó los cadáveres.

—¿Adónde iban?

—No lo sabemos.

—¿Se esperaban dos visitantes como ellos en Godstowe?

—No. Recibimos muchos visitantes, pero casi todos tienen permiso de la priora para visitar a sus parientes. No esperábamos a nadie como ellos. Yo... —Sor Catalina hizo una pausa para arreglarse la toca—. Soy la encargada de los preparativos que se

hacen cuando se esperan visitantes. El alguacil me hizo la misma pregunta y yo le di la misma respuesta que ahora os estoy dando a vos.

—¿Qué ocurrió después?

Sor Catalina se humedeció los labios con la lengua.

—El alguacil llegó a la misma conclusión que nosotras, es decir, la de que los dos desventurados viajaban por el camino y habían sido asaltados por unos forajidos —la religiosa contempló la verde oscuridad del bosque—. Por aquí los hay en abundancia —mirando con una hipócrita sonrisa a Corbett, le preguntó—: ¿Os dirigís al lugar donde fueron encontrados los cadáveres?

—Sí, el portero accedió a acompañarnos —mintió Corbett.

—Será mejor... —a sor Catalina se le trabó la lengua—. Será mejor que regrese.

—¿Sor Catalina?

—¿Sí, mi señor escribano?

—¿Apreciabais a *lady* Eleanor?

—¡Era una prostituta real! —contestó la monja, escupiendo las palabras—. ¡Podéis pensar lo que queráis, escribano, pero no hubieran tenido que enviarla a Godstowe!

—Sin embargo, la señora priora estuvo de acuerdo, ¿verdad?

—La señora priora dicta las leyes —contestó sor Catalina en tono despectivo—. Ella tiene sus propias reglas. Debe su cargo a los servicios que prestó su padre al príncipe hace muchos años.

—¿No le tenéis simpatía a la señora priora? —le preguntó Ranulfo.

—*Lady* Amelia puede ser muy severa —contestó diplomáticamente la monja—. Prohibió los animales de compañía y los festejos dentro del priorato. Controla severamente adónde vamos y limita el número de nuestras visitas. Ha prohibido la caza y la cetrería y...

—Y, sin embargo —dijo Corbett, interrumpiéndola—, permitió que la ramera real viniera a vivir con vosotras, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿vosotras le teníais simpatía? —insistió en preguntar Ranulfo—. Me refiero a *lady* Eleanor.

Sor Catalina frunció los labios.

—La dejábamos en paz. Se mostraba siempre muy altiva y distante. Las únicas personas con quienes hablaba eran la señora priora y sor Águeda.

Corbett asintió con la cabeza y le dio a Ranulfo una palmada en los hombros.

—En este caso, hermana, ya no hace falta que nos acompañéis. Podéis decirle a *lady* Amelia por dónde hemos ido a pasear y comunicarle que no tardaremos en regresar.

La monja giró sobre sus talones y se alejó con toda la dignidad que pudo.

Reanudaron su camino, levantando al portero del lugar donde este se había sentado al borde del camino, mascando un puñado de hierba fresca.

—¿Qué quería sor Catalina? —preguntó el portero—. ¿No le habéis dicho nada del collar?

—Ha venido para desearnos buen viaje —contestó Ranulfo en tono sarcástico—. Pero no le hemos dicho nada del collar del perro. Ni tampoco de las joyas que tú robaste —añadió maliciosamente.

Llevaban otros diez minutos caminando y ya podían ver el humo azulado de la aldea de Godstowe elevándose por encima de las copas de los árboles cuando, de repente, el portero se detuvo, giró a la izquierda y los guio por un estrecho sendero que se adentraba en el bosque. Ranulfo se estremeció. Siempre se sentía incómodo en medio de la oscuridad y el silencio del bosque, las extrañas sombras, los repentinos estallidos de luz y el constante parloteo y los ruidos de los pájaros y los animales invisibles.

—Prefiero cualquier oscura callejuela de Southwark —murmuró.

—Allá cada cual con sus gustos —contestó Corbett.

Siguieron al portero por el tortuoso camino y, de pronto, llegaron a un claro rodeado de árboles, en el que solo rompía el silencio el gorgoteo de un pequeño arroyo que bajaba sobre unas rocas que sobresalían de su lecho cual si fueran los dedos de un gigante enterrado.

—Tened cuidado —les advirtió el portero, señalando una zona de la orilla del arroyo donde la hierba parecía más oscura, larga y exuberante—. ¡Cuidado! —repitió, tomando una rama caída y arrojándola a la mancha verde oscuro.

Ranulfo tragó nerviosamente saliva cuando la rama alcanzó el suelo. Se oyó un ruido como de succión, se formó un pequeño charco de agua y la rama se hundió sin dejar ni rastro.

—Un pantano —explicó el portero—. Hay varios en este bosque —añadió dejando al descubierto la desdentada caverna de su boca—. Solo unos necios podrían venir a pasear por aquí.

—¿Dónde se encontraron los cuerpos?

—Bueno, por lo que yo he podido deducir —contestó el portero, rascándose la cabeza—, los debieron de empujar hacia la ciénaga, pero no se hundieron. Dos enamorados de la aldea que buscaban un lugar tranquilo los descubrieron y fueron a pedir ayuda. Vinimos y los sacamos.

—¿Cómo estaban?

—Bueno, eso es un misterio —contestó el portero—. Me enteré de que se habían encontrado unos cadáveres y bajé a toda prisa desde el priorato. Allí estaba cuando llegaron los guardias. Los cuerpos estaban desnudos como el día en que nacieron, no llevaban ni una sola prenda encima, tampoco joyas ni ninguna pertenencia. Pero sus rostros... —el hombre sacudió la cabeza—. Estaban llenos de manchas negras y tenían las gargantas cortadas de oreja a oreja.

—¿Y nadie reclamó los cuerpos?

—No.

—¿Y en el priorato no esperabais ninguna visita?

—No.

—¿Cómo encontraste el perro?

El portero desplazó nerviosamente el peso del cuerpo de uno a otro pie.

—Bueno, yo estaba perplejo y, dos días más tarde, regresé. Conozco muy bien el bosque. Pensé que, a lo mejor, encontraría algo que mereciera la pena —señaló los árboles que rodeaban el claro—. Allí, bajo los helechos, vi el perro. Al principio, pensé que era un conejo muerto. Me acerqué a mirar y vi que era un perrito faldero.

—¿No lo mataste tú? —preguntó Ranulfo.

—¡Dios es testigo de que no lo hice! —contestó el portero, humedeciéndose nerviosamente los labios con la lengua—. Los cadáveres ya debían de llevar varios días o tal vez varias semanas en la ciénaga. El perrito debió de escapar, pero, siendo un animal tan mimado, debió de regresar y, al final, murió de dolor por su dueña. Le quité el collar, saqué las piedras preciosas, puse lo demás en el saco y lo llevé todo a la horca. Lo demás ya lo sabéis.

Le dirigió una nueva mirada de rabia a Ranulfo y bajó los ojos al suelo.

—¿Hay forajidos por aquí? —preguntó Corbett.

El portero hizo una mueca.

—No, mi señor escribano. Eso es lo que nos extrañó tanto a mí como a los demás aldeanos. Es verdad que algunos mozos vienen a practicar la caza furtiva, pero decidme —añadió en tono desafiante—, ¿qué forajido con dos dedos de frente se ocultaría en un bosque con un palacio real en uno de sus extremos y un priorato lleno de poderosas damas en el otro? Por no hablar de la aldea y de las granjas que hay por aquí. Existen bosques más profundos que este en los que pueden ocultarse los forajidos.

Corbett contempló el siniestro y silencioso claro.

—Si las hojas de estos árboles se convirtieran en lenguas, ¿qué historia nos contarían?

Ranulfo se estremeció.

—Es un lugar para descansar —dijo Corbett en voz baja—, pero puede que no sea un lugar para morir.

—No sé —contestó Ranulfo con el rostro cada vez más pálido—. Una vez conocí a un marinero, un viejo de Gravesend. ¡Me dijo que, en una de sus travesías, pasó por delante de una isla flotante llena de herreros diabólicos que forjaban y moldeaban las perversas almas de los asesinos! —El criado sacudió la cabeza—. Creo que este lugar es más apropiado para eso que cualquier isla —miró fijamente a Corbett—. No me gusta, amo mío. ¡Apesta a muerte!

—¡En tal caso, mi señor portero —dijo Corbett—, será mejor que nos vayamos!

Regresaron al camino del bosque y, una vez allí, Corbett despidió al portero. Después, él y Ranulfo, que ya se había tranquilizado, se sentaron en un tronco al borde del camino.

—Vamos a ver qué es lo que tenemos —dijo Corbett en cuanto el portero se hubo alejado lo bastante como para no oírle—. Dos viajeros que fueron víctimas de una emboscada y fueron asesinados en un claro del bosque... ¿lo hicieron unos forajidos? —El escribano sacudió la cabeza—. El portero tiene razón y la explicación que nos ha dado sor Catalina no es válida. Ningún forajido sería tan necio como para esconderse tan cerca de un palacio real y un poderoso priorato.

Ranulfo soltó un ruidoso eructo.

—Estoy de acuerdo —dijo, pidiendo disculpas—. Y un forajido tampoco hubiera desnudado los cadáveres de esa manera: se hubiera quedado las joyas y quizá la plata, los caballos y los jaeces, pero no hubiera cometido los excesos que nos ha descrito el portero. Y un forajido tampoco hubiera intentado esconder los cadáveres. Hubiera tomado las mal adquiridas ganancias y se habría largado.

Corbett se rascó la barbilla.

—O sea que el misterio es cada vez más incomprensible. ¿Por qué los mataron, Ranulfo? ¿Por qué no les exigieron los objetos de valor y huyeron? Es como si el asesino hubiera querido ocultar la identidad de las víctimas —añadió—. Se lleva sus pertenencias y sus caballos y empuja sus cuerpos desnudos a un pantano, pero estos no se hunden debidamente —el escribano se mordió el labio con expresión pensativa—. Hay otros enigmas. Los viajeros eran desconocidos en estos parajes y, sin embargo, sabían que este camino del bosque conducía a un claro en el que había agua para refrescarse. ¿Y quién pudo ser tan fuerte como para vencer a un vigoroso joven y probablemente a una saludable damisela?

—¿Qué estáis diciendo, amo mío?

—La única deducción que cabe hacer es que los atrajeron a sus muertes. Los llevaron al claro para asesinarlos. Pero ¿cómo es posible que ellos ofrecieran voluntariamente sus gargantas al asesino? —se preguntó Corbett, soltando una repentina carcajada—. ¿Tú lo entiendes, Ranulfo?

—No, amo mío, no lo entiendo. Yo me hago las mismas preguntas. ¿Quiénes eran? ¿Adónde iban? No al priorato, pues allí no les esperaban —Ranulfo soltó un sonoro resoplido—. Tal como vos decís, amo mío, ¿cómo los atrajeron a sus muertes y por qué razón entregaron sus vidas tan dócilmente?

Corbett se levantó y se sacudió la ropa para eliminar el musgo que se había adherido a ella.

—Un enigma tras otro —murmuró—. Pero te diré una cosa, Ranulfo, aunque no tengamos la más mínima prueba, yo creo que las muertes de esos dos jóvenes tienen algo que ver con el asesinato de *lady* Eleanor Belmont.

Ranulfo bajó la mirada al suelo.

—¿Amo mío?

—¿Sí, Ranulfo?

—Tanto sor Catalina como el portero han dicho que los cadáveres se encontraron en el bosque que se extiende entre el priorato y el palacio. ¿Y si el asesino

perteneciera a uno de esos dos lugares?

Corbett sacudió la cabeza.

—Eso sería muy difícil de demostrar, Ranulfo. Tal como ha dicho el portero, puede que los cadáveres llevaran varios días e incluso varias semanas allí. Si fuera alguien del priorato, ¿qué motivo hubiera tenido una monja para asesinar a los dos viajeros? Y, si hubiera sido algún noble señor de palacio, seguramente hubiera hecho un trabajo más profesional —Corbett entornó los ojos y levantó la vista al cielo—. Estamos hablando de un asesino y no de unos asesinos en plural. De una persona que actuó a toda prisa y después arrastró los cadáveres a la ciénaga de cualquier manera —el escribano hizo una mueca y le dio a su criado una palmada en el hombro—. Pero eso también plantea un dilema, mi querido Ranulfo. ¿Cómo pudo una sola persona vencer a dos personas en la plenitud de sus fuerzas?

Ranulfo se levantó y se desperezó.

—Hay muchas tensiones en el priorato, amo mío.

Corbett torció el rostro en otra mueca.

—Pues claro que las hay. *Lady Amelia* no es muy apreciada. Acabó con los caprichos y distracciones de las monjas, pero, al mismo tiempo, permitió que una ramera se instalara en el convento. Además, nosotros conocemos a nuestro señor el Rey. Estoy seguro de que algún día le pediré cuentas a *lady Amelia* de su administración.

—¿Y adónde vamos ahora, amo mío?

—Bueno, creo que, de momento, hemos terminado en el priorato. Los buenos aldeanos de Godstowe no saben casi nada. Creo que ya es hora de que visitemos a nuestro muy noble príncipe de Gales y a lord Gaveston en Woodstock.

Ranulfo soltó un gruñido y cerró los ojos.

—Hay que tomar las cosas por su lado bueno —dijo Corbett, echando a andar rápidamente por el camino—. ¡Dónde hay un palacio, hay mozas agraciadas!

Ranulfo contempló la espalda de su amo.

—Sí —murmuró—. ¡Y dónde está Gaveston, está el demonio!

## Capítulo VII

El rey Eduardo de Inglaterra estaba sentado en su pabellón de seda púrpura en el centro de un gran campamento levantado en los verdes prados que se extendían bajo la impresionante mole del castillo de Nottingham. Hasta sus oídos llegaban los sonidos de su ejército: los arqueros con sus pardos sayos; los soldados con sus yelmos cónicos y sus jubones acolchados, armados con largas lanzas, los gritos de los oficiales y los relinchos de los fogosos caballos de batalla.

El rey, que acababa de cumplir sesenta años, permanecía sentado en uno de los grandes arcones que contenían la paga de sus hombres, dando unas palmadas a la tapa de madera. Tenía intención de trasladarse al norte con el ejército más grande que jamás hubiera reunido con el fin de aplastar a los rebeldes de Escocia, ahorcar a su cabecilla Comyn el Rojo, atrapar a los escoceses en sus valles e incendiar sus aldeas. Sumergiría toda Escocia en un mar de llamas y daría a aquellos traidores una lección que jamás podrían olvidar. Ojalá su hijo estuviera allí con él...

El corazón de Eduardo, endurecido contra las lágrimas de compasión de sí mismo, latió un poco más rápido. ¿En qué se había equivocado? Amaba, siempre había amado y siempre amaría al muchacho. ¿Quizá fue la muerte de la madre? ¿Quizá esperaba demasiado de él? Eduardo cerró los ojos y recordó los dorados estíos que ahora se le antojaban tan lejanos como la eternidad. Su hijo, el del cabello rubio como la plata, se alegraba de verle y corría con paso inseguro a través de un verde prado, enviado hacia él por su madre Leonor, la de los grandes ojos negros y la piel aceitunada. ¡Oh, dulcísimo Jesucristo! Eduardo cerró fuertemente los ojos mientras los recuerdos regresaban en tropel a su mente. ¡Oh, Dios mío!, rezó, ¿por qué tenían aquellos recuerdos un sabor tan agridulce en su alma?

—Daría todo lo que tengo por recuperarlo —murmuró.

El Rey cambió inmediatamente de actitud y rechinó los dientes de rabia. Gaveston era el obstáculo. ¡El brujo, el hijo pervertido de una madre pervertida! Eduardo había considerado la posibilidad de enviarlo al destierro, pero tenía a su espalda el espectro de la guerra civil, su hijo hubiera opuesto resistencia y algunos barones, especialmente los más jóvenes, hubieran estado muy dispuestos a seguir a su hijo. En caso de que estallara la guerra civil, los escoceses cruzarían la frontera del norte, los galeses se rebelarían y Felipe de Francia enviaría sus barcos a Dover en cuestión de una semana. Pero Eduardo conocía la verdadera razón de su renuencia a desterrar a Gaveston... no podía negarle nada a su hijo. Aquellos ojos azules, el brillo inocente de su mirada, los recuerdos de tiempos más dulces y serenos...

—¡Majestad! ¡Majestad!

Eduardo abrió los ojos. Juan de Warenne, conde de Surrey, se encontraba de pie a la entrada de la tienda con una jarra de cerveza en una mano y una pechuga de pollo a medio comer en la otra.

—Llegas muy temprano, Juan.

De Warenne vio las lágrimas que surcaban las mejillas del monarca y apartó los ojos.

—¿De qué le sirve a un rey, Juan, conquistar todo el mundo si pierde a su muy amado hijo?

De Warenne le miró sin decir nada y Eduardo esbozó una sonrisa. El viejo De Warenne, pensó, con su colorado y mofletudo rostro y su negro y traidor corazón. Un buen soldado pero un mal general. Su respuesta a cualquier contratiempo era montar en su caballo y cargar contra lo que fuera. Se había ofrecido incluso a matar a Gaveston.

—¿Qué ocurre, Juan?

—Nada, excepto De Craon.

Eduardo levantó los ojos al cielo.

—O sea que el enviado de Felipe ha descubierto mi escondrijo —musitó.

—¡Desterrad la melancolía, Majestad! —dijo De Warenne con voz estridente—. ¡Enjugad las lágrimas de vuestros ojos como una valerosa doncella y tomad la cuchara más larga que tengáis, pues el demonio ha venido a cenar!

—¿El asunto de Godstowe?

De Warenne asintió con la cabeza.

—Tiene que serlo. Los rumores son cada vez más insistentes, se extienden como las malas hierbas y De Craon debe de ser su sembrador. Todo el mundo habla en susurros. Hasta en la ciudad se dice que el príncipe ha matado a su querida para complacer a su amante. De Craon anda husmeando por todas partes en busca de los detalles más sabrosos. Después regresará a París y, desde allí, se irá a Roma a ver al Santo Padre.

—¡Calla la boca, De Warenne!

Eduardo golpeó la tierra con la punta de la bota. Ya se imaginaba las protestas de indignada inocencia de Felipe... y la carta que después le enviaría el papa. Ya sabía cómo empezaría.

«*Pervenit ad aures riostras*<sup>[4]</sup>, mi muy amado hijo en Cristo...», a continuación las gazmoñas frases habituales, las veladas alusiones a la sodomía y al asesinato, la escasa idoneidad del príncipe de Gales para desposarse con una inocente princesa de Francia, la disolución del tratado y la sangrienta guerra que estallaría a continuación. ¡Por los cuernos de Satanás!, pensó el Rey, ¿qué estaba haciendo aquel malnacido fisgón de Corbett y a qué venían sus advertencias acerca de la presencia de un asesino, de otro De Monfort que andaba suelto por Inglaterra? Eduardo esbozó una leve sonrisa. Eso no le daba miedo. Quizá ya fuera hora de decírselo a Corbett. No, lo que más lo preocupaba era el asunto de Godstowe. La Corona se tenía que defender. Su hijo había estado protegido hasta aquel momento. ¿Qué demonios estaba haciendo su propio espía en Godstowe?

—Si Vuestra Majestad desea irse a dormir...

—¡Te voy a cortar los cojones, De Warenne! —dijo el Rey, mirándole con una

sonrisa—. ¡Qué pase ese malnacido!

Unos segundos después entró De Craon con una relamida sonrisa en los labios, inclinó la cabeza e hizo una reverencia mientras sus ojos de serpiente estudiaban al Rey. Eduardo pensó que el francés estaba un poco ridículo con su túnica de suave zangaleta y sus botas de color tostado, pero consiguió disimular y le miró con la cara muy seria. De Craon tenía unos gustos un poco raros. El día menos pensado...

—*Monsieur* de Craon —Eduardo prescindió deliberadamente del título de «Seigneur»—. Nos complace mucho veros. ¿Habéis tenido un venturoso viaje? Esperábamos con ansia vuestra llegada.

De Craon se inclinó en una media reverencia.

—¡Un ansia ni la mitad de grande que la que yo sentía por veros a vos, Majestad! Mi señor el rey Felipe os envía sus fraternales saludos. Está profundamente apenado por vuestras dificultades en Escocia. Os ofrece actuar como mediador y hará todo lo que esté en su mano por ayudaros.

Como, por ejemplo, enviar cien barcos llenos de hombres y municiones para echarles una mano a los bastardos, pensó Eduardo. Colocó un pie bajo una banqueteta y la acercó.

—¿No queréis sentaros, *monsieur*?

—Vuestra Majestad me abruma. Insisto en permanecer de pie. Os merecéis esta muestra de respeto.

De Craon decidió vigilar atentamente a Eduardo. Estudió el cruel rostro de halcón enmarcado por el cabello gris acero y los ojos ligeramente oblicuos, uno de ellos entornado, costumbre que Eduardo había adquirido en su juventud y era un indicio de su violento temperamento. De Craon optó por mostrarse más circunspecto.

—Majestad —dijo—, mi señor os envía sus saludos y confía en que su amada hermana Margarita se encuentre bien.

Eduardo pensó en el pálido y ojeroso rostro de su nueva prometida y soltó un gruñido.

—La cuestión de Gascuña...

—¡No hay ninguna cuestión! —replicó Eduardo.

—¿Los privilegios y anexidades? —apuntó humildemente De Craon.

—Son míos.

—¿En virtud de qué derechos?

Eduardo lanzó un suspiro.

—Mi querido De Craon, mis tropas ocupan todo el territorio.

—Vuestras tropas no han cobrado la paga.

—¡La cobrarán! —rugió el Rey.

—Y, sin embargo, Majestad —De Craon extendió las manos—, todo se resolvería con la boda de vuestro muy amado hijo con la princesa Isabel.

—¿Habéis visto a mi muy amado hijo?

—En Woodstock, Majestad.

—¡En Woodstock, Majestad! —repitió el Rey imitando su voz.

—Majestad, ¿acaso vuestro hijo se encuentra retenido allí?

—¡No, simplemente quiero que esté allí!

—¿Para que esté más cerca de Godstowe?

—Para que esté cerca de Oxford.

—El príncipe llora la muerte de *lady* Eleanor.

—¿Quién es? —preguntó Eduardo con aspereza.

De Craon esbozó una sonrisa diciendo:

—Vuestra Majestad se burla de mí.

Pero inmediatamente se puso muy serio. Ya estamos, pensó Eduardo.

—Majestad, estoy turbado y profundamente preocupado por los rumores que ciertos hombres perversos están propagando. Son historias maliciosas y difamatorias, según las cuales *lady* Eleanor fue asesinada por vuestro hijo para poder estar con su amado compañero el gascón Piers Gaveston.

—Son unos traidores embusteros. ¡Mandaré ahorcar, arrastrar y descuartizar a cualquier hombre que se atreva a decir semejante cosa!

—Por supuesto, Majestad. Pero muchos se preguntan en susurros cómo pudo una mujer caer escaleras abajo y romperse el cuello sin que la capucha que llevaba puesta le resbalara hacia atrás. Dicen que vuestro hijo le enviaba brebajes y que quizá la dama fue envenenada.

—Mi hijo no sabe nada acerca de la muerte de *lady* Eleanor. Murió un domingo por la noche. El príncipe se enteró del desdichado suceso el lunes por la mañana.

De Craon parpadeó y miró al soberano con semblante falsamente preocupado.

—Pido perdón, Majestad... vuestro hijo se enteró de la muerte de *lady* Eleanor el mismo domingo por la noche.

De Craon acercó un poco más el rostro al del Rey. Eduardo se quedó paralizado de terror. Fue una de las pocas veces de su vida en que sintió auténtico miedo. «¡Mi hijo un asesino! Eso es lo que empezará a decir la gente: no solo envenenador sino también sodomita. Un asesino de mujeres inocentes. ¡Pediré la cabeza de Corbett!», pensó el Rey.

Detrás de De Craon Eduardo vio a De Warenne extrayendo silenciosamente la daga de su vaina. Bastaría con que él levantara un dedo para que el francés muriera. Eduardo sacudió la cabeza y De Warenne volvió a envainar la daga.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Vuestro propio hijo me lo dijo, Majestad.

—Tiene que haber un error.

—No, no lo hay. Sus palabras textuales fueron... —De Craon cerró los ojos—. Le pregunté por *lady* Eleanor y él me contestó: «Está en las puertas de la muerte, una caída, un accidente. Se habrá caído escaleras abajo». Era pasada la medianoche, Majestad —añadió De Craon, esbozando una relamida sonrisa—. El príncipe había bebido unas copas de más, pero, aun así, me pareció extraño, pues el portero del

priorato de Godstowe no llegó hasta primera hora de la mañana.

Eduardo se volvió hacia el joyero que tenía al lado, lo abrió y sacó una sortija de oro con un valioso rubí centelleando en su centro.

—*Monsieur*, os ruego que lo aceptéis como un regalo. Pensaré en todo lo que me habéis dicho.

De Craon alargó la mano. El Rey le comprimió con fuerza la muñeca y no se dio por satisfecho hasta que le vio hacer una mueca de dolor.

—Un regalo, *monsieur* —repitió en un susurro—. Y una advertencia para los que propagan rumores maliciosos. Si puedo demostrar que todas estas escandalosas historias no son más que una sarta de mentiras, comunicaré su origen tanto a mi hermano el rey de Francia como a Su Santidad el papa. Y estoy seguro de que no estarán muy contentos.

De Craon sacudió la cabeza y el Rey le soltó la muñeca. El francés tenía el rostro intensamente arbolado a causa de la turbación.

—Majestad —dijo con la voz ronca—, os doy las gracias por vuestro regalo y por vuestro mensaje.

Después dio media vuelta y abandonó el pabellón real.

Eduardo llamó por señas a De Warenne.

—Juan, ¿quién es tu jinete más rápido?

—Ralph Maltote, Majestad.

—Quiero que vaya al sur enseguida, a Godstowe. Deberá tomar el caballo más veloz y una montura de repuesto. Cabalgará sin detenerse y le llevará un mensaje a mi escribano Corbett en el priorato de Godstowe. El mensaje deberá ser entregado sin dilación, ¿comprendido? ¡Y ahora vete!

En cuanto De Warenne se retiró, Eduardo se cubrió el rostro con las manos y trató de dominar su cólera y su terror. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntó. ¿Por qué Corbett no había aclarado aquel embrollo? ¿Y cómo era posible que su propio espía estuviera en Godstowe? Eduardo cerró casi por completo el ojo izquierdo y se mordió el labio. Tanto Corbett como su espía lo pagarían caro en caso de que De Craon se alzara con el triunfo.

Mientras Eduardo de Inglaterra reflexionaba con furia acerca de lo que acababa de averiguar, *sir* Amaury de Craon se aplicó un masaje a la magullada muñeca y ordenó a gritos a sus hombres que regresaran de inmediato a Oxfordshire. Había jugado su carta. Ahora tenía que esperar. Había comprendido muy bien la advertencia de Eduardo de Inglaterra y solo podría terminar la partida si tuviera una prueba. Había lanzado la flecha y ahora tenía que ver dónde caía. Pensaba que podría maniobrar mejor que el rey inglés y atraparlo en sus redes. Él también tenía un espía en Godstowe que estaba vigilando a Corbett. Además, acababa de recibir un mensaje urgente de su señor. Otro jugador secreto estaba interviniendo en la partida: el asesino De Monfort. El escribano inglés tendría que esforzarse el doble o bien para resolver el enigma o bien para ocultarlo detrás de una maraña de medias verdades. De Craon

se frotó la dolorida muñeca. Tendría que pararle los pies a Corbett. Miró hacia el interior de su tienda, en el que dos oscuras figuras encapuchadas permanecían sentadas en el suelo.

—Nos vamos otra vez al sur. Os tengo preparada una tarea —les dijo, levantando la voz.

Pocos días después de la reunión de Ranulfo con el portero embriagado, Corbett llegó a la conclusión de que poco más podría averiguar de momento en el priorato. Además, deseaba irse porque las monjas aún estaban ocupadas en la preparación de las exequias que precederían a los entierros de sus dos compañeras muertas. La tormenta ya había pasado y el tiempo seguía siendo muy bueno, por lo que él y Ranulfo decidieron prescindir de las cabalgaduras y trasladarse a pie al palacio de Woodstock. El portero, que ahora ya estaba bastante sereno, los saludó como a unos viejos amigos y, saliendo con ellos del recinto del priorato, les hizo una somera descripción del camino que deberían seguir a través de los campos y los prados.

Corbett disfrutó del paseo y se alegró de poder alejarse de la triste y malsana atmósfera de Godstowe. El camino no tenía pérdida y atravesaba prados, tierras de labranza y arboledas. Antes de una hora aparecieron ante sus ojos las murallas almenadas y los torreones del palacio de Woodstock. Siguieron el sendero que desembocaba en una calzada. La puerta principal estaba abierta. Un oficial vestido con la librea real les cerró el paso y les preguntó qué deseaban antes de franquearles la entrada. El patio era un hervidero de actividad. Mozos, criados y herradores conducían a los caballos o los sacaban de las cuadras mientras varios sollastres y ayudantes de cocina trasladaban a la cocina grandes trozos de carne fresca recién cortada.

—El príncipe nos debe de estar esperando —comentó irónicamente Ranulfo—. ¿Un banquete tal vez?

—Por lo menos una fiesta —contestó Corbett—. Aunque dudo mucho que se alegre de verme.

Unos mozos se hicieron cargo de sus caballos mientras un estirado mayordomo de la casa del príncipe los acompañaba a la escalinata principal que conducía a la espaciosa sala del palacio. Corbett sabía que el Rey era muy amante del lujo, y Woodstock, un gran edificio de entramado de madera, era el más hermoso de los palacios reales. Su exterior se había renovado recientemente: los gabletes se habían cubierto con pan de oro, el entramado de madera se había pintado de marrón oscuro y el estuco era de un purísimo color blanco. Dentro, el esplendor del palacio dejó a Ranulfo sin respiración. Unos tapices de vivos colores estaban adornados con unos preciosos dibujos en plata y oro; las mesas, las sillas y los aparadores de madera maciza estaban cubiertos con ricos lienzos de seda. Unas copas con incrustaciones de piedras preciosas fulguraban bajo la luz del sol que penetraba a través de las

ventanas, y sobre los arcones y las mesitas se podían admirar unas valiosas bandejas de plata. En la gran sala unos lacayos estaban poniendo las mesas para el banquete. Ambos hombres aspiraron en el aire los deliciosos efluvios de la cocina y sintieron que se les hacía la boca agua. Sin embargo, no les permitieron entretenerse e inmediatamente los acompañaron al piso de arriba, donde bajaron por una galería y los hicieron pasar a una pequeña estancia cuya sencillez contrastaba fuertemente con el esplendor que acababan de presenciar abajo.

Allí estaban Gaveston y el príncipe. El favorito real ocupaba un asiento acolchado en la repisa de la ventana y el joven Eduardo permanecía sentado a su lado en una silla. Ambos miraban a través de la ventana con expresión nostálgica, como si desearan ardientemente estar en otro lugar. Sin embargo, el Rey había ordenado que su hijo se quedara en Woodstock y, como es natural, allí donde estuviera el príncipe de Gales tenía que seguirle Gaveston como una sombra.

Ambos jóvenes eran aficionados a los atuendos ostentosos, pero aquel día iban sencillamente vestidos con unos calzones remetidos en unas suaves botas de montar de cuero, unas camisas de holanda con adornos de encaje y unas chaquetas de tafetán rojo sangre echadas sobre los hombros. Gaveston no movió ni un pelo cuando anunciaron a Corbett y Ranulfo. En cambio, el príncipe esbozó una hipócrita sonrisa, se incorporó en su asiento y se pasó unos largos y blancos dedos por el rubio cabello.

—Maese Corbett, ya os recuerdo. Estáis al servicio de mi padre.

—Y al vuestro, Alteza.

El príncipe le miró con una afectada sonrisa en los labios y le hizo señas a un mayordomo de que acercara dos sillas.

—Corbett, será mejor que vos y vuestro atónito criado os sentéis. ¿Os apetece un poco de vino?

Sin esperar la respuesta, el príncipe se volvió hacia una mesita que tenía al lado, llenó dos copas de vino, se levantó y se las ofreció a sus no deseados invitados. Corbett le dio las gracias en un susurro y tomó un sorbo. Ranulfo apuró el contenido de su copa en dos ruidosos tragos. El príncipe sonrió y Gaveston se volvió, reconociendo por primera vez su presencia con una desdeñosa sonrisa. Corbett decidió no darse por enterado. Adivinó que ambos hombres estaban bebidos y sabía que Gaveston en particular, aun estando medio dormido, era tan peligroso como un jabalí adormilado. Contempló el moreno y lánguido rostro del gascón y el pendiente adornado con una perla que le colgaba del lóbulo de una oreja. Su aspecto era el del cortesano ideal. El Rey le había dicho que Gaveston apuntaba muy alto, aspiraba a un condado y deseaba utilizar su amistad con el príncipe para fundar una dinastía tan ilustre como la de los Clare, los Beaumont o cualquiera de los grandes señores que habían seguido al Conquistador en su travesía del Canal.

Por su parte, Gaveston estudió al escribano, pasándose la punta de la lengua por los carnosos labios. Maldijo la bebida, sus sentimentales reflexiones y al príncipe por haber accedido a recibir a Corbett. En lo más hondo de su corazón Gaveston sabía

que el joven Eduardo apreciaba al escribano, admiraba su fidelidad y le agradecía su escasa inclinación a criticarle en presencia de su terrible progenitor. Gaveston, que no temía a nadie, ni al Rey ni a De Warenne ni a ningún otro gran señor, le tenía un especial respeto a Corbett, con su impasible rostro y su impenetrable mirada. Muy pronto empezarían las preguntas y el príncipe no tendría más remedio que contestar. O negarse a hacerlo, en cuyo caso Corbett informaría al Rey y el príncipe tendría que acabar contestando. Gaveston cerró las manos en puño sobre las rodillas. ¡Ojalá les dejaran en paz a él y al príncipe! El favorito miró rápidamente a Eduardo y Corbett vio una mueca de hastío en el rostro del príncipe.

—Alteza, ¿os molesta mi presencia aquí? —le preguntó.

—No, Corbett, de ninguna manera. Pero no comprendo la razón.

—La muerte de *lady* Eleanor.

El príncipe arqueó una ceja.

—¿Ha surgido algún contratiempo? Tengo entendido que fue un accidente.

—No, dicen que fue asesinada.

Corbett miró fríamente al príncipe y se dio cuenta de la conmoción que había provocado su clara respuesta.

—¿Tenéis alguna prueba? —preguntó Gaveston.

—Muy pronto la tendré, mi señor, pero, tanto si la tengo como si no, a los enemigos del príncipe les dará igual. Seguirán insinuando que él la asesinó —Corbett se inclinó hacia adelante—. No digo que yo lo crea. Doy simplemente mi parecer e informo de los rumores que corren por ahí. Por consiguiente, cuantos más datos conozca, tanto mejor podré combatir las mentiras que se cuentan a propósito del príncipe.

Eduardo miró fijamente a Corbett y, de repente, echó la cabeza hacia atrás y estalló en una sonora carcajada. Gaveston se desconcertó. Corbett permaneció inmóvil e impasible hasta que el príncipe recuperó la compostura.

—Tiene gracia, Corbett —dijo Eduardo, enjugándose una lágrima de un ojo—. Me conmueve vuestra solicitud. Os ruego que aceptéis mi más sincera gratitud por vuestro interés —De repente, la actitud del príncipe cambió—. Sé por qué habéis venido. ¡Empecemos de una vez, por Dios bendito!

El escribano se encogió de hombros.

—Dicen que *lady* Eleanor estaba enferma, Alteza. ¿De una dolencia del pecho? —se apresuró a preguntar.

El príncipe asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevaba enferma?

—Aproximadamente un año.

—Algunas personas dicen que más.

—¡Algunas personas mienten! No soy responsable de lo que se inventa la gente —contestó Eduardo—. Escarban en la tierra con sus largas narices. Y se inventan lo que quieren.

—¿Vos no visitasteis a *lady Eleanor* en Godstowe?

—No. No la amaba. Por mi parte, la relación había terminado.

—Estoy seguro de que sí —comentó secamente Corbett, pero inmediatamente se arrepintió de su pulla al ver un destello de hostilidad en los claros ojos azules del príncipe—. Debíais de estar muy preocupado, ¿verdad? —se apresuró a añadir.

—*Lady Eleanor* no carecía de nada. Tenía sus consuelos. Vivía rodeada de lujos. La señora priora atendía todas sus necesidades.

—Vos le enviabais medicinas, ¿no es cierto, Alteza?

El príncipe se mordió el labio inferior con expresión pensativa.

—¡Sé lo que estáis pensando! —terció Gaveston, levantándose de su asiento de la ventana—. Era yo quien enviaba las medicinas. Podéis pensar que estaban envenenadas, pero nosotros sabemos que en el priorato las sometían a prueba y dudo que *lady Eleanor* las hubiera tomado, fiándose exclusivamente de la palabra del príncipe.

—Estoy seguro de que milord Gaveston tiene razón —contestó Corbett—. Pero ¿qué eran aquellos polvos?

—Mirad, Corbett —contestó Gaveston en tono despectivo—, soy un cortesano y un antiguo soldado. No soy un médico. Eran unos simples brebajes destinados a aliviar los dolores del pecho de *lady Eleanor* y a facilitarle el sueño.

Intuyendo que no podía seguir adelante, Corbett decidió cambiar de táctica.

—El día en que murió *lady Eleanor*, Alteza...

—Yo estaba en Woodstock. Me pasé la tarde cazando y por la noche celebré un banquete. Todas las personas importantes me vieron, incluido el enviado francés *sir Amaury de Craon*.

—¿Enviasteis algún mensaje aquel día?

—No. Piers envió unos brebajes. Bueno, la víspera *lady Eleanor* había sufrido el accidente.

—Ah, sí, volvamos a los brebajes. ¿Los pedía *lady Eleanor*?

—Sí —contestó con firmeza Gaveston—. Decía que la aliviaban mucho.

—Por cierto, Alteza, ¿podéis decirme si *lady Eleanor* estaba triste?

—Sí —contestó el príncipe, mostrando por primera vez un atisbo de compasión—. La pobrecilla estaba enferma. Sabía que yo no la amaba, pues no ocultaba mis sentimientos. ¿Qué más?

Corbett miró rápidamente a Ranulfo y lo vio tan petrificado de asombro ante la rapidez de las preguntas como un espectador de un encuentro entre dos expertos espadachines.

—¿Qué creéis vos que ocurrió el día en que murió *lady Eleanor*?

—Sé tan poco como vos, Corbett. Los hechos son que *lady Eleanor* se quedó sola, se puso la capa para salir a dar un paseo y, en medio de la penumbra, tropezó en la escalera de Godstowe, cayó y se rompió el cuello —el príncipe bostezó como si estuviera aburrido—. Bueno, escribano, eso es todo —se levantó, se acercó a su

favorito y apoyó una mano sobre su hombro—. ¿Deseáis saber algo más, Corbett?

—Sí, Alteza. ¿Os habíais casado en secreto con *lady* Eleanor?

Ranulfo tragó ruidosamente saliva al ver la repentina palidez del príncipe. Gaveston se tensó como un perro a punto de atacar.

—¡No, por supuesto que no! ¿Por qué lo preguntáis?

—Por nada, Alteza, son algunos de los calumniosos rumores que corren por ahí. ¿Y os enterasteis de la muerte de *lady* Eleanor el lunes por la mañana?

—Sí. El portero me comunicó el mensaje. Eso ya lo sabéis, Corbett. ¿Por qué queréis tenderme una trampa? —El príncipe de Gales movió lánguidamente una muñeca cubierta de encajes—. ¡Y ahora a ver si nos dejáis en paz de una vez, hombre de Dios!

—¡No! —dijo Gaveston, esbozando una hipócrita sonrisa—. Maese Corbett ha estado muy ocupado, Alteza. El priorato de Godstowe tiene sus encantos, pero no para un hombre acostumbrado a los lujos de este mundo —el favorito le guiñó el ojo a Corbett—. El príncipe y yo —añadió— hemos organizado un espléndido banquete esta noche. Nosotros somos los anfitriones y los únicos invitados —explicó sonriendo—. ¡Insisto en que nos acompañéis! —Dio unas palmadas e inmediatamente apareció el mayordomo. Gaveston levantó una mano para rechazar las protestas de Corbett—. Insistimos, ¿no es cierto, Alteza?

Eduardo miró de reojo a su favorito y asintió con la cabeza.

—Sí, insistimos —contestó muy despacio—. Insistimos en que cenéis con nosotros.

Gaveston le hizo una seña al mayordomo.

—Acompañad a maese Corbett y a su criado a la cocina. Dadles bien de comer. Son nuestros invitados especiales —levantándose de su asiento, el favorito se acercó a Corbett y tomó delicadamente su mano—. Hugo —dijo, clavando sus fríos ojos en los del escribano—, queremos que os quedéis. Hay otras cuestiones que deseamos discutir con vos.

## Capítulo VIII

El mayordomo atravesó con ellos la Gran Sala y los acompañó a una espaciosa cocina de suelo embaldosado. La cocina estaba impecablemente limpia, pero, aun así, las moscas se estaban dando un festín con las grandes manchas de roja sangre que salpicaban las paredes encaladas. Bajo su techo abovedado, el lugar era un hervidero de actividad: un panadero y dos aprendices con los arrebolados rostros chorreando sudor trabajaban afanosamente delante de un enorme horno de ladrillo, en el que estaban introduciendo unas bandejas de blanca masa de cochura. Varios criados corrían de un lado para otro, llevando bandejas de asar al horno y a la parrilla, cazuelas, palas de carbón, cacharros de cobre, cuencos de peltre y cestas de hierbas. Un adusto cocinero con una herida abierta en una de las muñecas sirvió a Corbett y a Ranulfo unos cuencos de leche con nuez moscada, dos empanadas de pollo un poco rancias y un plato de verduras excesivamente cocidas. Corbett se limitó a picar un poco la comida, pero Ranulfo, que estaba muerto de hambre, se la zampó en un santiamén.

—No hemos averiguado gran cosa, amo mío.

Corbett le miró sonriendo.

—Puede que todavía averigüemos algo, Ranulfo. Procuremos aprovechar la ocasión.

Cuando terminaron de comer, subieron de nuevo al piso de arriba. Corbett detuvo al mayordomo que estaba bajando por el pasillo con un montón de costosos lienzos de algodón de color rojo bajo el brazo.

—Os pido disculpas —le dijo—, pero ¿sabéis si el príncipe piensa ir a Godstowe? A las exequias de *lady* Eleanor, quiero decir.

El hombre retrocedió como si la pregunta lo hubiera ofendido, pero entonces Corbett abrió la mano y le mostró dos monedas de plata.

—Esto es por la molestia, señor.

El mayordomo miró furtivamente a su alrededor, se humedeció los labios con la lengua e hizo señas a Corbett y a Ranulfo de que se apartaran con él en el oscuro hueco de una ventana.

—¿Qué deseáis saber?

—Muy sencillo. ¿Cómo se enteró el príncipe de la muerte de *lady* Eleanor?

El mayordomo alargó la mano y Corbett depositó en ella una moneda de plata.

—Vino un portero de Godstowe.

—¿Eso es todo?

El hombre volvió a humedecerse los labios con la lengua y contempló con avidez la segunda moneda de plata.

—Corren rumores en el palacio, según los cuales el príncipe se enteró mucho antes —contestó lentamente—. Uno de sus escuderos personales le oyó comentárselo en voz baja a su favorito gascón.

Corbett se acercó un poco más a él.

—¿Estáis seguro? —le preguntó en un sibilante susurro.

—Señor, ahora sabéis lo que yo sé.

Corbett le entregó la segunda moneda, dejó que se retirara y se apoyó contra la pared.

—Oh, Dios mío —murmuró—. Si el príncipe ya lo sabía antes de que llegara el portero, solo puede haber una explicación, Ranulfo. El príncipe tiene que haber tenido parte en la muerte de *lady* Eleanor. ¿Y cómo le decimos al Rey que su hijo es un asesino? —se preguntó en voz baja.

—¡Corbett! ¡Señor escribano!

Amo y criado se volvieron. Gaveston se encontraba al fondo de la galería, indiferentemente apoyado contra la pared.

—¡Maese Corbett! Tengo que pedir os disculpas —añadió el favorito—. No os hemos dispensado un recibimiento muy cortés, pero es que el príncipe y yo teníamos otros asuntos que discutir. ¡Venid! Os voy a mostrar Woodstock.

Corbett miró con recelo a Ranulfo y levantó los ojos al techo.

Gaveston se acercó y, dirigiéndole una cordial sonrisa a Ranulfo, tomó del brazo al escribano.

—Tengo entendido que el Rey os ha otorgado una mansión, ¿no es cierto? ¿Tenéis cuerdas? ¿Os gusta la caza?

—Soy más bien un campesino, milord. Me interesa más plantar, cosechar y limpiar la maleza, aunque también me gusta la caza.

—Pues entonces tengo que enseñaros una cosa —dijo Gaveston—. Unos nuevos perros de caza irlandeses, unas bestias peludas extraordinarias. Son el orgullo y la alegría del príncipe. ¡Bueno, aparte mi persona! —añadió en tono burlón.

El gascón acompañó a Corbett y a Ranulfo a través de un laberinto de pasillos que conducían a la parte de atrás del palacio, donde cruzaron un desierto y polvoriento patio y entraron en una de las espaciosas dependencias anexas que allí había. El interior era frío, húmedo y ligeramente viscoso. Gaveston buscó en la oscuridad, encontró una yesca y encendió la tea de un almenar.

Corbett se llenó de inquietud. Oyó un aullido que pareció surgir de las entrañas de la tierra: prolongado, cruel y siniestro. Se estremeció y acercó la mano al puño de hueso de su daga, aunque no se atrevió a desenvainarla. Gaveston abrió una puerta de la pared del fondo y bajó con ellos unos peldaños débilmente iluminados por unas antorchas colocadas en unos brazos de hierro fijados a la pared. Las antorchas parpadeaban y se movían como si unos labios invisibles les estuvieran soplando encima.

Corbett miró de soslayo a Ranulfo y vio que su criado tenía el rostro ceniciento y cubierto por una película de sudor. El escribano aspiró en el aire una malévolamente amenaza y sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Bajaron por un oscuro pasadizo. No habían llegado muy lejos cuando se volvió a oír un prolongado y

quejumbroso aullido. Corbett desenvainó la daga y se preparó para lo peor. Al doblar una esquina, el escribano tuvo que disimular su temblor al ver a un tuerto de figura bajita y achaparrada que acababa de surgir repentinamente de la oscuridad con la cabeza cubierta por una capucha de cuero alquitranado.

Llevaba un sucio mandil de color marrón y tenía la frente empapada en sudor. El parche negro que le cubría un ojo confería a su rostro un aspecto todavía más siniestro.

—¡Ah, Gyrth! —dijo Gaveston, dirigiéndose a él como si estuviera en un ameno jardín—. Traigo a unos invitados para que vean a los perros.

El sujeto esbozó una sonrisa y dejó al descubierto una boca desdentada en la que solo quedaban unas húmedas encías rojo negruzcas. Después abrió un poco más la boca y emitió unos extraños gruñidos.

—Gyrth no tiene lengua —explicó Gaveston—. El lamentable resultado de una riña, ¿verdad, Gyrth?

El mudo miró cautelosamente al gascón y asintió con la cabeza.

—¡Vamos, hombre! —le dijo Gaveston—. Estamos esperando. ¡Abre la puerta!

La criatura se alejó a toda prisa cual si fuera una araña negra, abrió una puerta cerrada con un candado y llamó por señas a los invitados. Mientras lo hacía, se oyó un furioso aullido. Corbett se adelantó. Al otro lado de la puerta había un pequeño recinto cerrado por una gruesa reja de hierro y, detrás de ella, cuatro pares de crueles ojos inyectados en sangre brillaban en la oscuridad. Gaveston empujó a Ranulfo hacia atrás.

—Tú quédate aquí —le dijo en voz baja mientras se acercaba a la reja.

Los cuatro gigantescos mastines negros parecieron cobrar vida y empezaron a empujar la reja con sus musculosos cuerpos, mostrando los dientes y las babosas mandíbulas. Si se hubiera levantado la reja, aquellos fieros animales habrían despedazado a Corbett, el cual los estudió atentamente sin echarse hacia atrás. Había visto aquella raza en otras ocasiones. El rey Eduardo los había utilizado en Gales como perros de guerra, pero más tarde los había sacrificado, pues, en su ardiente sed de sangre, los mastines no hacían ninguna distinción entre amigos y enemigos.

Los cuatro perros eran impresionantes y sus músculos se marcaban claramente encima de unas largas y fuertes patas. Tenían la cabeza redonda y las orejas caídas y daban la impresión de ser simplemente unas máquinas de matar, con sus poderosas mandíbulas, sus blancos y mellados dientes y sus enfurecidos ojos inyectados en sangre. Los perros dejaron de aullar, clavaron los ojos en Corbett y, como si estuvieran controlados por una sola mente, volvieron a lanzarse contra la reja de hierro mientras el jefe de la jauría se levantaba sobre las patas traseras y golpeaba la reja con el hocico.

Corbett pensó que su estatura debía de ser superior a la de cualquier hombre, aspiró la fetidez de su aliento y trató de dominar los temblores que le estremecían el cuerpo, luchando contra el temor y las náuseas que le encogían el estómago y le

debilitaban las piernas hasta el extremo de casi no poder tenerse en pie. Gaveston estaba jugando con él y quería poner a prueba su valor por medio de aquel juego tan cruel. A su espalda, el escribano oyó cómo el gascón retaba a Ranulfo a acercarse y cómo su criado se negaba en tono airado.

—A Ranulfo no le gustan nada los perros —dijo Corbett, volviendo la cabeza—. Les tiene miedo desde que era chico. Una vez un perro bastardo lo atacó.

Corbett miró a su alrededor: al pie de la reja vio una tina llena de rojos pedazos de carne. Se acercó, ensartó uno de los trozos con su daga y lo sostuvo en alto delante del mastín. El perro empezó a gimotear. En la reja había un cuadrado algo más grande que los demás, que probablemente se utilizaba para dar de comer a los perros. Corbett empujó el pedazo de carne a través de él y vio cómo el perro lo apresaba entre sus mandíbulas y lo devoraba mientras la sangre le goteaba de la negra y babosa boca. El escribano se limpió la daga en la punta de la bota, la envainó y retrocedió.

—¡Unas bestias espléndidas, milord! Os felicito, pero os aconsejo que tengáis mucho cuidado. ¡Puede que muerdan la mano que les da de comer!

Gaveston se rio y batió palmas.

—*Un bon mot*<sup>[5]</sup>, escribano —dijo—. ¡Venid! Ya habéis visto suficiente.

Regresaron muy despacio a través del oscuro pasadizo. A su espalda, los aullidos de los perros parecían una música infernal. Gaveston los acompañó de nuevo al centro del palacio, donde un criado los condujo a una estancia del piso de arriba. Era una sencilla habitación de paredes encaladas, pero, por lo menos, había un cuenco de agua de rosas, un juego de servilletas limpias y una jarra de vino que Corbett le ordenó a su criado no tocar. Mientras entretenía la espera, Ranulfo se puso a jugar a los dados consigo mismo y fue la única vez en su vida que perdió. Corbett se quedó medio dormido en la cama, preguntándose qué estaría haciendo Maeve. De pronto, le vino de nuevo a la mente sor Águeda. Ella y las demás monjas aún estarían llorando las muertes de *lady* Eleanor y sor Marta. Volvió a inquietarse al recordar las sospechas que las palabras del mayordomo habían suscitado en su mente. ¿Cómo era posible que el príncipe se hubiera enterado tan pronto de la muerte de *lady* Eleanor? Para Corbett era una simple cuestión de lógica. Solo se podían seguir dos caminos: por una parte, podía tratar de aclarar el asesinato, pero cabía la posibilidad de que ello agravara la situación. Por otra, podía admitir la participación del príncipe e incluso considerarle culpable de la muerte de *lady* Eleanor, en cuyo caso el escándalo se tendría que ocultar por el bien de la Corona.

Oyó el revoloteo de unas golondrinas bajo el alero de la ventana, el sonido de una lejana campana y unos gritos procedentes del patio. Se quedó dormido, pero se despertó sobresaltado de un sueño en el que los perros infernales que acababa de visitar husmeaban al otro lado de la puerta, pero solo era Ranulfo arrastrando una banqueta sobre los polvorientos juncos que cubrían el suelo. Un criado llamó a la puerta y anunció que el banquete empezaría en cuestión de una hora. Corbett se levantó, se lavó y procuró asearse lo mejor que pudo. Ranulfo se guardó los dados en

la bolsa de cuero y ambos bajaron por la escalera de caracol de madera que conducía a la sala.

El banquete fue extraordinariamente opíparo. De las gruesas y negras vigas del techo colgaban unos estandartes con las armas reales de Inglaterra, los leopardos dorados con sus amenazadoras fauces se codeaban con las blancas flores de lis de Francia y el dragón rojo de Gales. Unas mesas de tijera cubiertas con manteles blancos formaban un cuadrado, en cuyo centro unos candelabros de varios brazos contribuían a inundar la sala de luz junto con las antorchas de la pared. Corbett aspiró el aroma de los exquisitos platos que había visto preparar en la cocina. Unos criados vestidos con las libreas azul y oro del príncipe y de lord Gaveston iban de un lado para otro con unas fuentes de plata que los invitados utilizarían a modo de trincheros en lugar de los habituales platos con los consabidos trozos de pan rancio. Unos músicos tocaban suavemente el tambor, el rabel y el laúd en la galería que había al fondo de la sala, acompañando a un grupo de hermosos jóvenes vestidos de plata y oro que estaban cantando un romance trovadoresco. Un galgo levantó una pata junto a una mesa e inmediatamente fue apartado.

Un chambelán los acompañó a sus asientos justo al pie de la mesa principal, en la que se podía ver un valioso salero de plata con incrustaciones de perlas. Corbett miró a su alrededor. Todos los demás comensales eran secuaces del príncipe o de lord Gaveston: escribanos, funcionarios de la casa, capitanes de sus séquitos de mercenarios o algún que otro clérigo o limosnero. Él y Ranulfo fueron totalmente ignorados por los demás comensales, lo cual le hizo experimentar una punzada de inquietud. El estridente sonido de varias trompetas acalló el murmullo de todas las conversaciones y el príncipe hizo su entrada tomado de la mano de Gaveston. Ambos se ceñían la frente con diademas de oro y piedras preciosas e iban vestidos de pies a cabeza con ricos ropajes dorados. El grupo de serviles aduladores los acogió con exclamaciones de admiración. El príncipe contestó con una inclinación de la cabeza y él y su favorito tomaron asiento en una especie de tronos en la mesa principal. Corbett se estremeció y apartó la mirada. Si el anciano rey hubiera presenciado aquella escena hubiera sufrido un ataque de apoplejía, pues el príncipe dispensaba a Gaveston el mismo trato que hubiera dispensado a una esposa. Otro sonido de trompeta anunció el comienzo del banquete. Los cocineros franceses de la cocina del príncipe habían echado mano de todo su arte y todas sus habilidades: se sirvieron sopas y caldos de hierbas, faisanes y codornices, seguidos de salmón, rodaballo, lucio y tenca. Más tarde hubo corazón de jabalí mechado con clavos de especia, cordero aderezado con menta y mejorana y un cisne asado y dispuesto sobre una bandeja de plata como si estuviera nadando en un mágico estanque. Pemiles de venado, jaleas, dulces e incesantes jarras del mejor burdeos o de vino blanco del Rin completaron el banquete.

Ranulfo comió con su voraz apetito habitual, pero Corbett lo hizo con cierta desgana. Se sentía incómodo porque el príncipe y Gaveston apenas se dignaban

mirarles mientras que los demás comensales de la mesa los trataban como si no existieran. Las jarras de vino empezaron a pasar libremente de mano en mano, el murmullo de las conversaciones y las risas se intensificó y los blancos manteles se llenaron de manchas. Una bufona que apenas levantaba cuatro palmos del suelo empezó a dar volteretas y a hacer saltos mortales delante de la mesa principal, esquivando los cuencos y los trozos de comida que le arrojaban. De repente, Corbett se dio cuenta de que se encontraba en un rincón de la sala. En caso de que surgiera alguna disputa, él y Ranulfo se quedarían atrapados. Eligiendo el momento que le pareció más apropiado, obligó a su criado a levantarse, se inclinó ante el príncipe y se retiró discretamente. Una vez fuera, envió a Ranulfo a su habitación. El criado bajó corriendo con su capa pero solo con un guante.

—Solo he podido encontrar uno, amo mío.

El escribano se encogió de hombros.

—No importa. ¡Lo habré perdido y desde luego no pienso recorrer el palacio en busca de un guante!

—¿No podríamos tomar unos caballos de los establos?

—No, Ranulfo, estoy intranquilo. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor. La noche es muy agradable, el paseo es muy corto y el aire nocturno nos despejará la cabeza.

Cruzaron una puerta lateral y salieron a través de una de las poternas del palacio. No tardaron en encontrar el camino que habían seguido a la ida. Una preciosa luna llena de otoño bañaba la campiña dormida con su plateada luz, el aire era templado y los campos parecían descansar bajo los claros cielos otoñales. Corbett y Ranulfo avanzaron por el polvoriento camino pasando entre verdes setos antes de empezar a subir por la ladera de una loma. El escribano apenas prestaba atención a los comentarios de Ranulfo acerca del banquete y las visibles muestras de aprecio del príncipe hacia Gaveston. Al llegar a lo alto de la colina oyeron un primer aullido. Ambos se quedaron petrificados de miedo mientras la sangre se les helaba en las venas. Corbett notó que la cabeza y el cuello se le tensaban como si alguien le hubiera colocado un casco de hierro. Quería volverse, pero no se atrevía. Otra vez el aullido, como si un demonio de Satanás hubiera surgido del abismo del infierno. Corbett se volvió y contempló el camino iluminado por la luna. Le pareció vivir una pesadilla y sintió que el corazón le martilleaba en el pecho al ver unas enormes y peludas sombras de color gris cruzando velozmente los prados. Recordó los enloquecidos ojos inyectados en sangre que le habían mirado unas horas antes a través de la reja y las babosas y mortíferas mandíbulas de aquellas fieras. Agarró a Ranulfo por el brazo.

—¡Corre, Ranulfo!

Después se quitó la capa y la arrojó al suelo. Ranulfo vaciló como si estuviera a punto de recogerla.

—¡Déjala! —le gritó Corbett—. Eso distraerá un momento a los perros. ¡Corre!

Ranulfo no necesitó que le repitieran la orden y salió disparado como una flecha. Corbett le siguió dejando atrás los oscuros campos para adentrarse entre unos árboles que parecían los silenciosos soldados de un ejército encantado. Corrieron como almas que llevara el diablo mientras las bestias infernales les seguían el rastro lanzando unos salvajes aullidos. Los perros estaban cada vez más cerca. Corbett sintió que el fresco aire nocturno le quemaba los agotados pulmones. Los árboles empezaron a aclararse y, al final, llegaron a un prado. Corbett levantó la vista y, bajo la clara luz de la luna, vio los tejados y las torres del priorato de Godstowe. Se detuvieron en la cima de una loma.

—¡Ranulfo! —dijo el escribano entre jadeos—. Siguen mi rastro. Por eso me quitaron el guante. Busca un árbol. ¡Trepa y escóndete!

Ranulfo, con el rostro más pálido que una sábana y el cabello empapado de sudor, sacudió la cabeza.

—Si tengo que morir, amo mío, prefiero hacerlo con vos. Puede que algún cazador me abatiera con su flecha.

Corbett asintió con la cabeza y ambos siguieron corriendo a trompicones con los cuerpos chorreando sudor, los ojos cegados por el pánico y los brazos y las piernas tan pesados como si fueran de plomo. Atravesaron casi sin resuello un campo arado. Por un instante, Corbett casi hubiera podido jurar que había visto una borrosa figura, pero prosiguió su carrera. A su espalda, los perros ladraban como si ya estuvieran saboreando las mieles del triunfo. De repente, un terrible grito le encogió el corazón... un grito de absoluta desesperación. Se volvió; los perros aún no habían alcanzado la cumbre de la loma. Ranulfo... ¿dónde estaba? Miró a su alrededor y se sintió tan aturdido que tuvo que hacer un esfuerzo para no desplomarse al suelo. Vio a Ranulfo de rodillas, sujetándose el tronco con los brazos.

—¡Ya no puedo seguir, amo mío!

—¡Sí, puedes! —le gritó el escribano con un gruñido.

Recogió a Ranulfo y lo empujó contra el muro del priorato. Ambos se apoyaron en él entre sollozos. A su espalda, los perros se habían sumido en un extraño silencio.

—El muro es demasiado alto para escalarlo —dijo Corbett en voz baja—. ¡Camina!

Empujó a su criado doblando la esquina y ambos pasaron por delante de la galilea, que a aquella hora estaba cerrada, hasta llegar a la entrada principal. Corbett la golpeó con el puño de la daga.

—¡Abrid! —gritó—. ¡Abrid por el amor de Dios!

El portero borrachín abrió la poterna. Corbett empujó a Ranulfo al interior, se volvió y cerró la poterna de un puntapié.

—¡Ciérrala bien, hombre de Dios! —le rugió al portero.

El portero le miró con cara de beodo, pero, al oír los lastimeros aullidos de los perros, se apresuró a correr los pestillos. Corbett entró en la casa del portero. Los dos soldados estaban medio adormilados. Sacó una antorcha de su soporte de hierro y

tomó una ballesta que estaba apoyada en la pared y un carcaj lleno de cortantes flechas de púas. Inmediatamente subió por una angosta escalera de empinados peldaños que conducía al parapeto del lienzo de la muralla. Se apoyó en el parapeto, tensó la ballesta, soltó una maldición por lo bajo y sintió que el sudor le escocía en los ojos mientras colocaba la flecha. Oyó unos salvajes aullidos y vio cómo dos de los gigantescos perros doblaban la esquina de la muralla de abajo. Tomó la antorcha y la arrojó. Ambos animales se detuvieron en seco, levantaron los ojos y enseñaron los dientes. Bajo el parpadeo de la luz de la antorcha, Corbett vio sus hocicos manchados de sangre reseca.

—¡Malnacidos! —rugió—. ¡Bestias infernales!

Los perros se abalanzaron contra la puerta. Corbett soltó una carcajada.

—¡Eso es, malnacidos! —gritó—. ¡Vamos a ver si os estáis quietos!

Colocó la ballesta en la debida posición, se asomó desde el parapeto y disparó. Oyó el zumbido de la flecha y lanzó un grito de placer cuando la flecha alcanzó al perro que iba delante justo detrás de la cabeza, se hundió profundamente en su carne y le partió la columna. El animal pegó un repentino brinco en medio de un terrible espasmo de dolor antes de caer asfixiado con su propia sangre. Maldiciendo por lo bajo, Corbett colocó otra flecha en la ballesta. Esta vez fue más torpe. La flecha salió zumbando y se clavó en los cuartos traseros del segundo perro, el cual se volvió y huyó aullando hacia la oscuridad. Corbett se apoyó contra la muralla y vomitó. Hizo una pausa para tranquilizarse y bajó tambaleándose a la casa del portero.

Ranulfo estaba sentado junto a la puerta de espaldas a la pared, con el rostro ceniciento y bañado en sudor y la pechera del jubón manchada de vómito. El portero se encontraba agachado a su lado, demasiado bebido como para poder ayudarle. Corbett llenó una copa de vino, bebió un poco y después acercó la copa a los labios de su criado, ordenándole al portero que fuera por una manta. Llamaron a la puerta y entró *lady* Amelia en compañía de sor Catalina y sor Francisca. Iban envueltas en unas mantas, estaban muy pálidas y tenían los ojos medio cerrados a causa del sueño.

—¿Qué ocurre, escribano?

—¡Nada, mujer! —contestó Corbett enfurecido. Vio que las mejillas de Ranulfo recuperaban un poco el color y se levantó—. Disculpadme —añadió en un susurro—. A nuestro regreso de Woodstock nos han perseguido unos perros de guerra.

*Lady* Amelia le miró con expresión desconcertada.

—Unos mastines adiestrados para perseguir y matar a los hombres —explicó Corbett muy despacio—. No abráis las puertas esta noche. Han estado a punto de matarnos. Os diré una cosa... ¡aquí afuera en medio de la oscuridad, algún pobre desgraciado, un calderero o un vagabundo, pagará con su vida nuestra salvación!

Como burlándose de sus palabras, un quejumbroso aullido se elevó desde la oscuridad del exterior. *Lady* Amelia miró fríamente en la dirección de la que procedía el aullido.

—¡Sor Catalina! —dijo enérgicamente—, tendréis que despertar a los criados.

¡Tocad a rebato! Se tiene que cerrar todo. Hay que mantener todas las puertas bien cerradas y atrancadas. Nadie deberá salir. ¡Seguidme, Corbett!

Entre el rumor de las apresuradas pisadas y el toque a rebato de la campana, Corbett y Ranulfo fueron conducidos a la enfermería, un hermoso edificio de dos plantas que se levantaba más allá del refectorio. Una anciana monja cuyo rostro parecía un hacha de batalla los envolvió en unas gruesas mantas y los obligó a beberse unas copas de vino caliente con especias. Solo cuando advirtió que se le cerraban los ojos Corbett comprendió que el vino debía de contener un brebaje para facilitar el sueño.

A la mañana siguiente se despertó muy tarde y con los ojos completamente despejados. Ranulfo ya se había levantado y estaba sentado junto a su cama con la cara lavada y rasurada. Se había cambiado de ropa y le tenía preparados a su amo un jubón y unos calzones limpios.

—¿Habéis sufrido una pesadilla, amo mío?

—Sí, Ranulfo, una pesadilla.

El escribano empujó las mantas hacia abajo, alegrándose de que la persecución de la víspera no le hubiera producido ningún efecto perjudicial.

—Ahora me voy a lavar y rasurar, me cambiaré de ropa, desayunaré como Dios manda y regresaré a Woodstock, montado y armado, Ranulfo. ¡Quiero la cabeza de este maldito perverso!

Ranulfo le miró sonriendo. Corbett raras veces perdía los estribos y, cuando lo hacía, el espectáculo era digno de verse.

—¿Os parece prudente, amo mío?

—Tal como tú dirías, Ranulfo, ¡me importa tan poco como el trasero de una rata! El Rey es el que sigue mandando aquí y yo soy su enviado. Podemos llevarnos a esos dos soldados de la casa del portero. ¡Ya es hora de que se ganen el salario!

Ranulfo se puso muy contento. Esta vez sería distinto. Iría armado con espada, daga y ballesta. El criado parpadeó repetidamente.

—Disculpad, amo mío, pero tenéis un mensajero. Un tal Ralph Maltote. Viene del campamento del Rey en Nottingham y es portador de mensajes urgentes. Llegó poco después del amanecer. La señora priora también ha enviado a unos jinetes. No han encontrado ni rastro de los perros, excepto el cuerpo del que vos matasteis. La señora priora ha ordenado que lo quemen en el bosque. También han encontrado los restos mutilados de un cadáver —añadió el criado apartando el rostro y haciendo una pausa—. Uno de los gañanes lo ha reconocido. El posadero del Toro ya no volverá a practicar la caza furtiva.

Corbett soltó un silbido entre dientes.

—Que Dios lo tenga en su gloria —dijo en voz baja—. Sospecho que el tabernero era el amigo cazador de nuestro portero. Será mejor que hagas pasar a Maltote.

Ralph Maltote era un fornido joven de aspecto un tanto ridículo con su jubón de cuero, sus sobrecalzas y sus botas militares. Su cara redonda tenía un color más

encendido que el de una manzana de otoño, su ralo cabello rubio chorreaba sudor y tanto sus asombrados ojos azules como su apariencia de pobre diablo le convertían en el más improbable mensajero real que Corbett hubiera visto en su vida. El joven permaneció de pie, sujetando torpemente su yelmo cónico bajo el brazo.

—Has cabalgado muy rápido viniendo desde tan lejos, ¿verdad, muchacho? —le preguntó Corbett, mirando severamente a Ranulfo que se estaba riendo por lo bajo a su lado.

—Sí, mi señor.

Maltote se sentó pesadamente en una banqueta y estuvo a punto de caer de bruces al suelo por culpa de la larga espada que le había quedado atrapada entre las piernas.

—¿Y bien?

El joven lo miró, perplejo.

—¿Y el mensaje? —preguntó Corbett—. No me dirás que has cabalgado desde Nottingham hasta aquí para nada.

Maltote sacudió nerviosamente la cabeza, tragó saliva y rebuscó en el bolsillo interior de su desabrochado jubón de cuero. Después le entregó a Corbett un pequeño rollo de pergamino. El escribano estudió el sello púrpura del Rey antes de romperlo y desenrollarlo. El mensaje era muy breve y enigmático. Los temores de Corbett se habían hecho realidad. El Rey le manifestaba sin rodeos su irritación por los pocos progresos que estaba haciendo. De hecho, el enviado francés De Craon sabía muchas más cosas que él y afirmaba que el príncipe le había comunicado la muerte de *lady* Eleanor mucho antes de que el portero del priorato llegara a Woodstock. Corbett le entregó la misiva a Ranulfo.

—¡Léela y qué mala! —le dijo. Señalando al mensajero, añadió—: Después acompaña a Maltote a la cocina para que coma algo y prepárate porque nos vamos a Woodstock.

Ranulfo se retiró y el joven mensajero lo siguió como un cachorrillo extraviado. Corbett estaba terminando de hacer sus abluciones cuando oyó una llamada a la puerta.

—¡Adelante! —gritó en tono exasperado, arrepintiéndose inmediatamente de su aspereza al ver entrar a sor Águeda portando una fuente cubierta con una servilleta.

—¿Deseáis desayunar antes de iros, maese Corbett?

Corbett la miró sonriendo.

—Buenos días, sor Águeda. ¿Quién os ha dicho que me voy?

—Vuestro criado. ¿Vais a desayunar?

Corbett asintió con la cabeza un tanto avergonzado mientras sor Águeda depositaba la bandeja en una mesita y acercaba una banqueta. En la bandeja había un cuenco de caldo caliente de pollo, unas hogazas de pan candeal recién hechas y una jarra de cerveza aguada. La monja no se retiró cuando Corbett tomó la cuchara de peltre y empezó a comer.

—No estáis dolido, ¿verdad? —le preguntó con inquietud.

—No, excepto en mi orgullo, hermana.

La religiosa se acercó a él y apoyó su blanca y suave mano en su brazo. Corbett levantó los ojos y le pareció extraño encontrarse a solas en una habitación con una joven tan solícita y agraciada.

—Tened cuidado —le dijo la monja en un susurro—. No os precipitéis. Gaveston es muy astuto. *Lady Amelia* dice que él soltó a los perros, pero no tenemos ninguna prueba. No le deis ningún pretexto para que os pueda golpear.

La religiosa retiró la mano y le rozó levemente la mejilla con el dorso de los dedos. Corbett se ruborizó y, sin decir nada, siguió comiendo y no se atrevió a levantar la cabeza hasta que oyó las suaves pisadas de sor Águeda y el rumor de la puerta cerrándose a su espalda. Le conmovía su solicitud y su preocupación, pero le costaba aceptarlas. Se sintió culpable al pensar en el dulce rostro de Maeve y se avergonzó de la poderosa atracción que ejercía en él aquella mujer consagrada a Dios. No obstante, el consejo de sor Águeda era muy sensato, lo cual lo tranquilizó. Decidió mostrarle a Gaveston que no le tenía miedo, pero sin cometer ninguna imprudencia. Gaveston era el favorito de un príncipe heredero y el hecho de desenvainar el acero en presencia del príncipe de Gales se hubiera podido considerar un delito de traición.

Corbett masticó con aire ausente un trozo de pan mientras examinaba la dificultad con que se enfrentaba. En las lecciones de lógica le habían enseñado a llegar a una conclusión aceptable tras haber revisado los pasos que conducían a la misma. ¿Cómo podría hacerlo en aquella situación? Sonrió y se acercó a la cama debajo de la cual Ranulfo había escondido una bolsa. Sonriendo para sus adentros, examinó los elementos que utilizaba su criado en la venta de remedios. Tomó un frasquito de unguento, bajó y se dirigió al edificio del convento. No había nadie a la vista. Subió sigilosamente la escalera y llamó suavemente a la puerta de sor Isabel.

—¡Adelante! ¡Adelante!

La anciana monja seguía siendo tan autoritaria como de costumbre, pero se ablandó visiblemente al ver a Corbett y esbozó una radiante sonrisa de felicidad al recibir su regalo.

—Un remedio «singular» —le anunció el taimado escribano.

¡Oh, Dios mío, a saber lo que habrá aquí dentro!, pensó. Ranulfo era inofensivo, pero el mejunje podía ser peligroso.

—Es un unguento de pezuña de alce mezclada con hierbas —mintió—. Untad cada noche con él los cuatro pilares de vuestra cama. Purificará los malos vapores del aire, os ayudará a respirar mejor y favorecerá un sueño más reparador.

La anciana monja asintió con la cabeza y él se avergonzó de sus increíbles mentiras. Depositó el unguento sobre la mesa, se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia abajo.

—¿Qué estáis mirando, mi señor escribano?

—Estoy recordando la tarde en que vos y sor Marta visteis a *lady Eleanor* poco

antes de su muerte. ¿Estáis segura de que era ella?

—¡Por supuesto que sí! —La anciana monja se mordió los labios—. Sor Marta se encontraba justo donde ahora estáis vos. Me llamó y me señaló abajo. «¡Mirad —me dijo—, ahí va *lady Eleanor!*».

—¿Y eso cuándo fue?

—Poco antes de completas.

—¿Qué ocurrió después?

—Dimos unos golpecitos a la ventana y la llamamos. *Lady Eleanor* se volvió y nos saludó con la mano.

—¿Pudisteis oír su voz?

—Pues claro. Sor Marta había abierto la ventana y le preguntamos adónde iba. *Lady Eleanor* contestó que iba a dar un paseo por la parte de atrás de la iglesia —la anciana monja entornó los ojos—. Siempre paseaba por allí.

—¿Pero estáis segura de que era ella?

—¡Naturalmente que sí!

—¿Cómo iba vestida?

—Con uno de sus vestidos azules. El azul era su color preferido.

—¿Pero le visteis la cara?

—Pues claro, llevaba la capucha puesta, pero se volvió y nos contestó.

—¿La visteis regresar?

—No, pero debió de hacerlo.

Corbett experimentó una punzada de decepción.

—¡Maese Corbett!

El escribano giró en redondo. *Lady Amelia*, acompañada por sus omnipresentes auxiliares sor Francisca y sor Catalina, se encontraba en la puerta, temblando de justa cólera.

—Por muy escribano del Rey que seáis, maese Corbett, esto es un convento y no tenéis ningún derecho a estar aquí. ¡Aunque sea para conversar con una anciana religiosa! —añadió, lanzando una despectiva mirada a sor Isabel.

—Sor Isabel es mi amiga —replicó Corbett—. Soy un hombre de honor y un emisario real —la justa indignación de la priora le atacaba los nervios—. Abandonaré la estancia cuando haya terminado y os agradeceré, señora priora, que me esperéis en vuestros aposentos. Os tengo que hacer otras preguntas.

Por un instante, pareció que la priora iba a negarse, pero Corbett la miró enfurecido y se mantuvo firme. Dirigiéndole a sor Isabel otra mirada de desprecio, *lady Amelia* se retiró y cerró la puerta. La anciana monja se levantó y se acercó presurosa al escribano. Cruzando las manos sobre su pecho, miró con asombro a su alrededor.

—Sois muy valiente, mi señor escribano —murmuró—. Nadie se atreve a hablarle así a la señora priora.

Corbett le dio una suave palmada en la mano.

—Perded cuidado, hermana —le dijo—. No tenía ningún derecho a decir lo que ha dicho y yo no soporto a las personas que intimidan a la gente —tomó la mano de la anciana surcada por unas gruesas venas y se la acercó a los labios—. Pero ya basta. Me despido de vos —añadió, encaminándose hacia la puerta.

—¡Maese Corbett! —dijo sor Isabel, acercándose presurosa—. Os voy a revelar un secreto que no le he dicho a nadie —añadió en un susurro.

—¿De qué se trata, hermana?

—La tarde en que murió *lady* Eleanor vi a unos jinetes entre los árboles —la religiosa señaló hacia la ventana—. Allí en el bosque, al otro lado de las murallas.

Corbett se acercó de nuevo a la ventana. El edificio del convento era muy alto y sor Isabel ocupaba una estancia del segundo piso. Vio por encima de la muralla una hilera de árboles que marcaba el principio del bosque.

—¿Dónde estaban exactamente?

Sor Isabel se acercó.

—Allí —contestó en voz baja—. Yo estaba mirando a través de la ventana poco después del mediodía. Mientras contemplaba un halcón que estaba sobrevolando los árboles, vi de repente un movimiento. No tengo muy buena vista —añadió la monja en tono de disculpa— y, por consiguiente, la forcé todo lo que pude. Vi unos caballos y a unos tres o cuatro hombres montados. Si uno de ellos no hubiera montado un caballo blanco, puede que no me hubiera fijado en ellos. Eran unas figuras borrosas que apenas se movían —dijo sor Isabel en un susurro—. Me retiré para lavarme los ojos y, cuando volví, ya no estaban —la monja se rio por lo bajo—. No se lo he dicho a nadie. No soy como sor Marta. ¡Evito decir tonterías y no permito que me tachen de vieja loca!

—¿Alguien más los vio?

—No que yo sepa.

Corbett contempló los distantes árboles. Una persona con buena vista hubiera podido ver a los jinetes, pero, para alguien como sor Isabel, puede que su presencia solo hubiera sido una mancha de color.

—¿Los volvisteis a ver?

—Oh, no.

—¿Vestían alguna librea?

La monja sacudió la cabeza y Corbett se rascó la barbilla con aire pensativo.

—Decidme, ¿creéis que aquellos jinetes pudieron entrar en el convento?

—De ninguna manera. Las puertas tenían que estar cerradas y, aunque sea un borracho, el portero cumple las órdenes.

—¿Pudieron escalar las murallas?

Sor Isabel se echó a reír.

—Lo dudo mucho. Algún criado o alguna hermana lega los hubiera visto. En cualquier caso, vos ya sabéis cómo son los hombres. Hubieran subido ruidosamente al piso de arriba a través de la galería y nos hubieran despertado tanto a sor Marta

como a mí.

Corbett le dio las gracias a la anciana religiosa y salió de la habitación para ir a ver a la priora. *Lady Amelia* había recuperado en parte su compostura. El escribano la encontró sentada detrás del gran escritorio de madera de roble con sus dos viceprioras, examinando un rollo de pergamino lleno de cuentas. La priora le indicó por señas que se sentara.

—Mi señor escribano —le dijo—, os pido disculpas por mi estallido de cólera, pero, a pesar de lo ocurrido, esto es un convento —la priora respiró hondo—. ¿Tenéis más preguntas que hacer?

—Sí. ¿Alguna de las hermanas vio algo que le llamara la atención el día en que murió *lady Eleanor*?

—No.

—¿Estáis segura?

—En una comunidad cerrada como esta, maese Corbett, las personas hablan... solas, con alguna hermana, conmigo e incluso con vos o con vuestro ubicuo criado Ranulfo.

—Pues, en tal caso, decidme, señora priora, ¿quién estuvo presente el domingo en la iglesia durante el rezo de completas?

—Ya os lo he dicho antes... estaban todas.

—No. Quiero decir antes de que empezara el oficio.

—La señora priora estaba en la iglesia conmigo —contestó sor Catalina.

—Y yo estaba en la sacristía con sor Águeda —se apresuró a añadir sor Francisca.

—¿Estáis seguras? ¿Estabais todas allí antes de que comenzara el oficio de completas?

—Preguntádselo a quien queráis —contestó *lady Amelia*—. Otras hermanas nos vieron allí.

Corbett se tragó su decepción.

—¿Y qué ocurrió con las pertenencias de *lady Eleanor*?

—Al día siguiente de su muerte —repitió *lady Amelia*—, el príncipe envió a uno de sus lacayos con órdenes muy severas. Deberíamos entregar todas las joyas y los restantes objetos preciosos de *lady Eleanor*. Lo demás... —la priora se encogió de hombros—. Me pareció una mezquindad, pero el príncipe mandó que se quemara. Lo hice de inmediato. ¿Alguna otra pregunta, mi señor escribano?

—Sí —Corbett miró a las viceprioras con una leve sonrisa en los labios—. *Lady Amelia*, vos misma habéis reconocido que encontrasteis el cuerpo de *lady Eleanor* en su habitación y que, junto con estas dos dulces hermanas, lo trasladasteis al pie de la escalera para que pareciera una muerte accidental. ¿No es así?

—Eso es lo que he dicho —contestó *lady Amelia*, mirándole con rabia.

—¿Encontrasteis alguna señal de forcejeo en la habitación de *lady Eleanor*?

—No.

—¿La puerta estaba abierta?

—Sí.

—¿Pero no visteis nada extraño?

—No, ya os lo he dicho. Al principio, pensé que *lady* Eleanor se había desmayado. ¿Alguna otra pregunta?

Corbett sacudió la cabeza.

—En tal caso, señor, me despido de vos.

Tras despedirse de las monjas, Corbett se dirigió al patio de las cuadras, donde Ranulfo y Maltote lo estaban esperando con los dos soldados de la casa del portero. Estos últimos parecían molestos por el hecho de que los obligaran a dejar aquella regalada vida de ocio, pero ambos iban bien armados con yelmo y camisote, espadas y dagas metidas en el cinto. Maltote también parecía un poco sorprendido de los nuevos deberes que le habían encomendado.

—¿Lo creéis necesario, señor?

—Eres un servidor del Rey, ¿no es cierto?

Maltote asintió tristemente con la cabeza. Corbett le señaló la ballesta que colgaba del arzón de su silla de montar.

—¿La sabes usar?

Maltote le miró sin decir nada. Corbett se acercó a él, intrigado.

—La sabes usar, ¿verdad? Eres un soldado del Rey —señaló una vieja puerta que alguien había apoyado contra la pared del otro lado del patio. Unas cuantas gallinas picoteaban la tierra a su alrededor—. Apunta bajo y procura alcanzar la puerta —le ordenó—. Justo en el centro.

—¡Mi señor! —exclamó Maltote con voz suplicante.

Corbett apoyó una mano en el estribo del mensajero.

—Ya conoces las reglas, muchacho. Ahora estás bajo mis órdenes. El Rey te ha enviado a mí. ¡Haz lo que te digo!

Bajo la atenta mirada de los demás, Maltote cargó la ballesta y apuntó hacia la puerta. Corbett no supo muy bien lo que ocurrió a continuación. Oyó el zumbido de la flecha, pero, en lugar de dar en la puerta, Maltote la lanzó contra una desventurada gallina, la cual se desplomó al suelo cacareando en medio de un charco de sangre y plumas. Los dos soldados esbozaron una sonrisa burlona mientras Ranulfo contemplaba la escena boquiabierto de asombro.

—¡Muy bien, hombre! —dijo Corbett en voz baja—. Eres el peor arquero que he visto en mi vida. ¿Lo has hecho a propósito?

Maltote, más ridículo que nunca con su cónico yelmo, sacudió tristemente la cabeza.

—Ahora ya comprendéis, maese Corbett, por qué razón soy un simple mensajero. En lo tocante a las armas, soy tan peligroso para los amigos como para los enemigos —el joven esbozó una ancha sonrisa—. Pero el Rey dice que soy el mejor jinete de su ejército. Puedo montar cualquier jamelgo y sacarle un buen partido.

Corbett asintió con la cabeza y, tomando el talabarte que le ofrecía Ranulfo, se lo ajustó alrededor de la cintura.

—Lo tendré en cuenta, Maltote.

—¡Y las gallinas también! —terció con guasa Ranulfo.

## Capítulo IX

**T**ras haber dado unas severas instrucciones a su pequeña escolta, Corbett, acompañado por Ranulfo y Maltote, cruzó la galilea y se lanzó al galope por el sendero, atravesó la silenciosa aldea y subió por el camino de Woodstock. Aún no había decidido exactamente lo que iba a hacer. Quería plantarle cara a Gaveston y había tomado la firme determinación de preguntarle al príncipe por qué razón ya estaba al corriente de la muerte de *lady* Eleanor mucho antes de que llegara el mensajero de Godstowe.

Los guardias de la entrada principal del palacio les franquearon rápidamente el paso, pero, al salir del sendero arbolado que había delante del palacio, un siniestro espectáculo los aguardaba. Habían erigido un improvisado y gigantesco patíbulo, con un largo y grueso palo de color ceniciento encajado horizontalmente en dos palos verticales, uno a cada lado. Corbett se detuvo y procuró calmar el nerviosismo de su inquieto caballo. Del palo horizontal colgaban cuatro cuerpos, los de tres de los grandes mastines negros y, entre ellos, con el cuello roto y retorcido y los ojos fuera de las órbitas, el de Gyrth, su cuidador.

Corbett desmontó muy despacio y le ordenó a Ranulfo que se encargara de las cabalgaduras mientras él se acercaba al chambelán que había salido a su encuentro. El chambelán le dispensó un trato de príncipe heredero y lo acompañó inmediatamente a la sala, donde un ejército de criados estaba ocupado en la tarea de limpiarlo todo después del banquete de la víspera. A continuación, Corbett fue conducido a través de un laberinto de pasillos a una sala donde lo aguardaban el príncipe de Gales y Gaveston, ambos muy serios y con el rostro intensamente pálido. Antes de que el escribano pudiera abrir la boca, el príncipe Eduardo se adelantó y tomó firmemente su mano entre las suyas.

—Maese Corbett... Hugo —le dijo, mirándole con expresión de disculpa—, lo de los perros... fue un error. Os pido perdón. Las bestias y su cuidador han sido ahorcados —el príncipe tragó nerviosamente saliva y apartó la mirada—. Fue un error, un accidente, ¿no es cierto, Piers?

—En efecto —contestó Gaveston—. Un terrible accidente.

Corbett estudió la intensa palidez del favorito. ¿Un accidente?, pensó. Más bien una broma de borrachos que se les fue de las manos o quizá un acto deliberado de intento de asesinato.

—Lo descubrimos esta mañana —se apresuró a añadir el príncipe—. La señora priora envió mensajes. El cuidador y los perros han sido ahorcados de inmediato. El hombre estaba bebido y soltó los perros cuando vos abandonasteis el palacio. Siguieron vuestro rastro...

La voz se perdió sin terminar la frase.

La preocupación del príncipe de Gales era sincera. ¿Acaso se arrepentía?, se preguntó Corbett. Cabía la posibilidad de que no hubiera tenido conocimiento de los

hechos. ¿Habría actuado Gaveston por su cuenta y riesgo? Corbett comprendía su temor y no se hacía ilusiones con respecto al Rey. Si él hubiese muerto en el transcurso de una de sus misiones, el Rey lo habría aceptado. Pero no así un ataque deliberado a uno de sus emisarios. Eduardo hubiera enviado inmediatamente unas tropas al sur y mandado prender fuego a Woodstock. Corbett iba a preguntar por el guante perdido, pero decidió no hacerlo. Gaveston ya debía de tener preparada una explicación.

—Alteza —dijo el escribano, haciendo caso omiso de la expresión de hastío del rostro del favorito—, necesito hablar con vos en privado. Alteza —repitió—, me lo debéis. Tengo que hablar con vos, órdenes de vuestro padre —mintió.

El príncipe miró a Gaveston.

—De acuerdo —contestó, dirigiéndole una tímida sonrisa al escribano—. Pero ahora tengo que cambiarme. Ha regresado el enviado francés *monsieur* de Craon.

—¿No os gusta el enviado francés, maese Corbett? —preguntó Gaveston con ironía.

—*Monsieur* de Craon hace su trabajo y yo hago el mío —contestó secamente Corbett—. Pero insisto en que no os fieis de él, Alteza. *Monsieur* de Craon podría atrapar arañas en la redes que teje.

El príncipe asintió rápidamente con la cabeza y miró a su alrededor.

—Estáis en vuestra casa, maese Corbett. Dentro de una hora me reuniré con vos en el escritorio.

Corbett hizo una reverencia, se retiró y se pasó un buen rato esperando con impaciencia en una antesala hasta que un criado lo llamó autoritariamente, subió con él los peldaños de una gran escalinata y lo hizo pasar a una estancia soberbiamente decorada. El suelo era de madera pulida y los nuevos paneles de la pared estaban adornados con enrevesados dibujos de zarcillos, extrañas flores y exóticas criaturas, entre ellas numerosos dragones alados y sin alas. Adosados a las paredes pintadas de azul había varios anaqueles y pequeñas alacenas con libros de distintas clases, todos ellos encuadernados en piel de becerro de varios colores, rojo, azul o marrón, y cierres de oro y plata. Corbett observó que todos aquellos valiosos manuscritos estaban sujetos a la pared mediante unas cadenas de plata. Sabía que el príncipe era un experto conocedor de obras de arte, profundamente influido por los nuevos diseños de los prósperos estados italianos. Era la primera estancia que Corbett veía en su vida en la que no había antorchas de pared sino unos pesados candelabros de bronce sobre unos aparadores de reluciente madera de roble distribuidos alrededor de toda la habitación. Tampoco había juncos en el suelo con su habitual acompañamiento de pulgas y suciedad, sino unas mullidas alfombras de purísima y blanca lana. Al fondo de la estancia había un pequeño estrado con una lustrosa mesa redonda rodeada de varias sillas de madera labrada. El príncipe permanecía sentado allí en silencio con las manos entrelazadas y los ojos inclinados sobre la mesa cual si fuera un erudito monje; pero sus vestiduras eran espléndidas, sus dedos estaban

cuajados de valiosos anillos y su cabello y barba tan rubios como el oro aparecían cuidadosamente peinados y untados con aceite. El príncipe levantó la vista y le hizo señas de que se acercara. Al hacerlo, el escribano observó que el príncipe lucía un jubón de purísimo raso blanco con botones de oro. Llevaba las piernas cubiertas con unas calzas bordadas en rojo y oro y sus pies calzaban unos esarpines de terciopelo carmesí con unas rosas de plata en la punta. Corbett intuyó por el aspecto y la actitud del príncipe que Gaveston le había aconsejado mostrarse en toda su magnificencia y dignidad en sus tratos no solo con él sino también con De Craon.

El príncipe se levantó y le indicó la silla que tenía al lado antes de escanciar en dos copas el mejor vino que el escribano hubiera saboreado en muchos meses. Corbett se sentó y tomó cuidadosamente un sorbo. El príncipe no era tan temperamental como su padre. En realidad, el joven Eduardo podía ser extremadamente cortés y encantador cuando quería. Pero, como todos los Plantagenet, su estado de ánimo era muy voluble y su temperamento muy inseguro. A Corbett siempre le había gustado el príncipe Eduardo por su mezcla de bribonería e inocencia casi infantil. Podía ser un buen amigo o el peor y más peligroso enemigo. Eduardo se acomodó en su silla y volvió la cabeza para mirar directamente a Corbett.

—¿Y bien, Hugo? —empezó diciendo—. Creo que deseabais verme *in secreto*. Os tengo un gran respeto, de lo contrario, milord Gaveston hubiera estado presente — el príncipe apartó la mirada—. Piers puede ser muy cruel —comentó en un susurro—. Lo que ocurrió anoche es imperdonable. Mi padre... ¿tendrá que enterarse?

—*Alea jacta est*<sup>[6]</sup> —contestó serenamente Corbett. Sus ojos se clavaron en el color aciano de los del príncipe—. Tal como Vuestra Alteza ha dicho, probablemente fue un terrible accidente.

El príncipe sonrió con gratitud y, al levantar la mano, el sol que penetraba a través de las vidrieras de colores arrancó unos fulgurantes destellos de las piedras preciosas de sus anillos.

—Y bien, Hugo, ¿de qué se trata?

—Dos preguntas, Alteza —Corbett tomó otro sorbo de vino—. El día en que murió *lady* Eleanor, ¿enviasteis a alguno de vuestros hombres al priorato de Godstowe?

El príncipe sacudió la cabeza.

—No, no envié a nadie.

—En tal caso, ¿otra persona, tal vez sin que vos lo supierais, pudo enviar soldados allí?

Sin dejar de sacudir la cabeza, el príncipe se levantó y se acercó a un atril de madera labrada muy parecido al de las iglesias y apoyó la mano en la Biblia que en él descansaba.

—Podéis decírselo a mi padre —contestó—, con la mano sobre la Biblia y dispuesto a repetir este juramento ante los Comunes y todos los señores temporales y espirituales, juro que ni yo ni nadie de mi gente ni lord Gaveston se acercó para nada

a Godstowe aquel día.

—¿Tan seguro estáis, Alteza?

Eduardo se volvió y miró con dureza al escribano.

—¡Prohibí a lord Gaveston mezclarse con cualquier cosa que guardara relación con aquella mujer!

—Alteza, ¿es cierto que la primera noticia que tuvisteis de lo ocurrido fue la que comunicó el portero de Godstowe al llegar aquí?

Corbett observó que el príncipe apartaba rápidamente la mano de la Biblia para acercarse a él.

—Sí, es cierto —contestó, sentándose en el borde de la mesa sin dejar de mirar a Corbett mientras movía perezosamente una pierna—. ¿Por qué lo preguntáis?

Corbett respiró hondo.

—Debo informaros de que las noticias que ha recibido vuestro padre dicen justo lo contrario. Corren rumores de que vos ya conocíais la noticia de la muerte de *lady Eleanor* mucho antes de que el portero beodo llegara aquí.

Eduardo se mordió el labio.

—Yo también estaba bebido —musitó—. Pero no tanto como para eso —añadió—. No sé si oí algo o tal vez me lo dijeron... ¡Sí! —dijo el príncipe, dominado por una intensa emoción—. ¡Si *monsieur* de Craon afirma que yo se lo dije, es un embustero! Más bien estoy seguro de que fue el francés el que me lo dijo a mí, maese Corbett.

—¿Y él cómo lo sabía?

El príncipe se encogió de hombros.

—No os lo podría decir. Y, si le interrogara, simplemente lo negaría. De Craon se presenta aquí con su hipócrita rostro y su lengua embustera... —dijo Eduardo sin poder disimular su amargura— ¡no conocería la verdad ni siquiera si esta se le apareciera de pronto y le tirara de la puntiaguda nariz!

El príncipe regresó a la Biblia y volvió a apoyar la mano en ella.

—Juro que os he dicho la verdad. Juro que no envié hombres a Godstowe, aunque os aseguro que me encantaría saber quién lo hizo. ¿Llevaban mi librea?

Corbett sacudió la cabeza.

—No os lo puedo decir.

—Juro también —añadió el príncipe Eduardo— que, si supe algo acerca de... la muerte de la señora...

Corbett estuvo casi seguro de que el príncipe iba a decir «el asesinato».

—... Si supe algo acerca de la muerte de la señora antes de la mañana del lunes, fue porque me lo dijo *monsieur* de Craon.

—Alteza, ¿estabais casado con *lady Eleanor*?

—Eso no es asunto vuestro —contestó el príncipe en tono irritado—. Vuestro asunto, maese Corbett, es limpiar mi buen nombre. De Craon espera en una estancia de unas puertas más abajo. Quiero que lo interroguéis. ¡Puede quedarse aquí hasta

que vos estéis dispuesto a hacerlo!

Dicho lo cual, el príncipe se retiró hecho una furia, olvidando la cortesía y los buenos modales. Corbett esbozó una sonrisa y se reclinó contra el respaldo de su asiento mientras escuchaba con aire ausente las pisadas del príncipe en la galería del exterior. Creía que era cierto lo que había dicho el príncipe de que De Craon lo había informado el domingo por la noche, pero ¿cómo lo sabía el francés? ¿Tenía tal vez un espía en Godstowe? En caso afirmativo, ¿quién era? Por otra parte, la señora priora había dicho que no se había permitido la entrada de De Craon en Godstowe. Corbett se removió en su asiento con inquietud, pero inmediatamente soltó una carcajada. ¡Pues claro! Se levantó, se acercó a la puerta y llamó a un criado que esperaba fuera.

—Llévame junto al enviado francés *monsieur* de Craon... el príncipe desea que hable con él.

El criado lo acompañó por el pasillo hasta una habitación situada unas puertas más abajo y llamó suavemente a la puerta. La puerta estaba entornada, por lo que, sin esperar a que el criado volviera a llamar, Corbett la empujó hacia adentro y entró. De Craon estaba sentado en una silla de alto respaldo junto a la ventana con un pequeño rollo de pergamino sobre las rodillas, aparentemente esperando a que el príncipe lo recibiera en audiencia. Al entrar Corbett, el francés levantó la vista, sonrió, se medio levantó de su asiento y volvió a sentarse como si considerara que no merecía la pena hacerlo. El rollo que estaba estudiando desapareció de inmediato entre los pliegues de sus holgados ropajes.

—¡*Monsieur* Corbett! Me alegro de veros. Os ruego que os sentéis —dijo, señalando un escabel.

—¡Sois un embustero malnacido, De Craon! ¡Os alegráis tanto de verme como un campesino de ver a un recaudador de impuestos!

Corbett se acercó a su inveterado enemigo con los brazos cruzados y una fría sonrisa en los labios.

—Pero, Hugo —exclamó De Craon extendiendo cordialmente las manos—, ¿por qué me insultáis? Cumpló órdenes lo mismo que vos —el francés lanzó un suspiro de cansancio—. La diplomacia es a veces una red enmarañada.

—¡Con vos, De Craon, todo se enmaraña!

Corbett se inclinó hacia adelante con las manos apoyadas en los brazos del asiento de De Craon y el rostro a escasos centímetros del suyo.

—¡Tal como ya he dicho, sois un embustero malnacido! ¡Sois el padre y la madre de los embusteros! Ya estáis tramando otra de vuestras malditas intrigas, ¿verdad? El asunto de Godstowe...

De Craon le miró con expresión de fingida inocencia. Corbett reparó en la mortecina mirada de sus ojos y se le ocurrió pensar que De Craon parecía, en realidad, dos personas en una: por una parte, la cascara exterior y, por otra, una taimada y malévolamente presencia. El escribano decidió ponerlo a prueba.

—El asunto de Godstowe no marcha bien, ¿verdad?

—¿Qué demonios queréis decir?

—Lo que quiero decir, mi apreciado francés, es que conozco la verdad. Sé también que vuestro confidente de allí no os ha dicho la verdad. Habéis pagado, *monsieur*, a cambio de una simple sarta de mentiras —Corbett abrió la puerta—. ¡Pero, en fin —añadió, volviendo la cabeza para mirarle—, se trata de unas mentiras que os son muy útiles!

Corbett cruzó la puerta. A su espalda, De Craon se había despojado de su máscara de cordialidad. Sus labios se movieron en silencio mientras comentaba para sus adentros lo que haría en caso de que alguna vez tuviera a Corbett en su poder. El escribano bajó rápidamente la escalera y salió al patio, donde Ranulfo y Maltote lo estaban aguardando. El criado estaba tratando de enseñarle al mensajero cómo sostener una daga. Corbett sacudió la cabeza en gesto de silencioso asombro. Jamás en su vida había visto a alguien tan torpe o peligroso para su propia persona como Maltote con un arma. Pese a todo, le gustaba aquel amable campesino que solo entendía de caballos.

Los tres montaron en sus cabalgaduras y abandonaron el palacio, siguiendo el camino que bajaba a la aldea. Corbett olfateó el dulce y penetrante aroma del aire y comprendió que el otoño ya estaba muy cerca. Maeve se encargaría de llenar los graneros, dispondría el sacrificio de algunas cabezas de ganado y mandaría que secaran, salaran y colgaran la carne de las vigas para que se impregnara del humo de la cocina y, de este modo, se pudiera conservar durante los largos meses invernales. El otoño se había presentado tan subrepticamente como un ladrón y había convertido la campiña en un brillante estallido de colores anaranjados, dorados, bermejos y carmesís. El sol estaba rodeado por un halo dorado y tanto los campos como la alta y lujuriente hierba, disfrutaban de una última racha de vida antes de que empezaran las heladas. Pasaron junto a un viejo caballo que tiraba de un carro lleno de manzanas cuyo conductor ni siquiera se molestó en volverse a mirarles. Encima del carro, como si descansara en un lecho de almohadones, un muchacho con los calzones cortados por encima de las rodillas dormía profundamente. Los jinetes doblaron un recodo y entraron en la aldea. Se detuvieron al oír el argentino sonido de una campanilla y, mirando a través de los árboles, vieron una procesión de aldeanos que estaba cruzando los campos. La encabezaba el padre Reynard con la túnica bermeja oculta bajo una capa consistorial rojo y oro. Lo precedía el portador de una cruz flanqueado por dos muchachos, uno de ellos con una campanilla y el otro haciendo oscilar un incensario. Corbett aspiró una vaharada de perfumado incienso y vio cómo el sacerdote, con un cuenco de agua bendita en una mano y un hisopo en la otra, bendecía los campos en barbecho. Corbett recordó que faltaba muy poco para San Miguel y que aquellos eran los días de rogativas, en los que el sacerdote bendecía la tierra y pedía la ayuda de Dios en la siembra y la futura cosecha.

Corbett se adentró en la aldea seguido por Ranulfo y Maltote, los cuales estaban comentando las mentiras de los tratantes de caballos del mercado de Smithfield y la

mejor manera de descubrir sus triquiñuelas. Corbett los dejó en la taberna de la posada del Toro, donde las angostas ventanas estaban cubiertas por unos negros crespones en señal de duelo por la muerte del posadero cuyo féretro había sido colocado delante de la puerta principal, en precario equilibrio sobre una mesa de tijera. A su alrededor, algunos aldeanos bebían a la salud de su difunto amigo y, a juzgar por su aspecto, parecía que estuvieran casi tan inconscientes como el cadáver cuya muerte lloraban. Mientras Ranulfo y Maltote se quedaban con los caballos y expresaban su dolor para poder beberse unas copas junto con los aldeanos, Corbett atravesó el prado comunal de la aldea cubierto de hojas y cruzó el portillo de la iglesia. Se sentó en un pequeño banco de piedra delante de la casa del cura y se quedó medio dormido, saboreando todavía el recuerdo de su encuentro con De Craon. Oyó el regreso de la procesión y, al poco rato, apareció el padre Reynard por la puerta lateral de la iglesia. Este se detuvo en seco y soltó un gruñido al ver a Corbett.

—¿Qué queréis, escribano?

—Tengo unas cuantas preguntas que haceros, padre.

El clérigo hinchó los carrillos, abrió la puerta de su casa y entró, haciéndole señas a Corbett de que lo siguiera. Después le indicó una silla, le sirvió una copa de vino aguada y se sentó en un banco de cara a él al otro lado de la tosca mesa.

—Tengo muchas cosas que hacer, maese Corbett. El cadáver del posadero ya ha sido colocado en el féretro y ahora hay que trasladarlo a la iglesia antes de que los aldeanos se embriaguen demasiado y lo arrojen al estanque —el fraile esbozó una leve sonrisa—. El posadero era un buen cazador furtivo pero un mal tabernero. Siempre le echaba demasiada agua a la cerveza, por eso ahora muchos habitantes de la aldea creen que se le debería sepultar en el agua. ¡Un epitafio muy apropiado!

—¿Siempre es tan peligroso salir de noche por los alrededores de Godstowe? —preguntó bruscamente Corbett.

El clérigo se encogió de hombros.

—Depende. El posadero estaba cazando en un bosque perteneciente al palacio.

—¿Y los otros dos? ¿La joven y el hombre que se encontraron desnudos y asesinados hace unos dieciocho meses?

El fraile hizo una mueca.

—Los caminos pueden ser peligrosos.

—¿Visteis los cuerpos? Describidmelos.

El sacerdote respiró hondo.

—El chico no debía de superar los dieciséis veranos y tenía la tez aceitunada y el cabello muy negro. Le habían cortado la garganta como a su compañera. No llevaba joyas ni ropa. La chica era algo mayor y también morena —el sacerdote hizo una pausa—. Puede que fueran extranjeros.

—¿Por qué lo decís? —le preguntó Corbett.

—Por el color de su piel. Y eran de buena crianza, lo cual me sorprende.

—¿Qué queréis decir?

—Bueno, las manos de la chica en particular eran suaves y presentaban un aspecto muy cuidado. Desde luego, no se dedicaba a tareas manuales. Me di cuenta cuando se las ungué. Lo mismo cabe decir de los pies. Suaves y sin callos como si siempre hubiera usado calzas y zapatos. Su cabello estaba manchado de barro, pobrecilla, pero antaño lo debía de llevar muy bien peinado y untado con aceite. Me extrañó que una dama de noble cuna pudiera desaparecer sin que nadie la echara en falta.

Corbett recordó el lema que había visto en el collar de cuero del perro.

—¿Os dice algo la frase «*Noli me tangere*»? —le preguntó al cura.

El padre Reynard sacudió la cabeza y se removió inquieto en el banco.

—Supongo, maese Corbett, que habréis venido para hablar de otras cosas.

—Pues sí, en efecto.

Corbett clavó la mirada en un punto situado por encima de la cabeza del fraile.

—¿Y bien? —preguntó el padre Reynard.

—La noche en que murió *lady Eleanor*, ¿os trasladasteis a Godstowe para unguir el cuerpo? —preguntó Corbett.

El padre Reynard asintió con la cabeza.

—¿Y después?

Corbett reparó en la recelosa mirada del cura.

—Regresé aquí —musitó el fraile.

—¡No, no es cierto! —replicó Corbett—. Pedisteis prestado un caballo de las cuadras de la taberna y fuisteis a comunicar la noticia a Woodstock.

—¡Yo no quiero tratos ni con el príncipe ni con su bardaje!

—¡No me refiero al príncipe —dijo Corbett— sino a vuestro buen amigo y benefactor *monsieur Amaury* de Craon, el cual os envió un mensaje secreto en el que os comunicaba que se alojaba en el palacio! Mirad, padre —prosiguió diciendo Corbett—, hace algún tiempo *monsieur* de Craon intentó entrar en Godstowe, pero no se lo permitieron; entonces buscó a alguien de los alrededores que pudiera mantenerle informado de los asuntos del priorato y muy especialmente de los movimientos de *lady Eleanor*. Buscaba a una persona en quien pudiera confiar. Alguien que tuviera acceso a semejante información. Y os eligió a vos.

Corbett observó que el rostro del clérigo había palidecido intensamente.

—Cuando le negaron el acceso a Godstowe, De Craon vino aquí y os ofreció dinero: oro y plata para vuestra iglesia y para vuestros feligreses. Y vos lo aceptasteis. No como si fuera un soborno —añadió el escribano en un susurro— sino como una limosna. Al fin y al cabo, ¿qué son los rumores que se cuentan acerca de los príncipes y sus queridas para un cura? Estoy en lo cierto, ¿verdad, padre?

El padre Reynard apoyó las manos sobre la mesa e inclinó la cabeza.

—¿Y bien, padre?

—Estáis en lo cierto —contestó el clérigo—. Lo que estáis diciendo se aproxima bastante a la verdad. De Craon estuvo muy amable conmigo. Me pagaba con oro a

cambio de conversar conmigo —el clérigo levantó la cabeza—. Ya habéis visto la pobreza que hay por aquí, escribano. Y la riqueza del priorato y la opulencia del palacio. A la gente de allí todo eso no le preocupa. Carecen del sentido de Dios. De Craon no es mejor que ellos, pero, por lo menos, me daba oro. No para mí —se apresuró a añadir el fraile— sino para la viuda con bocas hambrientas que alimentar o para el chico que quiere estudiar. Yo no soy un espía.

Corbett se compadeció al oír sus palabras, pero decidió mostrarse inflexible.

—Si los funcionarios del Rey o los abogados del Tribunal Real se enteraran —dijo—, dirían que fuisteis un traidor. Es delito de traición, padre, mantener tratos con los enemigos del rey de allende los mares.

—Yo no soy ni un espía ni un traidor —dijo el cura en un susurro—. ¿Habéis visto alguna vez a una mujer atada a un yugo mientras su marido empuja el arado porque no pueden permitirse el lujo de tener un buey o un caballo mientras su hijito duerme junto a un seto envuelto en andrajos, chupando un mendrugo de pan y gimiendo muy quedo porque el hambre lo ha debilitado tanto que ni siquiera tiene fuerzas para llorar? —En sus ojos se encendió un destello de furia—. Os digo, escribano, que algún día los pobres se levantarán y pedirán violentamente cuentas. Decidme, ¿qué hubierais hecho vos en mi lugar?

Corbett se inclinó hacia adelante y apoyó una mano en el codo del cura, alegrándose de que el padre Reynard no se echara hacia atrás.

—Supongo —contestó— que hubiera hecho lo que vos hicisteis, padre —retiró la mano y tomó otro sorbo de vino aguado—. Sé que no sois ni un espía ni un traidor, pero De Craon es muy peligroso. No tiene moral ni Dios ni código caballeresco alguno como no sea el del servicio a un rey francés que se considera un nuevo Carlomagno. Si De Craon ha tejido una red a vuestro alrededor, estáis en peligro, padre.

El clérigo soltó un vulgar gruñido y apartó la mirada.

—Padre, De Craon sospecha que yo conozco la identidad de su confidente. Me golpeará a mí y puede que intente haceros daño. No temáis nada de nuestro Rey, os puedo conseguir salvoconductos, pero es necesario que os escondáis enseguida. ¡No debéis permanecer aquí!

El padre Reynard sacudió la cabeza y miró al escribano con la ardiente mirada propia de un fanático.

—Yo soy el buen pastor —contestó—, no el mercenario. No pienso huir por el simple hecho de que el lobo ande al acecho —sonriendo ya más tranquilo, añadió—: En cualquier caso, Corbett, olvidáis que he sido soldado.

Corbett sacudió la cabeza.

—No os puedo obligar, padre, pero os ruego que me hagáis caso —tras una pausa, preguntó—: ¿Qué sabe De Craon?

—Lo que yo le dije... que *lady* Eleanor murió —el cura esbozó una sonrisa—. Murió en circunstancias de lo más sospechosas. Mirad, Corbett, yo he visto muchos

cadáveres. Una mujer no se cae por unos empinados peldaños y se queda tendida al pie de la escalera como si estuviera durmiendo.

—¿Alguna otra cosa, padre?

—No. Lo que yo sé vos también lo sabéis.

Corbett se levantó.

—En tal caso, os deseo buenas noches y os aconsejo que tengáis mucho cuidado.

El padre Reynard apartó la mirada, rechazando el consejo. Corbett salió y atravesó el desierto cementerio con una sonrisa en los labios. El sol ya se estaba poniendo por el oeste y se había convertido en una ardiente bola de luz cuyos moribundos rayos parecían intensificar los verdes y los ocres del cementerio. En la copa de algún olmo un solitario pájaro cantaba su himno a los muertos. Corbett miró a su alrededor. El padre Reynard le había dicho que los cuerpos de la joven y de su acompañante estaban enterrados bajo un olmo. ¿Quiénes serían?, se preguntó. ¿Qué secretos guardarían? Volvió a mirar a su alrededor y le pareció que todo estaba muy tranquilo y silencioso. Aun así, tuvo la premonición de que algo terrible estaba a punto de ocurrir. ¿Lo estarían vigilando? Estaba acostumbrado a experimentar aquella sensación en las oscuras y tortuosas callejuelas de Londres, pero ¿allí, cerca de la casa de Dios? Una rama se quebró. Corbett giró en redondo y miró más allá de la casa del cura.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz baja.

No se oía más que el suave susurro de las hojas que el viento agitaba y dispersaba sobre la hierba cual si fueran monedas de oro. Aguzó el oído y sonrió. La brisa nocturna le trajo el sonido de unos cantos, entre los cuales reconoció los jubilosos gritos de Ranulfo.

Volvió a cruzar el portillo y atravesó el prado de la aldea envuelto en las sombras del crepúsculo. Tal como ya imaginaba, Ranulfo había arrastrado a Maltote a la tentación. Sosteniendo en sus manos unas espumosas jarras de cerveza en medio de un grupo de personas que rodeaban el improvisado féretro del posadero, ambos estaban entonando una canción acerca del triste destino de la hija de un posadero. Corbett se reunió con ellos y esperó a que se terminaran de beber la cerveza antes de pedirle jovialmente a su criado que fuera a recoger los caballos para regresar por el desierto camino de Godstowe.

Sin embargo, Ranulfo y Maltote no eran amigos auténticos, pues el criado no tardó en preguntarle inocentemente al mensajero si alguna vez había jugado a los dados. Era un juego, le confesó, que le interesaba en gran manera, pero en el que apenas tenía experiencia. Corbett estaba a punto de revelar a Maltote la verdad cuando, de repente, contrajo los músculos del cuerpo. Algo o alguien les estaba siguiendo entre los árboles que bordeaban el camino. Sujetó las riendas de su caballo y le indicó por señas a Ranulfo que no hiciera ruido. Miró hacia la verde oscuridad que tenía a su espalda. Alguien los estaba observando desde las sombras del bosque.

—¿Qué ocurre, amo mío? —le preguntó Ranulfo en voz baja.

—Nada —murmuró Corbett—, pero, cuando baje la mano, ¡lánzate al galope a la mayor velocidad que puedas!

El escribano se medio volvió, bajó la mano y espoleó su caballo. Ranulfo y Maltote siguieron su ejemplo justo en el instante en que dos dardos de ballesta surgían zumbando de la oscuridad y pasaban por encima de sus cabezas. Sin perder ni un segundo, los tres jinetes se lanzaron al galope y no se detuvieron hasta cruzar ruidosamente la puerta entreabierta del priorato de Godstowe, provocándole al portero un sobresalto tan grande que, por una vez, casi pareció que estuviera sereno.

—¡Cierra las puertas! —le gritó Corbett—. ¡Echa los cerrojos y no dejes entrar a nadie sin mi permiso!

De repente, el escribano miró a su alrededor y se acordó de los dos soldados.

—¿Cuándo se separaron de nosotros? —le preguntó a Ranulfo.

—En Woodstock, amo mío. Dijeron que su obligación era guardar el priorato de Godstowe.

—¿De veras? —replicó Corbett—. Pues entonces, mi señor portero —añadió, levantando la voz para que pudieran oírle los dos soldados escondidos en la casa del portero—, diles que me cercioraré de que estén cumpliendo con su obligación. Como les huela aunque solo sea una gota de cerveza en el aliento, ¡tendrán que responder ante el capitán preboste del Rey!

Dejó a Ranulfo al cuidado de los caballos y se dirigió a los aposentos de *lady* Amelia. Encontró a la señora priora reunida con sor Francisca y sor Catalina.

—¡Maese Corbett! —exclamó la priora levantándose de detrás de su escritorio con expresión de asombro—. Pasad —añadió, acompañándole al asiento de la repisa de una ventana—. ¿Más peligros, más contratiempos?

—A la vuelta de Woodstock hemos sido atacados.

La señora priora frunció el autoritario entrecejo.

—¿Por forajidos o malhechores?

—Me gustaría creerlo así, señora —contestó diplomáticamente Corbett—. Pero creo que los enviaron para matarme.

Corbett miró a las dos viceprioras que, a su vez, lo estaban mirando fijamente. Ranulfo tenía razón, pensó. Sor Catalina tenía una mirada lasciva.

—*Lady* Amelia, tengo que haceros una petición. ¿Significa algo para vos la frase «*Noli me tangere*»?

—¡Quiere decir «No me toques»! —contestó la señora priora, esbozando una sonrisa maliciosa—. Un lema familiar. Muy poco apropiado, por cierto, para un convento de monjas. ¿Por qué tendría que significar algo para mí? —preguntó, sacudiendo la cabeza.

—En tal caso, debo pedir vuestra autorización —el escribano contempló la vela que marcaba la hora en la mesa—. Las hermanas no tardarán en reunirse para el rezo de completas, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Puedo hablar con ellas?

—¿Acerca de qué?

—Acerca del lema. Quiero preguntarles si lo conocen o no.

*Lady Amelia* miró a las viceprioras y se encogió de hombros.

—Es algo muy insólito —murmuró.

—El Rey lo agradecería —añadió Corbett.

—Pues entonces dentro de un ratito, maese Corbett. ¿Os apetece tomar primero un refrigerio?

Corbett asintió con la cabeza, dejando que la señora priora le sirviera una copa de malvasía mientras comentaba con ella los acontecimientos de la jornada y su reciente visita a Woodstock. Sonó la campana anunciando el rezo de completas y *lady Amelia* lo acompañó cruzando un sombrío claustro y el prado del exterior para dirigirse con él a la iglesia. Corbett se acomodó en el mismo banco en el que se había sentado el domingo anterior y vio entrar a las monjas. Al final, cuando todos los sitios estuvieron ocupados, *lady Amelia* le indicó por señas a la cantora que no diera comienzo a los habituales salmos y causó un revuelo cuando ella misma se levantó y se acercó al atril.

—Hermanas mías en Cristo —dijo—, esta noche habrá un cambio en el orden acostumbrado. Maese Hugo Corbett, escribano mayor y emisario especial de nuestro Rey, desea dirigiros la palabra. Tiene que haceros una pregunta a la que, por lealtad a Dios, al Rey y a la orden, deberéis responder si podéis.

Corbett miró a su alrededor mientras hablaba la priora y observó la intensa turbación de sor Francisca. A continuación, la señora priora lo invitó a acercarse, chasqueando autoritariamente los dedos. Lanzando un profundo suspiro para disimular su nerviosismo, Corbett se situó detrás del gran atril de madera de roble labrada y miró a las monjas sentadas en los sitios con las blancas tocas y el negro hábito de su orden. Vio que sor Águeda le dirigía una picara sonrisa y se sintió reconfortado por su amistad.

—*Lady Amelia*... —Corbett volvió a ponerse nervioso ante la muralla de silencio que tenía delante—. *Lady Amelia* —repitió—, reverendas hermanas, hace dieciocho meses en las inmediaciones de Godstowe tuvo lugar un terrible asesinato. Una joven y su acompañante fueron bárbaramente degollados.

Un suave suspiro colectivo acogió sus palabras.

—Deseo haceros una pregunta y os la hago apelando a vuestra lealtad a Dios, al Rey y a vuestra orden —Corbett maldijo en su fuero interno su pomposo lenguaje—. ¿Alguna de vosotras conoce la verdadera identidad de las víctimas o significa algo para vosotras la frase o lema familiar «*Noli me tangere*»? —Corbett rezó en silencio para que ninguna graciosa hiciera un comentario mordaz a su pregunta y se ruborizó intensamente al oír las risitas apagadas de algunas monjas—. Os lo vuelvo a preguntar —dijo sintiendo el creciente ardor de sus mejillas—, ¿significa esta frase algo para vosotras?

Contempló las hileras de silenciosas monjas. Algunas le estaban mirando boquiabiertas de asombro. Sor Águeda se cubría el rostro con las manos y Corbett se preguntó si se estaría riendo de él. No hubo respuesta. El escribano se inclinó hacia *lady* Amelia, se apartó del atril y abandonó en silencio la iglesia. Permaneció un instante inmóvil en medio de la oscuridad, confiando en que alguna de las monjas, tal vez *lady* Amelia o sor Águeda, le siguieran, pero nadie salió. Por consiguiente, regresó a la hospedería, donde Ranulfo y Maltote estaban enzarzados en una animada partida de dados.

—¡Guárdate de Ranulfo! —le gritó a Maltote—. Con él nada es lo que parece.

Los jugadores de dados no le prestaron la menor atención, por lo que Corbett se tendió en su catre, tratando de ordenar sus pensamientos.

Ítem: *lady* Eleanor había muerto durante el rezo de completas, cuando las monjas estaban en la capilla. Todo había ocurrido entre aquel lugar y el refectorio.

Otrosí: *lady* Eleanor había sido vista con vida por sor Marta y sor Isabel poco antes del comienzo del oficio. Sin embargo, la primera había visto algo pero lo había ocultado tras el acertijo de «*Sinistra non dextra*», cuya traducción literal era «La izquierda, no la derecha».

Otrosí: se había visto a unos jinetes en las inmediaciones del priorato, pero ¿quiénes eran y quién los había enviado?

Otrosí: *lady* Eleanor se estaba preparando para abandonar el priorato y reunirse con su admirador secreto, pero ¿quién era este?

Otrosí: De Craon estaba en cierto modo implicado en los hechos y había sobornado al padre Reynard sin que este se diera cuenta.

Otrosí: el príncipe había afirmado no haber tenido parte en la muerte de *lady* Eleanor, pero tanto él como su favorito estaban muy nerviosos.

Otrosí: Gaveston odiaba a *lady* Eleanor y él le creía capaz en su fuero interno de cometer un asesinato a sangre fría.

Otrosí: a su juicio, la muerte de la misteriosa pareja de jóvenes acaecida unos dieciocho meses atrás encerraba la clave del enigma que rodeaba el fallecimiento de *lady* Eleanor, pero ¿quiénes eran y qué significaba el lema «*Noli me tangere*»?

Corbett dio mentalmente vueltas a las preguntas. Pensó en Maeve y se dio cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Pensó también en el sonriente rostro de sor Águeda antes de sumirse en un sueño sin sueños mientras Ranulfo y Maltote seguían discutiendo sobre la fortuna de los dados.

## Capítulo X

En su habitación de la casa parroquial el padre Reynard también estaba enfrascado en sus propios pensamientos. ¿Había obrado mal, aceptando el oro y la plata de De Craon? Pensó en la viuda que vivía en la destartalada choza de las afueras de la aldea y en la gratitud de sus ojos cuando él le había entregado una bolsa de monedas. No, a su juicio había merecido la pena hacerlo. El padre Reynard levantó la cabeza y prestó atención a los sonidos del exterior. El otoño, la estación en la que él había nacido, ya había regresado. El viento soplaba cada vez con más fuerza y azotaba las ramas de los árboles, despojándolas de sus hojas. Faltaba poco para la fiesta de San Miguel. Después vendría la solemnidad de los Fieles Difuntos, un momento para recordar a los muertos.

Experimentó una punzada de inquietud. Aquellos cuerpos, los que había enterrado en la improvisada sepultura bajo el viejo olmo... ¿a quién pertenecerían? ¿Por qué los habían asesinado de aquella manera tan bárbara y misteriosa? Se frotó la boca con el dorso de la mano. ¿Qué hacía una dama de noble cuna en un desierto paraje de Oxfordshire? ¿Acaso había ido a visitar a algún amigo de la Universidad o de una de las ciudades de por allí como Abingdon? Si así hubiera sido, ¿por qué nadie había reclamado los cadáveres? ¿O acaso tenían alguna relación con Godstowe?

—¡Padre Reynard!

El franciscano sintió que se le erizaban los pelos de la nuca al mirar hacia la puerta. Alguien le estaba llamando por su nombre desde el cementerio. Parecía la clara y cantarina voz de un niño.

—¡Padre Reynard! ¡Ayudadme, padre Reynard, os lo suplico!

El franciscano trazó la señal de la cruz en el aire. ¿Sería un fantasma? ¿Una aparición? ¿Un alma apegada a la tierra? ¿El espíritu de la difunta *lady* Eleanor?

—¡Salid, padre Reynard!

La voz estaba adquiriendo un tono levemente irritado. El franciscano se levantó y se acercó muy despacio a la puerta, tomando un grueso garrote que estaba apoyado contra la pared.

—¡Padre Reynard, salid de una vez! ¡Por favor!

La melodiosa voz cortó una vez más la oscuridad y el clérigo se detuvo con la mano en la aldaba. ¿Sería un demonio conjurado por algún mago o alguna bruja? Al llegar a la aldea, el franciscano había tenido ciertas dificultades con los que practicaban la magia negra y utilizaban el cementerio para sus diabólicas actividades. Se habían visto extrañas luces y encantamientos y habían sacrificado un gallo negro a medianoche, pero él los había echado a todos y había cerrado el cementerio, amenazando a los feligreses con la pena de la excomunión en esta vida y el fuego del infierno en la otra.

—Padre Reynard, no os quiero causar ningún daño.

El cura asió con más fuerza el garrote, abrió la puerta y salió a la oscuridad. El

viento le azotó el rostro mientras cerraba la puerta a su espalda y sus ojos contemplaban la negrura de la noche.

—¿Quién anda ahí? —preguntó—. Por el amor de Dios, criatura, dime quién eres. ¿Qué quieres?

Solo el gemido del viento entre los árboles contestó a su pregunta. El padre Reynard cruzó el cementerio, entre las oscuras formas de las cruces de madera, los montículos de tierra y los espectrales olmos.

—¿Quién eres? —repitió—. ¿Quién eres?

Aguzó la vista y distinguió una sombra más oscura que las demás. Emitió un entrecortado jadeo de terror. Un niño, una pequeña y oscura figura encapuchada, estaba corriendo sobre la hierba en dirección a él con las manos juntas como en actitud de oración. El padre Reynard empezó a musitar una plegaria y se encontraba hacia la mitad de la misma cuando el dardo de ballesta le alcanzó de lleno en el pecho, desgarrando la piel, el músculo y el hueso. El clérigo se desplomó al suelo mientras la sangre se le escapaba a borbotones por la boca y la nariz y él percibía su característico sabor a hierro. Se vio en su infancia corriendo hacia alguien. Su madre lo estaba esperando con los brazos abiertos. Comprendió que se estaba muriendo.

—*¡Absolve me, Domine!*<sup>[7]</sup> —murmuró mientras sus ojos se cerraban y su alma se extinguía.

A la mañana siguiente, Corbett se levantó muy temprano y sacudió por los hombros al desgredado Ranulfo y al adormilado Maltote.

—Vamos —les dijo jovialmente—. Maltote, tú te quedarás con nosotros. Iremos a Londres y después seguiremos camino hacia Leighton.

Ranulfo se levantó de un salto, alegrándose de poder abandonar el puro aire del campo y regresar a las sórdidas calles de Londres y al sinuoso y placentero cuerpo de la señora Semplar. Maltote se levantó tambaleándose y se fue a hacer sus necesidades al correspondiente cuarto. Corbett se cruzó con él en la escalera.

—Amo mío, ¿no debería regresar al campamento real?

Corbett contempló la sorprendida expresión de sus ojos.

—No, Maltote —contestó, apoyando una mano en su hombro—. Necesito a un soldado, alguien que me proteja.

Antes de que el joven pudiera preguntarle si se burlaba de él, Corbett reanudó su camino.

Las monjas que estaban saliendo de la iglesia del convento le miraron tímidamente con el rabillo del ojo y se rieron con disimulo, recordando su petición de la víspera. *Lady Amelia* pasó por su lado tan majestuosa como una reina. El escribano inclinó respetuosamente la cabeza y, abriéndose paso entre los gañanes y los siervos de la gleba que regresaban de los campos para tomar un refrigerio, salió por la galilea y echó a andar por el camino que se adentraba en el bosque. Allí buscó un lugar

desde el que se pudiera ver la ventana de la habitación, desde la cual sor Isabel afirmaba haber visto unos jinetes entre los árboles. Al final, encontró el sitio adecuado. En caso de que sor Isabel estuviera mirando en aquellos momentos a través de la ventana, tal como sin duda estaría haciendo, le podría ver.

El escribano se agachó y examinó el suelo, rebuscando cuidadosamente entre las ramas y las hojas caídas. Al final, encontró lo que buscaba: por allí habían pasado unos caballos. Recogió los resacos excrementos y los desmenuzó entre los dedos. No podía decir cuándo, pero los excrementos y las ligeras depresiones que se observaban en la seca tierra demostraban que unos jinetes habían permanecido algún tiempo allí. Sor Isabel no había soñado ni había visto visiones.

Corbett se levantó, se secó las manos y regresó al priorato. Oyó unos lamentos y unos gritos al cruzar la galilea y corrió a la entrada principal, donde una desconsolada *lady* Amelia estaba siendo sostenida por las dos viceprioras, ambas con las mejillas surcadas por las lágrimas. Un joven campesino montó en su sudoroso caballo e inmediatamente se alejó al galope del priorato.

—¿Qué ocurre, *lady* Amelia?

La señora priora le miró con los ojos anegados en lágrimas, se soltó de las solícitas manos de las viceprioras y se secó las mejillas.

—Dios lo tenga en su gloria, bastante habíamos discutido —murmuró—. El pobrecillo ha muerto.

—¿Quién, señora?

—El padre Reynard —contestó la priora en un susurro—. Esta mañana lo han encontrado asesinado en el cementerio. Con un dardo de ballesta clavado en el corazón —la religiosa juntó las manos y se acercó un poco más a Corbett—. ¿Qué es lo que sucede, Corbett? —le preguntó—. Esto era una comunidad muy pacífica y ahora no hay más que muertes y asesinatos a cada dos por tres —*lady* Amelia se echó hacia atrás y le miró con dureza—. ¿Acaso sois vos, escribano? ¿Sois un portador de muerte? ¿Os siguen los asesinatos dondequiera que vayáis?

—No, mi señora —contestó secamente Corbett—. Pero nos encontramos en el ojo de una tormenta que está a punto de estallar. A no ser que encuentre la solución del acertijo, centenares y tal vez miles de personas morirán en Gascuña, el canal y nuestras ciudades de las costas del sur. Y ahora, señora —dijo, tomando la fría mano de la religiosa y acercándosela a los labios—, me despido de vos. Pero volveré. Si tuvierais más información, enviádmela a mi mansión de Leighton con el mensajero más rápido que podáis encontrar. La encontrará siguiendo el camino de Epping que baja hacia Londres.

El escribano saludó con una inclinación de la cabeza a las dos severas viceprioras y se retiró para ordenar a Ranulfo y Maltote que ensillaran los caballos a la mayor rapidez posible. Les contó brevemente lo ocurrido y, tras haberse cerciorado de que habían recogido todo el equipaje, se dirigió con ellos hacia la galilea.

—¡Hugo... maese Corbett!

El escribano se volvió y vio a sor Águeda corriendo hacia él. Ella también había estado llorando.

—Me he enterado de la muerte del padre Reynard —dijo la monja casi sin resuello, depositando en su mano un pequeño fardo envuelto en un lienzo de lino—. Un poco de comida para el camino. ¡Tened mucho cuidado! —añadió en voz baja—. ¿Volveréis?

—Volveré —al ver la tierna expresión de sus ojos, Corbett apartó la mirada, turbado—. Dios os guarde, hermana.

Corbett se reunió con el sonriente Ranulfo, el cual estaba sujetando los caballos.

—¡Monta de una vez! —le dijo en tono malhumorado—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Ranulfo?

La picara sonrisa se desvaneció como por arte de ensalmo.

—Nada, amo mío —contestó cándidamente el criado—. Me estaba preguntando si podríamos invitar a algunas de estas hermanas a Leighton. La señora Maeve estaría encantada con su compañía.

Corbett sujetó las riendas y se inclinó hacia Ranulfo.

—Óyeme bien —le dijo—. ¡Cómo se te ocurra decirle una sola palabra a *lady* Maeve acerca de sor Águeda, lamentarás el día en que te saqué de Newgate!

Ranulfo se echó hacia atrás y le miró con fingida inocencia.

—Pues claro, amo mío —contestó maliciosamente—. Yo solo quería echar una mano.

Bajaron a medio galope a la aldea y se dirigieron al cementerio. Unas cuantas personas se habían reunido delante de la iglesia. Corbett le dio un penique a un niño para que sujetara los caballos y los tres entraron en la casa del clérigo. Los aldeanos habían colocado el cuerpo del padre Reynard sobre la mesa y una anciana, con lágrimas en los ojos, lo estaba lavando cuidadosamente antes de amortajarlo para el entierro. Corbett se acercó y vio las horribles heridas y el pequeño dardo emplumado todavía clavado en el pecho del difunto.

—Dios lo tenga en su gloria —murmuró—. ¿He sido yo el causante de todo esto? —Contempló el sereno rostro del sacerdote—. ¿Por qué no os fuisteis? ¿Por qué no os fuisteis cuando yo os lo dije?

—Amo mío —dijo Ranulfo en voz baja—, el asesino debía de estar muy cerca. El dardo está profundamente clavado.

—Qué curioso —lo interrumpió Maltote, contemplando con el pálido rostro desencajado la ensangrentada herida del difunto—. Qué curioso —repitió—. El asesino debía de estar tendido en el suelo o quizá el padre estaba subido a unos peldaños. Mirad, el dardo de ballesta está dirigido hacia arriba.

Corbett examinó la herida con más detenimiento y se mostró de acuerdo. El dardo estaba clavado en ángulo.

—¿Encontraron al padre Reynard en el cementerio? —le preguntó a la canosa anciana.

La mujer parpadeó para sacudirse una lágrima del ojo y asintió con la cabeza. Corbett introdujo la mano en su bolsa y le entregó unas monedas.

—Preparadlo bien —le dijo—. Era un buen hombre y un sacerdote enteramente entregado a su misión. Se merecía mejor muerte.

Después salieron al cementerio. A petición de Corbett, un anciano les mostró el ensangrentado lugar donde había sido encontrado el cuerpo del sacerdote. Corbett caminó sobre la húmeda tierra del cementerio, flanqueado por Ranulfo y Maltote.

—¡Mirad aquí, amo mío! —dijo Ranulfo, agachándose y señalando una pequeña depresión producida por una bota —levantó los ojos hacia Corbett—. Parece de un niño —dijo en voz baja—. ¿Pero qué niño calza botas en una aldea de Oxfordshire?

—También podría ser de una mujer —terció Maltote.

Corbett le miró sacudiendo la cabeza. Una vaga idea estaba tomando cuerpo en su mente.

—La muerte del padre Reynard, por muy dolorosa que sea —dijo—, tendrá que esperar un poco. Venid —añadió—, nos queda todavía un buen trecho.

En cuestión de una hora se encontraron en plena campiña, siguiendo el camino que los conduciría hasta la antigua calzada romana. El claro día otoñal ya estaba empezando a declinar y Corbett decidió dejar descansar un poco a los caballos. Ranulfo y Maltote, enfrascados en sus propios pensamientos y su conversación, se quedaron ligeramente rezagados. El escribano necesitaba un poco de calma y tranquilidad después del duro golpe de la muerte del padre Reynard. Se alegraba de haberse alejado de Godstowe y de la viscosa y oculta amenaza que parecía impregnar aquel lugar como un hedor malsano. Además, le encantaba aquella época del año y echaba de menos a Maeve y la serenidad de su mansión. Al igual que allí, las hojas de Leighton ya estarían adquiriendo un tono rojizo dorado y se aspiraría en el aire el ligero olor del humo de la leña. Se preguntó si su mujer habría salido a los campos para disfrutar del último y cálido abrazo del verano.

Dejaron atrás las boscosas colinas de Oxford y bajaron a la campiña. Corbett se detuvo para contemplar a unos gañanes ocupados en la tarea de recoger los últimos restos de la cosecha en unos campos de abajo. En el campo de al lado, un sembrador con un cesto en las manos estaba esparciendo las vitales semillas mientras a su espalda dos niños brincaban y danzaban agitando en el aire sus ondas para alejar a los voraces grajos y cuervos. Al oír el lejano aullido de un perro, Corbett se estremeció. Recordó la terrible persecución a través de los campos de Woodstock y se mordió el labio, dominado por un profundo desánimo. Hasta aquel momento, no había encontrado la manera de resolver el enigma. Faltaban algunas piezas. ¿Por qué razón había llenado *lady* Eleanor sus alforjas? ¿Quién era su secreto admirador o amigo? ¿Tenía intención de fugarse con él? Corbett parpadeó y se sintió muy cansado. Tendría que estudiar aquel misterio, tomar cada uno de los hilos y seguirlo hasta el final.

Ranulfo soltó una carcajada a su espalda y el escribano volvió la cabeza. Estaba

empezando a caer la noche y soplaba una fresca brisa. Tendrían que darse prisa. Corbett pensó que ojalá estuviera en su habitación de la mansión de Leighton con Maeve. Ya se imaginaba los burlones comentarios de su mujer antes de que él se encerrara en su cuarto secreto para anotar las cuestiones que tanto lo desesperaban. Miró con una sonrisa a Ranulfo.

—¡Vamos! —le gritó—. Cabalguemos un poco más rápido hasta la taberna más próxima. Comeremos y beberemos y después decidiremos si proseguimos nuestro camino.

Espolearon sus monturas y se lanzaron a un ruidoso galope por el camino, atravesando una encrucijada en la que un cadáver medio descompuesto con el cuello y la cabeza retorcidos colgaba de una horca cual si fuera un macabro danzarín cuyo cuerpo se recortara contra el oscuro cielo. Corbett se preguntó fugazmente si no sería un presagio.

Decidieron pasar la noche en la taberna, pues el tiempo había empeorado. Unos densos nubarrones de lluvia se habían acumulado en el cielo y, a la mañana siguiente, los caminos estaban cubiertos de espeso barro. Aun así, los viajeros llegaron a Londres poco antes del mediodía, bajaron por la calle de la Cruz Blanca y cruzaron la Cricklegate. Desayunaron en una pequeña taberna muy cerca de la calle de Catte y Ranulfo se alegró de encontrarse nuevamente en Londres. Parecía un perro que tirara ansiosamente de la correa, deseoso de que lo soltaran para poder entregarse a sus asuntos personales.

—Quédate conmigo, Ranulfo —le dijo Corbett en tono de advertencia—, y tú también, Maltote. Quienquiera que haya asesinado al padre Reynard es el mismo que disparó contra nosotros anteanoche. Puede que nos haya seguido hasta Londres.

Maltote accedió de mil amores a hacerlo, pero Ranulfo se pasó un buen rato mirando a su amo con semblante enfurruñado. Dejaron los caballos en la cuadra y salieron a las ruidosas y pintorescas calles de la ciudad. Allí Ranulfo recuperó enseguida su buen humor y señaló a un grupo de españoles que lucían unas preciosas capuchas y capas multicolores y unos soberbios calzones. Él y Maltote se enzarzaron en una discusión acerca de la piel auténtica y el significado de los bordados con incrustaciones de piedras preciosas y los brillantes colores de las capas de algunos criados. A su alrededor se oían los gritos de los comerciantes y los vendedores ambulantes de fruta, verdura y pescado y el estridente sonido de unas trompetas, anunciando el majestuoso paso del séquito de un noble caballero por las calles de la ciudad bajo un ondear de ricos estandartes en su camino hacia Westminster. Ranulfo le dio un codazo a Maltote mientras contemplaba ávidamente a las bellas damas con su cabello adornado con cintas trenzadas y sus escotados vestidos. A veces, sus palabras quedaban ahogadas por el griterío de la muchedumbre y el meridiano toque de las campanas de Londres, anunciando el rezo del ángelus desde sus impresionantes torres de piedra.

Entraron en Westchepe y se abrieron paso entre el gentío. La inmensa plaza

adoquinada, que era el principal mercado de la ciudad, estaba llena de carros que transportaban el vino de los vinateros, linón para los gremios de los pañeros y montañas de verduras para los tenderetes y casetas de la pollería. Cruzaron el matadero, donde los carniceros, hundidos en la sangre hasta los tobillos, estaban abriendo en canal los hinchados vientres de las vacas, los cerdos y los corderos para que las azuladas entrañas cayeran en unas grandes bandejas que unos jóvenes y andrajosos aprendices recogían para limpiar su contenido en unas grandes cubas de agua hirviendo. Unos cereros discutían con el propietario de una larga hilera de cerdos destripados acerca del precio de la grasa que comprarían para hacer velas de sebo. El ruido era insoportable y se aspiraba en el aire un hedor nauseabundo. Numerosos enjambres de moscas enormes sobrevolaban la negra sangre que empapaba los adoquines.

Prosiguieron su camino y, al pasar por delante de la prisión de Newgate, comprobaron que el hedor que despedían los reclusos era todavía más repugnante que el del matadero. Un mendigo con la parte inferior del rostro devorada por las llagas interpretaba una extraña danza, saltando a la pata coja mientras un esquelético chiquillo envuelto en harapos tocaba una obsesionante melodía con un caramillo. Ranulfo le arrojó un penique y soltó una maldición al tropezar con el putrefacto cuerpo de una rata. Pasaron rápidamente por la zanja del Fleet, en cuyo cieno flotaban varios cadáveres de perros y recorrieron unas tortuosas callejuelas flanqueadas por altos edificios de cuatro pisos cuya parte superior se proyectaba hacia afuera sobre unos pilares de madera para aprovechar mejor el sol. Allí los mercachifles y los vendedores ambulantes empujaban sus carritos de mano, anunciando a gritos «¡Anguilas», «¡Pescado!», «¡Empanadas de carne!», mientras en todas las esquinas unos hombres con unos barrilitos vendían bebidas a los viandantes.

—¿Adónde vamos, amo mío? —preguntó Ranulfo levantando la voz.

—¡A Smithfield! —contestó Corbett, apartando a un lado a un aprendiz que le estaba ofreciendo unas manos de cerdo calientes aderezadas con especias. En la entrada de la calle del Gallo, unas jóvenes y descaradas prostitutas proclamaban a gritos sus mentiras y, luciendo su fino talle, danzaban de puro contento ante la perspectiva de inminentes diabluras. Al parecer, una de ellas reconoció a Ranulfo y, con palabras más dulces que la miel, le explicó lo que le podría ofrecer a cambio de una moneda de plata.

—¡No tengo plata! —le contestó el criado, sin prestar atención a la mirada de advertencia de su amo.

—¡Y tampoco tienes cojones por lo visto! —le replicó otra ramera.

Las damas de la calle se partieron de risa mientras Ranulfo, con la cara más colorada que un tomate, se alejaba a toda prisa. Cruzaron la polvorienta explanada de Smithfield, al otro lado de la cual se encontraba el hospital de San Bartolomé. Corbett les dijo a sus acompañantes que aguardaran junto a la entrada mientras él cruzaba el patio. Allí agradeció el frescor de la atmósfera y contempló con agrado los altos

macizos de flores y hierbas y los surtidores de agua de las fuentes de piedra labrada que había en el centro. Aspiró el penetrante olor del jabón, pero también las vaharadas de corrupción y humedad que se escapaban de un osario que había en una esquina del recinto.

Subió los peldaños del hospital y pasó por delante de un grupo de viejos soldados que, con las extremidades grotescamente amputadas, se animaban mutuamente, contándose unos a otros las historias de su pasado. Un muchacho provisto de un cucharón y un cuenco de agua les estaba humedeciendo los resecos labios. Corbett se acercó a un hermano lego.

—¿Está fray Tomás? —le preguntó.

El hombrecillo asintió con la calva cabeza, le miró con unos ojos de expresión tan inocente como la de un niño y le hizo señas de que lo siguiera a lo largo de varios pasillos de paredes encaladas hasta llegar a la aromática estancia de fray Tomás. El boticario estaba sentado junto a su pequeño escritorio bajo la ventana. Al ver a Corbett, se levantó sonriendo y batió palmas de alegría. Apartó a un lado la pluma de ave y, acercándose a él, tomó sus manos entre las suyas y se las estrechó con fuerza.

—¡Habéis vuelto, Hugo! ¡Pasad! —le dijo, casi tirando de él hacia adentro y cerrando la puerta a su espalda. Apartó un montón de amarillentos pergaminos que había sobre un pequeño jergón y dejó un espacio libre para que Corbett se sentara—. ¿Os apetece un poco de vino o un vaso de agua?

—El agua será mejor, hermano.

Fray Tomás asintió con la cabeza y llenó un cuenco de barro hasta el borde.

—Sois muy sabio, Hugo —dijo—. Recordad siempre lo que decía Galeno, aunque Hipócrates no fuera de la misma opinión: «El vino, antes de la puesta del sol, no es recomendable». ¿Cómo estáis? ¿Y *lady Maeve*?

Corbett y el boticario se pasaron un rato contando chismes de mutuo interés sobre sus amistades de Westminster y de la corte y también sobre el escándalo de cierto médico que estaba siendo investigado por las autoridades del Ayuntamiento. De repente, el boticario se puso muy serio.

—Sé por qué habéis venido, Hugo —le dijo sin rodeos—. Por algo relacionado con el veneno, el rey de los asesinos. ¿A que sí?

—Sí, hermano.

—¿Qué deseáis de mí?

—¿Podrías venderme un veneno, hermano? ¿Belladona o tal vez jugo de beleño?

El boticario señaló con un gesto de la mano los anaqueles llenos de frascos y redomas.

—Están a vuestra disposición, Hugo.

—¿Pueden matar?

—En cuestión de segundos. El veneno tarda de diez a veinte latidos en helar el corazón y detener la respiración.

Corbett se levantó y se desperezó.

—Pero ¿existen venenos que solo pueden matar si se toman regularmente a lo largo de un período de tiempo?

Los ojos del fraile le miraron con una expresión un poco más sombría que al principio.

—Por supuesto que sí, Hugo. Existen brebajes de esta clase, pero no aquí. Son una modalidad italiana. Pociones letales —el fraile hizo una pausa—. Hace quinientos años, por ejemplo, un árabe extrajo del oropimente, una sustancia que se encuentra en la minería del plomo, unos polvos blancos e inodoros extremadamente venenosos —Fray Tomás se encogió de hombros—. En pequeñas cantidades, tiene virtudes medicinales, pero, administrada con regularidad, puede provocar la muerte.

—¿La podría comprar en Londres?

El boticario asintió con la cabeza.

—Naturalmente.

—¿A quién?

—A una fiera infernal. El primer pasadizo del callejón de Faltour cerca de la calle de Holborn. Entrad y veréis el rótulo de una botica. No sé si es español, portugués o moro... pero él os podrá facilitar más información que yo. Veréis, Hugo, tal como ya he dicho, algunos venenos tienen propiedades medicinales. Un poco de arsénico puede curar los trastornos estomacales, pero administrado regularmente en pequeñas dosis, se convierte en un veneno. Una vez escuché en confesión a un mercader de Portsoken que pedía la absolución tras haber matado a su mujer. Se había pasado dos años administrando veneno a la pobrecilla —el boticario se volvió y miró a través de la ventana—. Ahora será mejor que os vayáis, Hugo. El día ya está muy avanzado y esta botica es la mismísima puerta del infierno. O, tal como diríais vosotros los señores de las mansiones campestres —añadió sonriendo—: «Donde hay mierda siempre hay moscas».

Hugo sonrió, le dio las gracias y regresó a la entrada del hospital donde, siguiendo sus instrucciones, Ranulfo y Maltote lo estaban esperando. Recorrieron el laberinto de callejuelas que se extendía entre el norte de la ciudad y Holborn. Corbett comprendió que fray Tomás tenía razón. El mortecino sol ya se estaba poniendo y aquella parte de la ciudad cercana a la vieja muralla era una de las más peligrosas. Los míseros tenderetes solo vendían fruslerías de tres al cuarto. Se veían muy pocas personas bien vestidas y la mayoría de los hombres que deambulaban por las callejuelas eran bribones y maleantes, caldereros que vendían sin autorización de los gremios, mendigos profesionales y ladronzuelos de los bajos fondos que, con sus caras de rata, andaban en busca de alguna fácil presa.

Encontraron el callejón de Faltour y entraron en un sucio pasadizo lleno de basura en el que los pisos superiores de las casas se proyectaban hacia afuera casi impidiendo la entrada de la luz. Ranulfo interrumpió su cháchara y, cuando Corbett desenvainó la daga, sus dos acompañantes imitaron su ejemplo para que su gesto sirviera de advertencia a las oscuras sombras que acechaban en los portales. Un

pordiosero al que la lepra le había devorado una oreja y media nariz emergió de las sombras y alargó las manos pidiendo limosna. Corbett le arrojó una moneda pero levantó la daga, obligándole a retirarse a toda prisa.

El escribano estaba nervioso. El angosto pasadizo estaba flanqueado por oscuros portales. En algunos de ellos se veían unas sombras más oscuras que en otros y él comprendió que los estaban observando. Bastaría la menor muestra de temor o debilidad para que los rateros que acechaban en la penumbra se les arrojaran encima como una jauría de perros. Se detuvo delante de la botica con la daga todavía en la mano; dos gatos pasaron por su lado, disputándose entre maullidos el cuerpo medio devorado de una rata. Corbett pegó un brinco y maldijo su propio nerviosismo. Envainó la daga, les dijo en voz baja a Ranulfo y Maltote que esperaran al fondo del pasadizo y llamó suavemente a la puerta.

Abrió un joven y Corbett se sorprendió al ver su morena apostura y la elegancia de su atuendo: calzones de color púrpura oscuro, suaves borceguíes en los pies e impecable camisa blanca de holanda con el cuello desabrochado. El hombre miró con una inquisitiva sonrisa a Corbett y pronunció unas palabras primero en portugués y después en inglés. Corbett, interpretando su papel, volvió la cabeza con inquietud y dijo que necesitaba unos brebajes. El terso y moreno rostro del hombre se arrugó en una sonrisa y sus labios dejaron entrever la marfileña blancura de sus dientes mientras, con un gesto propio de un amigo largo tiempo perdido, invitaba a Corbett a entrar. La tienda era muy sencilla, pero estaba impecablemente limpia. El suelo de piedra se había fregado recientemente y las paredes se habían encalado para alejar a las moscas. El único mobiliario era un signo del zodiaco clavado en la pared, una mesita de madera y dos enormes sillas. El boticario se presentó.

—Me llamo Julio César. Doctor, médico y antiguo boticario de Su Muy Católica Majestad Sancho, rey de Portugal, actualmente exiliado de aquel país a causa de un... —los negros ojos se desviaron— malentendido. ¿Y vos, señor?

—Soy Matthew Droxford —mintió Corbett.

El boticario lo estudió con una leve sonrisa en sus rojos y carnosos labios, como si hubiera comprendido que su visitante estaba mintiendo.

—¿Y necesitáis una medicina?

César le indicó a Corbett un asiento con un elegante gesto de la mano antes de retirarse a una pequeña trastienda, de la que regresó con dos copas de cristal rebosantes de sorbete. Le ofreció una a Corbett antes de sentarse delante de él y tomó pausadamente un sorbo de su propia copa como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Corbett saboreó delicadamente el contenido de la suya. Conocía a aquel personaje, no por su nombre ni por su fama, sino porque de él emanaba una especie de podrida maldad. Puede que fuera médico y boticario, pero era también un envenenador. Corbett no podía demostrarlo, pero intuía que era la clase de hombre con los conocimientos suficientes como para preparar hábilmente elixires capaces de matar a un hombre o una mujer sin dejar la menor huella.

César dejó su copa en el suelo.

—Vamos, señor —dijo en tono apremiante—. ¿Qué asunto os trae y por qué habéis venido?

—Me habéis sido recomendado —contestó Corbett en tono malhumorado. Después entornó los ojos y sonrió levemente—. Sois un caballero, señor, y comprenderéis sin duda que no os pueda dar ningún nombre. Estoy casado y mi mujer me ha sido infiel —vio un parpadeo de diversión en los ojos de César—. No es la primera vez —se apresuró a añadir—. Soy un hombre de honor, señor. No puedo repudiarla ni puedo proclamarme cornudo so pena de convertirme en el hazmerreír de mis aparceros y mis criados. No he reparado en gastos para ofrecerle a mi mujer toda suerte de lujos. Le he suplicado mil veces que me fuera fiel.

—Y ella no ha cumplido su palabra, ¿verdad? —El boticario se inclinó hacia adelante cual si fuera un sacerdote en trance de escuchar una confesión—. Y ahora vos queréis ejecutar una sentencia, ¿no es cierto, señor?

—Sí, necesito unos polvos, un brebaje que no la mate de golpe sino a lo largo de varios meses sin que ni ella ni ningún médico se dé cuenta.

—Eso será muy caro, señor.

Corbett preguntó cuál sería el precio y se quedó de una pieza al averiguar que el brebaje le costaría casi toda la plata que llevaba encima y solo por media onza de la cantidad que necesitaría. Aun así, se mostró de acuerdo. El boticario se levantó y volvió a desaparecer en la trastienda, de la que salió unos minutos después con una bolsita de cuero que ofreció a Corbett con una sonrisa en los labios.

—Podéis probarlo si queréis, señor. No os causará el menor daño. Es tan poco peligroso como la tiza. Pero, si lo tomarais con regularidad... —añadió, encogiéndose de hombros.

Corbett tomó los polvos y contó la plata. Merecía la pena pagar el precio. Tiraría los polvos, pero la información que el envenenador le había facilitado le sería muy valiosa.

## Capítulo XI

Corbett abandonó aquella siniestra tienda y, sin hacerles ningún comentario a Ranulfo y Maltote, salió al callejón de Faltour.

—¡Amo mío!

Corbett se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué ocurre, Ranulfo?

—Cuando vos estabais en aquella botica, me ha parecido que alguien nos vigilaba. No uno de esos bravucones de la calle... sino otra persona.

Corbett miró a su alrededor. Ya habían regresado a la ancha pero oscura calle de Holborn. Los tenderetes ya se habían retirado y todas las tiendas estaban cerradas. Los propietarios de algunas casas habían encendido incluso las linternas de asta en el exterior de sus puertas y las débiles llamas de las velas parpadeaban en el interior de sus jaulas de hierro bajo el soplo de la fría brisa nocturna. Dos pilluelos pasaron por su lado gritando. Un fiero mastín sujeto con una cadena al dintel de una puerta ladró y les enseñó los dientes. En una habitación de un piso superior una mujer estaba cantando suavemente una nana. Corbett no vio nada extraño.

—¿Estás seguro? —le preguntó a su criado—. ¿Tú has visto algo, Maltote?

El soldado sacudió la cabeza con semblante preocupado.

—Me pareció que nos seguían mientras íbamos a la botica, pero era solo un niño.

Otros dos pilluelos con los rostros enteramente cubiertos por las capuchas pasaron corriendo por su lado, dando puntapiés a una hinchada vejiga de cerdo.

—No hay nada —murmuró Corbett—. Absolutamente nada.

Subieron por Holborn, atravesaron el oscuro prado comunal que se extendía al pie de las murallas de la ciudad, entraron en la maloliente zona de Newgate y bajaron a Cheapside. De vez en cuando se detenían y miraban a su alrededor, pero nadie les seguía. Llegaron a la calle de Catte, donde Corbett decidió alojarse en la taberna en cuyas cuadras habían dejado los caballos.

—Mañana —dijo— iremos a Leighton.

—¿Y el pequeño Hugo? ¡Me gustaría verle! —replicó en tono enojado Ranulfo.

Corbett le miró sonriendo.

—No lo había olvidado, Ranulfo. Pero el Evangelio dice: «A cada día le basta su afán». Vamos a llenar un poco el vientre y a probar la cerveza —Corbett miró con expresión burlona a Maltote—. ¡Quién sabe, a lo mejor tú podrías enseñarle a Ranulfo el arte de jugar a los dados!

Entre bromas y risas los tres entraron en la espaciosa sala de la taberna y eligieron una mesa cerca de la gran chimenea encendida. Corbett pidió a gritos unas jarras de cerveza, exigiendo lo mejor de la casa.

—¡Nada de cerveza aguada! —advirtió—. ¡De lo contrario, os envío a los inspectores de la cerveza!

El posadero, un hombre tan delgado como un atizador y casi completamente

calvo a excepción de un mechón de cabello que constantemente le caía sobre los ojos, se secó las pringosas manos en el sucio mandil, les sirvió y se retiró a toda prisa. Corbett tomó un sorbo de la fuerte y embriagadora cerveza, se mostró satisfecho de su calidad y se inclinó hacia adelante.

—Gracias a Dios que nos hemos librado de Godstowe —murmuró.

—¿Sabéis lo que ocurrió, amo mío? —le preguntó ansiosamente Ranulfo—. ¿Cuál de aquellas bien alimentadas brujas es la asesina?

—Es algo mucho más complicado que eso, Ranulfo —contestó Corbett, tomando un sorbo de cerveza—. El domingo ocho de septiembre *lady* Eleanor Belmont fue asesinada en su habitación. Le rompieron el cuello sin que hubiera ninguna señal de forcejeo y no hay constancia de que entrara ningún intruso. Las buenas hermanas a las que tú acabas de referirte —añadió, mirando con expresión burlona a su criado— estaban todas en la iglesia. *Lady* Eleanor fue vista con vida cuando las Hijas de Sión estaban todas juntas poco antes del rezo de completas —Corbett hizo una pausa—. Ello incluye a todas las que tan bien la conocían: la señora priora, las dos viceprioras y nuestra agraciada sor Águeda. Todas entonaron los salmos y, al terminar, se dirigieron al refectorio. Después, preocupada por *lady* Eleanor, la priora se dirigió a su habitación y la encontró asesinada —el escribano miró inquisitivamente a Ranulfo—. Entonces trasladaron el cadáver al pie de la escalera para que pareciera un accidente.

Ranulfo hizo girar la cerveza en su jarra.

—¿O sea que el asesino o la asesina fue un intruso?

—Sí —contestó Corbett—. El padre Reynard era uno de los sospechosos, pero ahora sé que estaba cabalgando hacia Woodstock. En cualquier caso, el pobre hombre ha muerto y está por encima de cualquier sospecha.

—Gaveston pudo enviar a unos asesinos.

—Muy cierto. Pero, tal como ya he dicho, cualquier intruso hubiera sido descubierto. El portero, a pesar de que siempre está borracho, hubiera dado la voz de alarma. Y, además, ¿qué motivo hubieran tenido Gaveston o el príncipe para hacer tal cosa? Acabo de descubrir que probablemente Gaveston estaba envenenando poco a poco a *lady* Eleanor con un lento pero sutil brebaje —Corbett se frotó la barbilla con la palma de la mano—. Pero eso también plantea algunos enigmas. Si Gaveston era el que enviaba los polvos, cabe suponer que, al final, el veneno hubiera surtido su efecto. Por consiguiente, si Gaveston ya estaba envenenando a *lady* Eleanor, ¿qué razón habría tenido para cambiar repentinamente de método?

—Pero, si *lady* Eleanor no fue asesinada por ninguna de las bondadosas hermanas... —dijo Ranulfo, interrumpiéndole— y si no fue asesinada por Gaveston y nadie entró en el priorato, ¿qué ocurrió?

Corbett sacudió la cabeza.

—No lo sé. El día en que murió Eleanor Belmont una monja vio a unos jinetes en el bosque. Pero no logro establecer ninguna relación entre su presencia y la muerte de

la dama —dijo, encogiéndose de hombros. Mirando con una sonrisa al asombrado Maltote, añadió—: Hay otros misterios. ¿Quiénes eran el joven y la mujer asesinados en los alrededores de Godstowe hace unos dieciocho meses?

Ranulfo chasqueó la lengua y posó su jarra sobre la mesa.

—En eso os puedo ayudar —dijo—. La moza de la taberna del Toro me dijo que el posadero había visto a la joven y a su acompañante cruzando Godstowe a caballo.

Corbett asintió con la cabeza.

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Vio alguna otra cosa?

—Me enteré de otra cosa a través de la moza. El posadero también dijo que un joven muy bien vestido había pasado por la aldea aproximadamente a la misma hora. Pasó por delante de la taberna conduciendo a su caballo por las bridas, pero se fue de Godstowe poco antes de que aparecieran la mujer y el hombre.

—¿No averiguaste nada más? —preguntó Corbett—. ¿Alguna descripción, algún otro detalle?

—Amo mío, volví varias veces allí —contestó Ranulfo, encogiéndose de hombros—. Siempre me contaron la misma historia, que los vieron y nada más —el criado contempló el preocupado rostro de su señor—. Amo mío, volvamos a examinar la muerte de *lady* Eleanor. Si el asesino no era de Godstowe y cualquier intruso hubiera sido descubierto, podría haber una tercera posibilidad.

—¿Como qué?

—Un sicario que escalara las murallas y asesinara a la mujer sin que nadie lo viera.

Corbett se reclinó en el respaldo del banco y contempló las ennegrecidas vigas del techo de la taberna. Ranulfo tenía razón. Si todas las monjas estaban en completas, si no se vio a nadie escalando las murallas del convento, la única conclusión lógica era la de la existencia de un sicario. ¿Y si a *lady* Eleanor la hubiera asesinado un miembro de la familia De Monfort para poner en apuros a la Corona inglesa? ¿O acaso el asesino había sido enviado por el Rey, su hijo, Gaveston o los franceses?

Ranulfo carraspeó.

—Claro que también podría haber otra explicación, amo mío.

—¿Cuál es?

—La de que *lady* Amelia fuera una embustera. Pudo ir a la habitación de *lady* Eleanor, asesinarla y trasladar después el cuerpo al pie de la escalera.

Corbett asintió con la cabeza. La teoría de Ranulfo tenía sentido. Era de suponer que *lady* Eleanor le hubiera abierto la puerta a la priora.

—O también pudieron hacerlo las ancianas —añadió Ranulfo sonriendo—, sor Isabel y sor Marta... a lo mejor, no son tan inocentes como vos creéis. Lo mismo se podría aplicar a cualquiera de las dos viceprioras.

Corbett esbozó una sonrisa. Ranulfo tenía razón. Había muchos sospechosos pero muy pocas respuestas. Dejó la conversación en suspenso y, mientras Ranulfo le tomaba el pelo a Maltote a propósito de su vida amorosa, pidió la cena: capones

asados con relleno de hierbas, liebre cocida con vino y un plato de verduras, puerros y cebollas con ajo y tomillo. Se encontraban hacia la mitad de la cena cuando el posadero se plantó en el centro de la taberna gritando:

—¡Maese Corbett! ¿Hay aquí un tal Hugo Corbett?

Los murmullos de la taberna cesaron por un instante y se callaron incluso los embriagados granjeros que estaban discutiendo acaloradamente en un rincón el precio del trigo, dos viejas de la ciudad que se estaban peleando a gritos junto a un barril volcado y un grupo de elegantes jóvenes llamativamente vestidos con costosas prendas de seda que estaban armando barullo antes de salir a divertirse por las calles de la ciudad. Corbett se levantó y llamó por señas al posadero.

—Aquí afuera hay un chico que tiene un mensaje para vos —le dijo el posadero.

—¿Quién lo envía?

El hombre se limpió los mocos de la nariz con el dorso de la mano.

—¡Por san Pablo, soy un tabernero, no un mensajero! El chiquillo ha dicho simplemente que trae un mensaje y que os lo tiene que entregar personalmente a vos.

—Pues que entre.

—Dice que tiene miedo —el posadero volvió la cabeza y lanzó un escupitajo sobre los juncos del suelo—. ¡Pero, hombre de Dios, el chico está aquí afuera esperando!

Corbett se encogió de hombros, les dijo a Ranulfo y a Maltote que espantaran las moscas de su comida y salió. En medio de la penumbra, vio al chico de espaldas, mirando hacia la calle.

—¿Qué hay, muchacho?

El chico se volvió. Corbett no pudo distinguir sus facciones porque tenía la capucha muy echada sobre el rostro. Vio a sus pies una vejiga de cerdo muy parecida a la que antes había visto rodar por Holborn, empujada por los pies de dos pilluelos. El niño se volvió y Corbett pegó un salto hacia atrás, evitando por un pelo que el largo y afilado estilete se hundiera en su vientre.

—¿Quién eres? —preguntó, retrocediendo—. ¿Qué es lo que ocurre, muchacho?

Estaba indefenso. Se había dejado el talabarte y la daga en la taberna. No podía creer que un niño de no más de diez u once años pudiera estar participando en aquel juego mortal. La pequeña figura encapuchada avanzó hacia él y sacó una vez más el cuchillo. Corbett lo asió por la muñeca y lanzó un jadeo de asombro al percibir su fuerza. Empujó a su adversario y, al hacerlo, a este le resbaló la capucha hacia atrás y Corbett se quedó paralizado de espanto. No era un niño sino un enano, una miniatura de hombre. Corbett jamás en su vida había visto tanta maldad en alguien de tan pequeño tamaño. El enano llevaba el negro cabello alisado hacia atrás como las orejas de una rata mojada, tenía unos minúsculos ojos desalmados y un rostro tan áspero y retorcido como una manzana podrida. A su izquierda el escribano oyó unas pisadas sobre los adoquines. Miró y el corazón le subió hasta la garganta. Una figura tan minúscula como la anterior había surgido de la oscuridad y se estaba acercando a

él. El escribano vio en sus manos una ballesta y, a pesar de la escasa luz, distinguió el brillo de un afilado dardo a punto de ser disparado.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró.

Oyó un clic y pegó un salto hacia atrás justo en el momento en que el dardo se clavaba en la pared de una casa abandonada que tenía a su espalda. De repente, tropezó, cayó y empezó a agitar las manos, buscando algo donde agarrarse. Tocó un montón de putrefactos despojos, lo recogió y lo arrojó contra el primer asesino que ahora estaba avanzando hacia él. El puñado de despojos alcanzó al enano en pleno rostro, provocándole un acceso de náuseas y obligándole a bajar la guardia. Se detuvo para quitarse la porquería que le cegaba los ojos y le cubría los labios y Corbett aprovechó para levantarse con la rapidez de una flecha.

—*Aidez-moi!*<sup>[8]</sup> —gritó—. ¡Ranulfo!

Echando mano de toda su fuerza, pegó una carrerilla y se abalanzó contra el segundo asesino, el cual estaba tensando el arco de la ballesta para disparar otro dardo. Ambos rodaron por el suelo y se revolcaron sobre el barro. Corbett creyó vivir una pesadilla. El pequeño tamaño del hombre lo convertía en un falso contrincante, casi anulando su sed de venganza y su instinto de defensa. El enano lo golpeaba mientras ambos rodaban y forcejeaban en medio del barro. Para evitar que el enano desenvainara la daga que llevaba en el cinto, Corbett trató de estrangular a su agresor. Levantó los ojos y vio, presa de la desesperación, cómo el otro asesino se acercaba dispuesto a clavarle la daga que blandía en la mano.

—¡Ranulfo! —volvió a gritar.

La daga empezó a bajar. Corbett oyó el zumbido de una ballesta. ¿Habría otro agresor? Cuando levantó la vista, vio que el otro enano mantenía los brazos colgando como si fuera un muñeco de trapo y contemplaba con los ojos empañados el dardo de ballesta clavado en su estómago. Recuperó las fuerzas y se levantó como pudo sin soltar al primer enano mientras el cómplice caía de rodillas al suelo. Oyó el rumor de unas rápidas pisadas a su espalda y, al volverse, el prisionero se le escapó de las manos como una anguila. El enano le miró con furia asesina y echó a correr hacia la oscuridad. Maltote se acercó corriendo, seguido de Ranulfo. El criado hincó una rodilla en tierra, levantó la ballesta, volvió a escucharse un fatídico clic y el dardo alcanzó al segundo asesino justo antes de que este se perdiera en la oscuridad. Le dio justo en el centro de la espalda y la fuerza del disparo lo lanzó por los aires antes de que cayera ruidosamente sobre los adoquines. Secándose el sudor de la frente, Corbett se acercó para examinar los cadáveres y les dio la vuelta. Experimentaba la misma aprensión que le hubieran producido los cadáveres de unos niños, pero un solo vistazo a los rostros de los muertos fue suficiente para borrar sus escrúpulos. Su aspecto era casi idéntico y su depravación era la misma. Hasta en la muerte sus labios conservaban una mueca de furia y tanto sus arrugados rostros como sus ojos abiertos parecían recrearse en la maldad que estaban a punto de cometer. Unos sicarios, pensó Corbett. Sabía cómo eran. Se presentaban bajo múltiples disfraces: una bella mujer,

un gentil trovador, un buhonero e incluso un cura o un monje. Algo le rondaba por la cabeza, pero estaba demasiado cansado y trastornado como para poder concentrarse. Ranulfo se acercó y examinó hábilmente sus bolsas y sus bolsillos, pero no contenían más que unas pocas monedas.

—La marca de los verdaderos asesinos —observó Corbett con la cara muy seria—. No llevan encima nada que los pueda identificar o que pueda revelar su procedencia o la persona que los envía.

—¡Excepto esto, amo mío! —Ranulfo se apartó del cadáver del segundo enano con unas cuantas monedas de plata en la mano—. Unos peniques ingleses —dijo—. Pero la plata es francesa.

Corbett contempló las monedas.

—¡De Craon! —exclamó en un susurro—. ¡El francés malnacido los ha enviado!

De repente, recordó el cadáver del padre Reynard y se agachó para estudiar con más detenimiento las botas de tacón de cuero de los asesinos.

—Bueno —dijo—, por lo menos ahora ya sé cómo murió el padre Reynard. ¿Recordáis las huellas de bota que había en el cementerio?

—¡Pero solo había un par!

Corbett se levantó y aspiró muy despacio una bocanada de fresco aire nocturno.

—Esos dos estaban allí. ¿Recuerdas el ángulo del dardo de ballesta en el cuerpo del sacerdote? Un típico truco de asesino: uno debió de llamar a la puerta y el otro debía de estar aguardando en la oscuridad. Es una vieja estratagema que se puede llevar a efecto de varias maneras. A veces, es un mendigo que alarga la mano para pedir limosna mientras su compinche oculta un cuchillo. O, en mi caso —añadió en tono cansado—, un enano que se hace pasar por un niño. ¡He estado casi a punto de ir directamente hacia el cuchillo de este malnacido!

Corbett volvió la cabeza hacia la puerta de la taberna, ahora abarrotada de mirones. Varias puertas y ventanas de la calle se estaban abriendo y la gente hablaba a gritos. Una menuda y rechoncha figura envuelta en ricos ropajes surgió de las sombras.

—¡Me llamo Arrowhead! —anunció—. ¡Juan Arrowhead, regidor de este barrio! —Apuntando con un dedo a Corbett, añadió—: ¡Vos, señor, quedáis bajo arresto hasta que llegue la guardia!

Corbett se apoyó contra la esquina del edificio, tratando de dominar el temblor de sus piernas.

—Y vos, señor —replicó—, no sois más que un necio presumido que actúa sin pensar. Me llamo Hugo Corbett y soy escribano mayor de la Cancillería real y emisario especial de Su Majestad. Los dos cadáveres son franceses y pertenecen a unos asesinos. Y ahora, si todavía queréis arrestarme, podéis hacerlo... ¡pero yo mañana estaré libre y vos estaréis en la cárcel!

El escribano se sacudió el polvo de la ropa y, haciendo acopio de toda la dignidad que pudo, regresó a la taberna.

Los tres se sentaron y terminaron de comer. Corbett masticó cuidadosamente la comida y se bebió dos copas de embriagador clarete para calmar su nerviosismo. Ranulfo, que se sentía muy orgulloso de su hazaña, estaba un poco molesto porque su amo no le había agradecido debidamente el rescate, por lo cual empezó a hacer veladas alusiones a su habilidad en el manejo de la ballesta.

—Pero has tardado lo tuyo, ¿eh? —musitó Corbett con displicencia.

Maltote carraspeó, apartando el rostro.

—Yo he tenido la culpa, maese Corbett —dijo—. Uno de los parroquianos oyó el ruido de la pelea. Inmediatamente le pedimos prestada la ballesta al posadero. Yo disparé un dardo y fallé por completo —explicó, tragando saliva. Sus ojos parpadearon nerviosamente, mirando a Corbett—. Confío en que no le diera a otra persona. Ranulfo me arrebató la ballesta de las manos. Lo demás ya lo sabéis.

Corbett miró a su intrépido criado.

—¿Cuántas veces, Ranulfo?

—¿Cuántas veces qué, amo mío?

—¿Cuántas veces me has salvado la vida?

Ranulfo se encogió de hombros.

—Es mi obligación —contestó en tono tan piadoso que Corbett no tuvo más remedio que echar la cabeza hacia atrás y soltar una sonora carcajada.

Después el escribano tomó la bolsa y vació su contenido sobre la mesa.

—Son para ti, Ranulfo —dijo, señalando las monedas—. Dale recuerdos de mi parte a tu hijo. Maltote, será mejor que lo acompañes —apoyando la mano en la del joven mensajero, añadió—: Prométeme que nunca más volverás a manejar una ballesta cuando estés cerca de mí.

Maltote esbozó una tímida sonrisa y, en compañía de Ranulfo, abandonó la taberna para irse con él de jarana.

Corbett se pasó un rato sentado, reflexionando en voz baja acerca de las cuestiones que todavía lo preocupaban. De repente recordó que, en sus conversaciones con Ranulfo, se le había olvidado mencionar la muerte de la anciana sor Marta. ¿Por qué habría muerto? ¿Qué tenía de importante la frase «*Sinistra non dextra*»? Se miró las manos y vio que estaban asiendo con fuerza el borde de la mesa. Lo había pensado otras veces. ¿Acaso la monja se refería a las manos? Pero ¿a las de quién? ¿Qué habría querido decir con aquella frase? Sacudió la cabeza.

—¡La izquierda, no la derecha!

El posadero, que estaba pasando por su lado, se detuvo y le miró con extrañeza, pero Corbett meneó la cabeza sonriendo y entonces el hombre se retiró. El escribano se pasó varias horas sentado, analizando las distintas posibilidades mientras Ranulfo, tras haber visitado a su hijo, brincaba y retozaba bajo el dosel de seda de la ancha cama de la señora Semplar. El mercader estaba asistiendo a una reunión del gremio y su joven esposa había recibido encantada a su enamorado galán. Ranulfo se alegró a su vez de que así fuera mientras al otro lado de la puerta montaba guardia un Maltote

más borracho que una cuba.

Un día después, Corbett, sentado en el borde de su propia cama en la mansión de Leighton, contempló a Maeve mientras esta iba de un lado para otro de la habitación. Había regresado a casa a primera hora de aquel día y Maeve se había alegrado tanto de verle como él a ella. Un ojeroso Maltote había acompañado a un Ranulfo extrañamente agotado a su cuarto mientras el escribano y su mujer comían solos en la pequeña sala de abajo y subían después al dormitorio. Como de costumbre, Maeve no paraba de hacerle preguntas a su marido. ¿A quién había visto? ¿Dónde había estado? ¿Cuánto tiempo se quedarían allí él y sus sirvientes?

Corbett trató de darle unas respuestas razonables, omitiendo deliberadamente cualquier referencia al ataque de la calle de Catte o al asesinato del padre Reynard. Pese a lo cual, a los perspicaces ojos de Maeve no se les había pasado nada por alto: su esposo estaba agotado y nervioso y ella estaba preocupada. Hugo se había referido a De Craon y ella sabía lo bastante sobre el francés como para comprender que este no se proponía nada bueno en relación con su esposo. No obstante, procuró disimular su inquietud y le habló a Corbett de los asuntos de la mansión, asegurándole que el hijo que estaba creciendo en sus entrañas estaba todo lo bien que cabía esperar. Se guardó la mala noticia para el final.

—Hugo —la joven se incorporó y se envolvió en su manteleta—. Hay una carta para ti. Llegó a primera hora de esta mañana. Es del Rey. Viene al sur y se encuentra en Bedford.

—¡En Bedford! Tendría que estar en la marca escocesa. ¡La carta, Maeve! Su mujer se acercó a un cofre y sacó un pequeño rollo de pergamino.

—He roto el sello, Hugo —dijo, mirándole fríamente—. Lo que te concierne a ti me concierne a mí.

Corbett desenrolló cuidadosamente el pergamino. El mensaje del Rey era duro y cortante: estaba afligido, pero también enojado por el hecho de que su «apreciado escribano Hugo Corbett no le hubiera comunicado ningún progreso en relación con nuestro asunto de Godstowe». La carta proseguía en un tono sarcástico e irritado, en el que no faltaban los velados insultos, señalando que la confianza del Rey no se había visto correspondida. El Rey estaba tan preocupado, terminaba diciendo la carta, que había dejado su ejército bajo el mando de otros y había decidido trasladarse al sur para resolver personalmente la cuestión. Corbett arrugó el pergamino y lo arrojó con rabia contra la pared.

—¡Por los cuernos de Satanás, Maeve! —exclamó enfurecido—. San Bernardo tenía razón. ¡Los Plantagenet vienen del demonio y al demonio regresarán! ¿Acaso tengo yo la culpa de que el Rey haya mimado a su hijo y lo haya convertido en el hazmerreír de Europa? ¿Qué sabe él de los fieros perros, de los silenciosos asesinos y...?

Se le quebró la voz al ver la aterrada expresión del rostro de Maeve.

—¡No me has dicho nada! —le dijo ella en tono acusador. Tomando su mano, añadió—: Pero ahora me lo vas a decir.

Corbett no tuvo más remedio que contarle todo lo ocurrido en Godstowe desde el principio hasta el final. Maeve lo escuchó en silencio sin soltar su mano.

—¿Y es muy bella la tal sor Águeda? —preguntó con intención.

—Sí, casi tanto como tú.

—¿Tiene un rostro agraciado?

—Sí.

—¿Y a ti te gustaba?

Corbett comprendió que su mujer detectaría cualquier mentira. Sabía, además, que Maeve podía ser temible cuando se enfadaba.

—Pues sí, me gustaba —contestó muy despacio—. Pero eso no importa. Todo lo que he visto, Maeve, es lo que tenía que ver. Puede que sea real, pero no es la verdad.

—¿Tienes alguna sospecha?

Corbett le contó no sin cierto titubeo lo que había descubierto. Maeve se mostró de acuerdo con él en que probablemente la anciana monja se refería a las manos de *lady* Eleanor.

—Esa es la clave, Hugo —le dijo.

—¿A qué te refieres?

—A la muerte de la anciana monja. Cuéntame cómo fue.

Corbett se encogió de hombros.

—Sor Isabel se dirigió a su habitación y vio que la puerta no estaba cerrada bajo llave. Rodeó la mampara y descubrió el cuerpo de la anciana religiosa medio sumergido en una bañera llena de agua. El cuerpo no presentaba ninguna señal de violencia. Pudo ser un ataque de apoplejía o un ataque de epilepsia —el escribano hizo una pausa—. Había un reguero de agua en el suelo, pero ¿no te parece un poco extraño que un asesino fuera tan torpe como para dejarlo?

Maeve permaneció un rato en silencio.

—No lo sé. ¿Quieres olvidarte de todo eso de momento?

—No —contestó Corbett, dándole unas palmadas en la mano—. Déjame pensar un rato.

Cruzó la estancia, apartó el tapiz de la pared del fondo y entró en su gabinete secreto. Tomó una yesca, encendió las velas del escritorio y contempló las montañas de cartas que habían llegado en su ausencia. Les echó un rápido vistazo. Eran noticias de cortes extranjeras, espías, enviados, mercaderes y otros escribanos. Solo una de ellas se refería al asunto de Godstowe. Una breve nota de un espía de París: la cabeza de Eudo Tailler había sido pescada en el Sena, donde la habían arrojado en el interior de un saco.

—¡Dios tenga misericordia de su alma! —musitó.

Tailler había enviado a su señor la noticia acerca del misterioso asesino De

Monfort. ¿Eso le habría costado la vida? En caso afirmativo, el precio parecía muy alto. Corbett no había descubierto la huella de ningún asesino que estuviera actuando en Inglaterra. Apartó la carta a un lado, tomó un trozo nuevo de pergamino, lo alisó y lo frotó con piedra pómez. Después empezó a anotar los distintos enigmas y preguntas que aún no había resuelto. Se pasó varias horas trabajando y analizó los nombres de las personas uno a uno, tratando de encontrar alguna prueba que pudiera demostrar la culpabilidad de cada persona en particular. Se quedó un rato dormido y se despertó de repente al oír una llamada a la puerta. Esta se abrió y apareció Maeve.

—La anciana monja, Hugo... ¿no te parece extraño? —le preguntó sonriendo—. Recuerda que hablo como mujer. Sor Marta quería bañarse y rodeó la bañera con una mampara, ¿verdad?

Corbett se frotó los ojos y asintió con la cabeza.

—Pero, si te tomas la molestia de rodear la bañera con una mampara, ¿qué otra cosa haces?

Corbett sacudió la cabeza con aire cansado.

—¡Por el amor de Dios, Hugo, eso lo hace cualquier mujer! Te está fallando tu famosa lógica. ¡Cerrar la puerta bajo llave!

—¿Y qué?

—¡Piensa un poco, Hugo! Has dicho que la puerta estaba abierta.

Corbett se reclinó contra el respaldo de su asiento con una sonrisa en los labios.

—Eso quiere decir que la anciana monja debió de franquear la entrada a la persona que la asesinó. Debía de estar en la bañera, llamaron a la puerta y salió de la bañera; el reguero de agua no lo dejó el asesino sino la propia monja cuando fue a abrir la puerta.

Corbett contempló el trozo de pergamino.

—Gracias, Maeve —murmuró.

Cuando levantó los ojos, la puerta ya estaba cerrada y su mujer se había retirado.

Corbett se lavó la cara y las manos en el cuenco de agua que había en el lavabo. Repasó las notas a la luz de lo que Maeve le había dicho y empezó a seguir el hilo del razonamiento, introduciendo argumentos, salvando brechas y sorteando las dificultades y los problemas. La fría mano del temor le estrujó el estómago. ¡Conocía al asesino! ¿Sería posible? Se rascó el alborotado cabello, volvió a repasar todos los hechos y, como abogado que era, redactó un resumen de acta de acusación. Sacudió la cabeza. Tal vez un jurado no aceptaría su demostración de culpabilidad, pero estaría de acuerdo en que se tenía que celebrar un juicio.

Recordó de repente su última reunión con las monjas de Godstowe y sintió que se le aceleraban los latidos del corazón. ¡Todas corrían peligro! Se levantó, se echó la capa sobre los hombros, bajó para despertar a Ranulfo y Maltote y los arrastró a los dos a la cocina, muertos de sueño. Allí les dio instrucciones: tendrían que comer algo, sacar los caballos más rápidos de la cuadra y acompañarle.

—Primero iremos a Londres —les dijo—. Después —añadió con una sonrisa—,

visitaremos todas las tabernas del camino de Oxford.

Ambos protestaron, pero Corbett se mostró inflexible. Antes de una hora se despidió de Maeve y los tres emprendieron el camino del sur en dirección a Westminster. El escribano estaba firmemente decidido a descubrir la verdad. Quizá no podría impedir que cesaran los asesinatos en Godstowe, pero, por lo menos, atraparía al asesino que estaba acechando a las moradoras del priorato.

La terrible premonición de Corbett se estaba cumpliendo. En el priorato de Godstowe sor Francisca se encontraba a pocos minutos de la muerte. La engreída vicepriora se sentía no solo trastornada sino también atemorizada y turbada. Se distraía durante la meditación y su mirada se perdía a menudo en la distancia mientras sus hermanas cantaban el Oficio Divino. Se lo había comentado a su confidente, pero esta no la había podido ayudar. ¿Cómo hubiera podido abordar a *lady* Amelia? No, pensó, eso estaba descartado. Sor Francisca miró a su alrededor en la pequeña capilla del noviciado. Arriba las jóvenes postulantas se estaban retirando a descansar en el largo dormitorio. Cada una de ellas se arrodillaba en su celda, encomendando su alma a Dios y rezando para que Satanás, que vagaba como un león en busca de presas, no causara ningún daño ni a su cuerpo ni a su alma aquella noche.

Sor Francisca se sentó en un escabel y se cubrió el rostro con las manos. Lo que había anunciado aquel hosco escribano tenía que estar relacionado con la muerte de *lady* Eleanor y quizá también con la de sor Marta. Sor Francisca había visto el lema de «*Noli me tangere*» allí en Godstowe, pero no lograba recordar dónde ni cuándo. ¿Y si huyera del priorato, se fuera a Westminster y solicitara hablar con Corbett o algún otro funcionario real? Pero ¿en quién podía confiar? Gaveston tenía espías por todas partes y era cierto lo que decía la gente. Inglaterra tenía tres reyes, el viejo Eduardo, su hijo y Gaveston. Contempló con aire ausente los troncos que crepitaban en la chimenea. Quizá fuera conveniente esperar un poco. Su mente estaba agotada. A la mañana siguiente, después de una buena noche de descanso, podría tramar y planear.

Sor Francisca se levantó, recogió el balde y se detuvo con el corazón en un puño al oír un sonido procedente del exterior. ¿Alguien la estaría observando? ¿O sería el viento, empujando las hojas que cubrían la hierba del prado? Sor Francisca se acercó al fuego y musitó una breve plegaria, pidiendo que no ocurriera nada malo. Aún estaba rezando cuando vertió el agua del balde sobre los troncos. Sus murmullos se convirtieron de repente en un grito desgarrador cuando las llamas se escaparon de la chimenea, recorrieron el borde del hogar y prendieron en su hábito. En pocos segundos sor Francisca se convirtió en una ardiente antorcha humana.

A pocas leguas de distancia, otros actores del macabro drama que rodeaba la muerte de *lady* Eleanor estaban asumiendo nuevos papeles y actitudes. En su habitación forrada de terciopelo, Piers Gaveston permanecía tendido bajo el gran

dosel de seda de su cama de cuatro pilares, mordiéndose el labio mientras se preguntaba qué ocurriría a continuación. Confiaba en su espía de Londres. Corbett había estado husmeando por allí y había descubierto un buen bocado, visitando primero a su viejo amigo del hospital de San Bartolomé y después al envenenador del callejón de Faltour. Gaveston había ordenado asesinar al boticario. Sabía demasiado y, además, le parecía incomprensible que *lady* Eleanor no hubiera muerto con los polvos que él le enviaba. El boticario le había asegurado que cualquier persona que los tomara se iría debilitando poco a poco como si todo se debiera a causas naturales. El boticario había mentido y *lady* Eleanor había muerto asesinada por otros medios. ¿Qué podría hacer ahora? Gaveston miró al joven paje que sostenía una copa de vino en sus blancas y delicadas manos. Se incorporó y tomó la copa con tanta precipitación que el vino le salpicó los calzones de seda multicolor. Se volvió enfurecido y abofeteó el enfurruñado y afeminado rostro del paje.

—¡Largo de aquí! —rugió—. ¡Vete hasta que aprendas a servir a un señor!

El muchacho se retiró a toda prisa frotándose la dolorida mejilla mientras Gaveston tomaba un sorbo de la copa. ¡Si Corbett no hubiera metido las largas narices en aquel desdichado asunto! El favorito real miró a su alrededor con expresión malhumorada. No olvidaría a Corbett, un hombre muy poderoso. ¿Y si intentara ganarse su amistad? Gaveston volvió a morderse el labio.

Tal vez, pero eso lo dejaría para el futuro. En aquellos momentos, el anciano Rey se estaba dirigiendo a toda prisa al sur y con él irían todos aquellos canosos señores de la guerra que seguían como mastines los talones reales. El favorito sabía lo mucho que estos lo odiaban. ¡Si muriera el anciano Rey! Procuraría adular al príncipe hasta entonces. Lo confesaría todo, se pondría de rodillas, le diría que era su esclavo, le compraría costosos regalos... pero ¿cuándo moriría el anciano Rey?

Gaveston se levantó y se acercó a un viejo arcón con refuerzos de hierro, tomando un llavero de la cadena de oro que colgaba alrededor de su cuello. Abrió las tres cerraduras y levantó la tapa. Sacó una figura de cera que contenía paja y grasa de un ahorcado. La figura llevaba una diadema de oro en la cabeza. Sacó un frasco de incienso y una cruz negra invertida. Agachándose en el suelo como un campesino, inició un oscuro ritual satánico que le había enseñado su madre para la destrucción total de sus enemigos.

En otra estancia del mismo palacio el seigneur Amaury de Craon también se estaba disponiendo a cambiar de táctica. Sus sicarios habían muerto y Felipe no estaría muy contento cuando se enterara; los enanos habían cometido muchos asesinatos por cuenta del rey francés y sus habilidades y su pericia se echarían de menos. De Craon analizó las posibilidades que se le ofrecían. Si muriera el anciano Eduardo, si lo asesinaran, ¿qué dirían los rumores? ¿Insinuarían que había sido un parricidio? ¿Que el joven príncipe o Gaveston o los dos juntos no solo se dedicaban a asesinar a desventuradas monjas en sus conventos sino también al ungido del Señor?

De Craon se removió inquieto en su asiento. Había buscado al asesino por medio

de silenciosas amenazas y de sobornos, pero, hasta entonces, no había averiguado nada. El rey Felipe le había enviado un nombre que le habían arrancado al espía Tailler mediante torturas, pero él no había encontrado ni rastro de él. El francés sonrió para sus adentros: Tailler era un hombre valiente y, hasta el último momento, no había dicho más que mentiras. Puede que el falso nombre del asesino fuera la última broma de Tailler. El enviado soltó una maldición por lo bajo. Si Corbett hubiera estado en otro sitio... Puede que ahora todo dependiera de aquel entrometido y afortunado escribano inglés. ¿Y si al final el escribano fracasara? ¿Y si el plan de Felipe de encontrar y utilizar al asesino De Monfort diera finalmente resultado? ¿Y si él abandonara aquel juego, volviera a su papel de enviado real y pidiera el compromiso del príncipe de Gales con la princesa Isabel?, se preguntó.

## Capítulo XII

Aún no había dejado de llover cuando Corbett y sus acompañantes llegaron a la Aldgate de Londres y bajaron por la judería pobre y el callejón de Mark hasta Petty Wales, cerca de la Torre. Dejaron los caballos en una cuadra y contrataron un esquife en el muelle de la Lana.

Maltote protestó, pero los dos curtidos barqueros se burlaron de sus temores ante la idea de tener que navegar río abajo.

—¡Solo te ahogas una vez! —le gritaron al unísono—. Y tardas muy poco. Si te caes al agua, abre la boca y traga. ¡Estarás con los ángeles en cuestión de unos segundos!

—¡Lo cual es mucho más de lo que se podría decir de vosotros! —replicó Ranulfo, acudiendo en ayuda de la nueva víctima de sus partidas de dados.

Corbett les dijo a todos que se callaran. Los barqueros se apartaron del muelle y empezaron a remar río abajo, pasando por delante de Billingsgate y el muelle de Botolph. Después el esquife pasó como una exhalación por debajo del puente de Londres, donde al agua se agitaba entre los arcos y los barqueros sumergían profundamente los remos para que las barcas pudieran pasar junto a los tajamares que los protegían de los golpes contra los recios arcos de madera. En cuanto dejaron atrás el puente, todos se tranquilizaron. El Támesis era un río muy cruel, pero el mayor peligro era la caldera hirviente del puente de Londres.

El barquero situó la embarcación en el centro de la corriente y pasaron por delante de Dowgaste, Queenshite y el Fleet. Allí el hedor era espantoso. Todos los desechos de la ciudad, los cuerpos de los perros y los gatos muertos, los de los mendigos, los leprosos e incluso los niños no deseados eran arrojados a la zanja del Fleet y, cuando empezaban a caer las lluvias, eran arrastrados por el agua al cauce del Támesis. Al doblar el meandro que desviaba la corriente hacia Westminster, Ranulfo le dio un codazo a Corbett y le señaló la orilla más próxima. A pesar de la gruesa capa de basura que flotaba sobre la superficie del río, los aguadores estaban llenando sus barriles con agua del Támesis que más tarde venderían por las calles y plazas de Londres. Corbett esbozó una leve sonrisa y asintió con la cabeza.

—Procura beber siempre vino o cerveza, Ranulfo —le dijo a su criado. Después se volvió hacia el barquero y le preguntó—: ¿Es verdad eso que dices?

—¿Qué?

—¿Qué tragar repentinamente agua asfixia inmediatamente a una persona?

—Vaya si lo es —contestó el barquero, contemplando con una sonrisa el verdoso rostro del pobre Maltote—. Es la manera más rápida de morir.

Ranulfo metió baza en la conversación mientras Corbett apartaba la mirada y pensaba en la anciana sor Marta que había muerto ahogada en su bañera.

Al llegar a Westminster, desembarcaron en las Gradas del Rey y Corbett se puso inmediatamente la capucha de la capa para que no le reconocieran sus compañeros de

la Cancillería o del Tesoro, pues no estaba de humor para perder su valioso tiempo en chácharas intrascendentes. Dejó que Ranulfo y Maltote se fueran a comprar algo de comer en uno de los muchos tenderetes de empanadas que había dentro de las murallas del palacio y se abrió paso entre la gente hasta llegar al camino que rodeaba el palacio y conducía a los edificios de la parte de atrás. Allí se encaminó hacia una de las pequeñas dependencias anexas y, hablando con voz engolada, exigió que le franquearan la entrada en nombre del Rey. Una voz quejumbrosa le contestó que se arrojara al Támesis. Volvió a llamar y, al final, se abrió la puerta y apareció una alta y delgada figura envuelta en una larga vestidura de piel teñida de color marrón. El hombre tenía un rostro muy pálido, alargado y arrugado y unos lagrimosos ojos azules que parpadeaban sin cesar bajo la luz del sol. Corbett no se quitó la capucha.

—¿Quién sois? —le preguntó severamente el hombre.

Corbett se echó la capucha hacia atrás.

—Maestro Nigel Couville. Soy mensajero del Rey. ¡Su Majestad ha decretado que ya estáis demasiado viejo para ocupar este puesto y me envía para que os sustituya!

El enjuto rostro del anciano se iluminó con una sonrisa mientras sus huesudas manos surcadas por numerosas venas asían los brazos del escribano.

—Sigues siendo tan impertinente como de costumbre, Hugo —murmuró—. ¡Y tan insensato como siempre! Pasa. A no ser que quieras que los dos nos quedemos empapados hasta el tuétano.

Corbett entró. Dentro había muy poca luz y en el aire se aspiraba el olor del sebo de las velas, el carbón quemado, el cuero y el pergamino. En la estancia había una mesa de tijera y una banqueta. El resto del espacio lo ocupaban varios arcones de madera y de cuero de distintos tamaños. Algunos de ellos estaban abiertos y mostraban unos rollos de pergamino que se derramaban hasta el suelo mientras que en los anaqueles de las paredes los rollos de pergamino y las vitelas llegaban hasta el ennegrecido techo. Todo parecía muy desordenado, pero Corbett sabía que Couville podía seleccionar en un instante cualquier documento que necesitara. Aquel lugar era la sala de archivos de la Cancillería y del Tesoro y en él se conservaban documentos que se remontaban a varios siglos atrás. Siempre que se redactaba o se recibía un documento, este se archivaba en su lugar correspondiente de los dominios de Nigel Couville. Nigel, antiguo escribano mayor de la Cancillería, había recibido aquel nombramiento como recompensa por sus largos y fieles servicios a la Corona y había sido el maestro y mentor de Hugo cuando este había empezado a trabajar como escribano. A pesar de la diferencia de edad y de experiencia, ambos se habían hecho muy amigos y lo seguían siendo.

Couville miró a su alrededor y acercó una pequeña banqueta.

—Ya veo que me vas a causar molestias —comentó en tono burlón mientras Corbett se sentaba—. ¿Un poco de vino?

Corbett sacudió la cabeza.

—¡No si es ese vinagre aguado que siempre servís!

Couville entró en un pequeño cubículo y salió con una jarra destapada y dos copas de peltre.

—El mejor burdeos —llenó una copa hasta el borde y se la ofreció a Corbett—. Ahora ya sé a qué se refiere la Sagrada Escritura cuando dice: «No arrojéis las perlas a los cerdos».

Corbett tomó un sorbo del delicioso vino tinto.

—¡Excelente! —murmuró mirando con una sonrisa a su amigo.

—Por supuesto que lo es —contestó Couville, sentado delante de él con los codos apoyados sobre las rodillas y la copa entre las manos como si fuera el Santo Grial—. Santo Tomás Becket bebía este mismo vino. ¿Sabes que, cuando se convirtió en un asceta y abandonó la pompa de la corte e incluso cuando ayunaba, el bienaventurado Tomás no podía prescindir de sus copas de clarete? —Couville miró con una sonrisa al escribano—. ¿Y tú, Hugo, estás bien? ¿Cómo está Maeve?

Ambos se pasaron un rato intercambiándose chismes y comentarios sobre sus viejos amigos, sus nuevas amistades y los últimos escándalos. Al final, Couville posó la copa a su lado en el suelo.

—¿Qué es lo que quieres, Hugo?

Corbett se sacó de la bolsa el gastado collar de perro.

—En la parte interior hay un lema escrito... «*Noli me tangere*». Creo que pertenece a un escudo de armas. ¿Lo reconocéis?

Couville juntó los dedos de ambas manos y entornó los ojos.

—He oído esta frase en algún lugar —dijo en tono pensativo. Se levantó, rascándose la cabeza—. Pero lo importante es saber dónde.

Corbett se pasó una hora esperando mientras su amigo, con los brazos llenos de rollos de pergamino, examinaba varios archivos de escudos de armas y dibujos heráldicos.

—Dime, Hugo, ¿para qué lo quieres? Ya conozco tus misiones secretas, maese Corbett. Sé que envías cartas, de las cuales yo no recibo ninguna copia —volvió a sentarse en su banqueta, de cara a su antiguo alumno—. ¿Pero por qué te interesa tanto este lema?

Corbett cerró los ojos y le describió a su maestro los acontecimientos de Godstowe: la muerte de *lady* Eleanor Belmont, la sutil traición de los franceses y los malos propósitos de Felipe IV. Estaba casi a punto de terminar su relato cuando mencionó de pasada la posibilidad de que un asesino de la fementida familia De Monfort se encontrara presente en Inglaterra. Los ojos de Couville se iluminaron.

—He estado examinando los archivos de las nobles familias de Inglaterra y Gascuña que existen en la actualidad. Pero ¿qué ocurre con una familia que es declarada culpable de alta traición?

—¡Claro! —exclamó Corbett—. ¡El escudo de la casa se destruye, se le arrebatan los títulos y la Corona confisca las tierras!

Couville se levantó y se acercó a un largo tubo de plomo. Lo destapó y extrajo de su interior un grueso y amarillento rollo de pergamino. Depositó el rollo sobre la alargada mesa y llamó por señas a Corbett. Ambos escribanos estudiaron el pergamino con curiosidad. Estaba dividido en dos partes; a un lado había unos dibujos de varios escudos de armas. Corbett reconoció unos cuantos: Percy de Bohun, Bigod, Mowbray. Al otro lado había otros escudos de armas, tachados con grandes trazos negros.

—¿Y estos qué son? —preguntó en voz baja.

—Este es el rollo de Kenilworth —explicó Couville—. Simón de Monfort se rebeló en 1258. Tal como tú sabes, Eduardo destruyó sus fuerzas entre los manzanas de Evesham en 1264. De Monfort resultó muerto y su cuerpo fue descuartizado y arrojado como alimento a los perros de las jaurías reales. Algunos de sus compañeros murieron con él, pero casi todos los demás se refugiaron en el castillo de Kenilworth en Warwickshire. Después de un largo asedio, el castillo se rindió y la rebelión de De Monfort fue aplastada —Couville señaló el pergamino—. A un lado están los escudos de armas de los que apoyaron al Rey. Los que están tachados con trazos negros pertenecen a los partidarios de De Monfort. Puede que entre ellos encontremos tu lema.

Corbett se apartó mientras Couville, hablando para sus adentros, examinaba el rollo de Kenilworth.

—¡Ah! —exclamó Couville, levantando los ojos con el rostro iluminado por una radiante expresión de complacencia—. *Noli me tangere* pertenecía a la familia Deveril.

—¿Qué fue de ellos?

Murmurando por lo bajo, Couville sacó de los anaqueles otros rollos de pergamino y cuadernos que contenían un índice de las órdenes y los decretos reales. Volvió a llamar por señas a Corbett.

—El Deveril que combatió con De Monfort murió en Evesham.

—¿Y dónde están sus herederos?

Couville sacudió la cabeza y le mostró el escudo de Deveril.

—El escribano que lo hizo añadió una nota. ¡Mira!

Corbett examinó la descolorida tinta verde azulada.

—Nulli legitimi haeredes.

—No hay herederos legítimos —tradujo—. Según eso, el último Deveril murió en Evesham —Corbett sacudió la cabeza y tomó el gastado collar de perro—. Pues entonces, ¿por qué se encontró esto en el cuello de un perrito faldero en un bosque de las inmediaciones de Godstowe?

—No lo sé —contestó Couville—. Procura pensar con lógica, Hugo. El hecho de que el collar se encontrara allí no significa que tenga que estar relacionado con los delitos que tú estás investigando.

—Tiene que estarlo —musitó Corbett.

Couville apoyó una mano en su hombro.

—Hugo, solo Dios sabe de dónde procedía el collar. Después de la derrota de De Monfort, los tenderetes de los mercados se llenaron de objetos falsificados de los rebeldes.

Corbett se frotó las mejillas con aire cansado.

—Decidme, Nigel, una joven y su acompañante varón son encontrados bárbaramente asesinados en un pantano de un bosque de Oxfordshire —dijo—. Sus cadáveres no facilitan ninguna clave sobre su identidad. Nadie los reclama. Nadie había iniciado la búsqueda de su paradero. Son brutalmente asesinados y, sin embargo, sus muertes solo producen silencio.

Couville se encogió de hombros.

—Vete a las callejuelas de Londres, Hugo. Allí verás muchos cadáveres de pobres, ¡pero a nadie se le da una higa!

—¡Ya, pero esas eran personas mimadas, bien alimentadas y acostumbradas al lujo! ¿De dónde procedían?

Couville le miró sonriendo.

—A lo mejor, procedían del extranjero.

Corbett miró fijamente a su antiguo maestro. Claro, pensó. El padre Reynard había dicho que ambos tenían la piel aceitunada. ¿Serían extranjeros?

—En caso de que fueran extranjeros —dijo muy despacio— debieron de obtener una autorización real para entrar en Inglaterra. ¿Sería difícil encontrar un documento de este tipo?

Couville asintió con la cabeza.

—Claro. Centenares de personas entran cada mes en Inglaterra. Aunque se hubiera concedido una autorización, puede que a mí no se me enviara una copia.

Corbett se rascó la cabeza y miró a su amigo con una tímida sonrisa.

—He descubierto una cosa —dijo—, pero no me ha servido para aclarar el enigma —el escribano recogió su capa del suelo donde la había arrojado—. Hablo en serio, vos sabéis que soy el guardián de los secretos del Rey. Reconozco que no siempre recibís las copias de las cartas que yo envío ni de los informes que los espías me envían a mí —añadió, echándose la capa sobre los hombros—. A veces me enorgullezco de la confianza que me tiene el Rey, pero nuestro regio señor es un hombre astuto y taimado. Una vez me dijo que, si su mano derecha supiera lo que hace la izquierda, se la cortaría.

—¿Cuál es tu pregunta, Hugo?

—Conozco a todos los espías y agentes del Rey, tanto si trabajan en la corte de Castilla como si lo hacen en los aposentos papales de Roma. Pero ¿hay alguien más?

Couville extendió las manos.

—Eres orgulloso, Hugo, y el orgullo casa mal con la lógica. Tú sabes que tiene que haber hombres que trabajan directamente a las órdenes del Rey. El conde de Surrey es uno de ellos. Tiene que haber otros.

—Nigel, vos recibís todas las cuentas reales. ¿Habéis visto alguna vez otro nombre?

Couville miró a Corbett con expresión de fingido asombro.

—¿Otro Corbett? ¡Por supuesto que no! —contestó con la cara muy seria—. He visto otro nombre. Unos pagos efectuados a un tal De Courcy.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Solo he visto de vez en cuando referencias a dinero entregado «*pro secretis expensis in negotio regis*».

—Por gastos secretos relacionados con asuntos del Rey —tradujo Corbett, irritado ante aquella muestra de falsedad por parte de su regio señor. Tomó la mano de su viejo amigo entre las suyas—. Os doy las gracias, Nigel. ¿Iréis algún día a verme a Leighton?

Couville le miró sonriendo.

—Y a ver también a Maeve, naturalmente.

Corbett descubrió que Ranulfo y Maltote habían abandonado el tenderete de las empanadas y se habían ido a la taberna más próxima. A pesar de lo contentos que estaban tras haberse pasado varias horas bebiendo, ambos miraron con semblante enfurruñado a su severo amo cuando este les ordenó dejar la cerveza y regresar bajo el aguacero a las Gradas del Rey para hacer otro peligroso viaje por las aguas del Támesis. Cuando llegaron a la altura del Puente de Londres, Ranulfo y Maltote ya habían vomitado hasta la última gota de lo que habían bebido y tuvieron que pasarse el resto del trayecto escuchando los sarcásticos comentarios de los sonrientes barqueros.

Desembarcaron y se pasaron todo lo que quedaba de la jornada en una taberna de las inmediaciones de la Torre. A la mañana siguiente, iniciaron su agotador camino por la antigua calzada romana desde las murallas de Londres hasta Oxfordshire. Ranulfo y Maltote protestaron airadamente.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ranulfo.

Maltote se limitó a apartar el rostro, pues no se atrevía a plantar cara a aquel severo pero importante escribano real.

—La razón de todo eso, Ranulfo —contestó Corbett con el rostro casi rozando el de su criado—, es que estoy tratando de averiguar si los cerveceros y taberneros de este camino recuerdan haber visto hace unos dieciocho meses a dos extranjeros, una dama y su acompañante varón. Por consiguiente —añadió con dulzura—, nos detendremos en todas las cervecerías y tabernas del camino. Pero vosotros no beberéis más que vino aguado. No os emborracharéis y me prestaréis toda la ayuda que haga falta.

—Ya os lo dije —replicó Ranulfo—. El posadero del Toro de Godstowe vio a un joven y a una mujer y, poco después, a un forastero muy bien vestido. ¿Qué más queréis?

Corbett tomó las riendas de su caballo.

—Ranulfo, todo depende de eso. Estoy tratando de seguir el curso de los acontecimientos. Primero, ¿aparecieron los forasteros de repente en Oxfordshire o venían de Londres? En este último caso, es muy probable que procedieran de algún lugar de allende los mares. En segundo lugar, el paso del joven desconocido por Godstowe aproximadamente al mismo tiempo... ¿fue una simple coincidencia o tuvo algo que ver con el asesinato de las víctimas?

Ranulfo vio la seriedad del rostro de su amo.

—En tal caso, amo mío, ¡cuánto antes empecemos, antes terminaremos!

Ranulfo no se equivocó en sus presentimientos, pues el viaje fue una pesadilla. Llovía tanto que era como si estuvieran atravesando cortinas de agua, por lo que la vieja calzada adoquinada no tardó en convertirse en un lodazal lleno de peligrosos baches en los que un hombre podía hundirse hasta la cintura. Se pasaron casi todo el rato llevando sus caballos por la brida mientras iban recorriendo las pequeñas cervecerías, las cómodas posadas y las espaciosas tabernas. Al principio, estaban tan abatidos y cansados que, al llegar la noche de su primera jornada de viaje desde Londres, se fueron a la cama sin apenas hablar. Al día siguiente, en una taberna de techumbre de paja situada en las afueras de la aldea de Stokenchurch, el posadero escuchó las preguntas de Corbett y frunció los labios dándose importancia.

—Pues sí —contestó—, recuerdo a la pareja de que me habláis.

—¡Describídmelos!

El hombre hizo una mueca.

—Hace mucho tiempo, mi señor escribano.

Corbett le mostró la moneda de plata que sostenía entre los dedos.

—Pero los recuerdo muy bien —se apresuró a añadir el tabernero—. Muy bien vestidos y bien alimentados. Ella era muy agraciada, pero iba vestida como una monja y sostenía un rosario en la mano. Su acompañante era solo un muchacho —dijo, encogiéndose de hombros—. Pensé que era su paje.

—¿Hablaban en inglés?

—¡Oh, no! En la lengua de los nobles... en francés. Les pregunté adónde iban. Ella se limitó a sacudir la cabeza sonriendo pero el chico me dijo que estaba consagrada a Dios. Apenas pude entender lo que decía. ¡Pagaron con unas monedas de plata y se fueron!

—¿Viajaba alguien más con ellos? —preguntó Corbett, procurando disimular su emoción.

El tabernero sacudió la cabeza.

—¿Pasó algún otro forastero por aquí aproximadamente a la misma hora?

—Pues sí —contestó el tabernero—. Un presumido joven ricamente vestido. Iba armado con daga y espada.

—¿Le visteis la cara?

—No. Llegó a primera hora de la mañana para desayunar justo en el momento en que la joven que os he dicho se disponía a marcharse. Iba envuelto en una capa y

llevaba la capucha puesta. Me pareció un poco raro, pues el tiempo era muy bueno.

—¿Cómo sabéis entonces que iba bien vestido?

—Llevaba los dedos cuajados de anillos y vestía un jubón de raso rojo. Tal como ya he dicho, desayunó y se fue al cabo de una hora.

Corbett se levantó para marcharse.

—¿La mujer llevaba por casualidad un perrito faldero? —preguntó Ranulfo.

El rubicundo rostro del tabernero se arrugó en una desdentada sonrisa.

—Pues sí, llevaba envuelta en su capa una cosita muy menuda que ladraba. Le dio de comer algunos bocaditos y trozos de pan remojados con leche. Lo recuerdo muy bien porque el animalito no paró de ladrar durante todo el rato que estuvo aquí.

Corbett abandonó la taberna muy animado por lo que había descubierto y los tres prosiguieron su viaje hasta llegar a las afueras de Oxford. A veces, sus preguntas solo provocaban miradas inexpresivas, maldiciones en voz baja y denegaciones con la cabeza. Pero en otras dos tabernas el escribano obtuvo las mismas respuestas que le había dado el tabernero de Stokenchurch: una joven acompañada de un muchacho, ambos morenos y taciturnos y con un dominio muy imperfecto del inglés. El que hablaba era siempre el chico, al parecer, un paje. La mujer parecía muy piadosa y discreta y, de hecho, uno de los taberneros la había descrito como una monja. Y lo más siniestro era que el elegante forastero se había presentado en las tabernas aproximadamente a la misma hora en que la misteriosa mujer y su paje se disponían a marcharse. Al final, para su propia satisfacción y el aparente placer de Ranulfo, Corbett llegó a la conclusión de que ya había encontrado lo que buscaba y ordenó a sus acompañantes dar media vuelta para bajar hacia el sur.

Llegaron a la mansión de Leighton empapados y con el cuerpo dolorido a causa de las muchas horas pasadas en la silla de montar. Ranulfo y Maltote desaparecieron como por arte de ensalmo mientras Corbett recibía uno de los habituales sermones de Maeve sobre la necesidad de descansar y los peligros de recorrer los caminos por cuestiones relacionadas con los asuntos del Rey en un tiempo tan desapacible que no se hubiera merecido ni el peor de los pecadores. Corbett la escuchó debatiéndose entre el deseo de irse a la cama y la emoción que sentía por lo que acababa de descubrir.

En cuanto cayó la noche y la mansión se quedó en silencio, el escribano se levantó, sacó el pergamino y empezó a juntar las piezas del rompecabezas. Ya había conseguido ordenar en cierto modo los acontecimientos de Godstowe. Ahora tenía que concentrarse en los misteriosos asesinatos del bosque. Creía que la mujer estaba relacionada con la malhadada familia Deveril; el lema del collar del perro no podía ser una simple coincidencia. Además, era extranjera. En el rollo de Kenilworth no figuraba ningún heredero legítimo de Deveril, lo cual significaba que, a lo mejor, la joven pertenecía a una rama bastarda de la familia. En caso de que así fuera y teniendo en cuenta que los Deveril estaban proscritos, ¿cómo era posible que la hubieran autorizado a entrar en Inglaterra y viajar hasta Godstowe, un lugar muy

delicado en el que estaba encarcelada una antigua amante real? ¿Quién era el joven paje y el misterioso forastero que les seguía los pasos? ¿Y qué ocurrió en el bosque de Godstowe? ¿Quién había asesinado a quién? Era lógico deducir que el asesino había sido el joven forastero, pero pudo ser el paje o un desconocido. ¿Y quién había sido la víctima del asesinato, la misteriosa viajera o bien otra mujer? Al parecer, viajaba a Godstowe y, por consiguiente, la debían de estar esperando. Y tenía que haber llegado a su destino...

Corbett apartó irritado la pluma. En el priorato había monjas de distintas nacionalidades y todas ellas, incluso *lady* Amelia y sor Águeda, hablaban a la afrancesada manera propia de la corte. Aquel joven tan elegante... A lo mejor, era el príncipe o Gaveston. Corbett repasó las notas que había escrito acerca de la muerte de *lady* Eleanor, dándoles incesantes vueltas en su cabeza. Ya había amanecido cuando llegó a una inevitable conclusión: estaba dispuesto a enfrentarse con el asesino. Faltaba todavía una pieza del ajedrez. Despertó a Maltote y, rechazando sus protestas, le ordenó que cabalgara a la mayor rapidez posible al campamento real de las afueras de Bedford. Corbett le entregó una breve misiva en la que pedía al Rey unas sencillas respuestas a lo que él consideraba unas sencillas preguntas. A pesar de todo, seguía estando muy preocupado: su teoría tenía mucho fundamento, pero las pruebas eran muy escasas y se preguntaba si la respuesta real llegaría a tiempo para evitar otra muerte en el priorato de Godstowe.

## Capítulo XIII

En cuanto Maltote se fue, Corbett se pasó un buen rato paseando por las estancias y las galerías de su mansión, molestando con sus idas y venidas no solo a Maeve sino también a la servidumbre. No podía dormir de noche y temía que cualquier retraso provocara otras tragedias en Godstowe. ¿Y si tomara el caballo más rápido de su cuadra y regresara inmediatamente al galope a Oxfordshire?, se preguntó. La idea le pareció un disparate. Sería como abalanzarse contra un invisible enemigo desconocido. Maeve trató de calmarlo, pero no hubo manera. Al amanecer del tercer día de su regreso, sus peores temores se hicieron realidad. Un mozo lleno de barro de la cabeza a los pies y medio cayéndose de la silla de un caballo derrengado llegó a la Mansión de Leighton. El mozo comunicó la noticia entre jadeos mientras Corbett bajaba a toda prisa de su cámara y lo ayudaba a desmontar.

—¡La señora priora os envía sus saludos —dijo el mozo con voz entrecortada por el agotamiento— y os pide que vayáis urgentemente al priorato!

—¿Quién ha muerto? —preguntó Corbett, agarrando al desventurado por el jubón y obligándole a permanecer de pie y mirarle a la cara—. ¿A quién han matado?

El hombre se pasó la lengua por los resecos labios cubiertos de barro mientras sus ojos se cerraban a causa del cansancio. Corbett lo sacudió sin contemplaciones.

—¡El nombre! —repitió con voz áspera.

—¡Hugo! ¡Hugo! —Maeve, envuelta en un manto, se interpuso entre ambos y miró con semblante enojado a su esposo—. ¡El pobre hombre está medio muerto de cansancio, Hugo!

Corbett soltó al mensajero, le pidió disculpas y dejó que Maeve y dos criados lo llevaran casi a rastras por el pasillo hacia la despensa. Una vez allí, Maeve ordenó que le quitaran el jubón y los calzones manchados del viaje y le hizo beber una copa de vino aguado mientras Corbett paseaba impacientemente arriba y abajo.

—¡Mi señor escribano! —graznó el mozo—. La señora priora quiere que lo sepáis. ¡Sor Francisca ha muerto!

—¿Cómo?

—Se declaró un incendio en el noviciado. Murió de inmediato. Las demás monjas consiguieron escapar.

Corbett se acercó al hombre y se arrodilló delante de él.

—¿Y quién es el asesino?

El hombre parpadeó, mirándole con sus enrojecidos ojos.

—¿El asesino? —preguntó en un susurro—. No hay ningún asesino, maese Corbett, ha sido un accidente.

El escribano soltó un gruñido de incredulidad.

—¿Alguna otra noticia?

—Eso es todo —murmuró el mensajero—. Pero tenéis que ir enseguida. —Echando la cabeza hacia atrás, el hombre se quedó dormido en la silla.

Corbett hubiera deseado llenar las alforjas e irse de inmediato, pero Maeve insistió en que esperara a que dejara de llover. Su esposa se salió con la suya, por lo que el escribano subió a su habitación y contempló a través de la ventana las nubes negro azuladas que se estaban condensando sobre Epping Forest. Al final, se alegró de haber esperado. Maltote regresó por la noche y Maeve tuvo que intervenir otra vez. Intuyendo el estado de ánimo de su marido, quiso que Maltote se quitara la ropa mojada y comiera algo antes de que Corbett empezara a interrogarlo con tanta insistencia como hubiera podido hacerlo el primer torturador real de la Torre. Cuando Maltote hubo descansado, Corbett y Ranulfo se reunieron con él en la sala. Los tres se sentaron alrededor de la enorme chimenea, contemplando las alargadas sombras que las llamas arrojaban sobre la pared del fondo.

Maltote estaba agotado y tuvo cierta dificultad para recordar algunos detalles secundarios, pero, al final, ofreció un relato completo de su misión. Corbett, sin prestar atención a las súplicas y los reproches de Ranulfo, les dijo a los dos que se fueran a descansar y se prepararan para la partida del día siguiente. Aunque el mismísimo demonio cabalgara en el viento que aullaba y silbaba en el exterior, ellos emprenderían el camino de regreso a Godstowe.

Corbett regresó a su habitación, donde Maeve estaba inclinada sobre la mesa bajo el charco de luz de un enorme candelabro, apuñalando furiosamente con la aguja un bordado en el que llevaba varios años trabajando. El escribano respiró hondo y reprimió una sonrisa. Maeve detestaba los bordados. Por consiguiente, cuando se ponía a bordar, Corbett ya sabía que era una mala señal. Esta vez no fue distinto. Su mujer, con las mejillas arreboladas por la furia, le echó un breve sermón sobre las normas de la hospitalidad y la buena crianza y entonces Corbett, tal como hubiera hecho un buen marinero en presencia de una tormenta, decidió capear el temporal. Para agravar las cosas, Maeve se pinchó varias veces con la aguja, pero, al final, ya no pudo aguantar más, dio una última puntada y apartó el bordado a un lado, musitando por lo bajo una palabrota que cualquier soldado de los ejércitos reales le hubiera admirado.

Se levantó y fue a sentarse al lado de Corbett en el borde de la cama.

—Bueno, ahora ya te has enterado de la noticia. Esta monja que ha muerto, sor...

—Francisca —dijo Corbett.

—Ya esperabas su muerte, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza.

—Sabía que alguien podía morir.

—¿Te echas la culpa de lo ocurrido, Hugo?

—Sí y no —contestó serenamente el escribano—. En Godstowe se ha producido un asesinato y mañana me enfrentaré con él.

—¿Y la misión de Maltote?

—Me ha traído la prueba que confirma mis sospechas, pero no sé cómo actuar. Faltan todavía algunas piezas —el escribano se volvió hacia Maeve con una sonrisa

en los labios—. Si no has terminado tu bordado —añadió con fingida solemnidad—, puedes seguir trabajando. Aún hay cosas que...

Maeve le clavó las uñas en la pantorrilla.

—Ya me he cansado de bordar —contestó en un susurro—. ¿Te vas mañana, Hugo?

—Sí, con las primeras luces del alba.

—Ten mucho cuidado —dijo Maeve, apoyando la cabeza en su hombro—. Temo por ti.

Corbett la abrazó, tratando de disimular su desazón.

El escribano y sus acompañantes llegaron a Godstowe al anochecer del día siguiente. El portero borracho les abrió la puerta tras la consabida discusión. Una vez en el interior de las murallas del priorato, Corbett se quedó junto a la entrada y le dijo al portero que fuera en busca de *lady* Amelia.

La priora parecía haber envejecido desde la última vez que Corbett la había visto. Bajo el parpadeo de las antorchas, su rostro estaba tremendamente pálido y ojeroso y sus enrojecidos ojos estaban rodeados de unas profundas sombras.

—Maese Corbett —dijo, tomando sus manos entre las suyas, pegajosas al tacto y más frías que el hielo—. ¿Cómo ha sido vuestro viaje?

—Agotador —contestó Corbett—. Tengo frío, estoy empapado —el escribano se miró las botas—, y cubierto de barro. Las lluvias lo han convertido todo en un barrizal.

—Venid conmigo.

Corbett sacudió la cabeza.

—Prefiero ir a la hospedería, señora. Cuantas menos personas se enteren de mi llegada, mejor.

La priora le miró como si estuviera perdida en sus propios pensamientos, sacudió la cabeza y se mostró de acuerdo.

El portero se hizo cargo de las cabalgaduras y *lady* Amelia, caminando como un fantasma por delante de ellos, los acompañó a la hospedería. Allí los esperaba sor Águeda con su bello rostro más pálido que la cera y sus ojos empañados por la preocupación. A pesar de todo, la monja saludó cordialmente a Corbett.

—¡Hugo —exclamó en voz baja, asiéndolo por el brazo—, al final habéis regresado!

El escribano la miró sonriendo y le rozó suavemente el hombro.

—Sor Águeda, tengo que hablar un momento a solas con *lady* Amelia —volviéndose a mirar a sus dos servidores, añadió—: Ranulfo y Maltote necesitan comer algo. Si no comen —dijo con una burlona sonrisa en los labios—, son capaces de devorarse el uno al otro.

Observó cómo la joven religiosa se llevaba a sus dos servidores y dejó que *lady*

Amelia lo acompañara a una pequeña estancia que, en realidad, no era más que una celda con una mesa, una banqueta y una carriola. La señora priora se dejó caer con aire cansado en la banqueta mientras Corbett le pedía detalles acerca de la muerte de sor Francisca. El escribano escuchó su relato en silencio, le hizo unas cuantas preguntas más y después se acercó a ella.

—¿*Lady Amelia*?

La priora permanecía sentada con los brazos cruzados, mirando al suelo. Corbett se agachó a su lado.

—*Lady Amelia*, mañana en la reunión del capítulo después de la misa matutina, decidles a vuestras hermanas que antes de vísperas hablaré con ellas y les contaré lo ocurrido —le rozó suavemente con los dedos la barbilla y la obligó a levantar la cabeza—. Tenéis que hacerlo, señora.

—Sí, claro —musitó la priora, cuyo semblante antaño orgulloso mostraba ahora los efectos del cansancio y la preocupación. Miró con una leve sonrisa a Corbett, se levantó como una sonámbula y se retiró.

Corbett se sentó en la carriola, se tendió y se sumió involuntariamente en un profundo sueño sin sueños. A la mañana siguiente lo despertó el tañido de las campanas del priorato. Tenía frío y se notaba las piernas y los brazos doloridos a causa del largo viaje de la víspera. Fue a despertar a los refunfuñones Ranulfo y Maltote y después se limpió las botas, se lavó, se cambió la túnica y devoró el pan y el queso que una anciana hermana lega le sirvió en una bandeja. Acto seguido, dio unas cuidadosas instrucciones a Ranulfo y Maltote. Primero, él iría a inspeccionar el noviciado incendiado. Al cabo de un rato, ellos deberían seguirle armados con daga y espada.

—Tú, Ranulfo, llévate una ballesta y procura que no te vea nadie. Escóndete, pero, si vieras a alguien, amenázalo con atacar. Deberás disparar dos veces; la primera como advertencia: la segunda, mata sin contemplaciones a quienquiera que sea.

Corbett repitió las instrucciones y, envolviéndose en su capa, bajó. Una espesa niebla ocultaba casi todos los edificios del priorato. Corbett recordó el sol de otoño que había visto en su anterior visita a aquel lugar y se sorprendió de la rapidez con la cual había cambiado el tiempo. Sin embargo, la niebla favorecía su causa. Mientras se dirigía al edificio de madera del noviciado, se cruzó con varias fantasmagóricas figuras de rostro invisible a causa de la niebla cuyas pisadas estaban amortiguadas por la blandura de la tierra. Recordaba vagamente que el noviciado era un hermoso edificio de dos plantas: el fuego habría prendido en la reseca madera y lo habría convertido en un ennegrecido desastre. Se abrió paso entre la calcinada madera de lo que antaño fuera la cocina. Allí se había iniciado el incendio, matando a sor Francisca mientras las demás monjas, tras haber sido advertidas, saltaban por las ventanas o bajaban por la escalera exterior.

El escribano ya se imaginaba la escena. El fuego lamiendo vorazmente las

paredes y las vigas mientras las monjas huían para ponerse a salvo de las rugientes llamas que habían turbado la serenidad de sus vidas. En el muro del fondo se veían los restos de la chimenea. En aquel lugar, la piedra estaba tan requemada que el ladrillo se había convertido en un polvo negruzco. Corbett permaneció de pie delante de la chimenea y miró a su alrededor. Después se agachó y, hundiendo los dedos en el ya frío polvo de carbón, recogió un puñado y lo olfateó cuidadosamente. Vio los retorcidos restos derretidos del balde de agua de metal: una de las monjas, al oír los gritos de sor Francisca, había bajado a toda prisa, había abierto la puerta de la trascocina y había visto a la vicepriora convertida en una antorcha humana, con el cubo de agua volcado a sus pies.

—La pobrecilla —le había dicho *lady* Amelia— no pudo hacer nada por salvar a sor Francisca, consumida por una cortina de fuego. Vio el cubo de sor Francisca antes de cerrar la puerta para ir a dar la voz de alarma y pedir ayuda. Gracias sean dadas a Dios —murmuró *lady* Amelia—, ¡de lo contrario, muchas más vidas se habrían perdido!

Corbett examinó ahora los retorcidos restos del cubo de agua. Ya tenía una cierta idea de cómo habían matado a sor Francisca. Mientras olfateaba cuidadosamente, percibió el nauseabundo hedor de la grasa animal quemada. Volvió a arrojar los polvos al suelo, se limpió los dedos y abandonó las incendiadas ruinas. A través de la niebla vio la borrosa silueta de la iglesia del priorato y, siguiendo el perfil de sus muros, dobló la esquina para dirigirse al tronco hueco de roble en el que *lady* Eleanor recibía sus misteriosos mensajes. Se apoyó contra el tronco y, contemplando la muralla del priorato, se estremeció al recordar los perros de Gaveston que habían estado a punto de despedazarlo. Oyó un rumor a su espalda. Unas ramas quebradas bajo los pies de alguien que se estaba acercando sobre la espesa y mojada alfombra de hojas caídas.

—Me estaba preguntando cuándo vendrías —dijo sin tomarse la molestia de volverse—. Sabía que vendrías. En cuanto la señora priora hizo el anuncio. Los asesinos hacen siempre lo mismo, aborrecen la luz del día.

Corbett giró rápidamente en redondo y contempló la encapuchada y borrosa figura que tenía delante.

—Permitidme que os lo advierta —añadió en voz baja—, mi criado se encuentra aquí cerca en medio de la niebla. Va armado con una ballesta y ha recibido instrucciones muy precisas. ¡Por consiguiente, si lleváis algún cuchillo en la mano, será mejor que lo guardéis en su vaina!

La figura se adelantó mientras una blanca mano echaba hacia atrás una capucha y una toca y sor Águeda sacudía su sedoso cabello rubio. Corbett jamás en su vida había visto una belleza semejante. La mata de cabello rubio plateado enmarcaba un rostro de líneas regulares, aunque ahora los labios parecían más finos y los ojos miraban con severa frialdad por encima de los pronunciados pómulos.

—Sabía que erais vos —dijo Corbett—. No teníais más remedio que serlo. Vos

matasteis a *lady* Eleanor. Después asesinasteis a la anciana sor Marta y, finalmente, a sor Francisca. Pero ¿quién sois vos? —le preguntó en un susurro.

—Mi verdadero nombre es Águeda de Courcy, ¡por consiguiente, siempre he dicho una media mentira!

La joven soltó una carcajada sin dejar de mirar fijamente al escribano.

—¿Qué ocurrió entonces con la verdadera monja que abandonó Gasuña?

—¡Vamos, maese Corbett, no seáis tan tímido! Dejadme ver qué verdad conocéis realmente.

Corbett ocultó la mano bajo la capa y la deslizó hacia el puño de la daga. La joven se acercó un poco más y el escribano observó que aún mantenía las manos escondidas. Respiró hondo y rezó para que Ranulfo estuviera muy cerca de allí, contemplando el desarrollo de aquel pequeño drama.

—Vamos a ver —dijo, apoyándose contra el viejo roble—. Hace dieciocho meses, la señora Deveril, que, en realidad, utilizaba otro nombre, abandonó Gasuña y desembarcó en Dover. Era una huérfana de noble linaje, pero carecía de parientes directos. La acompañaba un joven paje... cuyo nombre no importa ahora. La señora Deveril tomó un camino que rodeaba Londres y después siguió la vieja calzada romana para dirigirse a Oxford, Woodstock y finalmente Godstowe. Vos estabais al corriente de su llegada y la seguisteis discretamente. Los alcanzasteis probablemente cuando ya habían dejado atrás la aldea de Godstowe. Hicisteis amistad con ellos, os ofrecisteis a acompañarlos y ellos aceptaron con gratitud. Sospecho que ibais disfrazada de amable joven y fuisteis una grata compañía para los gascones después de un viaje que debió de ser muy largo y agotador. Obrasteis con mucha astucia, Águeda, y vuestro disfraz fue perfecto. Solo os vio el posadero. Él, como los demás, se refirió a un gallardo joven que pasó por la aldea aproximadamente a la misma hora. Pero él ya no nos puede ayudar, claro, pues los perros de Gaveston lo despedazaron. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

La joven frunció los labios y, por un instante, sonrió con dulzura, haciéndole recordar a Corbett a la devota y hermosa monja a la que había conocido.

—¿Y cómo podía yo saberlo? —preguntó—. ¿Cómo podía saber quién desembarcó en Dover y tomó el camino de Oxford?

—Contestaré a vuestra pregunta a su debido tiempo. Pero ¿y lo demás? Lograsteis convencer a la joven de que se desviara del camino de Godstowe y se dirigiera al lugar que previamente habíais elegido. Tal vez os detuvisteis a descansar un rato al mediodía y tomasteis un poco de vino. Es probable que la joven y el paje se quedaran dormidos. De hecho —Corbett clavó los ojos en un punto situado detrás de la monja—, es posible que durmieran más profundamente de lo que hubieran querido. Probablemente, el vino que les ofrecisteis contenía un narcótico. Una vez dormidos, se convirtieron en unas víctimas muy fáciles. Les cortasteis la garganta a los dos, los desnudasteis, os cambiasteis de ropa y os quedasteis con el nombre de Deveril y con las cartas de presentación. Vuestro único error fue el de olvidaros del perrito faldero

de Deveril o puede que este se escapara. En cuanto a los caballos —Corbett se encogió de hombros—. Uno os lo quedasteis para vos, naturalmente, junto con una acémila. Los otros dos los soltasteis. Un bonito regalo para algún campesino que debió de mantener la boca bien cerrada. Después os presentasteis en Godstowe provista de las cartas en las que se os identificaba como una Deveril. Hicisteis los votos y, con vuestra gentileza, os ganasteis el favor de *lady* Amelia y *lady* Eleanor. ¿Quién podía sospechar de vos?

Águeda de Courcy asintió con la cabeza.

—¡Muy bien! —dijo—. ¡Realmente bien!

—La única persona que descubrió un destello de verdad fue la pobre sor Francisca. Veréis, yo encontré el collar del perrillo y en él figuraba grabado el lema de la familia Deveril. «*Noli me tangere*». Y sor Francisca lo recordaba. Lo debió de ver en alguna pertenencia de la difunta cuando entrasteis en el priorato, pero seguramente no consiguió recordar dónde. ¿Y a quién se lo comentó? A la siempre amable y cortés sor Águeda... por consiguiente, sor Francisca tenía que morir. Era una monja muy juiciosa, tenía sus costumbres y seguía siempre la misma rutina. De las pocas semanas que estuvisteis en el noviciado, vos seguramente recordabais el cuidado que siempre tenía sor Francisca de apagar el fuego de la chimenea con agua. Siempre insistía en hacerlo ella personalmente y eso os facilitó la tarea. La noche en que ella murió, el cubo que utilizó no estaba lleno de agua sino de aceite —Corbett se sorprendió de la fría compostura de su contrincante—. El fuego estalló y se extendió por el suelo del hogar lamiendo las gotas que allí había y, en cuestión de segundos, sor Francisca se convirtió en una antorcha y vuestro secreto quedó a salvo.

Águeda juntó las manos y se acercó los dedos a los labios como si fuera una maestra que quisiera gastarle una broma a un alumno inteligente.

—Maese Corbett, me habéis dicho de qué manera maté presuntamente a esa mujer, pero no por qué razón.

—¡No me vengáis con historias! —replicó Corbett—. Vos conocéis muy bien la razón. De Monfort se rebeló contra el Rey y un Deveril era uno de sus generales. Según los archivos, a la muerte de De Monfort, el linaje de los Deveril se extinguió, lo cual significa que la mujer pertenecía probablemente a una rama bastarda que huyó a Gascuña, donde la educaron en el odio contra Eduardo de Inglaterra.

—¿Y el Rey permitió que una Deveril regresara al país?

—Siempre y cuando se cambiara el nombre. Tal como ya he dicho, sospecho que era huérfana y, utilizando un nombre falso, escribió a *lady* Amelia, pidiendo autorización para entrar en la orden de las Hijas de Sión y ofreciendo la acostumbrada dote. Una vez aceptada su petición, solicitó permiso para entrar en Inglaterra —Corbett miró fijamente a Águeda—. Vamos, ¿qué nombre utilizó?

Águeda le miró fríamente.

—Lo voy a intentar de otra manera —añadió Corbett—. ¿Cómo os llamabais cuando entrasteis en el priorato de Godstowe?

—Elegí el nombre religioso de Águeda, que, en realidad, es el mío, pero, si le preguntáis a la señora priora, ella os dirá que yo entré en estos muros con el nombre de María Savigny.

Corbett lanzó un suspiro.

—¿O sea que la que matasteis en el bosque de los alrededores de Godstowe era María Savigny?

Águeda se mordió el labio.

—Supongamos que es cierto lo que decís, Corbett. ¿Cómo podía yo saber que esta María Savigny pertenecía en secreto al grupo de De Monfort que deseaba venir a Inglaterra para tramar maldades y tal vez incluso asesinatos? ¿Y cómo podía yo saber cuándo vendría y qué camino seguiría?

—¡Lo sabéis muy bien! El propio Rey os lo dijo. Vos sois el asesino del Rey.

—Si Deveril se cambió el nombre, ¿por qué llevaba consigo el lema de su familia?

Corbett se encogió de hombros.

—Pocas personas lo identificarían como el de una noble familia que había caído en desgracia unos cuarenta años atrás. ¿Cuántas monjas de Godstowe y ya no digamos cuántos barones de la corte del Rey podrían identificar el lema de los Deveril?

—Pero esta María debía de hablar muy bien el francés.

—Lo mismo que vos y que otras religiosas de este desventurado lugar.

Águeda se acercó un poco más, cubriéndose de nuevo la cabeza con la capucha para protegerse de las gotas de lluvia que caían desde las ramas del roble.

—Oh, Hugo —dijo en un susurro—, el Rey tenía razón. Puede que seáis muy quisquilloso, pero siempre actuáis con lógica.

—Quizá no —replicó Corbett en tono irritado—. María Sevigny o Deveril fue asesinada en el bosque de Godstowe y vos os presentasteis en el priorato en el momento en que ella hubiera tenido que presentarse. Quizá esta coincidencia me hubiera tenido que extrañar ya desde un principio. Pero aquí se esperaba la llegada de María Savigny. Ella llegó y Godstowe no esperaba a nadie más.

La voz de Corbett se perdió.

—Vamos, Hugo —murmuró Águeda—. No os reprochéis nada. La mujer era extranjera, viajaba con una falsa identidad y nadie sabía quién era. ¿Quién hubiera podido sospechar que una devota monja como yo pudiera ser culpable de semejante acción? —dijo la joven, sacudiendo la cabeza—. Y, en caso de que alguien lo sospechara, ¿a quién le importaría? María tramaba una traición mientras que yo gozo de la protección del Rey. Nunca pensé quedarme aquí el tiempo suficiente como para que pudiera surgir alguna amenaza contra mi persona —añadió con una sonrisa—. ¡Por consiguiente, no hay ningún misterio!

Corbett levantó la mano y acarició el tronco del viejo roble.

—Tenéis razón. Aquí es donde empieza el verdadero misterio. Vinisteis aquí para

vigilar a *lady* Eleanor y asegurarnos de que no cometiera ninguna locura como, por ejemplo, una fuga, o impedir que provocara algún escándalo en la corte inglesa. ¡Cuánto os debisteis de alarmar al descubrir que recibía mensajes secretos de un misterioso consejero que le había prometido ayudarla a escapar de Godstowe! El domingo en que murió, *lady* Eleanor cambió bruscamente sus costumbres y se negó a ir a completas y alguien tan perspicaz como vos debía de haber visto los preparativos secretos que había hecho —la mano de Corbett se deslizó hacia la daga bajo la capa—. Bajasteis por el pasillo hasta su habitación. La puerta estaba cerrada, pero *lady* Eleanor confiaba en sor Águeda que tanto se preocupaba por su bienestar. Os dejó entrar y el resto... —el escribano levantó la vista al cielo y vio que el sol de otoño estaba empezando a traspasar la espesa niebla—. Siendo una asesina profesional, no tuvisteis ninguna dificultad en quebrarle el cuello. Tengo entendido que es algo muy sencillo para un experto asesino. Una simple cuestión de saber cómo y dónde apretar y torcer rápidamente.

Las manos de la mujer surgieron de repente de entre los pliegues de la capa. Corbett se puso en guardia, pero Águeda solo quería apartarse unos rubios mechones de la frente. La joven ladeó ligeramente la cabeza mirando a Corbett con una leve sonrisa en los labios, como si este le estuviera gastando una divertida broma o contando una interesante historia.

—Sois un escribano muy listo —replicó con aire de fingida inocencia—. Algo extremadamente insólito. Pero olvidáis una cosa... yo estaba en la sacristía preparando todo lo necesario para el rezo de completas.

—No me cabe la menor duda —replicó bruscamente Corbett.

—Y no olvidéis —añadió la joven en tono burlón— que sor Isabel y sor Marta recordaban haber visto pasar a *lady* Eleanor bajo su ventana poco antes de completas —Águeda miró a Corbett con expresión de asombro—. Por consiguiente —añadió en un susurro—, ¿cómo puede una mujer estar muerta y, al mismo tiempo, pasear, saludar con la mano y hablar?

—Las monjas vieron a alguien. Creyeron ver a *lady* Eleanor con la capa y la capucha puestas, pero, en realidad, erais vos. Tras haber asesinado a la dama, tomasteis una de sus capas y también la sortija que lucía en el dedo. Debidamente disfrazada, bajasteis y salisteis para dirigiros a la iglesia del priorato. Sor Marta, tal como yo sospecho que vos esperabais que hiciera, os vio y os llamó. Vos os volvisteis, contestasteis algo y saludasteis con la mano. Tanto sor Marta como sor Isabel estaban un poco sordas y, por consiguiente, cualquier cosa que vos dijerais no podía causarles la menor extrañeza. Por otra parte, con la mala vista que tenían no pudieron darse cuenta de que no erais *lady* Eleanor. Al fin y al cabo, vos y la difunta teníais un cierto parecido siendo jóvenes y rubias las dos y, además, vos llevabais su capa y su anillo —Corbett la miró sonriendo—. Recordad que la gente ve lo que cree que tiene que ver.

—Pero ¿qué hubiera ocurrido si alguien se hubiera tropezado conmigo?

—¿Quién se hubiera atrevido a acercarse a la altiva *lady* Eleanor? La señora priora se encontraba en la iglesia, las demás monjas se estaban preparando para completas y el recorrido era muy breve. Al llegar a la puerta de la sacristía en la parte de atrás de la iglesia, os quitasteis la capa y el anillo y entrasteis en la sacristía convertida de nuevo en sor Águeda, la cumplidora y obediente monja. Dejasteis bien claro, por lo menos a los ojos de otras personas que no se fijaron en las horas precisas, que, en el momento en que vos estabais en la iglesia, *lady* Eleanor aún se encontraba con vida.

»Pero cometisteis otro error, ¿verdad? Esperabais que sor Marta, como todas las demás monjas, viera lo que vos queríais que viera: una monja con la capa y el anillo de *lady* Eleanor tenía que ser *lady* Eleanor. Cuando levantasteis la mano para saludar, el enorme zafiro de la sortija fulguró bajo la luz del sol. A pesar de lo cortas de vista que eran, las monjas vieron el resplandor de la joya, pero os la habíais puesto en la mano izquierda mientras que *lady* Eleanor siempre la llevaba en la derecha. La anciana monja lo observó y de ahí la enigmática frase que constantemente repetía: «*Sinistra non dextra*», es decir, «en la izquierda, no en la derecha». Y no acertaba a comprenderlo.

Águeda se acercó un poco más al escribano. Corbett observó que había perdido en parte su arrogancia y se mostraba más vigilante que al principio. Se encontraba situada directamente delante de él, como si quisiera impedir que viera lo que sucedía a su espalda.

—Supongamos que ocurrió lo que vos habéis dicho —contestó en un susurro—. Está claro que una capa no hubiera sido echada en falta, pero ¿un valioso anillo? ¡Recordad que la señora priora encontró el cuerpo al pie de la escalera!

—¡Vos sabéis que eso es mentira! La señora priora, preocupada por la ausencia de *lady* Eleanor, abandonó el refectorio y regresó al oscuro edificio del convento. Encontró a *lady* Eleanor muerta en su habitación y, temerosa de las posibles consecuencias, la trasladó al pie de la escalera para que pareciera un accidente. El lugar estaba oscuro, las monjas estaban asustadas y nadie se fijó en la ausencia del anillo. Y, si alguien se hubiera fijado, lo más lógico hubiera sido pensar que le había resbalado del dedo. Después os llamaron para que ayudarais a subir de nuevo el cuerpo a la habitación. Fue entonces cuando volvisteis a colocar la sortija en el dedo de la difunta —Corbett hizo una pausa—. Pero vuestra mayor astucia fue saber que, cuando, *lady* Amelia descubriera el cadáver, por el buen nombre de Godstowe esta intentaría hacer pasar la muerte de *lady* Eleanor por un accidente. Vos, la asesina, os servisteis de unas monjas inocentes como *lady* Amelia y sor Marta para protegeros. Y, de esta manera, tanto si lo querían como si no, las convertisteis en vuestras cómplices; la muerte de *lady* Eleanor era algo tan confuso que nadie podría descubrir jamás la verdad —preocupado por la perversa sonrisa que tenía delante, Corbett extrajo la daga de la vaina—. Y aquí hubiera acabado todo el asunto —añadió—, pero sor Marta habló más de la cuenta y amenazó con hablar con la señora priora.

¿Comprendisteis su acertijo?

Águeda le miró sonriendo.

—Matarla no fue difícil —dijo Corbett—. La anciana sor Marta se preparó el baño. Colocó una mampara y cerró la puerta de la estancia. Vos, la solícita hermana, pasasteis por allí probablemente con una pastilla de jabón. La anciana monja sale de la bañera para abrir la puerta y deja un reguero de agua en el suelo. Le entregáis la pastilla de jabón y empezáis a charlar animadamente mientras ella rodea la mampara y se mete de nuevo en la bañera. Era una anciana y su muerte debió de ser muy rápida. ¿La agarrasteis quizá por los tobillos y le empujasteis la cabeza bajo el agua? Cualquier marinero os podría decir que una rápida ingestión de agua a través de la boca y la nariz provoca una inmediata pérdida del conocimiento. Tomasteis la pastilla de jabón y os retirasteis con el mismo sigilo con que habíais entrado.

Águeda asintió con la cabeza.

—Todo muy lógico —murmuró—. Una descripción muy clara y concisa —añadió torciendo los labios en una mueca—. Hubierais tenido que ser maestro de las escuelas de Oxford.

—En lugar de venir aquí —se apresuró a añadir Corbett—. Os he desbaratado los planes, ¿verdad? Pero hubo otros que, sin querer, os protegieron. El padre Reynard, que enviaba mensajes a De Craon; Gaveston y sus perros; el príncipe de Gales, perdidamente enamorado de su favorito; y, como es natural, nuestro señor el Rey —añadió amargamente el escribano—, con su afición a los misterios y los secretos —Corbett se acercó a la joven y le dijo con ironía—: Supongo que la única buena obra que habéis hecho fue disuadir a *lady* Eleanor de que tomara los polvos que le enviaba Gaveston. El bardaje real debía de estar perplejo.

Águeda esbozó una sonrisa.

—Pues sí. Yo vigilaba todos los manejos del muy entrometido de Gaveston. *Lady* Eleanor no podía morir envenenada, pues los polvos hubieran dejado huellas. Si la buena señora tenía que morir, convenía utilizar un medio que nadie pudiera relacionar con el príncipe. Un sutil misterio que dejara a todo el mundo sumido en la incertidumbre —Águeda se encogió de hombros—. Como es natural, mi obligación era vigilar también a De Craon.

—Pero ¿y lo demás? —preguntó Corbett—. ¿Y las muertes de las dos monjas? No creo que el Rey las ordenara.

Sor Águeda abrió la mano.

—No debéis usar la daga, Hugo —dijo en voz baja—, pues todo lo hice siguiendo las instrucciones del Rey —arrojándole un amarillento trozo de pergamino, añadió—: ¡Leedlo!

Corbett desenrolló el pequeño trozo de vitela y echó un rápido vistazo a su contenido.

«Eduardo, por la gracia de Dios, etc., a todos los alguaciles y gobernadores, etc. La portadora de este documento, Águeda de Courcy, deberá recibir toda la ayuda y el

auxilio necesarios, pues lo que ha hecho se ha hecho por la Corona y por el bien de nuestro Reino».

Corbett examinó el descolorido sello secreto de su regio señor.

—Citando a Pilatos, señora, lo escrito, escrito está —la miró directamente a la cara—. Pero no lo justifica. El Rey no hubiera ordenado el asesinato de *lady* Eleanor.

—¡Fue necesario! —replicó Águeda—. Estaba a punto de huir. Yo había recibido instrucciones muy precisas. Tenía que pararle los pies a la descendiente de Deveril y dirigirme a Godstowe y hacer cualquier cosa que fuera necesaria para evitar que *lady* Eleanor pusiera en apuros a la Corona o a la corte inglesa —la joven sacudió la cabeza—. ¡Además, ya estaba cansada de este apartado lugar, en el que solo había una pálida y despechada amante abandonada y unas monjas preocupadas por encima de todo por su gloria y su vientre!

—¿Y la señora priora? —preguntó repentinamente Corbett.

Águeda sacudió la cabeza.

—No sabe nada —contestó, arrancando hábilmente el documento de los dedos de Corbett—. Ahora debo irme, Hugo —se puso de puntillas y le dio al escribano un suave beso en la mejilla—. Puede que volvamos a vernos y yo así lo espero. Ahora ya conocéis la verdad —añadió sonriendo—, la señora priora ya no os hace falta y Ranulfo debe de estar tan muerto de frío como yo —agitando la mano, la joven le rozó los dedos con los suyos—. ¡Id con Dios!

Corbett la vio desaparecer entre la niebla.

—¡Ranulfo! —gritó—. ¡Ranulfo!

Pero solo le contestó un gris y burlón silencio. Se arrebujó en su capa y se encaminó hacia el edificio del priorato sin molestarse demasiado en no turbar la paz de un convento en el que tan oscuras acciones se habían cometido.

—¡Ranulfo! —rugió—. ¿Pero dónde te has metido, hombre de Dios? —gritó cuando ya casi había llegado a la puerta de la hospedería—. ¡Ranulfo! —tronó.

Inmediatamente oyó un ruido de pisadas en la escalera.

Su criado, seguido por un Maltote todavía más sorprendido que él, bajó a toda prisa con los talabartes y las capas.

—¡Por todos los diablos, hombre! —le gritó Corbett—. Me tenías que haber seguido.

El adormilado Ranulfo miró nerviosamente hacia atrás.

—Tenía intención de hacerlo, amo mío. Pero Maltote se volvió a quedar dormido. Intenté despertarlo, pero no pude y entonces me senté en la cama para ponerme las botas y, en cuestión de un minuto, yo también me quedé dormido.

Corbett cerró los ojos.

—Ranulfo, Ranulfo —dijo en un susurro.

—Decidme, amo mío.

—Nada —Corbett lanzó un suspiro—. Doy gracias a Dios de que sor Águeda no supiera que te habías quedado dormido. Mira —añadió—, tenemos que irnos

enseguida. Ve a desayunar y haz el equipaje. Asegúrate de que los caballos coman todo lo necesario y salda todas las deudas que tengamos. Dentro de una hora nos pondremos otra vez en camino.

Sin prestar atención a los murmullos de protesta de su criado, Corbett rodeó la iglesia del priorato para dirigirse a los aposentos de *lady* Amelia. Encontró a la priora sola en su cámara, con la mesa llena de manuscritos. Estaba pálida, ojerosa y ligeramente inquieta y preocupada. La religiosa se levantó al verle entrar.

—Maese Corbett —le dijo casi en tono de disculpa—, ya he transmitido vuestro mensaje.

Corbett se sentó en un banco adosado a la pared.

—Os ruego que os sentéis, señora —dijo con voz cansada—. Ya no será necesario. Habéis perdido a otra religiosa de vuestra orden. Sor Águeda se irá, eso si no se ha ido ya. Os sugiero que la dejéis ir en paz. No volváis a mencionar su nombre ni le enviéis airadas cartas al obispo.

—¿Qué estáis diciendo?

—Sor Águeda no era una monja —contestó Corbett con una leve sonrisa en los labios.

—¿Estaba aquí por *lady* Eleanor?

—Sí —contestó Corbett—. Sor Águeda era la clave de todas las muertes que se han producido en Godstowe —levantó la mano para acallar el previsible estallido de furia de la priora—. Cuanto menos sepáis, mejor, señora. Sor Águeda es culpable, pero vos tampoco sois del todo inocente.

La priora se removió en su asiento.

—¿Qué queréis decir?

—Lo sabéis muy bien —contestó Corbett—. *Lady* Eleanor fue asesinada porque tenía previsto fugarse de Godstowe. En su habitación y en el tronco del roble que hay entre la iglesia del priorato y la muralla alguien le dejaba unos mensajes secretos. Vos lo sabéis... pues erais la que escribía los mensajes y los dejaba allí.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso?

—Vamos, señora, lo sabéis muy bien. El Rey envió a Eleanor Belmont aquí y a vos no os gustaba porque era algo que turbaba la armonía y la paz de este pequeño priorato. Había atraído la indeseada atención del príncipe y de lord Gaveston y había provocado también la inesperada intromisión del enviado francés *monsieur* de Craon, al cual no era fácil negar la entrada. *Lady* Eleanor era joven. Hubiera podido vivir muchos años y, a su debido tiempo, hubiera podido amenazar incluso el cargo que vos ocupáis. Por consiguiente, contratasteis a unos jinetes, solo Dios sabe dónde, aunque en todas partes abundan los antiguos soldados dispuestos a hacer cualquier cosa a cambio de unas monedas de plata.

Corbett se levantó y llenó una copa de vino. Miró inquisitivamente a *lady* Amelia, pero esta sacudió la cabeza. Corbett tomó un sorbo del exquisito vino tinto y sintió que le calentaba agradablemente el estómago.

—Preparasteis bien el terreno... los mensajes ocultos en el tronco del roble. Al principio, pensé que alguien escalaba la muralla y los colocaba allí, pero la noche en que me persiguieron los perros de Gaveston me di cuenta de que semejante hazaña era imposible. Las murallas son completamente verticales y cualquier intruso hubiera sido visto por alguien del priorato con la misma facilidad que si hubiera entrado por la puerta. Por consiguiente, llegué a la conclusión de que tenía que ser alguien del priorato —Corbett hizo una pausa—. Al principio, pensé que era sor Águeda, pero solo vos teníais dinero y poder para contratar a unos jinetes. Además, no acertaba a comprender por qué razón precisamente el día en que se habían visto unos jinetes en el exterior del priorato, vos habíais permitido que *lady* Eleanor no asistiera al rezo de completas. En cualquier otra ocasión, la hubierais obligado a asistir. Además, debisteis de ver o de oír a los jinetes entre los árboles. La ausencia de *lady* Eleanor del oficio de completas y la presencia de aquellos jinetes no podían ser una casualidad. Estabais esperando que se fuera. La culpa recaería en otras personas y vos y el priorato os veríais libres de ella para siempre. Pero las cosas se torcieron de mala manera. *Lady* Eleanor fue asesinada y los jinetes se fueron con las manos vacías.

La priora le miró en silencio.

—Teníais miedo de que yo me enterara de la presencia de los jinetes. Por eso, la mañana en que el portero me acompañó al bosque, enviasteis a sor Catalina detrás de mí para averiguar lo que hacía. ¿Estoy en lo cierto, señora?

—Sí, Corbett —contestó con aspereza la priora—, estáis en lo cierto. Me molestaba la presencia de *lady* Eleanor Belmont en el priorato. Puede que no seamos la orden más rigurosa de este reino, pero Godstowe es un convento de monjas, no un refugio para antiguas ramera. Además, no soportaba a *lady* Eleanor con su perenne cara de pena y sus modales quejumbrosos. Fui a Oxford por asuntos relacionados con el convento. Ya conocéis la ciudad. Allí se puede contratar a hombres desesperados. Recibieron unas órdenes. Aquel domingo por la noche *lady* Eleanor recibió un mensaje en el que se le pedía que se reuniera con ellos al otro lado de la galilea. Para conseguirlo, necesitaba la colaboración de la antigua ramera y por eso le envié en secreto los mensajes —la priora se encogió de hombros—. Lo demás ya lo sabéis.

—¿Y si se hubiera ido? —preguntó Corbett—. Sé que las sospechas hubieran recaído en el príncipe, lord Gaveston, los franceses e incluso el Rey. ¿Qué os proponíais?

La priora esbozó una sonrisa.

—Nada grave. Tenemos una casa en el Hainault, justo en las afueras de Dordrecht. Allí *lady* Eleanor hubiera estado muy cómoda y, al mismo tiempo, muy bien vigilada y yo hubiera sido feliz —*lady* Amelia tomó un trozo de pergamino—. Y ahora, maese Corbett, estoy segura de que debéis de estar tan ocupado como yo.

La priora bajó los ojos sobre el escritorio y, cuando los volvió a levantar, el escribano ya había desaparecido.

## Conclusión

En la gran sala del palacio de Westminster Eduardo de Inglaterra permanecía sentado en su trono bajo el inmenso techo de vigas. Unos grandes estandartes escarlata y oro colgaban de las vigas y los servidores de su casa habían cubierto las paredes con tapices de seda y gruesos lienzos bordados en plata y oro. Delante del estrado, el suelo se había limpiado a conciencia y se había cubierto con juncos recién cortados en la orilla del río, sobre los cuales se habían espolvoreado hierbas aromáticas. A ambos lados del trono, los oficiales de orden con sus armaduras de acero formaban unas prietas filas con las espadas desenvainadas y las puntas apoyadas en el suelo; el Rey estaba flanqueado por los principales personajes y obispos del reino y, delante, sentados alrededor de una mesa de tijera, se encontraban los escribanos de mayor antigüedad de la Cancillería y el Tesoro. Corbett ocupaba el asiento central. Se habían retirado todos los pergaminos de la mesa menos un largo documento recién inscrito y sellado: era el compromiso matrimonial entre Eduardo, príncipe de Gales, heredero forzoso del trono inglés, e Isabel, «la muy amada hija unigénita de Felipe IV de Francia».

Corbett vio cómo De Craon se acercaba y aplicaba el sello de Felipe IV al pie del documento. Después, el enviado francés se acercó a un ejemplar de gran tamaño de los evangelios sostenido por los deformados dedos de Roberto Winchelsea, arzobispo de Canterbury, y apoyó la mano en el libro. Resplandecientemente ataviado con unos ricos ropajes de zangalete azul y blanco, el enviado anunció en un cortante francés normando:

—Felipe, rey de Francia, se complace de que se haya concertado este compromiso matrimonial que será el fundamento de una paz y una amistad duraderas entre Inglaterra y Francia.

Corbett, disimulando sus emociones con una diplomática sonrisa, oyó cómo De Craon invocaba a Dios y a sus ángeles poniéndolos por testigos de la pacífica voluntad de Francia. En otras circunstancias, el escribano inglés hubiera estallado en una sonora carcajada: a la primera ocasión que se le presentara, De Craon quebrantaría o tergiversaría el pacto siempre que le conviniera a él o a su taimado señor del palacio del Louvre. Al final, De Craon dejó de hablar. En nombre de Eduardo, Corbett se levantó y contestó con una sarta análoga de mentiras oficiales y rodeó la mesa para intercambiarse un ósculo de paz con su archienemigo. A su espalda, Eduardo de Inglaterra contemplaba la escena con los ojos entornados, pero su mente se encontraba en otro sitio y los músculos de su cuerpo estaban contraídos a causa de la furia por el hecho de que su hijo hubiera decidido quedarse en Woodstock con su bardaje en lugar de asistir a la solemne ceremonia del compromiso. Su hijo había alegado encontrarse indispuerto. El Rey apretó los dientes. ¡Antes de que terminara aquella semana le daría motivos para encontrarse indispuerto de verdad! El soberano se inclinó hacia adelante mientras Corbett y De Craon se abrazaban y se

intercambiaban el ósculo final de la paz. Después, De Craon echó la cabeza hacia atrás con una hipócrita sonrisa en los labios.

—¡Algún día os mataré, Corbett! —dijo en un sibilante susurro.

Corbett se inclinó y contestó en voz baja:

—¡Algún día, *monsieur*, lo intentaréis tal como habéis hecho recientemente, pero fracasaréis!

Otra vez las hipócritas sonrisas, las apresuradas reverencias y las trompetas anunciando con su metálico sonido el término de la ceremonia. De Craon se inclinó ante el trono, chasqueó los dedos para que sus acompañantes se acercaran y, girando sobre sus talones, abandonó de inmediato la vasta sala. Eduardo se levantó, se desabrochó la capa bordada con hilo de oro y se la arrojó a De Warenne.

—¡Gracias a Dios que ya ha terminado esta mascarada! De Warenne, quiero ver a Corbett en mi cámara. ¡No quiero que nadie más esté presente!

—Por supuesto, Majestad.

Eduardo entornó los ojos.

—Menos sarcasmo, Surrey. Cuando termines, quiero que tu mensajero más rápido salga hacia Woodstock antes de una hora. Tendrá que decirle a mi dulcísimo hijo que mañana quiero hablar con él... aquí —el Rey apuntó con un dedo al conde—. También quiero transmitir un mensaje a milord Gaveston. Si al final de esta semana todavía está en Inglaterra, ¡lo declararé proscrito y forajido y mandaré que lo maten en cuanto lo vean! —Eduardo le dio al conde una fuerte palmada en el hombro—. Y después nos dirigiremos al norte para darles a los escoceses una lección que jamás podrán olvidar.

Corbett encontró al Rey sentado en el asiento de la repisa de una ventana con una enorme copa de vino en la mano.

—Ah, Hugo.

Corbett se hundió en el desánimo. Siempre que el Rey interpretaba el falso papel de amable guerrero, el escribano temía una traición.

—Mientras vos y De Craon os besabais los traseros allí abajo, yo estaba pensando en vuestro informe acerca del asunto de Godstowe. Lo habéis hecho todo muy bien, Hugo.

—Gracias, Majestad.

El Rey se levantó, llenó una copa de vino y la depositó en las manos de su escribano.

—Lamento no haberos informado de las actividades de sor Águeda.

—Ya he protestado a este respecto, Majestad. ¿Cómo puedo obtener información, habiendo personas como ella, sobre las cuales yo no sé nada? Estos hombres y mujeres representan una amenaza. Hay que vigilarlos y guiarlos.

—¿Cómo *lady* Águeda, por ejemplo?

—Sí, Majestad, como *lady* Águeda.

El Rey miró de soslayo al escribano.

—Es verdad que se extralimitó en su misión, pero, si *lady* Eleanor se hubiera escapado...

El Rey dejó las palabras en suspenso en el aire.

—Si *lady* Eleanor se hubiera escapado, Majestad —replicó con aspereza Corbett—, la hubieran vuelto a atrapar.

—¡Cierto! ¡Cierto! —murmuró el Rey—. Pero Águeda...

Su voz se perdió sin terminar la frase.

Corbett posó ruidosamente la copa de vino sobre la mesa.

—Es muy posible que la señora De Courcy haya matado para proteger a Vuestra Majestad, pero también lo ha hecho para protegerse a sí misma. Tres mujeres han muerto sin motivo y dos de ellas eran monjas; han muerto simplemente por estar donde no debían en el momento en que no debían. ¿Quién responderá de su sangre?

—¡Os estáis volviendo muy remilgado, Corbett! —contestó el Rey.

—En Italia —añadió Corbett muy despacio—, hay una nueva generación de hombres, según los cuales los deseos de un príncipe son la ley. ¿Es eso lo que vos queréis decir, Majestad?

—Tal vez.

—¿O sea que, si cambiarais de parecer y desearais mi muerte...?

El Rey le miró con los labios torcidos en una mueca de desprecio y arrojó la copa de vino a sus pies.

—¡Os ordeno que os calléis, escribano!

—Tres mujeres —repitió Corbett sin perder la calma—. Tres mujeres inocentes han muerto. ¿Sabéis cómo os llaman en las aulas de Oxford? El nuevo Justiniano de Occidente. El gran legislador. Hablan de vuestros parlamentos, de vuestro famoso discurso en el que dijisteis que aquello que afecta a todos debería ser aprobado por todos. Me pregunto qué pensarían de eso sor Marta y sor Francisca. Águeda de Courcy es una asesina. Y no solo anda suelta por ahí sino que, encima, presume de haber actuado bajo el manto de vuestra autoridad.

El Rey propinó un puntapié a los juncos del suelo.

—¡Será mejor que os retiréis, Corbett! —dijo rápidamente. Después levantó los ojos y miró con una sonrisa al escribano—. Maeve está en cinta. Si es un varón, Corbett, quiero que se llame Eduardo —el Rey apartó el rostro—. Jamás olvidaré lo que habéis hecho en Godstowe. Tengo entendido que queréis a Maltote para vuestra casa, ¿no es cierto? Podéis quedaros con él. ¡Y ahora ya podéis retiraros! Después de San Miguel, deberéis volver.

Corbett hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta.

—¡Hugo!

Corbett se volvió.

—A Águeda de Courcy... dejadla de mi cuenta.

Corbett se inclinó en una nueva reverencia y cerró la puerta a su espalda.

Eduardo permaneció un rato inmóvil. Después se acercó a la ventana y pensó en

lo que Corbett le acababa de decir. En lo más hondo de su ser, el Rey sabía que el escribano tenía razón: De Courcy era una asesina. Él había utilizado sus servicios otras veces. La llamaba su «sutil instrumento» contra las mortales intrigas de sus enemigos. Casi cuarenta años atrás había aplastado a los De Monfort, pero estos lo seguían acosando. Había oído hablar de la Deveril, la descendiente bastarda de uno de los generales de De Monfort. El hijo bastardo de Deveril había huido al extranjero, se había establecido en Burdeos y allí se había casado con la hija de una noble familia del lugar. El fruto de aquella unión había sido María Deveril, una joven educada en el odio al Rey de Inglaterra. Él había vigilado sus andanzas desde lejos: cuando, utilizando un nombre falso, había pedido autorización para viajar a Inglaterra e ingresar en el priorato de Godstowe, había sospechado que se proponía golpearle a él o a su familia a la primera oportunidad que tuviera. A lo mejor, la víctima que ella buscaba era *lady* Eleanor. Pero puede que apuntara más alto, en la esperanza de que el príncipe de Gales o él mismo visitaran el priorato. Por eso le había permitido entrar en Inglaterra, pero al mismo tiempo había dado instrucciones secretas a De Courcy. Tendría que seguir y matar a la joven Deveril, asumir su identidad, ir a Godstowe y mantener a *lady* Eleanor bajo estrecha vigilancia.

Eduardo esbozó una leve sonrisa. ¿Quién podría sospechar? De Courcy vestía siempre de hombre, se comportaba como un elegante joven francés, vestido con las lujosas prendas que le compraba el Tesoro, y hablaba arrastrando las palabras con un refinado acento francés que hubiera sido la envidia de cualquier cortesano. De Courcy mataría a Deveril, vigilaría los asuntos de Godstowe, informaría sobre las actividades del príncipe en Woodstock y trataría de averiguar la verdad que se ocultaba detrás de los rumores, según los cuales el príncipe se había casado en secreto con su antigua amante. Nadie sospecharía que Águeda había asesinado a Deveril. Y, si alguien sospechara, ¿qué más daría? Los Deveril eran unos traidores y Eduardo se había comprometido por escrito a defender a De Courcil. Pero, como es natural, no le había dicho nada a Corbett: el escribano era un espía de primer orden, pero cabía la posibilidad de que su tierna conciencia pusiera reparos al silencioso asesinato de una mujer y de su paje. Todo había ido bien hasta la muerte de *lady* Eleanor y el extraño silencio de De Courcy. Bueno, De Courcy le había manifestado su intención de decirle la verdad más adelante, pero ¿cómo se podía fiar de ella? ¿Qué autoridad tenía ella para decidir quién tenía que vivir y quién tenía que morir? Corbett tenía razón. Eso solo podía hacerlo un príncipe. Eduardo miró a través de la ventana. Vio a Corbett en el patio de abajo, conversando entre risas con Ranulfo y Maltote.

—Si es un varón, quiero que se llame Eduardo —musitó el Rey. Experimentó una punzada de envidia al pensar en la suerte de su escribano—. Yo no tengo ningún hijo —añadió en un susurro.

Se apoyó contra la pared y vio cómo Corbett y sus acompañantes montaban en sus cabalgaduras y abandonaban el patio. Entonces se acercó a un pequeño escritorio, tomó una pluma de la bandeja de escritura y redactó cuidadosamente un breve

mensaje. Después tomó un poco de cera caliente y la marcó con su sello secreto antes de llamar a un asistente. A los pocos minutos entró Juan de Warenne, conde de Surrey.

—¿Majestad?

Eduardo mantenía los ojos clavados en la ventana.

—Majestad, ¿me habéis llamado?

—Hay una mujer —dijo Eduardo muy despacio—. Vive en una casa delante de la taberna del Engaño cerca de la iglesia de Santa Catalina junto a la Torre. Es una traidora y una asesina.

—¿Su nombre?

—Águeda de Courcy —Eduardo carraspeó—. Tiene que morir. Ella misma ha confesado sus delitos, pero, por razones de Estado, no se pueden divulgar. Tú te encargarás del asunto, De Warenne. Procura actuar con rapidez. Que ella no sospeche nada.

—Majestad, ¿con qué autoridad lo haré?

El Rey sonrió levemente y, sin volver la cabeza, alargó a De Warenne el pergamino en el que acababa de escribir la nota. De Warenne lo tomó y leyó cuidadosamente su contenido.

«Lo que ha hecho el portador de este documento —decía—, lo ha hecho en nombre de la Corona y por el bien del Reino».

De Warenne hizo una reverencia y se retiró en silencio de la estancia.

## Nota del autor

En 1301 Eduardo I y su hijo mantuvieron una acalorada discusión: se ignora el motivo de la disputa, pero se sabe que el príncipe de Gales tenía una amante que le había dado un hijo bastardo. Es posible que, como consecuencia de las negociaciones que Felipe IV de Francia estaba manteniendo con Inglaterra con vistas al casamiento de su hija con el príncipe de Gales, la amante fuera «apartada» para satisfacer los deseos de los franceses. Puede que la discusión entre el Rey y el príncipe estuviera relacionada también con la decisión de apartar a Gaveston, el favorito del príncipe.

El compromiso y el matrimonio habían sido impuestos a Inglaterra por un papado que estaba en manos de Felipe IV. Eduardo tenía que aceptarlos so pena de perder los hermosos y fértiles viñedos de Gascuña, en el sudoeste de Francia. El documento se firmó en 1298 y Eduardo de Inglaterra se había pasado diez años retorciéndose como una serpiente en un intento de librarse de él. Pero Felipe de Francia se había mantenido firme. Tanto en el Record Office de Londres como en la Bibliothèque Nationale de París se conservan documentos en los que se demuestra que Felipe pensaba utilizar dicho matrimonio para convertir a uno de sus nietos en duque de Gascuña y a otro en Rey de Inglaterra. Pero, tal como ocurre en la moderna diplomacia, semejantes previsiones pueden fallar: los tres hijos de Felipe no pudieron engendrar un heredero, por cuyo motivo el hijo de Isabel, el gran guerrero y soberano Eduardo III de Inglaterra, reclamó inmediatamente el trono de Francia y arrastró al país a cien años de devastadora guerra.

La relación del príncipe Eduardo con Piers Gaveston está muy bien documentada. Casi todos los historiadores están de acuerdo en que Eduardo era bisexual; el joven príncipe no tenía reparo en declarar que amaba a su favorito «más que a su propia vida». Gaveston era un advenedizo gascón cuya madre había sido quemada en la hoguera como bruja y él mismo había sido acusado de practicar la magia negra. Al final, el Rey Eduardo I lo envió al exilio, pero, cuando su hijo accedió al trono, lo volvió a llamar y le otorgó el título de duque de Cornualles. El joven monarca se casó con Isabel, pero regaló a Gaveston todos los presentes de boda de Felipe IV, entre ellos, el lecho matrimonial. El favorito real fue el organizador de una desastrosa ceremonia de la coronación, en la cual la comida se sirvió fría, muchas personas resultaron muertas entre los apretujones de la multitud y el propio Gaveston se ganó la enemistad de los más nobles personajes de Inglaterra por el protagonismo que asumió durante la ceremonia. El joven contribuyó involuntariamente a agravar su situación con su apostura, su habilidad en los torneos y su ingenio en la elección de apodos para los nobles de Eduardo, un ingenio que conservó hasta el mismo momento de su muerte.

En 1312 los barones ingleses lo capturaron y lo condujeron a la Blacklow Hill en Warwickshire para decapitarlo. Allí Gaveston se volvió hacia uno de sus captores, el

conde de Warwick, y le dijo:

—Milord, no querréis estropear mi hermosura cortándome la cabeza, ¿verdad?

Warwick accedió gustosamente a sus deseos y le traspasó el corazón con su daga.

El joven Eduardo se afligió profundamente. Mandó embalsamar el cuerpo de Gaveston y lo conservó en su palacio de Kings Langley hasta que la Iglesia lo obligó a darle sepultura.

Existe un interesante nexo entre los favoritos de Eduardo II y la familia real inglesa en la última década de este siglo. A la muerte de Gaveston, Eduardo eligió un nuevo favorito, el siniestro pero inteligente Hugo de Spencer, cuyo sepulcro aún se conserva en la abadía de Tewkesbury, Gloucestershire. El dominio de De Spencer sobre el joven monarca desencadenó una guerra civil entre el Rey Eduardo y su esposa Isabel. La reina se alzó con el triunfo. De Spencer tuvo una horrible muerte y, según una crónica no publicada, los Comunes hicieron el juramento de no permitir jamás que un De Spencer se convirtiera en Rey. Quizá en el matrimonio de Carlos, príncipe de Gales, con Diana Spencer, descendiente de Hugo y madre de un futuro Rey, se está cumpliendo aquella maldición contra una de las más antiguas familias.

# Notas

[1] Granero en el que se guardaba el diezmo en especie destinado a la Iglesia. (*N. de la T.*) <<

[2] Hada perversa del folclore anglo-irlandés que gobierna las vidas y los sueños de los hombres. (*N. de la T.*) <<

[3] En latín, «No me toques». (*N. de la T.*) <<

[4] En latín, «Ha llegado a nuestros oídos». (*N. de la T.*) <<

[5] Un buen chiste. <<

[6] En latín, «La suerte está echada». (*N. de la T.*) <<

[7] En latín, «Absuélveme, Señor». (*N. de la T.*) <<

[8] En francés, «¡Auxilio!». (*N. de la T.*) <<